

Evolución histórica de Brasil

De la Colonia a la crisis de la “Nueva República”

Traducción: Alma Rosa Chiapa Hernández

Versión original:

Dos Santos, Theotonio (1995), *Evolucao Historica do Brasil.*

Da Colonia a crise da “Nova República”,

Brasil, Editorial Vozes

Índice

Prefacio a la edición mexicana

Prefacio a la edición brasileña

Introducción. Sobre el estudio de un país dependiente

PRIMERA PARTE. DE LA COLONIA A LA DICTADURA MILITAR: LAS RAÍCES DE LA DEPENDENCIA

I. La formación colonial

1. El carácter de la colonización
2. La estructura socioeconómica colonial

II. La modernización de la sociedad agroexportadora

1. La expansión del comercio mundial
2. La estructura de clases
3. El Estado, los partidos y la ideología

III. La crisis de la economía agroexportadora y la industrialización

1. La crisis de la economía agroexportadora
2. La industrialización como proceso
3. El Tenientismo, la Revolución de 1930, el Estado nuevo y la nueva institucionalización

4. El populismo y la alianza de clases
5. El nacionalismo: ideología de la industrialización

IV. La crisis de la industrialización sustitutiva y la amenaza revolucionaria

1. La industrialización y el capital extranjero
2. El fracaso del nacionalismo como política económica
3. El fracaso del nacionalismo como ideología y la radicalización política

V. La respuesta conservadora: La dictadura militar y el fascismo

1. La lógica del gobierno militar
2. Las bases del modelo económico y político del régimen
3. El "milagro económico" brasileño
4. La búsqueda del mercado externo y el imperialismo
5. El modelo político-ideológico y la búsqueda de consolidación del régimen
6. La oposición: del golpe militar al "milagro económico"

SEGUNDA PARTE. LA CRISIS DE LA DICTADURA: DESCOMPRESIÓN CONTROLADA, APERTURA POLÍTICA, TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA Y CRISIS DE LA NUEVA ESPAÑA

VI. La crisis del "milagro brasileño"

1. La importancia del tema
2. La localización histórica del "milagro económico"

3. La propuesta programática del "milagro económico"
4. Los años del "milagro"
5. La crisis del "milagro económico"

VII. La crisis de la dictadura

1. La importancia del tema
2. Un balance necesario del régimen dictatorial
3. Características de la crisis del régimen dictatorial
4. La profundidad de la crisis
5. Las perspectivas de la crisis y el inicio de la apertura política

VIII. De la descompresión controlada a la apertura política

1. Las condiciones internacionales
2. Nacionalismo militar versus globalización
3. Derechos humanos, democracia y globalización
- 4.- Democracia, industrialización y tecnocracia
5. Derechos humanos, democracia y neoliberalismo
6. De la apertura a la transición democrática: razones para un cambio estratégico

IX. De la apertura política a la transición democrática

1. Los primeros pasos de la apertura política

2. Las marchas y contramarchas de la reforma partidaria
3. Las elecciones de 1982 y la crisis del modelo económico
4. Los movimientos de las "Elecciones Directas Ya" y la escuela de Tancredo Neves en el Colegio Electoral
5. La muerte de Tancredo Neves, el gobierno Sarney, el Plan Cruzado y la Constituyente de 1986

X. De la transición democrática a la crisis de la Nueva República: de Tancredo a Fernando Henrique

1. Auge y fracaso del Plan Cruzado
2. El avance popular y la respuesta de la derecha: Fernando Collor

Bibliografía básica

Prefacio a la edición mexicana

Este libro reúne dos trabajos del autor, redactados en diferentes periodos de la aventura económica y política a que fue sometido el pueblo brasileño en los últimos 15 años. El primero es un resumen de la evolución histórica de Brasil desde la Colonia hasta nuestros días. Se escribió en 1972, cuando ocurría el auge del llamado "milagro brasileño". Como verán los lectores, no nos intimidamos por las estadísticas que los publicistas del gobierno acumulaban para engañar al pueblo brasileño. Ya eran evidentes las contradicciones internas que se encerraban en los elevados índices de crecimiento que presentaba el producto nacional de ese periodo. Viendo las cosas desde un punto de vista histórico, como el trabajo que se publica en este libro, era fácil anticipar los límites de las victorias financieras y económicas de la dictadura militar.

El segundo trabajo se escribió en 1976, cuando ya se había declarado el fin del "milagro económico", y se contaba con más elementos estadísticos que mostraban el gran fracaso que este encerraba en sus principios esenciales.

La divulgación de estos textos pretende ayudar a una lucha ideológica que se desarrolla en el continente entre quienes están a favor del gran capital internacional y los defensores de los intereses populares. Explicar la forma más cínica del desarrollo capitalista dependiente en América Latina ayudará a revelar las formas menos abiertas que asume este desarrollo en otros sitios y, al mismo tiempo, proporcionará elementos para una política alternativa que responda a los intereses de los trabajadores de la ciudad y el campo.

México, diciembre de 1977

Prefacio a la edición brasileña

Este libro se escribió originalmente para el público norteamericano en 1972, cuando la confianza en la economía de mercado y en la libre empresa estaba en pleno auge y Brasil se presentaba como uno de sus principales ejemplos de éxito. En 1977, se revisó la obra para el público mexicano, interesado en comprender el fracaso del "milagro económico" brasileño, que había sustituido exactamente el "milagro mexicano" del decenio de 1950 y parte de la década de 1970. Ahora la revisamos de nuevo, cuando los milagros de la economía de mercado se desplazaron hacia los "tigres asiáticos", así como Japón y Europa, que despuntan como grandes fenómenos de las décadas de 1980 y 1990.

En el momento actual, la situación de Brasil puede verse con mayor serenidad aunque exista una enorme incertidumbre sobre su destino. Tal vez en un momento así, libre de la presión de la propaganda ideológica y de los esfuerzos favorables de la gran prensa y de los medios de comunicación, sea posible hallar el tono adecuado para analizar las líneas maestras de nuestra historia y, por tanto, de nuestro futuro.

Debemos señalar que el libro se ha revisado sobre todo para atender las pautas editoriales de la *Westview Press*, en Estados Unidos, pero también despertó bastante interés en los medios editoriales brasileños, en la búsqueda de un análisis histórico de Brasil más acorde con los grandes cambios que se delinearon a partir de la caída de la dictadura militar.

Introducción

SOBRE EL ESTUDIO DE UN PAÍS DEPENDIENTE

Para estudiar la evolución histórica de la estructura socioeconómica y política de Brasil, primero deben discutirse algunas cuestiones metodológicas que permitan la aproximación correcta a nuestro objetivo, es decir, a un país dependiente.

La realidad de los llamados países del Tercer Mundo y en particular de América Latina no se puede entender fuera del proceso de expansión del capitalismo europeo que modificó de modo esencial la vida de estos espacios geográficos al realizar cambios totalmente incompatibles con el desarrollo natural de su población indígena.

En primer lugar, las necesidades de la Europa capitalista determinaron tales cambios, la cual, debido a su superioridad tecnológica, política y militar, consiguió adaptar estas economías a sus fines y pudo migrar poblaciones de Europa hacia el Tercer Mundo, de África hacia América, etc., y movilizar capitales y recursos de todo tipo para llevar a cabo sus planes.

La historia de los países que fueron objeto de esta gigantesca aventura no se puede entender si no es desde este punto de vista. Todos ellos vivieron experiencias más o menos comunes y se ajustaron a esa situación, según sus posibilidades internas, la composición de fuerzas que crearon en su interior y su posición en el sistema internacional del cual formaban parte.

El objetivo fundamental de este sistema internacional era la obtención de riquezas y ganancias para los grupos dominantes de los países centrales. En el periodo de la Colonia, la Europa comercial y manufacturera demandaba metales preciosos y productos agrícolas tropicales que no podía producir. En el siglo XIX, la Europa capitalista requería materias primas para sus fábricas y productos agrícolas para trabajadores y población urbana. Al mismo tiempo, necesitaba de mercado para los productos manufacturados. En el siglo XX

Estados Unidos, Europa y posteriormente Japón ya necesitaban de mercados para sus capitales excedentes, maquinarias, etc., y aun demandan materias primas, productos agrícolas y algunos insumos industriales.

La historia de las economías y sociedades dependientes se divide entre las presiones para ajustarse a esos requerimientos y los intentos por escapar de esa suerte. Aquellas que mejor se ajustaron, por diferentes razones históricas, vivieron grandes auges económicos que, sin embargo, no permitieron el inicio de un proceso autónomo de crecimiento y se sometieron en general a un destino ingrato cuando sus riquezas se agotaron o al cambiar la orientación de la demanda de los centros dominantes.

En todos los casos, incluso en los periodos de gran auge y riqueza, los pueblos dependientes estuvieron en una posición de desventaja. La expropiación intensiva de la riqueza de estas regiones exigía la explotación intensa de los trabajadores, obligándolos a alcanzar el máximo de productividad en las condiciones tecnológicas de la época y, al mismo tiempo, en situaciones alimenticias malas, con una insuficiente reposición de energía.

Producción especializada para el mercado internacional, explotación intensiva de la mano de obra y baja remuneración forman un trío constante de la dependencia, que por necesidad se complementa, en los periodos colonial y del siglo XIX, con la represión y la sumisión de la mano de obra por la fuerza.

Esta última característica es una constante de grandes efectos estructurales. Las economías dependientes fueron sucesivamente dominadas por los sectores de punta del capitalismo, pero estas no se ajustaron al modo de producción más avanzado de cada periodo sino, al contrario, recurrieron a regímenes de trabajo más atrasados.

Las razones son muchas, pero una es predominante. El capitalismo mercantil desarrolló en Europa las manufacturas modernas y, en América, la esclavitud y la servidumbre, porque tenía que obligar a la mano de obra a aceptar el trabajo disciplinado y peligroso de las minas o de las plantaciones, en vez de cultivar las tierras abundantes y sin dueño a su alrededor. Los indígenas de la meseta andina se resistieron por años, los de la selva brasileña también; las poblaciones traídas de África, a pesar del desconocimiento de la región, consiguieron en muchos casos escapar y formar sus aldeas autónomas o "quilombos" (refugios de esclavos fugitivos). Pero instituir una cohesión puramente económica y organizar un mercado libre de trabajo en tales condiciones era absolutamente imposible. Solo la fuerza podría obligar a esta mano de obra a someterse.

Así, América creó, con el sello del capitalismo y a su servicio, economías basadas en regímenes de trabajo superados siglos antes. Del mismo modo, América Latina, el Caribe y el sur de Estados Unidos (hasta la

Guerra de Secesión) creaban una riqueza que servía, en el exterior, a las burguesías y a las monarquías europeas, y, en el interior, a una nueva oligarquía. Estas economías, a pesar de no haber creado un modo de producción propio, generaban estructuras de clases y políticas que es posible denominar formaciones socioeconómicas dependientes.

La dependencia, como puede observarse, no es la relación de una economía nacional nativa con otra que la somete, sino una relación básica que constituye y favorece las propias estructuras internas de las regiones dominadas o dependientes.

Por dependencia se entiende una situación económica en la cual ciertas sociedades tienen su estructura condicionada por las necesidades, las acciones y los intereses de otras economías que ejercen sobre ellas un dominio. El resultado es que tales sociedades se definen de acuerdo a esa *situación condicionante*, que establece el marco para su desarrollo y para las respuestas diferenciadas que ellas ofrecen, siempre sometidas a los estímulos producidos por la economía y sociedad dominantes. Sin embargo, en última instancia, estas no están *determinadas* por esta situación condicionante, sino por las fuerzas internas que las componen. Es el carácter de estas fuerzas internas lo que explica la situación dependiente y también su capacidad de enfrentamiento o sumisión a los impulsos externos que las propician.

Cabe aclarar que solo el capitalismo industrial y parte de su antecesor (el capitalismo comercial de los siglos XVI y XVII) consiguieron crear una relación de dominio suficientemente fuerte para generar sociedades dependientes. Se deben diferenciar las relaciones de interdependencia entre pueblos y naciones, o bien, las situaciones de relativa sumisión entre naciones o pueblos de esta nueva situación histórica en la cual las demandas del país dominante son suficientemente fuertes para llevar a cabo una reorganización fundamental de las economías dominadas y tornarlas dependientes desde un punto de vista estructural.

Para entender las estructuras productivas, de clase, políticas o culturales de las sociedades dependientes, debe partirse de esta economía mundial, y solo a través de su entendimiento se explicará su historia y naturaleza.

Este libro procura ofrecer al lector una imagen general del desarrollo de la sociedad brasileña, partiendo de estas premisas metodológicas. Se trata de analizar las estructuras económicas, de clase, políticas y culturales de Brasil, tal como estas aparecen en el contexto del desarrollo de la economía mundial.

Al mismo tiempo, se analizan tales estructuras a partir de una perspectiva histórica que permite esclarecer su verdadera naturaleza, al explicar realidades que son en apariencia inexplicables, accidentales o supuestos

productos de idiosincrasias nacionales, orientaciones culturales, orígenes raciales o de otros. Por ello preferimos organizar la exposición a partir de una perspectiva histórica, que facilitará la orientación y localización del lector. Dividimos nuestro estudio de acuerdo a las grandes etapas históricas que están determinadas a partir de las transformaciones estructurales en el sistema internacional capitalista. Privilegiamos, sin embargo, al periodo actual.

El conocimiento de la evolución socioeconómica de Brasil es de importancia vital para la comprensión del mundo actual, por dos razones principales:

Primero porque Brasil es uno de los países más extensos del llamado Tercer Mundo (el mayor después de la China Socialista). También posee una de las mayores concentraciones de población. Su importancia estratégica se hace evidente aún más si se considera su posición geográfica que domina el lado occidental del Atlántico Sur, frente a África, y que tiene fronteras con todas las naciones de América del Sur, a excepción de Chile y Ecuador. Su moderno desarrollo industrial lo convirtió en una potencia media y dio origen, durante un periodo, a aspiraciones subimperialistas sobre el conjunto del Atlántico Sur, al procurar convertirse en el intermediario privilegiado del dominio imperialista estadounidense y europeo sobre esta región. Por todos estos factores, la historia de este fin de siglo, y sobre todo del próximo, estará fuertemente condicionada por lo que pase en dicho país.

En segundo lugar, la evolución socioeconómica de Brasil representa en muchos momentos, y debido a las grandes posibilidades del país, un modelo de las formas extremas a que puede llegar el dominio imperialista y el desarrollo dependiente. En la Colonia, se colocó en una posición privilegiada en la producción de azúcar y el oro de sus minas desempeñó un papel fundamental en el financiamiento de la Revolución Industrial. A partir del final del siglo XIX, tuvo el monopolio de la oferta mundial del café y, por un corto periodo, del caucho. A mitad del siglo XX desarrolló una industria de base con intensa participación del capital extranjero, que le permitió llegar mucho más allá que cualquier otro país latinoamericano. A pesar de todas estas oportunidades, de sus enormes recursos y su extensión, Brasil no pudo romper las barreras de la dependencia y del subdesarrollo en sus 500 años de historia.

Este hecho histórico siempre representó un gran desafío para el pensamiento político y social brasileño, que vive obstinado por el fracaso histórico de este "gigante acostado eternamente en espléndida cuna", como dice (¡o decía!) su himno nacional.

Tal panorama existencial permitió al pensamiento social brasileño colaborar en gran medida en la creación y el perfeccionamiento de una teoría del subdesarrollo y de la dependencia, que se hizo necesaria para explicar la dolorosa situación del Tercer Mundo y para ayudar a su transformación.

Al generar un proletariado importante, cuya incuestionable presencia política en la vida de la nación impresionó a un sector de la intelectualidad, la realidad brasileña permitió la aparición de una crítica radical de las teorías dominantes del desarrollo, cuya inspiración era antes burguesa de manera predominante.

Por estas últimas razones, el análisis de la evolución histórica de Brasil se convierte en un momento esencial de la elaboración de una teoría correcta del subdesarrollo y de la dependencia, así como de la revolución social que marca la historia presente del Tercer Mundo. Una presentación más amplia de las ideas del autor sobre el tema de este prefacio se encuentra en Dos Santos 1978B.

Primera parte

**De la colonia a la dictadura militar:
las raíces de la dependencia**

I La formación colonial

1. EL CARÁCTER DE LA COLONIZACIÓN

Para entender el periodo colonial brasileño es necesario explicar el carácter del capitalismo mercantil, que dio origen a los descubrimientos marítimos de los siglos XV y XVI y organizó la colonización de las tierras encontradas.

La expansión de la Península Ibérica en dirección al mundo africano, y posteriormente americano, tenía el indiscutible liderazgo de Portugal que, además de dominar gran parte de las Islas Atlánticas, consiguió descubrir el camino marítimo hacia las Indias, objetivo central de las incursiones marítimas. La dinastía de los Avis, en Portugal, pudo formar el primer Estado monárquico altamente centralizado de Europa y se lanzó de forma sistemática al restablecimiento del rico comercio con las Indias, cuyo camino terrestre fue cortado por los árabes.

Este hecho revela el papel fundamental que desempeñaron Portugal y, tiempo después, España en la formación del mundo contemporáneo. Al sacar provecho de las prácticas mercantiles antes que otros europeos, al contar con una fuerte concentración interna y externa de capitales, al reunir los conocimientos científicos y tecnológicos de la época, estos países consiguieron abrir al occidente europeo un vasto imperio económico, cuyo fruto final recogerían, siglos después, Holanda, Francia e Inglaterra, sobre todo.

El carácter de la expansión marítima era principalmente comercial. Se trataba de contactar a China y a la Ruta de la Seda a través de su punto más próximo, el rico centro comercial hindú y el Océano Índico, y reorientar su comercio con Europa, que se realizaba hasta entonces a través del continente mediante una vía marítima. Los puestos comerciales, defendidos por sus fuertes, constituían las principales formas de exploración terrestre.

No obstante, era muy diferente la situación en la mayor parte de África y sobre todo en las Islas Canarias, así como en gran parte de las tierras de América. En estos lugares, o se expropiaron los pueblos indígenas más

ricos o se realizó un proceso de cambio absolutamente desigual entre los productos de civilizaciones por completo distintas (un objeto de oro se intercambiaba por uno de acero europeo, sin ninguna ley de valor que regulara ese intercambio). Con el tiempo, se fue demostrando la conveniencia de establecer allí centros productivos bajo la administración europea.

El paso de las relaciones puramente mercantiles a la producción colonial tuvo que variar según las particularidades regionales. Dos tipos de objetos eran necesarios: minerales preciosos y productos tropicales inexistentes en Europa. Ello determinó la elección de las regiones hacia donde el colonizador se desplazó, según sus conocimientos y los recursos técnicos de la época.

El segundo condicionante de la producción colonial fue la mano de obra. Donde existían poblaciones indígenas organizadas, capaces de obtener los metales o los productos tropicales, la tarea fundamental era someterlas y organizarlas con el propósito de que trabajaran para el colonizador. Se trataba de destruir la antigua organización indígena o ajustarla a las nuevas necesidades, lo cual llevó a la destrucción física de millones de nativos.

Había una gran disposición para experimentar soluciones nuevas, sin dejar de considerar los precedentes históricos de los imperios antiguos y medievales, lo que permitió alcanzar solo cierta estabilidad a mediados del siglo XVI. Se trataba sobre todo de conseguir un sistema de movilidad de vastas poblaciones hacia el trabajo minero o en granjas, sin eliminar una economía de subsistencia necesaria y una organización comunal mínima, que funcionaba en especial como reserva de mano de obra.

Sin embargo, el asunto de mayor interés es dónde faltaba mano de obra, como en Brasil. Los indígenas brasileños se encontraban atrasados en exceso en su experiencia de trabajo disciplinado y demasiado dispersos para servir de base a una economía rural estable.

El recurso inicial que usaron los portugueses fue la esclavitud de los indígenas, combinada con la utilización de portugueses degradados. Esta solución resultó muy limitada y se abrió una fantástica y terrible etapa histórica de desplazamiento de la población africana hacia América, mediante una intensificación hasta el límite máximo del viejo comercio esclavista árabe en África.

Este comercio se transformó en los dos negocios más importantes del capitalismo mercantil, que superaba las ganancias de las actividades productivas. Como señaló Karl Marx, el comercio de esclavos, que estuvo bajo el dominio inglés en el siglo XVII, fue una de las bases fundamentales de acumulación originaria de capitales que permitió el surgimiento del moderno modo de producción capitalista.

Cualquiera que fuese la solución encontrada, sea la organización de comunidades indígenas, de las cuales la Corona cobraba tributos; o la entrega de las poblaciones locales al dominio de los "encomenderos", a los cuales la Corona concedía el derecho de explotación de los indígenas, las minas y las tierras; o a través de la esclavitud pura y simple de africanos y, en algunos casos, de indígenas, todos los regímenes de trabajo adoptados tuvieron un carácter servil y forzado. En las colonias, no puede crearse un mercado libre de trabajo a pesar de las amplias motivaciones capitalistas que orientaron su formación. La razón fundamental de esto era la existencia de tierras abundantes, lo cual conduciría de modo normal a la explotación individual, familiar o comunitaria, si la mano de obra existente no se *forzaba* a trabajar en las empresas mineras o agrícolas, de los señores europeos o de los "criollos". Aquella alternativa más progresista se dio en la colonización, casi independiente y "privada", del norte de Estados Unidos, siglos después.

En Brasil, los africanos demostraron esta tendencia natural al escapar de las haciendas para formar comunidades propias, los "quilombos", entre los cuales el más famoso fue Palmares, que tuvo alrededor de 20 000 habitantes, sobrevivió más de medio siglo y estableció vínculos comerciales poderosos con las ciudades del noreste, hasta que las tropas "paulistas" lo destruyeron totalmente en 1694.

Como se dijo, tres son las características fundamentales de las formaciones socioeconómicas coloniales:

- 1) Las sociedades coloniales son un producto del fortalecimiento y la expansión del poder monárquico y este las organiza y administra. La tierra, las minas y las poblaciones nativas de las colonias de modo legal pertenecen al rey. También el derecho de comerciar con las colonias era monopolio legal de la Corona. Las burguesías mercantiles se hallaban bajo su protección y tenían que pagar altos tributos por las concesiones monárquicas para que explotasen las riquezas coloniales.
- 2) Todo el rico comercio y la enorme producción colonial eran un monopolio de la Corona, que cedía, a cambio de un alto tributo, su explotación a particulares, cuando no podía hacerlo ella misma. Este monopolio incluía la mano de obra indígena, lo cual indica el segundo aspecto de las formaciones socioeconómicas coloniales: el trabajo fue servil por necesidad (en el caso de Brasil, el Caribe y el sur de Estados Unidos, era esclavo), no por tradicionalismo, sino por ser funcional, audaz y "emprendedor" ajustado a las necesidades de la producción colonial.
- 3) El tercer aspecto esencial de estas formaciones es la determinación externa de su producción destinada a atender las necesidades del mercado colonizador europeo. Brasil experimentó varios ciclos de producción en el periodo colonial, siendo los principales: el *pau-brasil*, en el siglo XVI, del azúcar y del oro, en los siglos XVII y XVIII, que siguieron una sucesión histórica más o menos rígida. Esta economía es necesariamente monoprodutora, organizada en enormes extensiones de tierra cedidas por la Corona, en

usufructo de los nobles locales, bajo la forma de grandes unidades productoras, basadas en la mano de obra esclava y servil (Sobre esta estructura social véase sobre todo a Freyre, Gilberto, 1936, y Prado Junior, 1945).

2. LA ESTRUCTURA SOCIOECONÓMICA COLONIAL

Se puede intentar una descripción general de la estructura socioeconómica colonial y de su carácter como monoprodutora, exportadora, latifundista y esclavista, cuyas causas históricas ya se describieron antes (el mejor estudio sobre la economía colonial se encuentra en Caio Prado Júnior, 1945).

La estructura productiva que se forma se encuentra condicionada, como ya se dijo, por las características del mercado europeo, al cual atendía. La tecnología empleada, la base financiera, las modalidades de comercio estaban profundamente determinadas por las características de la tecnología, el financiamiento y el comercio europeos. Pocas veces se adoptaron pautas locales, en el campo de la producción y la circulación y, cuando esto sucedió, se debió a particularidades geográficas o climáticas insuperables. De esta manera, la producción asumió un carácter extensivo para atender el hambre de metales preciosos y de productos tropicales que tenía Europa. Se devastaron amplias regiones, se generó un terrible desequilibrio ecológico, regiones de producción o caza y pesca de los indígenas les fueron tomadas violentamente y nuevas enfermedades les fueron transmitidas, lo cual ocasionó una mortalidad espantosa que redujo a menos de la mitad la población indígena de Brasil.

La hacienda de azúcar era la unidad productiva básica de la civilización creada en el noreste de Brasil, en los siglos XVI y XVII. La mayor parte de la producción se destinaba al mercado europeo. Las mercancías estaban bajo control de los comerciantes portugueses, que tenían la concesión de la Corona, del mismo modo que los terratenientes poseían el permiso de esta para usar las tierras.

Los frutos del intercambio externo se destinaban, en gran medida, a importar esclavos de África, con el objetivo de mantener o aumentar la producción (casi 50% del valor de los productos exportados se utilizaba para la importación de esclavos) o la importación de productos de lujo para el consumo de la clase dominante (desde pianos hasta ropa de moda o los pocos libros que ahí llegaban), así como máquinas, piezas, materiales de construcción y otros bienes necesarios para nuevas inversiones.

Para alimentar, abrigar y vestir estos núcleos dedicados a la producción exportadora, se tuvo que crear una base productiva local. Al lado del azúcar, producido en la Zona de la Mata, se desarrolló la cría de ganado en

el noreste y, dentro de la hacienda, una amplia generación de bienes de autoconsumo. Un grupo artesano pequeño completaba el panorama económico, al lado de los puertos y las zonas urbanas (Recife y Olinda, principalmente), dedicados al comercio y actividades administrativas (los dos estudios clásicos de esta sociedad son los de Gilberto Freyre, 1936 y 1951). Molinos de azúcar, ganadería, centros urbanos para el comercio interno y sobre todo externo y para el control administrativo formaban así el mundo colonial del periodo.

En los siglos XVII y XVIII, el descubrimiento del oro en Minas Gerais recuperó la economía de país, que estaba en decadencia debido a la competencia del azúcar caribeño. El oro de Minas Gerais, junto a la explotación de diamantes, hizo que progresara una rica civilización en el interior de las montañas, cuyo poder de compra creaba un gran mercado interno.

La actividad minera, además de ser más especializada y demandar un gran número de productos, creó un amplio aparato administrativo para controlar el impuesto sobre el oro. Estimulada por las minas, se desarrolló no sola la ganadería, sino también la agricultura, un gran grupo artesanal urbano, el comercio y un aparato de servicios urbanos enorme.

Como en otras partes de América Latina, en este periodo hubo un fuerte impulso a la producción manufacturera. La Corona puso, sin embargo, impedimentos radicales a dichas tendencias, al prohibir con pena de muerte la creación de cualquier industria. El impuesto cobrado sobre el oro generó protestas violentas y dio origen a los primeros movimientos libertarios de Brasil, como el de Filipe dos Santos y el de Tiradentes en el siglo XVIII. Pero las minas comenzaron a agotarse al final de dicho siglo y la rica civilización engendrada de ellas entró en un melancólico periodo de decadencia (una visión de este último se encuentra en Boxer, 1962).

En el contexto de esta monoproducción, que generaba economías complementarias altamente sensibles a sus variaciones, la clase dominante que se forma es dependiente en esencia de sus matrices europeas. Allá no están solo los centros jurídico y administrativo de la Corona, sino también los ejes comerciales y financieros que controlaban la demanda de los productos, así como la oferta del brazo esclavo.

No hay duda, sin embargo, que al final del siglo XVIII y comienzos del XIX el monopolio ejercido por la Corona y los comercios portugueses sobre el comercio colonial entró en verdadera decadencia. Debido a las facilidades creadas por la riqueza comercial y el alto poder de compra derivado de esta, la producción de Portugal comenzó a disminuir, lo cual convirtió al país en un simple intermediario entre los productos brasileños y de otras colonias y los productores europeos, en especial los ingleses.

En tales condiciones, el monopolio portugués se convirtió en una pesada carga para la burguesía agraria y comercial de Brasil. El comercio de contrabando permitía superar en parte esta situación. En particular Inglaterra tenía la capacidad de ofrecer mejores precios por sus productos debido a su desarrollo industrial y a la posibilidad de escapar no solo de los trámites e impuestos de la Corona, sino también de los costos de intermediarios, comerciantes y financistas portugueses.

A inicios del siglo XIX, en Brasil como en casi toda América Latina, la tendencia a negociar de forma directa con Inglaterra hacía pedazos el dominio de la Corona y de los comerciantes ibéricos. Faltaba un acto público para volver realidad esta tendencia histórica. En Brasil fueron condiciones muy especiales las que orientaron esta transición. Con la invasión de Portugal por Napoleón, el rey Don João VI abandonó su país en noviembre de 1807 y transfirió su corte a Brasil en 1808 y convirtió a esta nación en el centro del Imperio.

Los ingleses, que no solo inspiraron este acto, sino también garantizaran la fuga del rey, aprovecharon para conseguir la total apertura de los puertos brasileños a sus productos. El rey firmó de inmediato estos y otros decretos que generaron en la práctica una independencia real de Brasil en relación con Portugal y una nueva dependencia respecto de Inglaterra.

Al regresar a Portugal, en 1821, el rey dejó a su hijo como regente del entonces Reino Unido de Brasil, pues, como todo indica, preveía su próxima independencia.

Presionado por un fuerte movimiento independentista, en el cual surgieron fracciones republicanas revolucionarias y, ante la reacción de la burguesía comercial portuguesa que intentaba restablecer el dominio comercial y político sobre Brasil, el propio regente, Don Pedro, declaró la independencia del país en 1822 y pasó a gobernarla como su emperador, creándose un Estado monárquico constitucional, seguido de un periodo de crisis y ajustes en el cual Don Pedro I renunció al trono a favor de su hijo, Don Pedro II, en 1831. La guerra civil continuó hasta 1840, cuando fue declarada la mayoría de edad de Don Pedro II, que tenía solo 15 años.

Esta modalidad particular de independencia permitió a la antigua oligarquía rural, compuesta por los grandes propietarios y empresarios agrícolas, además de los poderosos comerciantes exportadores, mantener el control total del nuevo Estado, al convertirse en la nobleza de un Estado monárquico y al contar con el más amplio apoyo de Inglaterra.

Esta creación en apariencia pacífica (acompañada de una persecución radical a las fuerzas republicanas de los pequeños artesanos y comerciantes que se rebelaron en fuertes movimientos republicanos en 1817 y en las

guerras civiles de 1831 a 1835) del nuevo Estado monárquico aseguró la consolidación del régimen de trabajo esclavo por un largo periodo, de más de 66 años, cuando la propia monarquía, al seguir presiones inglesas, lo abolió a fines del siglo XIX, en 1888, un año antes de su caída.

El trabajo esclavo continuó siendo por mucho tiempo la base del régimen, lo cual se explica por la falta de mano de obra, así como por la abundancia de tierras utilizables, a las cuales, como se vio, se dirigiría la mano de obra, si fuese permitida su libertad. El rico comercio de esclavos continuó hasta la mitad del siglo XIX, cuando dejó de interesar a los ingleses.

El asentamiento de la sociedad colonial en la esclavitud permitió que su carácter dependiente constituyera la base de la producción interna, situación que impidió el amplio desarrollo del mercado interno del trabajo asalariado y de los capitales. Esto se sumaba al monopolio del comercio, de la tierra y de la administración que establecía la Corona y que también impedía el progreso del capitalismo.

Las relaciones de producción esclavista, incluso al ser modernas y ubicadas en el contexto de la expansión capitalista mundial, impedían el establecimiento de un régimen de producción capitalista que permitiese el pleno desarrollo de las fuerzas productivas del país.

Las manufacturas que se instalaron, se asentaron también en el trabajo esclavo y no pudieron dar paso en dirección de la gran fábrica moderna, sobre la cual progresó el sistema de producción capitalista. Solo en la segunda mitad del siglo XIX y en particular con el fin de la esclavitud, en 1888, el país pasó por un importante pero aún precario proceso de industrialización.

Al mismo tiempo, la estructura colonial creó el latifundio (acerca de la permanencia del latifundio, véase Passos Guimarães, 1968), en el cual se basaba la riqueza de la clase dominante. Se trataba al principio de una forma precapitalista de propiedad de la tierra, la cual era totalmente propiedad de la Corona y se cedía a los usuarios como atributo de su nobleza. Con la Independencia, solo hubo una evolución de esa forma precapitalista de propiedad, que generó una nueva relación jurídica, la aseguraba no únicamente la posesión sino también la propiedad de la tierra al señor rural, dándole las condiciones jurídicas para convertirse en un propietario capitalista (que dispone con libertad de sus bienes, susceptibles de transformarse en dinero o en capital o en nuevas inversiones).

El paso final en esta dirección demoró algún tiempo, lo que limitó de manera enorme el desarrollo del mercado de capitales. Se pasó entonces por un periodo de conquista de nuevas regiones agrícolas y de colonización del

país, que abrió la propiedad rural a quienes no eran nobles y creó las bases de una sociedad más moderna. Solo hasta la segunda mitad del siglo XIX se asiste a este proceso de modernización, que creó las condiciones del desarrollo capitalista en el país.

II La modernización de la sociedad agroexportadora

El periodo que va desde la independencia política, en 1822, hasta la Guerra Mundial de 1914 a 1918, se caracterizó por la expansión de la economía exportadora con bases más modernas, hasta que, a fines del siglo XIX, este proceso se cristalizó por completo en una sociedad oligárquico-exportadora de tipo liberal, más autoritaria, profundamente ligada al capital monopólico inglés y después estadounidense.

El conjunto de las transformaciones socioeconómicas llevadas a cabo en este periodo puede designarse como un proceso de modernización cuyas características fundamentales son las siguientes:

1) Se abrió el comercio del país al mercado mundial (en particular al inglés), al fundamentarlo en un intercambio basado en el valor (con relaciones desiguales, debido a razones que se describen más adelante) y orientado por la doctrina del libre cambio. La lucha que se dio en este periodo, entre la doctrina liberal y el proteccionismo, terminó con la victoria de la primera y la consolidación de la burguesía agroexportadora, cuyos intereses se confundían con el imperialismo inglés, en ese momento en pleno ascenso.

2) A pesar de la supervivencia de las relaciones esclavistas hasta 1888, el capital industrial inglés ya venía presionando, sobre todo para acabar con el comercio de esclavos, y después con la propia esclavitud, y llegó a implantarse al final del siglo una mezcla de régimen salarial capitalista y relaciones de trabajo semiserviles. Se crearon entonces las bases de un mercado de trabajo en el cual la importación de migrantes europeos a gran escala a las plantaciones de café de São Paulo vino a sustituir la importación de los esclavos y los trabajadores negros expulsados a las zonas urbanas. El contenido racista de esta migración quedó muy claro en los debates de la época.

Al mismo tiempo surgió un mercado de capitales, el cual se liberó de su dependencia de la compra de esclavos y de tierras y pasó a moverse con mayor libertad en búsqueda de inversiones industriales, comerciales y de servicios.

3) A pesar del carácter conservador de la clase dominante, debido al fundamento arcaico de su poder, la superestructura jurídica y política tuvo que modernizarse y ajustarse, con importantes adaptaciones a las necesidades de una sociedad liberal-burguesa. La implantación de la República, el ascenso del positivismo

como doctrina básica de la clase media emergente, la separación entre la Iglesia y el Estado, el desarrollo de la educación pública, etc., formaron un conjunto de cuestiones vitales para la adaptación de la superestructura a las nuevas condiciones de una economía que, a pesar de modernizarse en sus relaciones de trabajo, continuó siendo agroexportadora y no pudo superar su carácter dependiente.

Enseguida se estudia cada uno de estos puntos con más detalle:

1. LA EXPANSIÓN DEL COMERCIO MUNDIAL

La caída de la producción de oro hacia el final del siglo XVIII originó una demanda de nuevos productos exportables. El algodón, la caña de azúcar en recuperación y después el café fueron los sustitutos de un comercio que pasó por una grave crisis en las primeras décadas del siglo. Brasil era el principal exportador de algodón hacia Inglaterra, junto a Estados Unidos (en 1800 exportaba 30 000 sacos, mientras que Estados Unidos exportaba 40 000), pero perdía rápidamente su posición (en 1807 exportaba 19 000, mientras que Estados Unidos exportaba 171 000). También el azúcar sufrió una fuerte competencia cubana.

Hasta la segunda mitad del siglo XIX, Brasil retomó un importante crecimiento económico, basado en el café, que vino a constituir casi 60% de las exportaciones de la nación. Al mismo tiempo, alcanzaba una posición excepcional en el mercado mundial: a mitad del siglo XIX, la exportación brasileña de café correspondió a casi 50% de la exportación de este producto: en 1900 este porcentaje se incrementó a 75%.

A comienzos del siglo se da un importante auge exportador de goma, que existía en la región amazónica y que posteriormente los ingleses trasplantaron hacia otras regiones. También aumentó la exportación de cacao para la fabricación de chocolate.

Dada la nueva coyuntura en el mercado mundial, la balanza comercial comenzó a presentar un saldo positivo desde 1868, lo cual permitió acumular una gran reserva financiera, que aumentó por la abolición de las costosas compras de esclavos.

El capital inglés, que en la primera mitad del siglo XIX buscó controlar al país a través de préstamos al gobierno y a particulares, los cuales tenían como objetivo cubrir los déficit de la balanza comercial, modificó sus relaciones con Brasil en la segunda mitad del siglo, al incursionar en los sectores de transporte, servicios públicos, energía eléctrica, comunicaciones y otros, buscando aprovechar las reservas financieras del país,

generadas por el superávit que entró en existencia dentro de la balanza comercial y que permitió a Brasil comprar ferrovías, acero y maquinarias de Inglaterra, además de las clásicas importaciones de productos de lujo.

Todo ello permitió un cierto desarrollo industrial; el mercado de capitales comenzó a organizarse y se desarrolló el sistema bancario. El clima general llevó a una euforia de la clase dominante. Todo indicaba que se podía confiar en el liberalismo económico como fundamento del desarrollo.

El monocultivo de café, al orientar al país hacia la exportación agrícola, paralizaría en realidad su impulso de integración en la nueva era industrial. Pero aparecía en este momento como la solución de los problemas nacionales, como el mejor camino posible hacia el ingreso de Brasil en el mundo moderno. De ahí viene la fuerza ideológica y política de la oligarquía agroexportadora, que creó una verdadera élite empresarial, intelectual y política a su servicio, que venció toda oposición a su dominio.

Sin embargo, esta oligarquía no podía ocultar su enorme dependencia de la burguesía comercial y de la exportación de café que atraía también la tecnología moderna, a través del transporte ferroviario, de los puertos, de los servicios de comunicación, bancarios y otros. En la década de 1860, un capitalista brasileño intentó crear un núcleo de capitalización de los excedentes generados por el comercio exterior, al inaugurar empresas mineras, de transporte, de energía eléctrica y más, con base en un banco nacional. El profundo fracaso de Barão de Mauá ante la competencia internacional y debido a los límites de una economía esclavista interna mostraron la incapacidad de la burguesía agroexportadora para enfrentar las tareas derivadas de una verdadera modernización.

El progreso de la economía exportadora permitía a la burguesía y a la clase media urbana adquirir los productos manufacturados importados a bajo precio y limitar así el mercado de estos bienes a una industria nacional que no disponía de poder competitivo. Esta solo pudo desarrollarse como un sector complementario y dependiente del exportador. La alimentación de esclavos, campesinos y asalariados urbanos tenía que satisfacerse mediante la agricultura y la ganadería nacionales, la cual llegó a cierto grado de industrialización de productos alimenticios como la carne seca, en el estado de Rio Grande do Sul, los productos lácteos del estado de Minas Gerais y Goiás, el beneficio del arroz y del frijol, etc. El carácter altamente especializado de la cultura exportadora destruía gran parte de la agricultura de subsistencia, estimulaba la inserción del país en la división internacional del trabajo y creaba un cierto dinamismo económico interno.

La demanda de los asalariados urbanos y rurales estimulaba las industrias textiles, de alimentación, calzado, construcción y otras. La Guerra de Paraguay fue asimismo un importante activador de las manufacturas

nacionales. Las industrias ligadas a las actividades de exportación también prosperaron. Pero la subsistencia de un régimen de trabajo esclavo era un gran impedimento para el desarrollo interno. Con la extinción de la esclavitud en 1888, las industrias tuvieron un gran auge y se creó, al final del siglo, una base industrial de relativa importancia. Así, la economía nacional conseguía un grado de diferenciación bastante notable, que permitiría la aparición, a inicios del siglo, de una compleja estructura de clases.

2. La estructura de clases

A fines del siglo XIX, la hegemonía antes indiscutible de la oligarquía agroexportadora ya no era, en efecto, tranquila. Las clases medias urbanas se desarrollaron con base en la afirmación de las fuerzas armadas, del crecimiento de las zonas industriales, de la expansión comercial, del aumento del aparato administrativo, cada vez más necesario para controlar la economía, y de la formación de una infraestructura de energía y transporte para atender la expansión de los negocios. Por fin las clases medias profesionales crecían y ganaban importancia junto al sistema escolar recién creado y los pequeños comerciantes e industriales comenzaron a influir sobre los poderes locales en grado ascendente.

Al mismo tiempo, crecía el proletariado urbano, compuesto por los trabajadores de ferrocarriles, puertos, fábricas textiles y alimentación. Muchos de ellos eran inmigrantes, sobre todo italianos, introducidos al trabajo agrícola, que abandonaban sus actividades a causa de las condiciones de explotación que imperaban. La situación de los inmigrantes italianos en Brasil fue objeto de duras críticas en el parlamento italiano por parte de los partidos de izquierda, sobre todo el anarquista, que tenía gran influencia sobre el proletariado nacional (Caio Prado Júnior, 1945, tiene un ensayo clásico sobre el tema).

A finales de siglo nació en el campo un proletariado asalariado que se formó en algunas regiones de São Paulo, estado de Rio de Janeiro, parte de Minas Gerais, además del proletariado del noreste y de Rio Grande do Sul. Sin embargo, la mayor parte de la mano de obra agrícola estaba constituida por campesinos en condiciones semiserviles o en un régimen intermediario de asalariados y pequeños agricultores. La mayoría de los trabajadores era socia, aparcera o colona, es decir, a cambio del derecho de utilizar las tierras del señor, ellos tenían la obligación de trabajar para él durante ciertos días y, además, entregarle parte de la producción de las tierras en que trabajaban, o bien, una porción de sus crianzas de animales.

Muchos autores creen ver en estas relaciones una forma de salario disfrazado, pago en especie (véase Caio Prado Júnior, 1966). En realidad, dichas relaciones unen al trabajador con el dueño de la tierra, no solo por lazos económicos, sino serviles también (que asumen la forma de alianza, la deuda de honra y otras modalidades

de dependencia). De ninguna manera los socios (cualquiera que sea su forma específica de relación) son trabajadores libres, dueños de su fuerza de trabajo, la cual venden en un mercado libre de trabajo. Por tanto, no son asalariados. Por el contrario, las relaciones asalariadas rurales y urbanas fueron y en parte continúan siendo afectadas por esas relaciones semiserviles que limitaron el desarrollo del modo de producción capitalista en el país.

La otra parte de mano de obra rural estaba formada, y todavía, por una inmensa población de pequeños propietarios minifundistas que venden su fuerza de trabajo y la de sus hijos y parientes en los periodos de cosechas. Esos trabajadores temporales constituían (y aún lo hacen bajo nuevas formas como se verá) la mayor parte de la mano de obra agrícola. Ellos eran una mezcla de pequeños propietarios y asalariados con un pie en la agricultura de supervivencia (con ventas ocasionales de sus productos y una economía mercantil simple) y otro pie en las relaciones asalariadas, que les permiten obtener liquidez para comprar parte de su consumo de bienes industriales.

Posteriormente, como resultado del desarrollo capitalista en el campo, la situación de esos campesinos se deterioró a tal grado que se vieron obligados a comprar productos agrícolas que ya no conseguían producir en sus minifundios. Además, ya no les era posible utilizar los bosques vecinos para la obtención de madera, caza y otros recursos con que contaban en el pasado.

El desarrollo de las relaciones mercantiles les hizo vender una parte cada vez mayor de su producción, situación que los sometió a las leyes del mercado sobre las cuales no tenían ningún control y que, en general, desconocían.

Asalariado rural puro (muy pocos), nivel intermediario de asalariado rural y pequeño propietario, o parte del grupo familiar de este último, y socios de diferentes tipos formaron la mayor parte del proletariado y el semiproletariado agrícola brasileño. Como se describe más adelante, la situación no cambió de modo sustancial sino hasta la mitad del decenio de 1960 del siglo XX.

Junto a estos sectores proletarios, se encuentra el pequeño y el mediano agricultores, propietarios o arrendatarios de la tierra. Este tipo de empresario agrícola existió y aún se le encuentra en la región sur del país (que se extendió recientemente hasta Mato Grosso, Goiás, Rondônia y otros estados del norte). Estos empresarios desarrollaron gran parte de la agricultura más moderna, sobre todo de frutas y hortalizas hacia los mercados urbanos y las industrias alimenticias. También se especializaron en una agricultura de zona templada y subtropical que incluyó algunos cereales y en ciertos casos (como la zona del norte del Paraná), hasta el café.

Muchos de ellos formaban parte de colonias de extranjeros, como los alemanes y los japoneses, que tuvieron importante apoyo de sus gobiernos para crear una colonia relativamente bien ubicada en Brasil y en otros países, apostando sus conocimientos técnicos y administrativos en un ambiente compuesto de grandes unidades productoras casi siempre subutilizadas.

La hacienda de café, que fue el centro de la actividad económica del periodo, no tenía una preocupación especial hacia el aprovechamiento racional de la tierra. Esta era abundante. La preocupación dominante de los dueños del café, los grandes oligarcas de São Paulo, era mucho más por la comercialización, el transporte, la comunicación inmediata, la cotización de precios, que por el perfeccionamiento de una técnica agrícola que llevase a un aprovechamiento más racional de la tierra. Mientras su productividad fuera alta, no importaba que se agotara la tierra. De inmediato pasaban hacia nuevas regiones y vendían las antiguas haciendas a nuevos propietarios de segunda categoría. Además, las propiedades eran tan grandes que difícilmente se agotaban en un periodo medio de utilización.

Los hacendados de café tenían que cuidarse de problemas muy complejos. Tuvieron que importar la mano de obra de Europa. Surgió la necesidad de cuidar el control internacional de precios, lo cual obligó al Estado a garantizar el precio del café en 1906, a través del Acuerdo de Taubaté. Por este acuerdo, el Estado podía comprar el excedente de café, para regularizar su oferta internacional. Utilizaban las divisas obtenidas con la explotación, no solo para construir verdaderos palacios urbanos, sino también para nuevas inversiones que se desplazaron al sector financiero e industrial. Tenían que velar por los transportes ferroviarios al interior y por los puertos y transporte de mercancías.

Todo ello los llevaba a una fuerte preocupación con influencias del Estado y la política (Celso Furtado enfatiza en especial este carácter empresarial de la oligarquía del café). La oligarquía del café era mucho más urbana y comercial que propiamente agrícola. Sus grandes representantes se alimentaban de la cultura europea; se rodeaban de marcos y muebles de estilo europeo; protegían a artistas y escritores; crearon en los años de la década de 1930 la Facultad de Filosofía de São Paulo, como una especie de filial de la "Sorbonne" en aquellas tierras tropicales (como se sintió Claude Levi-Strauss al transportarse a ese país extraño en los años de la Segunda Guerra Mundial). Esta oligarquía conseguía ocultar, en estos refinados ambientes de cultura cosmopolita, las miserables condiciones de los campesinos que producían los excedentes con que alimentaban su ocio. El despreciado "Jeca Tatu", algunas veces idealizado y otras ridiculizado, se le presentaba como tonto, ignorante, analfabeto y miserable tipo humano que producía esa enorme riqueza de cuya existencia no tenía la menor sospecha.

De esta manera, se establecieron los lazos entre una economía de miseria y otra de opulencia, cuya forma básica de división era el gran y miserable medio rural y el refinado y selecto ambiente urbano. Esa mezcla de cosmopolitismo y provincianismo, de cultura sofisticada y analfabetismo generalizado despedazó y aún despedaza al país al transformarlo en un enorme gigante, cuyas contradicciones y desafíos son insolubles para un pensamiento sin dialéctica.

En las pequeñas ciudades que se desarrollaban se reproduce, a nivel regional, esta misma estructura. Grandes propietarios provincianos sometidos de manera intensa por los grandes oligarcas nacionales. Una pequeña burguesía provinciana, un enorme y miserable ejército de campesinos junto a un reducido sector del proletariado urbano y algunos brotes de poblaciones marginales sin trabajo (aunque ablandados por la economía de supervivencia).

Las situaciones de crisis económicas del sector exportador, o de dificultades naturales, como las sequías del noreste, quebraban el delicado equilibrio de esta economía local, lo cual obligó a estas poblaciones a desplazarse hacia las zonas urbanas en la búsqueda de mejores oportunidades. En las primeras décadas del siglo XX, este proceso de migración se fortaleció con el avance del capitalismo en el campo y la consecuente expulsión de enormes masas de población rural hacia las zonas urbanas.

Mientras tanto, a finales del siglo XIX Brasil dio origen a una estructura de clases bastante compleja. En un extremo, estaba la oligarquía agroexportadora y, más abajo, una burguesía agrolatifundista, pero sin contacto directo con el sector exportador. En las regiones urbanas aparece una burguesía media (basada en la industria y el comercio interno) y una clase media asalariada o profesional con algún acceso a los dueños del poder que les compran su trabajo.

En el campo, sosteniendo a esas clases dominantes, se encuentra la mayoría de la población, sometida a las relaciones de parcelera colonial (y asalariada de manera eventual). Esas relaciones se complementaban, en gran número de casos, con la posesión o la propiedad de pequeñas parcelas agrícolas donde progresaba una agricultura de autoconsumo.

Por otro lado, una importante masa de proletariado industrial y de un semiproletariado de servicios ya estaría en formación. Recién llegados del grupo de artesanos urbanos y suburbanos o rurales, aquellos conservan aun valores pequeñoburgueses.

Esta estructura de clases, a pesar de su verticalidad, se encontraba marcada en extremo por la violenta oposición entre un campo precapitalista, por un lado, y una zona urbana cosmopolita y capitalista por otro.

Las violentas luchas que pasó el campo brasileño, entre finales del siglo XIX y las primeras décadas del XX, no encontraron repercusión urbana (la más importante de estas, que por su importancia llegó a amenazar al poder político, se describió en el libro clásico de Euclides da Cunha sobre las regiones agrestes). Tiempo después, los bandidos y las rebeliones militares de los tenientes (fruto de los violentos choques urbanos del decenio de 1920, entre los cuales se destacó la Coluna Prestes) se encontrarían de algún modo con este Brasil rural, sin generar por ello un movimiento profundo para entenderlo y procurar cambiarlo (El libro de Bastos, Abguar (1946) aún es uno de los mejores ensayos de comprensión de este periodo. Véase también Carone, Edgar (1975) y Santa Rosa, Virgínio (1933).

Las superestructuras institucional e ideológica que se erguían sobre esta sociedad dependiente, agroexportadora, no escapaban de estas bases, que les daban vida.

3. EL ESTADO, LOS PARTIDOS Y LA IDEOLOGÍA

Brasil era la única Monarquía Constitucional dentro de una América Republicana. Además de proporcionarle una estabilidad conservadora, esta situación no lo diferenciaba de manera tan profunda de los otros países. La misma ideología liberal, culta pero autoritaria, que orientó a los revolucionarios de la independencia de las repúblicas latinoamericanas, moldeaba la cabeza del emperador e influía a los partidos del Imperio. La misma clase dominante agroexportadora daba fundamento a las estructuras institucionales e ideológicas.

El aparente absurdo de esta situación se deriva de que el liberalismo "mestizo" era la expresión de los intereses de la burguesía agroexportadora y no de la burguesía industrial, como ocurría en Europa. Por el contrario, en las economías capitalistas dependientes, el liberalismo era antes que nada el instrumento de contención del surgimiento y el desarrollo de una burguesía industrial. De ahí los tonos tan conservadores y autoritarios de este liberalismo que podía conciliarse de forma tranquila con un colegio electoral altamente selectivo, la conservación del trabajo servil y esclavo, y con la tendencia inevitable al eclecticismo, el pragmatismo y el empirismo, con el consecuente desprecio por las cuestiones ligadas a las nuevas tecnologías y a la falta de cualquier preocupación por el desarrollo científico.

Es verdad que Don Pedro II inauguró el sistema de telégrafos en 1874 y se interesó por las ciencias y las artes, pero lo hacía como un apreciador, un diletante, un consumidor. Las burguesías agroexportadoras se relacionaban con el mundo tecnológico moderno en esta función pasiva de consumir y no de producir ciencia.

Por ello, los dos partidos que formaron el parlamento monárquico (tanto el conservador como el liberal) representaban matices de este liberalismo agrarista y colonial. Brasil aumentó sus exportaciones de azúcar a los mercados europeos en expansión; se aprovechó el corte de provisiones estadounidenses de algodón hacia Europa durante la guerra civil para aumentar las exportaciones de ese mismo producto; creó la exportación de caucho, que enriqueció a la Amazonia y el café se volvió su principal producto de exportación. Se disponía así de una burguesía exportadora en expansión, segura de su capacidad económica y de la fuerza del liberalismo.

La abolición del tráfico esclavo bajo la presión inglesa en 1850 abrió camino a la política migratoria que se reforzaría aún más a fines del siglo XIX y comienzos del XX, con la abolición de la esclavitud. Las oligarquías agroexportadoras reforzaban así su confianza en el libre mercado hasta inicios del siglo XX, cuando las dificultades de exportación del café dieron inicio a la intervención estatal, a través del acuerdo de Taubaté, para asegurar la limitación de la oferta de café en el mercado internacional y la formación de reservas reguladoras.

Incluso el ataque industrial de mitad del siglo XIX (en que se destacó la figura del Barão de Mauá, que terminó engullido por la concurrencia internacional y los límites de una economía basada en el trabajo esclavo y, por tanto, en la restricción al mercado interno y a las relaciones capitalistas) no originó una posición nacionalista y proteccionista suficientemente importante.

Esto no impidió el surgimiento, el desarrollo y la expansión de un socialismo utópico de origen artesanal que se manifestó en el periodo de la independencia y que se exterminó a sangre y fuego en los levantamientos de la década de 1830. Los movimientos revolucionarios (como la Confederación de Ecuador en el Noreste, en 1824, y los movimientos que se produjeron durante la regencia en el decenio de 1840) llevaron la marca de sus orígenes artesanales (la *cabanagem*, en Pará, entre 1835 y 1837; la *sabinada*, en Bahía, de 1837 a 1838; la *balaiada*, en Maranhão, en 1838 a 1841; la Guerra de los Harapos, de 1835 a 1848, en el sur, y la Revolución Praireira, en Pernambuco, en 1848 a 1849) y la historia oficial brasileña los redujo a la condición de motines que no desafiaban el poder central, con lo cual se ocultaba, sin embargo, su carácter libertario, republicano y antimonárquico, muchas veces proteccionista, opuesto al liberalismo que ahogaba al grupo de artesanos y a la industria nacional naciente.

Como se sabe, en América Latina, la alternativa del desarrollo nacional dirigido hacia el mercado interno solo floreció en Paraguay, situación que lo llevó al enfrentamiento militar con la Triple Alianza de Brasil, Argentina y Uruguay, entre 1864 y 1870. Esta vez, Brasil se convirtió en responsable directo del genocidio del pueblo paraguayo, ubicándose en una posición internacional en extremo débil, además de realizar un esfuerzo

interno desgastante y generar una deuda externa que efecto en gran parte las ventajas de un auge exportador que le favorecía en ese periodo.

La Guerra de Paraguay (como se conoce en Brasil) se sumaba así a la represión de las insurrecciones para crear las bases que afirmarían al ejército en la vida nacional. Con este último, se consolidaba también una clase media, que hasta entonces, tenía las puertas del poder cerradas por la nobleza de la tierra, amparada en la monarquía.

El movimiento que agitó la bandera republicana en el país tuvo su principal apoyo social en estos sectores medios emergentes, que asumieron una posición ideológica claramente positivista y se inspiraban en el federalismo estadounidense, procurando conciliar un régimen administrativo centralizado con una economía de base rural, asentada en estructuras de poder local e integrada por regiones dirigidas a la exportación y poco articuladas entre sí.

La desaparición del mercado nacional de esclavos, con la abolición de la esclavitud en 1888, eliminó uno de los más importantes vínculos entre estas distintas regiones, que las llevó a concentrarse en sí mismas y a fortalecer la vida local y regional. La Carta Constitucional Republicana de 1889 vino a propiciar los medios jurídicos para el funcionamiento de una estructura de poder regional que ya existía de hecho.

Los centros exportadores (principalmente la zona cafetalera) reivindicaban autonomía para expandirse en sus relaciones con un mercado internacional en crecimiento, sin dejarse limitar por el centralismo monárquico.

La Primera República, que se estableció entre 1889 y 1930, fue una expresión de la conciliación entre estos intereses regionales, que al final generaron la "política de los gobernadores". Esta se caracterizó por una alianza de los jefes políticos locales (los caciques) con los gobernadores de los diferentes estados de la república y por una articulación de los gobernadores entre sí, a nivel federal, que tenían como centro aglutinador el grupo ligado al café en São Paulo y a la ganadería en Minas Gerais, los cuales derrotaron las tendencias hegemónicas de otras facciones regionales (la mejor descripción del periodo y de la política del caciquismo está en Víctor Nunes Leal, 1948, y la mejor colección de datos y fuentes se encuentra en Edgar Carone, 1959).

Este acuerdo, relativamente estable, entre intereses regionales tan fuertes, tenía su epicentro en el ejército, que instauró la República en 1889 y que continuaba siendo la llave de la unidad nacional, al integrar las fuerzas regionales que se desmembraron en toda América Latina en repúblicas menores y poco estables.

El positivismo como doctrina filosófica-social, el liberalismo como método económico y el federalismo como principio organizativo integraban, a escala macroestructural, los intereses de las clases hegemónicas de una estructura económica que emergió al final del siglo XIX y maduró en un largo proceso económico y social. Los otros intentos de "modernización" del país, como la adaptación del derecho civil a las necesidades del capitalismo (aunque dependiente y combinado con varios sectores de economía natural o mercantil simples), la separación de la Iglesia del Estado, la afirmación del carácter profesional del ejército (a pesar de su intervención en la declaración de la República y en los primeros gobiernos republicanos), el desarrollo de la educación pública, y otros, fueron los elementos configuradores de una superestructura que procuraba ajustarse a las condiciones de una economía nacional en expansión, a pesar de ocupar un sitio dependiente dentro del sistema capitalista mundial.

No obstante, durante ese periodo surgieron nuevas fuerzas sociales que trajeron también ideas y acciones políticas innovadoras. Por un lado, el surgimiento de un proletariado aún débil y originario del sur de Europa trajo consigo el ideal anarquista y un majestuoso movimiento social que llegó a generar una central sindical, la cual evolucionó a la radicalización de las huelgas generales de 1917 y 1919. Después de la Revolución Rusa, gran parte de la militancia de ese proletariado anarquista se convirtió al bolchevismo y dio origen al Partido Comunista de Brasil (PCB). Fue la entrada del socialismo científico al mundo intelectual brasileño por la vía del marxismo-leninismo y en particular su versión estalinista. Sobre la historia del PCB, véase en especial a Carone (1979) y Chilcote (1982).

Al mismo tiempo, las cuestiones sociales levantadas por la socialdemocracia europea y por la Convención de Viena llegaban también a Brasil por una vía más reformista y hasta incluso influenciaban un movimiento socialista en formación aún muy impreciso y poco articulado desde una perspectiva teórica. La "cuestión social" también se introdujo en la vida intelectual y política brasileña por la vía del pensamiento social cristiano (todavía en extremo conservador y autoritario).

Por último, las ansias de participación política de las clases medias llevaban a una fuerte lucha por el sufragio universal, el carácter del proceso electoral y la moralización del Estado abandonado al clientelismo a favor de un funcionalismo más profesional.

En otros países de América Latina, esos ideales sociales y liberales se cristalizaron desde el punto de vista político en partidos políticos de clase media, como los radicales argentinos y chilenos, el partido peruano Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) (que agregó a estas ideas un fuerte sentimiento antiimperialista). En Brasil, la hegemonía de las oligarquías rurales (reunidas en torno a los partidos republicanos)

obstaculizó con fuerza el espacio hacia estos sectores medios. Por esta razón, ellos terminaron por adherirse a la rebeldía de los tenientes insurrectos de la década de 1920 y desembocaron en la revolución de 1930.

Para analizar estas nuevas realidades es necesario, sin embargo, situarlas en el contexto de la crisis de la economía agroexportadora, que se describe en el capítulo siguiente.

III La crisis de la economía agroexportadora y la industrialización

El periodo que va del fin de la Primera Guerra Mundial hasta los últimos años del decenio de 1950 se caracteriza por la crisis definitiva de la vieja economía exportadora y la creación sistemática de una alternativa industrial, apoyada por una fuerte corriente nacionalista. Esta corriente se basaba en una alianza fluida, o bloque de clases, que fue cambiando en el tiempo su definición del programa de transformaciones que unía su fidelidad y consecuencia para con él.

Como se ve en el siguiente capítulo, este intento de desarrollo nacional independiente, dentro del capitalismo, se vio frustrado a fines del periodo, con el Golpe de 1964, así como el bloque de clases que lo apoyó. Las razones quedaron claras en la propia descripción del proceso. En resumen, las fuerzas sociales que favorecieron la industrialización quedaron acorraladas al final entre tres fuerzas sociales de intereses en conflicto: el antiguo sector exportador, de origen nacional o internacional, el nuevo sector industrial, crecientemente comprometido con el capital internacional, y las nuevas clases asalariadas, obreras y técnico profesionales, generadas por el proceso de industrialización y la urbanización. Presionada por la resistencia del decadente pero aún poderoso sector exportador, por las ambiciones hegemónicas del capital monopólico internacional y por la creciente concientización y organización del movimiento popular, la corriente nacionalista y reformista se vio sin aliento y sin salida. En 1964, se reveló de manera paradigmática su debilidad orgánica y, por tanto, los límites de la coalición de clases que la sostenía y del proyecto histórico que proponía.

En los puntos que a continuación se exponen, se tiene la oportunidad de examinar con más detalle los diferentes elementos que hasta aquí se ha procurado sintetizar.

1. LA CRISIS DE LA ECONOMÍA AGROEXPORTADORA

En apariencia sólida, la economía agroexportadora que se describió en el capítulo anterior comenzó a entrar en crisis a fines del siglo XIX, cuando dio inicio la caída del precio del café a escala mundial (valor medio por saco: 4.09 libras en 1893, 2.91 en 1986 y 1.48 en 1899). Al mismo tiempo, crecía la superproducción brasileña de este producto, cuya oferta aumentaba de manera enorme en todo el mundo.

Fue entonces que la burguesía caficultora encontró una solución al problema que, en realidad, solo consiguió aplazar la crisis, al descargar su costo sobre el pueblo brasileño en su conjunto. El acuerdo de Taubaté, en 1906, establecía un precio fijo para la venta de café y tomaba medidas para mejorar su producción y controlar su oferta. Comenzaba así una política proteccionista de valorización del café, que buscaba neutralizar su tendencia a la baja, a través de financiamientos de los centros productores (São Paulo, Minas Gerais y Rio de Janeiro firmaron el acuerdo) por los recursos de la Unión. Solo la intervención estatal consiguió salvar la economía de este producto, lo cual chocaba con los principios liberales que la burguesía agraria apoyaba hasta entonces.

Sin embargo, esta política proteccionista llevaría, a largo plazo, a un debilitamiento de la posición brasileña de monopolio sobre la producción mundial de café. Además de ser muy onerosa al obligar al Estado a comprar grandes depósitos de café, endeudándose de forma progresiva, esta política de valorización artificial y tan costosa del precio de este grano favorecía a los productores de otros países y aumentaba, de cualquier manera, la competencia internacional, creando un círculo vicioso que obligaba a una creciente intervención.

La dependencia de la oligarquía del café, en relación con la política estatal, la obligó a controlar rígidamente al Estado. Pero al tornarse dependiente del Estado, aumentar la inflación y exigir importantes sacrificios nacionales para sostenerla a largo plazo, esta política se debilitaba y se obligaba a hacer concesiones y acuerdos con las nuevas clases emergentes de las zonas urbanas. De igual modo, esta política, al crear una devaluación de la moneda nacional, aumentaba el costo de los productos importados, lo cual favoreció a la industria nacional a través de una especie de proteccionismo indirecto.

Con la crisis internacional de 1929, la burguesía del café sufrió un golpe definitivo. La crisis llevó a una caída drástica al comercio mundial y a las exportaciones del café. Sin perder su papel relevante en la vida nacional, la burguesía agroexportadora dejó de ejercer la hegemonía que imponía, sin grandes dificultades, a través del sutil sistema de compromisos de la política de los gobernadores, conforme se describió en el capítulo previo. Ahora tenía que contentarse con una ayuda estatal más discreta en el plano interno y aceptar la llamada "confiscación cambiaria", que llevaba al control del Estado las divisas obtenidas con las exportaciones. Para que el Estado cambiara de forma tan drástica su posición en relación con la oligarquía rural-exportadora, fue necesario llevar a cabo una revolución en 1930, que sentó las bases de un nuevo proyecto estatal de carácter industrial y nacionalista.

Según algunos analistas del periodo, el sustento del financiamiento del café revelaba la ausencia de una política burguesa industrialista, pero la existencia y la sutileza de esta política era muy clara. Se trataba de

mantener la producción de café y las rentas que esta creaba en el plano interno y externo, para vender en este mercado interno los productos industriales nacionales y para apoderarse de las divisas obtenidas en el exterior, con las cuales se podía comprar materia prima y maquinarias que daban lugar al desarrollo industrial del país.

La conciencia de la necesidad de este proteccionismo era muy clara en la élite industrial brasileña y muy secundaria en la pequeña y mediana industrias que, por su parte, seguían sus líderes más conscientes, reunidos en centros y asociaciones y, posteriormente, a partir de 1937, en sindicatos y federaciones de clase.

Lo que ocurría es que esta conciencia tenía que ajustarse a las condiciones específicas de un país dependiente, en el cual, el desarrollo industrial dependía en un sentido estructural de la capacidad de importar máquinas y materias primas. La esencia de la "revolución burguesa", en esos países, esto es, la habilidad de conseguir una acumulación de capital que permitiera la industrialización, pasa por la necesidad de controlar las divisas y utilizarlas para las inversiones en la industria local. A este proceso se le ha llamado "acumulación externa de capital" (véase Vania Bambirra [1973]), esto es, la necesidad de que la reproducción del sistema capitalista dependiente incluya al sector externo, porque en estas naciones el sector de bienes de producción, que Marx llama sector I, se encuentra en el exterior (máquinas, implementos y materias primas industrializadas en particular). Los líderes industriales de la época, en particular Roberto Simonsen, tenían una clara conciencia del problema (Simonsen, 1939).

La crisis del sector exportador se inició a partir del decenio de 1920 y todos los intentos de la burguesía agraria por retomar el control hegemónico del poder político se mostraron contrarias a la marcha de los acontecimientos. El sector exportador fue perdiendo su función mayoritaria en la renta nacional, cayendo de 17 a 6%, entre las décadas de 1930 a 1950. Así también la renta generada por la agricultura perdió el primer lugar en el producto nacional, superada por la renta de los sectores industrial y de servicios. En 1944, la agricultura constituía 27% del producto nacional bruto (PNB) y, la industria, el 21%. En 1961, la agricultura contribuía con 22% del producto y la industria con 34% (la mejor sistematización sobre los datos industriales de este periodo está en el libro de Werner Baer [1966]).

2. LA INDUSTRIALIZACIÓN COMO PROCESO

Como se vio antes, la industrialización de fines del siglo XIX y comienzos del XX surgió como un complemento del sector exportador. Las economías externas creadas por las actividades exportadoras y el mercado interno

generado por este sector fueron lo que permitió el desarrollo industrial. En el inciso anterior del presente capítulo, se mostraron otros aspectos específicos de esta relación. Se describió cómo el sector exportador generaba los ingresos para importar maquinarias y materias primas que consumía el sector industrial.

No obstante, existían otras relaciones de dependencia entre los sectores industrial naciente y la antigua estructura exportadora. Los capitales que se trasladaban a la industria en gran parte se generaban en el sector agrario exportador. A partir de 1930, los excedentes provenientes de las exportaciones podían usarse para importar artículos de lujo o para capitalizar una agricultura de café que entraba en decadencia (los otros sectores exportadores tampoco se mostraban muy lucrativos). Pero estos excedentes del sector agroexportador podían utilizarse también de manera directa en inversiones industriales o de servicios, o los bancos podían captarlos para utilizarlos en los nuevos sectores dinámicos de la economía.

La alta tasa de explotación del trabajo existente en el campo creaba un excedente económico amplísimo, que llevado al mercado interno y externo, se convertía en moneda, créditos y valores utilizables en los sectores más lucrativos. La emisión de papel moneda siempre fue una forma de concentrar y orientar los recursos de la economía, lo cual llevaba casi siempre a situaciones inflacionarias.

En el sistema inflacionario, los que prestan tienden a perder dinero y los que invierten no tienen razón para temer a los préstamos. Así, la inflación funciona de dos maneras a favor de la industrialización: como devaluadora del capital tomado por los empresarios y como valorizadora de los precios de los productos importados.

En estas condiciones, es posible entender con claridad cuáles serían las medidas apoyadas por una burguesía industrial capaz de defender sus intereses de clase. Estas medidas no asumirían de manera alguna una forma burguesa radical. Sus banderas no serían jamás una reforma agraria radical, una política antiimperialista, una defensa de la democracia burguesa, etc.

Por el contrario, en estas situaciones el programa burgués industrial intentaría preservar los ingresos del sector exportador (que representaban su mercado interno potencial), asumir el control de las divisas, facilitar el crédito y la inflación y lanzar las bases para que el Estado invirtiera u obligara al capital internacional a invertir en los ramos de infraestructura (energía, transporte, industrias básicas de productos intermediarios, como la siderurgia y otros), en la creación de recursos humanos (Servicio Nacional de la Industria para formar profesionales calificados, legislación del trabajo, previsión social que disminuyera el costo de mano de obra, etc.). También debía centralizar el poder en la Unión mediante la destrucción de las bases federativas de la

vieja república que permitían el control de los “caciques” locales y de las oligarquías regionales, racionalizar el acceso al empleo público (a través del Departamento Administrativo de Servicio Público [DASP]) y crear un apoyo ideológico y político para la burguesía industrial (nacionalismo, populismo, etc.). Véase Ianni (1956 y 1966).

En realidad, el periodo entre 1930 y 1958 se caracterizó por estas medidas, con altas y bajas. El Estado Nuevo, que Vargas dirigió desde el golpe de Estado de 1937 y que se prolongó hasta 1945, fue la expresión más clara de este programa, que de manera menos evidente ya se expresaba en las intenciones de la Alianza Nacional Libertadora (ANL), que llevó a Vargas al poder en 1930, después de una revolución que movilizó amplios sectores sociales del país, en particular las zonas urbanas.

Si el movimiento que llevó a Vargas al poder era vacilante y no procuró romper las telarañas de la vieja sociedad oligárquica, el programa de 1937 ya era mucho más claro en sus intenciones. Sustentar que en este periodo no hubo una hegemonía en el Estado y que entonces se “amalgamaron” todos los intereses nacionales y externos, como creen algunos sociólogos brasileños, o que este gobierno era una expresión del ambiguo movimiento de la clase media que lo llevó al poder en 1930 es una posición que ignora el sentido real del proceso (la tesis de la amalgama se encuentra sobre todo en Weffort, 1964).

La realidad es que en este periodo se tomaron todas las medidas que permitían a una burguesía dependiente crear las bases de una nueva sociedad industrial. Dos errores sustentan las posiciones opuestas a este punto de vista: el primero es creer que esta burguesía debería defender un programa democrático liberal-burgués clásico, cuando en realidad luchaba contra el liberalismo que impedía su desarrollo; el segundo es creer que es necesario el conjunto de una clase con conciencia clara de sus objetivos y del proceso socioeconómico para poder hablar de conciencia de clase.

Es obvio que la burguesía industrial alemana jamás llegó al nivel de conciencia de un Bismark. Tampoco en Brasil la burguesía llegó al grado de conciencia de un Vargas, de un Roberto Simonsen o de un Evaldo Lodi, pero ellos no solo consiguieron liderar la clase, sino que también crearon todo un aparato institucional capaz de darle representación, incluso a la pequeña y mediana industrias. Consiguieron sobre todo aplicar, con concesiones evidentes, un programa de transformaciones económicas, políticas y sociales que favoreció el desarrollo de la burguesía como clase.

Brasil no se hizo independiente y autónomo, democrático-burgués o capitalista puro, no porque careciera de una burguesía industrial consciente, como se puede deducir de ciertos trabajos (véase un balance del tema

en Cardoso, 1964, y en Martins, 1968) sino por la imposibilidad estructural de construir un capitalismo independiente en el siglo XX, sobre todo por parte de países que tenían una dependencia tan fuerte del sector agroexportador para garantizar su desarrollo industrial, como es el caso de Brasil.

La élite industrial brasileña supo movilizar con gran sutileza a su clase en defensa de sus intereses y manipuló muy bien al Estado y a las debilidades de las otras clases, sobre todo después de 1937. La fragilidad de los resultados no nace de una burguesía industrial poco consciente; por el contrario, se debe al hecho de ser una burguesía industrial consciente y, por ello, conservaría al país en el camino capitalista y, como consecuencia, se vería obligada a conducirlo a un desarrollo industrial dependiente.

Al conservar a la nación dentro de los límites que el reformismo burgués podía asumir en las sociedades capitalistas dependientes, la burguesía industrial no hizo más que abrir el inevitable camino en la dirección del Brasil actual, que no consiguió superar ni el subdesarrollo ni la dependencia.

El proceso de industrialización, en las formaciones socioeconómicas dependientes, asume una forma diferente a la de los países capitalistas centrales, originarios, independientes o dominantes. En las formaciones dependientes, la industrialización no fue producto del desarrollo interno de la tecnología, sino de la importación de esta y de unas bases productivas generadas y monopolizadas de manera externa, que seguían su ritmo propio de acumulación y se orientaban por motivaciones distintas de las circunstancias locales de los países que la importaban. No era necesario que el capital extranjero controlara el sector industrial, como lo hizo posteriormente, a partir de 1950, para condicionar el desarrollo industrial dependiente.

Incluso sin la hegemonía directa del capital extranjero, la burguesía brasileña no dejaba de ser una burguesía dependiente y de producir un desarrollo dependiente, ya que no consiguió crear una base industrial basada en sus propios intereses y en una tecnología nacional, independiente del pago de "*royalties*", de la compra de maquinarias y materias primas norteamericanas y europeas. Por ello se mantuvo dependiente de las rentas generadas por las exportaciones.

Solo habría sido posible alcanzar una verdadera autonomía si esta burguesía hubiese creado una auténtica reforma agraria y un mercado interno suficientemente importante para permitir la instalación de una industria nacional pesada. Solo en este caso habría originado un desarrollo autosustentable, dominar el sector económico fundamental y producir una acumulación de capital basada en los dos factores nacionales integradores del crecimiento: un mercado interno en crecimiento y la generación de una tecnología nacional.

La industrialización en estas naciones no únicamente asume una forma de sustitución de productos manufacturados nacionales, sino también significa el reemplazo de la importación de maquinarias, productos intermediarios y materias primas industrializadas (sobre este tema, véase Maria da Conceição o Tavares, 1964). El capital internacional, mientras tanto, detenta la propiedad sobre estas máquinas, bienes intermediarios y materias primas, que le permite decidir sobre su destino.

Dicho capital puede venderlos a las burguesías dependientes o introducirlos en estos países bajo la forma de capital o inversión extranjera directa. Esta última modalidad será la preferida, siempre y cuando el capital internacional pueda obtener un interés suficientemente alto para pagar de manera rápida el capital invertido y pasar por el financiamiento realizado por los países capitalistas centrales para la venta de las máquinas a sus subsidiarias en el exterior, lo cual rebaja de modo enorme la inversión inicial.

En general, las famosas "ayudas" económicas dadas por los bancos internacionales y norteamericanos (como el pionero Eximbank, la Alianza para el Progreso, etc.) consisten en el financiamiento a los exportadores del país prestamista. Se trata de una forma de capitalismo de Estado a favor de los monopolios.

Para garantizar el aumento del margen de interés, a escala suficiente para cubrir con rapidez las inversiones iniciales, funcionan además varios factores locales. El primero de ellos es el bajo precio de la fuerza de trabajo en los países dependientes, en particular en Brasil. El segundo es el proteccionismo natural de los productos fabricados en la nación, creado por la inflación y la devaluación de las monedas nacionales. Este proceso está en el origen del estímulo a la industrialización. En seguida vienen las ayudas de los gobiernos nacionales a través de exenciones fiscales de todo tipo y del proteccionismo tarifario a la industria local, sea esta nacional o extranjera, lo cual significa la garantía del pleno control monopólico del mercado.

Finalmente, existe un motivo más general que lleva a las empresas de los países dominantes a preferir la inversión en los países dependientes en vez de vender maquinarias y materias primas a las burguesías locales: mantener el control del mercado interno en crecimiento de esas naciones y al mismo tiempo asegurar la compra de sus propias materias primas, maquinarias y bienes intermediarios.

De esta manera, se fortalecen las operaciones al interior de una misma firma o de un mismo grupo económico, que administra los precios de sus productos, lo cual hace posible, a través de la subfacturación o la sobrefacturación, la recolección de la cantidad de dólares de interés y su ubicación donde se desee, además de las remesas directas por concepto de lucro.

Por todas estas razones, al capital internacional se le hizo en extremo conveniente invertir en estas economías. La burguesía industrial de los países dependientes partió del supuesto de que el capital internacional intentaría sabotear el desarrollo industrial de sus naciones, con fundamento en la experiencia anterior a la Segunda Guerra Mundial y, con base en ello, armó su estrategia en relación con el capital extranjero, procurando atraerlo hacia inversiones productivas. A mitad del decenio de 1950 ya percibía que conseguiría una plena aceptación de este principio y se hacía necesario llegar a un acuerdo con el capital internacional. La base de dicho acuerdo, como se verá, sería, mientras tanto, la subordinación del capital nacional al internacional, inaugurándose así una nueva forma de dependencia.

La industrialización de los países dependientes, y sobre todo la brasileña, no se convirtió en instrumento de afirmación de una burguesía nacional, sino en un proceso de desnacionalización. En estas naciones, la industrialización continuó siendo una herramienta para el dominio del hombre sobre la naturaleza, de creación de nuevas clases y fuerzas sociales, de integración económica nacional contra los poderes locales de los latifundistas, de creación de nuevas formas de organización y comportamiento, pero todas estas características generales asumen una forma peculiar y un desarrollo particular y específico que conforman una estructura y una legalidad propias.

Es así como la industrialización dependiente de Brasil creó también sus movimientos políticos y sociales específicos y su propia ideología. Las ciencias sociales de los países de América Latina enfrentan problemas difíciles al procurar definir esta especificidad. En realidad se presentan dos desviaciones: por un lado, se procuró caracterizar estas peculiaridades de las naciones dependientes como factores de diferenciación radical en relación con las economías desarrolladas, las cuales negarían las leyes generales de desarrollo del capitalismo y representarían fenómenos suficientemente importantes para apoyar un cambio en los conceptos básicos o en la propia teoría; por otro lado, se negaba esta especificidad y la necesidad de redefinir los conceptos generales que describen el modo de producción capitalista y las etapas de evolución histórica europea, apoyándose en una falsa comprensión de la universalidad de la ciencia.

Sin discutir aquí las bases de clases de estos dos desvíos, se debe considerar que solo de forma muy reciente se han venido descubriendo, o bien, puesto en ecuación los términos de este problema al mostrar que tal especificidad es, por una parte, suficientemente importante para llevar a una redefinición de los conceptos y de las leyes de funcionamiento del capitalismo en las formaciones socioeconómicas llamadas dependientes, sin ser suficientemente radicales para que permitan hablar de un modo de producción distinto y, por tanto, para exigir una teoría diferente del capitalismo como modo de producción.

O mejor aún, dichas verificaciones nos conducen a una teoría del capitalismo dependiente que se desarrolla de manera paralela y conjunta a una teoría del imperialismo, esto es, del capitalismo original, propio de las formaciones socioeconómicas dominantes (o imperialistas). Esta teoría se desarrolla al mismo tiempo y se integra de forma dialéctica a una teoría de las relaciones económicas mundiales, en cuyo interior, estas dos formaciones capitalistas, dominantes y dependientes se articulan como dos subconjuntos e interactúan con las formaciones sociales precapitalistas y con una nueva formación social poscapitalista: el socialismo (la literatura amplia al respecto del debate sobre la dependencia incluye: Dos Santos 1971, 1978, 1979, 1978, A y B, 1986, 1987, 1991; Cardoso, 1970; Quijano, 1971; Bamberger, 1974, etc.).

Dentro de este plan de análisis teórico, se puede explicar el carácter específico del desarrollo, la producción, la acumulación y la reproducción dependientes. El proceso de industrialización en Brasil debe estudiarse de esta manera, así como las fuerzas organizativas y macroestructurales que se levantaron en esas condiciones.

3. EL TENIENTISMO, LA REVOLUCIÓN DE 1930, EL ESTADO NUEVO Y LA INSTITUCIONALIZACIÓN

Con el movimiento armado de 1930, la alianza de fuerzas que llegó al poder, por un lado, se componía de los sectores oligárquicos insatisfechos por la hegemonía de los caficultores paulistas, que buscaban salvar sus intereses decadentes a través de una política impositiva, que recaía incluso sobre sus aliados y, por otro lado, los amplios grupos medios emergentes, que encontraron su expresión de poder en la rebeldía militar del movimiento conocido como "Tenientismo".

La formación de esta alianza se fue armando en el decenio de 1920 como una expresión del crecimiento urbano, de la descomposición de la hegemonía de la oligarquía agroexportadora, en particular del café, y de la expansión del sector industrial, el cual lograría un gran crecimiento durante la guerra de 1914 a 1918 y se vio amenazado, en la década de 1920, debido a la competencia de los productos manufacturados que volvieron a ser importados (sobre el Tenientismo, véase Carone, 1965, y Santa Rosa, 1933).

Los años de dicha década en Brasil fueron de rebelión de las clases medias. En el plano cultural, la semana modernista de 1922 dio el gran grito por un Brasil nuevo. En el plano militar, el asalto al fuerte de Copacabana por 18 oficiales jóvenes en el mismo año, el levantamiento del Mariscal Izidoro, en 1924, y la formación posterior de la Columna Prestes, que recorrió todo el país sin ser derrotada por las fuerzas armadas, formaron el liderazgo del "Tenientismo", que vino a transformarse en un mito heroico para las clases medias y pequeñoburguesa y también para importantes sectores del obrerismo (sobre la Columna Prestes, véase María Leocádia, 1989).

La Alianza Liberal recogió, en gran parte, al programa de los tenientes. De manera fundamental procuraba abrir el viejo sistema político oligárquico a la participación de las clases medias: el instrumento que les parecía más adecuado era el voto universal secreto, sin las restricciones anteriores. Al mismo tiempo, este programa incluía un vago sentimiento sobre la importancia de la "cuestión social", que exigía la intervención estatal.

Hasta hoy existen muchas confusiones respecto del significado real de la Revolución de 1930, que es necesario esclarecer.

En primer lugar, hay un amplio cuestionamiento sobre el contenido burgués democrático de la misma, que se fundamenta en el choque que tuvieron los revolucionarios de 1930 con la rebelión constitucionalista de 1932. São Paulo sería el centro de la industrialización brasileña y fue derrotado en sus ideales liberales al fracasar en su exigencia de convocar una constituyente en 1932. Ya se describió, adicionalmente, cómo los ideales liberales chocaban con los intereses proteccionistas y centralistas de la burguesía industrial, único programa posible en las condiciones de dependencia.

Es pues en absoluto razonable que el proyecto industrial fuera a buscar sus fuentes doctrinarias no en el liberalismo de las oligarquías paulistas, sino en un autoritarismo corporativo en Oliveira Vianna (1956) o en un Azevedo Amaral (1938) que daban continuidad a las ideas positivistas, las cuales siempre servirían de inspiración a las clases medias y a las burguesías brasileñas.

En segundo lugar, se tiende a cuestionar el contenido burgués industrial y democrático de la Revolución de 1930, por las figuras que la lideraban. Getulio Vargas era un rancharo sureño, por tanto, miembro de la oligarquía rural brasileña, y no había en la dirección revolucionaria ningún líder burgués industrial eminente.

Es necesario resaltar que Rio Grande do Sul fue el principal foco de agitación democrático-radical en Brasil. Garibaldi, discípulo de Buonarrotti, luchó en esta tierra, y ella fue un caldo de cultivo permanente de este republicanismo avanzado. También en el sur fue que el positivismo alcanzó sus formas más progresistas y democráticas (sin negar por ello un papel a los jefes y caudillos), y donde surgieron algunas de las primeras corrientes socialistas en el país. Véase el capítulo de Bosi (1992) sobre el tema.

Getulio Vargas era un producto de esa tradición radical. Los ganaderos del sur se unieron a la industria de la carne seca desde el siglo XIX y no se les podía considerar como simples latifundistas. Ahí se desarrollaba una industria agropecuaria enfocada al mercado nacional y ello implica en gran parte su nacionalismo proteccionista

y democrático. El esclavismo en el sur nunca tuvo las dimensiones del resto del país y su industrialización precoz permitió la formación de un proletariado influyente ya a comienzos del siglo XX.

No fue pues sin motivo que los políticos sureños se revelaron más ideológicos y preparados para presentar proyectos de gobierno con mayor coherencia para el país. El ciclo de Vargas se proyectó sobre las figuras de Goulart y Brizola, al expresar de manera cada vez más abierta los contenidos más avanzados de su pensamiento y del ambiente histórico en que fue creado.

La historia de otro gaucho, Luís Carlos Prestes, muestra muy bien las posibilidades y los límites del ala democrática radical de la Revolución de 1930. Cuando inició la gloriosa Columna, que llevó su nombre, en 1924, Prestes desconocía totalmente las condiciones reales de vida del pueblo brasileño. Él tenía en mente las exigencias rudimentarias del programa tenientista: voto libre y secreto y atención a los problemas sociales.

En contacto con la realidad brasileña, conocida en el memorable recorrido de su Columna, Prestes fue radicalizando su visión del país hasta que en el exilio conoció el marxismo bajo la versión de la sección latinoamericana de la Tercera Internacional, que se ubicaba en aquel momento en el horizonte de la línea radical del tercer periodo (esta concepción esperaba una crisis mundial de consecuencias revolucionarias, llamaba a una ofensiva revolucionaria y veía en la social democracia su principal enemigo).

Era pues natural que Prestes terminara identificando sus propias ideas democráticas, cada vez más radicales, con la social democracia. El prestismo, corriente que crecería en torno a la imagen del capital y líder revolucionario, se transformó en el ala radical de la Revolución de 1930 y fue concentrándose entre otros centros, en el Club 12 de Octubre.

En este momento, el prestigio del capitán Luis Carlos Prestes era un factor de unidad de las alas más radicales de la Revolución. A él se le había entregado incluso el comando militar de la misma. Las batallas victoriosas y los grandes hechos militares de la Columna convirtieron a Prestes en el mayor líder de masas del país (sobre Prestes en este periodo, véase Abguar Bastos, 1946, y sobre la Columna Prestes, véase más allá de Maria Leocádia, Hélio Silva, 1965).

Fue pues, un terrible golpe para las alas democráticas radicales de la Revolución de 1930 la eliminación de Prestes de su comando militar, su rompimiento con la Revolución y su adhesión al Partido Comunista de Brasil, que lo llevó a adoptar el programa de la Tercera Internacional, en este periodo, y lo indujo a romper con sus

propios camaradas en el escenario político nacional y a llamar a la constitución de un gobierno de los "soviets" de obreros y campesinos.

Al abandonar las articulaciones militares que llevaron a la Revolución de 1930 y que se le habían confiado, Prestes se dirige a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), después de redactar tres manifiestos en los cuales rompe de forma progresiva con el "prestismo" y asume el comunismo como partido y doctrina. Cuando Prestes vuelve de la URSS, en 1935, el movimiento comunista mundial se encuentra orientado en el marco del nuevo programa del Frente Popular. Esta línea política nueva, que llamaba a una alianza de todas las fuerzas antinazistas, obedecía a una concepción insurreccional en la sección latinoamericana, chocando con la orientación internacional de carácter eminentemente pacífico.

Esta concepción, que tenía en Berguer su principal formulador, sirve de marco a la ANL, organizada en 1935 por Luís Carlos Prestes. En su manifiesto de fundación, Prestes retoma las banderas tenientistas del decenio de 1920 e intenta reagrupar las fuerzas prestistas que despreciaría en 1930. La ANL moviliza amplios sectores del país, mostrando gran fuerza, nunca antes unificada de manera orgánica, del radicalismo pequeñoburgués y democrático, que cuenta aún con el apoyo obrero. No hubo ninguna participación campesina notable en el movimiento de la ANL, pero esta vez consiguió movilizar estos sectores en torno a su programa de reforma agraria (sobre el periodo que va de 1922 a 1935, existe una documentación en Silva, 1964 a 1969 A).

Sin embargo, la ANL llegaría tarde. Los acuerdos de clases fundamentales estaban hechos. La burguesía industrial no estaba dispuesta a dar un apoyo consecuente a un movimiento insurreccional, bajo el liderazgo del Partido Comunista aunque su líder fuese el capitán Luis Carlos Prestes. La radicalización del enfrentamiento con las milicias fascistas del Movimiento Integralista, dirigido por Plínio Salgado y claramente inspirado en el nazifascismo, por primera vez ponía al país ante partidos organizados con orientaciones ideológicas claras.

La burguesía, que ya había conseguido una fuerte participación en el gobierno de Vargas y un acuerdo con la oligarquía, prefería evitar este radicalismo. En 1935, el levantamiento de la ANL fue abandonado por sus aliados burgueses y quedó liquidado. En 1937, Vargas eliminaría también con gran apoyo al levantamiento integralista. Con la derrota de la ANL y la disolución del movimiento integralista, se abre el camino a un régimen de fuerza organizado por una constitución otorgada por el jefe de la nación, Getulio Vargas. Redactada por Chico Campos, se inspiró sobre todo en el estado corporativo de Benito Mussolini.

La inspiración fascista del nuevo régimen no correspondía a su esencia. A pesar de los grandes intereses comunes de la burguesía brasileña con Alemania, Italia y Japón, en el sentido de una mayor independencia

económica de Estados Unidos, esta se vería forzada a participar en la guerra al lado de los Aliados. Presionado por la necesidad de tener un respaldo de masas y por la presión estadounidense, Vargas se ve obligado a respetar los ideales democráticos de las clases medias y a organizar, por otro lado, sus bases obreras.

Al mismo tiempo, se aprovecha de la guerra para conseguir concesiones de los aliados, en particular de Estados Unidos, que concedieron a Brasil las instalaciones de la Compañía Siderúrgica Nacional, base de la futura industrialización pesada en el país, a cambio de su participación como aliado en la guerra.

El Estado Nuevo, de hecho, completaba los principales cambios socioeconómicos que se iniciaron con la Revolución de 1930. Estas se resumían en cuatro puntos:

- 1) Un programa de industrialización que creara las bases de un capitalismo avanzado.
- 2) Un programa de participación obrera controlada, de regulación de las relaciones de trabajo y de establecimiento de una previsión social que atrajera a los trabajadores a la ciudad y los disciplinara en un contexto de lealtad al gobierno.
- 3) Un programa de reformas administrativas que fortalecían el poder central (esperando condiciones políticas más favorables para retomar el camino electoral, hasta entonces dominado por los latifundistas, que controlaban de forma masiva el voto campesino), moralizaban el servicio público al instituir el concurso público y la carrera de servidor público, y tecnificasen la administración con eliminación en parte del control "clientelístico" establecido por los políticos tradicionales sobre los cargos públicos.
- 4) Una garantía de conducir al país a una política externa independiente y de afirmación nacional, que fortaleciera la participación del ejército en la administración pública para asegurar los intereses nacionales y el fortalecimiento de las clases medias dentro del Estado.

4. EL POPULISMO Y LA ALIANZA DE CLASES

Como se ve, este programa tenía un claro contenido "democrático-burgués", adaptado a las condiciones específicas de un país dependiente, sea por su negación al radicalismo anticomunista o de derecha, o por su claro contenido de desarrollo económico y afirmación social así como por su comprensión de cuáles eran los instrumentos políticos e institucionales necesarios para la realización de dichas tareas.

En este último aspecto, la burguesía brasileña y un equipo competente de intelectuales y técnicos civiles y militares, que se encargaban de representar sus intereses, demostraron gran sensibilidad. El populismo de

Vargas fue la expresión directa de estas preocupaciones (sus elaboraciones teóricas y analíticas pueden apreciarse en las colecciones del *Boletín del MIIC* y de la revista *Cultura política*). Mientras tanto, no faltaron las justificaciones fascistas, como el racismo de Oliveira Vianna (1956) y el autoritarismo de Azevedo Amaral (1938).

Durante el Estado Nuevo se consiguió implementar definitivamente la legislación del trabajo, la seguridad social y la legislación sindical en el país, haciéndolos aparecer como un "otorgamiento" de Vargas a los trabajadores brasileños. Fue posible crear este mito porque las nuevas generaciones obreras, recién llegadas de las zonas rurales para incorporarse a la ola industrial del país, desconocían por completo las tradiciones revolucionarias del movimiento obrero. Con la liquidación del liderazgo comunista (que sucedió al fracaso patente de los líderes anarquistas de 1917 a 1920) duramente reprimido en la llamada "Intentona" de 1935, el movimiento popular y obrero quedó muy debilitado y las concesiones del jefe de Estado Nuevo aparecían como algo de verdad personal y voluntario (sobre el movimiento brasileño del periodo, véase Pereira, 1962, y Dos Santos 1971 y 1978, 1974, 1978A).

Dichos acontecimientos facilitaron la idealización de la figura de Vargas como "el padre de los pobres", el líder paternal de los trabajadores brasileños. Apoyado en un aparato sindical, montado desde arriba con hombres de su confianza, Vargas creaba los mecanismos políticos principales que lo mantendrían en el poder hasta 1945 y que lo llevaron de nuevo a la presidencia en las elecciones de 1950, a través del Partido Laborista Brasileño (PTB, *Partido Trabalhista Brasileiro*).

El otro brazo político de Vargas, el más difícil de controlar era el aparato administrativo que montó alrededor de los "interventores" del gobierno federal en los Estados de la Federación. Este aparato estaba formado por los "coroneles", en general originarios de la oligarquía latifundista, pero se sometía al poder de los líderes regionales en cada Estado, controlados por los interventores nominados por la Revolución. El latifundio tradicional revelaba así sus limitaciones y su dependencia del poder estatal.

Por otro lado, apoyaban esta política organizados en sindicatos y en instituciones de éxito como el Servicio Social de la Industria (SESI), miembros eminentes de la burguesía industrial del país, cuyos líderes más conocidos fueron Roberto Simonsen y Evaldo Lodi, entre otros. Estas fuerzas se aglomeraron en torno al Partido Social Demócrata (PSD) que, creado por Vargas en 1945, lo apoyó algunas veces y otras lo dejó solo con el PTB (como en las elecciones de 1950).

El varguismo creaba así, la nueva tradición política del populismo: un estilo de liderazgo personal ejercido en nombre del pueblo, en torno a un programa muy general de desarrollo industrial y de justicia social. Además

de su estilo de liderazgo y de utilización de las masas, el populismo representaba, en realidad, una alianza de clases entre una burguesía industrial, que conquistaría un lugar importante, pero aún precario, en el Estado (cuya administración se ejercía a través de una burocracia y una tecnología civil y militar y de un pequeño y selecto liderazgo de clase) y en su principal apoyo social: el movimiento obrero, aún incapacitado para autoorganizarse, sobre todo sus sectores más atrasados (el semiproletariado y el proletariado no calificado) y que aceptaron la dirección de líderes burgueses o de obreros directamente protegidos por ellos: "pelegos".

Un gran sector menos favorecido de las clases medias (los trabajadores del comercio, los empleados de la administración pública, que recibían bajos salarios, los profesionistas, los técnicos más modernos) también fue arrastrado a esta alianza de clases, bajo la hegemonía burguesa en un primer momento o pequeñoburguesa en su desarrollo posterior. Sea desde el punto de vista político o incluso ideológico, esta alianza representaba una coalición de fuerzas sociales interesadas en la industrialización del país.

Sin embargo, las clases medias más educadas y con aspiraciones de ascenso social veían con gran disgusto esta alianza populista y realizaban una impiadosa crítica de sus aspectos más vulgares, como el oportunismo de algunos líderes, su falta de educación formal, su eventual autoritarismo y otros. Estas clases medias, unidas en torno a los líderes de la Unión Democrática Nacional (UDN), terminaron transformándose en una presa fácil de las oligarquías tradicionales o de las fuerzas imperialistas proestadounidenses o cosmopolitas, o ambas, y antinacionales (una interpretación del periodo se encuentra en Ianni, 1965; el pensamiento de Vargas en la época del Estado Nuevo está en sus obras reunidas en 1938. La revista *Opinión* publicó también algunos extractos del pensamiento de Vargas. Véase también Dos Santos, Vania Bamberira y Rui Mauro Marini que dan la versión más adecuada del fenómeno de Vargas en el contexto de la lucha de clases en Brasil).

Esta alianza básica de fuerzas sociales se mantuvo hasta el golpe de 1964. En esta oportunidad, ya se incorporaría al frente democrático y popular, de manera rápida y masiva, el movimiento campesino, fuerza absolutamente ignorada hasta 1960 (una historia descriptiva del periodo se encuentra en Skidmore, 1967).

Un bloque de fuerzas de este tipo tenía que apoyarse en pocos principios y en muchas técnicas de manipulación, que utilizaban de forma básica los órganos de gobierno, los medios de comunicación y una máquina electoral donde el clientelismo y la corrupción ocupaban un gran espacio. Pero es necesario analizar su evolución.

Con la caída del Estado Nuevo en 1945 y el restablecimiento de una democracia liberal consolidada en una Constituyente reunida en 1946, no se derribó el esquema de fuerzas varguistas. La oposición perdió de manera sistemática las elecciones hasta 1960, cuando fue electo Janio Quadros como presidente, pero

acompañado del discípulo de Vargas, João Goulart, como vicepresidente. En realidad, Quadros no representaba la oposición liberal udenista, que dio lugar a su leyenda, sino más bien un nuevo estilo de populismo.

Los dos partidos varguistas, el de centro derecha (PSD) y el de centro izquierda (PTB) se mantenían en el poder, juntos o se sucedían durante todo el periodo. El candidato del PSD, el ministro de la guerra de Vargas, durante el Estado Nuevo, Eurico Gaspar Dutra, fue el presidente en el periodo de 1945 a 1950. A pesar de elegirse con apoyo de Vargas, gobernó a través de una alianza del PSD con la UDN. Vargas regresó al poder en 1950 como candidato del PTB. En 1955, Juscelino Kubitschek asumió el poder, al lado de Goulart, el sucesor indicado por Vargas, como vicepresidente, formando la unión PSD-PTB. En 1961 Quadros llegaba al poder con un programa que radicalizaba en gran medida las tesis del varguismo, al cual se oponía en alianza con la UDN, pero tenía como vicepresidente a Goulart, lo cual demuestra con claridad la preferencia del electorado por los líderes populistas.

Pocos meses después de llegar al poder, Quadros renunció intentando liberarse de una fuerte presión militar y política sobre su gobierno, que vacilaba entre tendencias políticas opuestas. En su sustitución, Goulart asumió el poder, en 1961, apoyado por un amplio movimiento de masas, que inició Leonel Brizola en Rio Grande do Sul y que contó no solo con la acción de la Brigada Militar, sino con la formación de milicias de obreros, campesinos, estudiantes y de la población en general y que terminó por lograr la adhesión del Tercer Ejército y del gobierno de Goiás; asimismo se proyectó hacia todo el país con la formación de la "cadena de legalidad", que unió a varias estaciones de radio y rompió la censura establecida por la Junta Militar.

Para tomar posesión, Jango enfrentó la oposición de los jefes militares, que formaron una junta provisional de gobierno (derrotada por el fuerte movimiento legalista que se describió) y tuvo que aceptar como condición, para evitar una guerra civil, un humillante régimen parlamentarista, que reducía de modo sustancial sus poderes presidenciales.

En busca de restablecer dichos poderes y realizar las "reformas estructurales", Jango inició su gobierno en un periodo de gran inestabilidad, con la formación de varios gabinetes (marcados por el fracaso), el crecimiento de las huelgas generales que paralizaban todo el país y las amenazas de golpe de Estado de distintas direcciones. Así fue como convocó finalmente un plebiscito en 1963 y recibió el apoyo de la mayoría del país para restituir sus poderes presidenciales y realizar las reformas de base.

Al contrario de lo que pretendieran los autores comprometidos con la oposición udenista, el populismo demostró en 34 años de poder un gran vigor político y un fuerte apoyo masivo. En el siguiente capítulo se

estudian los orígenes de la crisis que lo derribó del poder, pero antes deben analizarse cuáles fueron las orientaciones ideológicas que lo condujeron.

5. EL NACIONALISMO: IDEOLOGÍA DE LA INDUSTRIALIZACIÓN

Esos cambios económicos, sociales, institucionales y políticos tenían sus expresiones ideológicas más o menos conscientes. De hecho, el nacionalismo fue la expresión más radical del intento por llevarlas a sus últimas consecuencias. Su base social cambió mucho. Al principio era una ideología del conjunto de la burguesía y de la pequeña burguesía que luchaban por la industrialización. Posteriormente, la gran burguesía fue abandonando esa posición y asumiendo la ideología más coherente del "desarrollismo", sobre el cual se habla más adelante. Al final del periodo, solo la pequeña burguesía y la clase obrera tomaron la bandera nacionalista, pero con radicalización de su contenido y un carácter estatista y antiimperialista de modo predominante.

Se nota como, desde el inicio del siglo XX y aún en el siglo XIX, el pensamiento nacionalista ya tenía alguna consistencia en el ámbito de ciertas élites políticas y sociales. Su elaboración se hacía cada vez más rica al grado de encontrar una amplísima forma de expresión en economistas, sociólogos, científicos políticos y filósofos, que en el decenio de 1950 se reunieron en el Instituto Superior de Estudios Brasileños (ISEB). No cabe aquí el estudio del origen del desarrollo de ese instituto, que tuvo un papel fundamental en la vida cultural brasileña de este periodo. Se hace antes que nada un intento de describir, de manera fenomenológica, la esencia del pensamiento nacionalista, de forma independiente de lo que se cristalizaría de alguna manera con algún autor específico. Los especialistas principales, entre otros, son: Celso Furtado (1959, 1962, 1964), Guerreiro Ramos (1961 A y B), Helio Jaguaribe (1958, 1962), Nelson Werneck Sodré (1962, 1967), Álvaro Vieira Pinto (1960) e Ignácio Rangel (1967).

El punto de partida del pensamiento nacionalista es la comprobación de la diferencia entre el nacionalismo de los países desarrollados y el de los subdesarrollados. En los primeros, el nacionalismo sería un instrumento de expansión colonial, mientras que en los segundos sería de carácter defensivo, que procuraría garantizar las riquezas nacionales para usarlas plenamente en su desarrollo. Dicha actitud es necesaria porque las fuerzas dominantes de las naciones desarrolladas mantienen una política contraria al desarrollo económico de los países subdesarrollados al estar interesados en mantener la división internacional del trabajo entre las naciones generadoras de materias primas (subdesarrollados) y los países productores de manufacturas (desarrollados), lo cual permite su dominio en el mundo.

Esta situación conduce a dos alianzas de clase (y el pensamiento nacionalista brasileño nunca se rehusó a utilizar los análisis de clase cuando fuera necesario). Por un lado, se unen el imperialismo, el latifundio y los comerciantes ligados al sector exportador, contando con el apoyo de las clases medias alienadas, sea por su valoración de consumo y, por tanto, de la importación de productos de consumo con las divisas de la exportación, o bien, por su "moralismo" en la política, lo que las hizo valorar los aspectos morales sobre los económicos. Por otro lado, a esta alianza se opone la burguesía industrial, los obreros y la clase media técnica, que se interesan en el desarrollo económico.

El liderazgo ideológico de este frente pertenece en principio a la burguesía. Los trabajadores son los "socios" del desarrollo capitalista, que incrementa el ingreso nacional, con lo cual aumenta el monto de la riqueza a ser distribuida. Si la burguesía se rehúsa a liderar este frente, es necesario "agarrarla por el cuello" y obligarla a encabezar la lucha por el desarrollo, como decía, en una fuerte expresión, el sociólogo del ISEB, Guerreiro Ramos.

Es importante verificar que, desde 1954, el Partido Comunista de Brasil comenzó un proceso de cambio de línea política que lo llevó a defender las mismas posiciones del nacionalismo a partir de 1958, cuando propuso su legalización y cambió su nombre a Partido Comunista Brasileño. La diferencia radicó en el papel de la burguesía en el frente amplio nacionalista democrático: según el Partido Comunista Brasileño, la clase obrera disputaría el liderazgo al interior de este frente amplio, al reconocer las posibles vacilaciones burguesas.

El pensamiento nacionalista (sea de derecha o de izquierda) dominó así el conjunto del movimiento político que defendía una política de desarrollo, lo cual comprobó la flagrante hegemonía burguesa en esta sociedad, en relación sobre todo con la expansión económica que la industrialización conseguía realizar.

Para los nacionalistas era necesario combatir sobre todo la ideología liberal que se oponía al proteccionismo, a la industria nacional, a la participación del Estado en la creación de una infraestructura para el desarrollo y a la imposición de límites al capital extranjero.

En este campo existían claras diferencias entre la izquierda y la derecha del nacionalismo. Mientras que la izquierda, bajo la influencia de los sectores obreros y radicales de la clase media, tendía a la conformación de un fuerte capitalismo de Estado que alcanzaba casi todos los sectores (Petrobrás, Eletrobrás, Atomibrás, Ferrobrás, etc.), la derecha del movimiento llamaba la atención contra estos "excesos" y pensaba en el desarrollo económico a partir del capital privado, con la adopción simultánea de una actitud más conciliadora ante el capital internacional. En realidad, a partir de 1958, cuando se definió la inviabilidad de un desarrollo

industrial sin el capital extranjero, la burguesía industrial brasileña substituyó con facilidad el nacionalismo por una nueva ideología que expresaba mejor sus intereses de clase: el desarrollismo.

De manera paradigmática, esta división se operó dentro del ISEB, cuando uno de sus fundadores, Hélio Jaguaribe, rompió con este Instituto, al condenar sus tendencias sectarias. Su argumento fue muy claro: el nacionalismo es un instrumento para conseguir el desarrollo. Como consecuencia, el desarrollo es el fin y, a partir de esta perspectiva, se debe analizar el medio que es el nacionalismo. Cuando este sirve al desarrollo es bueno; cuando se vuelve sectario contra el capital extranjero, se transforma en un enemigo político.

El camino del pensamiento desarrollista se describe más adelante. Aquí solo se trata de mostrar la ambigüedad interna de la ideología nacionalista y sus consecuentes limitaciones. Al mismo tiempo, tales hechos revelan que la "purificación" del nacionalismo desde 1958 correspondía más a la hegemonía de los sectores pequeñoburgueses radicales y el creciente apoyo de su base obrera, cada vez más movilizada con el avance del proceso democrático en el decenio de 1950. Se vuelve extraño y paradójico defender una burguesía nacional que ya pasaba en sus sectores más importantes, desde el punto de vista económico, al campo opuesto: a la alianza cada vez más estrecha con el gran capital internacional en la calidad de socio menor.

El nacionalismo también favorece la centralización económica, la redistribución del ingreso, la reforma agraria (en general a su ala izquierda) y un conjunto de medidas sociales (educación popular, alfabetización, etc.) que conforman la aspiración de un capitalismo moderno, intervencionista, de estilo social demócrata, que promueva el desarrollo nacional e independiente de la economía, la redistribución del ingreso entre las clases y las regiones; elimine los "restos feudales" o precapitalistas; democratice la sociedad y la política; moralice y racionalice la administración pública; desarrolle la educación; la ciencia y la tecnología, etc. ¿Cómo conciliar, sin embargo, estos objetivos de equilibrio y justicia social con la supervivencia de un capitalismo internacional cada vez más monopólico, basado en el desarrollo desigual y combinado?

Como se puede ver, se trata de crear las condiciones de una sociedad burguesa moderna sin contradicciones sociales, así como la imagina el pequeñoburgués, que vive en la periferia del sistema capitalista moderno y no entiende su carácter explotador. Esta forma utópica e idealista, por un lado, es resultado de la necesidad burguesa de mitificar a su sociedad y, por otra parte, es consecuencia del fuerte apoyo pequeñoburgués a esta ideología; pero también constituye un efecto de las aspiraciones de las grandes mayorías sociales que se reflejan en esta ideología que alcanza el máximo grado de consenso.

Este "utopismo" no se refleja solo en el plano de la política económica del Estado, como se verá, sino también, sobre todo, en el intento de hacer una política externa de Tercera Fuerza. Esta concepción se expresó en la doctrina de la "política externa independiente" que Vargas Kubitschek, Quadros y, sobre todo, Goulart intentaron aplicar en vano.

En el capítulo siguiente se describe con más detalle el fracaso de esta política. Su conservación en el poder era fruto de una ilusión que, sin embargo, no pudo ocultar las contradicciones que esta doctrina expresaba y que se originaban en el carácter de las fuerzas sociales en los planos nacional e internacional.

IV La crisis de la industrialización sustitutiva y la amenaza revolucionaria

1. LA INDUSTRIALIZACIÓN Y EL CAPITAL EXTRANJERO

El esquema teórico y práctico en que se fundamentaba el nacionalismo populista tenía algunos principios básicos que se destacaron y que se resumían en la creación de una economía nacional independiente, sobre una fuerte base industrial. Se vio que, en el pensamiento nacionalista, la industrialización estaba asociada a la liberación nacional. El imperialismo y la dependencia se consideraban una expresión de la economía agroexportadora. La liberación nacional y la independencia se vinculaban con el desarrollo industrial dirigido al mercado interno.

La realidad desmintió de manera definitiva esas premisas. Es verdad que la industrialización, que se realizó en los decenios de 1930 y 1940, tuvo ese carácter nacional. Pero esta fue consecuencia de una coyuntura internacional y nacional específica: la crisis capitalista de 1929 y su secuela, la Segunda Guerra Mundial. En esta coyuntura, el capital de los países dominantes no tenía condiciones de moverse al exterior y ocurrió una enorme caída del comercio mundial en la década de 1930. Durante dicha guerra, aumentaron las compras de alimentos y materias primas por parte de los países beligerantes, pero sus exportaciones fueron mínimas. En dichas condiciones, el capital se vio con enormes *superávits* cambiarios, con casi todo el mercado interno en sus manos. Con el apoyo del Estado, consiguió alcanzar las bases de la industrialización.

La coyuntura posterior a la Segunda Guerra Mundial era, mientras tanto, lo opuesto. Terminada la situación de pleno empleo provocada por la guerra, cayó de manera drástica el mercado de Estados Unidos y se produjo un enorme excedente de capitales, que se destinó a la reorganización de la economía europea y japonesa y a los países desarrollados. A partir de ese momento, se generó un gran aumento de las inversiones norteamericanas en los países dependientes y en particular en Brasil.

Este nuevo brote de inversiones directas tenía características nuevas. En primer lugar, debía retomar el control de los mercados nacionales, ya en gran parte integrados y defendidos por fuertes barreras aduaneras. En segundo lugar, tenía que estimular la exportación de productos norteamericanos y, particularmente, ayudar a recuperar su industria pesada, bajo una fuerte amenaza de recesión. En tercer lugar, había que apoyar la sustitución del parque industrial norteamericano para permitirle incorporar maquinaria moderna que asimilara el desarrollo tecnológico de los últimos años,¹ mediante la exportación de esa maquinaria e instalaciones a los países dependientes.

Este conjunto de factores hizo que el gran capital internacional con base en Estados Unidos se viera en la necesidad urgente de moverse con rapidez a los países dependientes, con la instalación de nuevas industrias y servicios para conquistar el mercado de estas naciones y aprovecharse de la mano de obra barata y abundante que estas le proporcionaban.

La primera etapa de las nuevas inversiones se sitúa entre 1945 y 1950, cuando se observó la necesidad de una infraestructura energética y de transporte que permitiese absorber las nuevas inversiones. Entre 1950 y 1955 hay una situación de conflicto e indecisión. De 1955 a 1961 se presenta una nueva etapa de acentuación de las inversiones. Entre 1964 y 1966 ocurre un periodo de extensión de control financiero y, a partir de 1967 hasta hoy día, se inaugura un nuevo periodo, de características muy complejas. Para facilitar el entendimiento del lector en relación con los cambios cualitativos del Brasil contemporáneo, es necesario proporcionarle un marco muy general con respecto a la historia del movimiento de capitales en este periodo. Por ello es necesario hacer una rápida caracterización de cada una de estas fases.

La primera fase se sitúa entre 1945 y 1950. En esta el capital extranjero (casi totalmente norteamericano, debido al debilitamiento europeo y japonés en este periodo) instala, sobre todo, sectores de montaje y finalización de productos. Con la presión del gobierno y de los industriales nacionales, se crean fábricas de piezas de reposición en el país. Al mismo tiempo, el gobierno estadounidense envía una misión económica (lo mismo ocurre en varios países) para proponer un plan de desarrollo. Se trata de forzar con presiones y créditos internacionales para que los gobiernos nacionales instalen una infraestructura que permita una mayor tasa de inversión del capital estadounidense.

¹ Debe considerarse que el capitalismo de la posguerra fue constantemente revolucionado por la rápida obsolescencia tecnológica de su capacidad instalada. El tiempo de vida de las instalaciones se hizo extremadamente corto. El recurso de exportar a los países dependientes sus máquinas es una excelente salida para esta situación.

El propósito de crear una infraestructura coincide con el interés del capital nacional. Pero su interés incluye también algunos sectores básicos, que capitales norteamericanos entonces controlaban. Este era, sobre todo, el caso del petróleo, entendido de manera correcta por la burguesía nacional y los tecnócratas militares y civiles como la base de la autonomía nacional. También era el caso del control de la energía eléctrica en su conjunto,² las comunicaciones, el hierro y el acero e incluso de los minerales atómicos. Sin embargo, según el plan estadounidense, la participación estatal debería resumirse en crear las condiciones infraestructurales con la ayuda del capital privado, para el aumento de las inversiones extranjeras.

Entre 1950 y 1955, el capital nacional (unido en torno al segundo periodo del gobierno de Getulio Vargas, consagrado por una importante victoria electoral) intenta orientar la creación de esta base de infraestructura para su propio desarrollo, con la sensación del crecimiento de la competencia extranjera. Pero en este momento, el capital extranjero aún se ve como interesado solo en la producción exportadora, los servicios públicos y los minerales nacionales. En este periodo ya comenzaba a penetrar en el sector industrial, pero no se veía, por este lado, ninguna amenaza concreta.

Pero la gran disputa en torno a los sectores de infraestructura y a los fuertes sentimientos nacionalistas que despertaba provocaron una situación de conflicto en extremo grave, que culminó con el intento de "*impeachment*" de Vargas, o su suicidio, la magnífica carta testamento que deja como bandera y factor de una enorme movilización de masas que contiene el golpe de Estado que se armó contra él y lo obligó a una nueva negociación entre las fuerzas en confrontación. Estos nuevos términos de un acuerdo, después de marchas y contramarchas, se ajustarían de forma definitiva entre 1955 y 1960, durante el gobierno de Juscelino Kubitschek.

En este nuevo periodo, se llegó a un acuerdo entre el capitalismo nacional y el internacional (ahora no solo norteamericano, debido a la recuperación de Europa y de Japón). Este acuerdo se produjo en torno a un programa de desarrollo económico que indicaba los sectores en los cuales debía penetrar el capital extranjero. El plan de metas fue su expresión concreta.

² Las inversiones en energía eléctrica solamente eran lucrativas a medida que contaban con un fuerte subsidio estatal o con un sistema de precios libre, bajo el control de los monopolios. Las compañías internacionales siempre procuraron garantizar estas condiciones excepcionales, hasta la década de 1960, cuando, ante la presión por energía barata, prefirieron llegar a un acuerdo para transferir a los Estados dependientes este sector ya decadente hacia las ganancias capitalistas. Lo mismo ocurrió con el petróleo a finales de la década de los años sesenta, cuando su explotación fue entregada a los Estados nacionales de los países árabes, de Venezuela, de Indonesia, etc.

El capital nacional y sobre todo los tecnócratas que asumieron la dirección de la política económica, creyeron, con justa razón, que impondrían al imperialismo estadounidense sus condiciones. Sin una política agresiva desarrollista difícilmente el capital europeo y el norteamericano se interesarían en crear una industria automovilística, con toda la línea de producción, en el país, y mucho menos lo harían en menos de tres años. Además de esto, ello sería imposible sin el fuerte proteccionismo cambiario a los autos fabricados en Brasil.

La otra cara de esta política desarrollista no apareció de modo tan inmediato. La creación, bajo la hegemonía del capital extranjero, de las industrias automovilística, química, mecánica y de la metalúrgica pesada y liviana, en el corto periodo de cinco años (apoyándose claramente en la infraestructura energética y de elaboración de materias primas, montada en el país entre 1945 y 1955) cambió de modo cualitativo la correlación de fuerzas.

El nuevo sector industrial emergente se convertía en el más dinámico factor de la economía nacional. Toda ella debía reorientarse en función de su liderazgo tecnológico, organizacional y tecnológico. El capital nacional y los tecnócratas hicieron un esfuerzo enorme, a costa de una enorme explotación del proletariado y del sector agrario, para crear las bases de la industrialización en el país. Se montó incluso un fuerte esquema de protección de su mercado nacional. Mientras tanto, quien llevó la mayor cantidad de los frutos de este esfuerzo fue el capital extranjero. A corto plazo, la burguesía nacional tuvo que contentarse con convertirse en su socio menor.

Entre 1961 y 1964, se da una nueva crisis de relaciones entre el capital nacional y el capital extranjero para decidir dónde se ubicarían. Bajo la fuerte presión popular, los gobiernos de Quadros y sobre todo el de Goulart intentaron someter al capital extranjero a un plan de desarrollo económico reformista. Pero era imposible una solución democrática en las nuevas condiciones generadas por el capitalismo dependiente de Brasil. El fortalecimiento del gran capital internacional provocó una fuerte concentración y monopolización de los principales sectores económicos que llevaron a una intensa redistribución de la renta a favor del gran capital, lo cual desfavoreció al pequeño y mediano propietarios y sobre todo a la gran masa obrera³ y de bajos recursos. En dichas circunstancias, era difícil contar con el apoyo político de esa masa para continuar este tipo de crecimiento económico (se puede encontrar una descripción general de este periodo en dos trabajos del autor reunidos en Dos Santos, 1971 y 1978).

³ Hubo una mejora salarial para los obreros calificados, que aumentaron en número y mejoraron sus condiciones de vida en el periodo. Estos sectores se mostraron altamente combativos en la lucha por la mejora de su modo de vida, encabezando el movimiento obrero de luchas económicas, por la democracia y por el nacionalismo reformista.

Por un lado, el capital extranjero comenzó a producir con rapidez enormes ganancias excedentes, que no encontraban posibilidades de inversión para atender a un mercado interno reducido, debido a la distribución negativa de la renta y gracias a la supervivencia de una estructura agraria tradicional, que aislaba del mercado más dinámico a cerca de 50% de la población. Las ganancias, obtenidas en condiciones altamente favorables, eran más que suficientes para permitir nuevas inversiones y al mismo tiempo enviar enormes cantidades al exterior. Esas remesas no solo compensaban el nuevo capital que entraba, sino también creaban un déficit en la balanza de pagos. Este déficit se agravaba con el pago de servicios de la deuda externa creciente, debido tanto a la baja del precio de los productos exportados como al aumento de las remesas de los servicios del capital y de las deudas anteriores.

Esta situación mostraba a todo el país el fuerte dominio que el capital internacional ejercía sobre él. El repudio a este dominio se hacía cada vez más generalizado y se tornaba evidente que este modelo de crecimiento era imposible sin el uso de la fuerza y sin profundizar el proceso de concentración y centralización económica, a través de una fuerte centralización política.

La crisis generada por este conflicto fue solucionada a favor de la alianza entre el gran capital internacional y nacional a través de una estrecha asociación que regían los burócratas y los tecnócratas civiles y militares, después de terminar con los sectores disidentes internos y con las organizaciones de masas. El golpe militar del 1º de abril de 1964, que llevó al poder al Mariscal Castelo Branco, permitió crear las condiciones políticas para imponer hasta las últimas consecuencias esta relación de subordinación al gran capital internacional.

Está claro que tal subordinación tenía que darse con una fuerte participación del Estado, a quien correspondía tomar las medidas económicas que garantizaran el resurgimiento de la economía con el mínimo de reformas sociales. Es vergonzoso señalar que la realización de algunas reformas mínimas y una relativa modernización de la sociedad, para permitir un nuevo periodo de inversiones, provocó el desarme ideológico de una gran parte de la intelectualidad de "izquierda", lo cual generó, incluso, adhesiones entusiastas al régimen. Ello, de manera evidente, solo fue posible porque la llamada izquierda brasileña era, en su mayoría, simplemente nacionalista y reformista. Sus ideales estaban limitados al desarrollo económico y a la afirmación nacional. A pesar del nuevo régimen, no consiguieron ni una cosa ni otra, el simple hecho de presentar algunos moderados resultados favorables quebró a gran parte de la resistencia ideológica de estos sectores.

Desde 1964 a 1966, el Estado se preocupó básicamente en contener la inflación violenta, generada por la especulación financiera y las fuertes presiones monetarias derivadas del déficit cambiario y de las emisiones que se realizaron entre 1955 y 1960. Su objetivo era favorecer la concentración económica, el equilibrio

financiero y el ulterior auge de inversiones. Esa estabilidad monetaria se alcanzó al rebajar los costos de producción, en particular los salarios de los trabajadores, que se redujeron aproximadamente 45% de su poder de compra en apenas tres años. No es necesario destacar la violenta represión que fue necesaria para obligar a esta clase a aceptar tal reducción en sus niveles de vida. Los mecanismos cíclicos facilitaron esta tarea, debido a la fuerte recesión que vivió el país entre 1962 y 1966. Esta última llevó al desempleo, a la desorganización y a la inmovilización de las clases asalariadas.

Lo curioso de esta etapa es que el capital extranjero casi paralizó su entrada en el país, así como sus reinversiones en todo el periodo. Se dedicó básicamente a utilizar sus altos excedentes para comprar empresas debilitadas por la crisis económica y para remitir sus ganancias al exterior.

El capital extranjero solo volvió a invertir en el país a partir de 1967, con el inicio de la recuperación económica que, como se vio, se obtuvo sobre todo a costa de aumentar de manera enorme la tasa de ganancias con base en la reducción de los salarios. La recuperación de las inversiones se fundamentó también en una renovada confianza en el Estado que consiguió limpiar, en parte, a hierro y fuego las finanzas nacionales.

El movimiento de capital, a inicios de este nuevo periodo de recuperación, a partir de 1967, se dirigió de modo fundamental al financiamiento del capital de giro de las empresas, porque la mayor parte de las nuevas inversiones utilizó una gran capacidad instalada, que se subutilizó en el periodo de la crisis. A su vez, la creación de un clima de optimismo capitalista y la organización de un mercado de inversiones abierto al capital extranjero altamente especulativo permitió una fuerte "entrada" de capitales bajo la forma de compras de papeles o acciones que se presentaban como gigantescos proyectos de inversión.

Una descripción muy general del conjunto de la historia de la inversión extranjera en Brasil sirvió para mostrar, por un lado, la dirección general del proceso y, por otro, la crisis que genera a niveles siempre nuevos. Las inversiones de 1945 a 1950 llevaron a la crisis de 1950 a 1954; las de 1955 a 1960 provocaron la de 1961 a 1966 y aquellas de 1967 a 1973 abrieron camino a una nueva crisis, que se analiza en el capítulo siguiente.⁴

En el presente capítulo, lo que interesa es estudiar las dos crisis generadas entre 1950 y 1954 y 1961 a 1964, así como sus consecuencias políticas e ideológicas.

⁴ Como este texto fue escrito originalmente en Dos Santos (1974), la crisis de 1974 aparecía en él como una previsión. Pero hoy se trata de hechos que analizamos en otras partes de este libro.

2. EL FRACASO DEL NACIONALISMO COMO POLÍTICA ECONÓMICA

El nacionalismo, como política económica, nació en el decenio de 1930 y asumió una forma teórica madura a finales de la década de 1940. Como se vio, los elementos fundamentales de esta política eran:

- a) Control de las divisas obtenidas con las exportaciones para impedir, por un lado, la importación de productos industriales que pudiesen competir con los nacionales y, por otro, facilitar la importación de máquinas y materias primas para la industria nacional. Los mecanismos utilizados fueron los más diversos posibles y sería exhaustivo detener la atención en dichos aspectos. Es necesario tener en consideración los conflictos que esta política siempre causó a las oligarquías exportadoras, que perdieron el control de las divisas obtenidas con la exportación de sus productos.
- b) La formación de una infraestructura de energía, transporte y comunicación en general, a cargo del Estado, para ofrecer servicios baratos a los inversionistas privados. La ejecución de esta política pasaba por un enfrentamiento con los intereses más atrasados del capitalismo extranjero, interesado en mantener bajo su control las fuentes energéticas, las minas y los otros recursos nacionales. El movimiento armado de 1930 aseguró la propiedad estatal sobre el subsuelo brasileño, pero hizo varias concesiones al capital extranjero para la explotación de minas, recursos energéticos y servicios públicos.

La burguesía luchó para garantizar la propiedad nacional del subsuelo y la utilización de los principales recursos nacionales. En el periodo del segundo gobierno de Vargas, entre 1950 y 1954, sus asesores elaboraron proyectos de creación de sociedades anónimas nacionales, con propiedad mayoritaria del Estado en los campos de petróleo (la cual fue objeto de una larga lucha en Brasil pero que culminó con la formación de la Petrobras, estudiada por Cohn, 1969), de la energía eléctrica (Electrobrás), de los minerales de hierro (Ferrobrás), del acero, de los minerales atómicos (Atomibrás), etc.; además de ello se pensó y se realizó un gran plan de creación de calles y, de modo secundario, de otros sistemas de transporte. De todas esas medidas, se realizaron aquellas en que el Estado pasaba a invertir en los sectores de mayor concentración de capital y menor tasa de ganancia, reservando al capital privado los sectores más lucrativos. Dicha política no hizo más que reflejar la lógica del capitalismo monopólico, que utilizaba el Estado como auxiliar directo para la reproducción ampliada de la economía y para el incremento de la tasa de ganancia del capital privado.

- c) La ayuda directa a la industria nacional, a través de exenciones fiscales, facilidades de locales, fijación de precios altos, financiamiento barato (muchas veces eran verdaderas donaciones, porque eran consumidos de manera rápida por la inflación) y adquisición de productos por el Estado. Algunas industrias, como las de construcción, se crearon y sobrevivieron casi de forma exclusiva a costa del consumo o del financiamiento estatal.

Entre todos los mecanismos, uno de los más importantes (a pesar de no haberse admitido de forma oficial) es la llamada "corrupción administrativa, que consta de un intercambio de favores entre funcionarios públicos que tratan con recursos financieros del país y los particulares que les pagan una comisión para obtener sus favores. Muchas veces, el funcionario y el empresario pertenecen al mismo grupo económico. Estas prácticas, muy comunes en todas las naciones capitalistas, en particular en los periodos de acumulación primitiva de capital, asumen formas extremas en países como Brasil, facilitadas por la ausencia de una opinión pública y de un movimiento popular fuerte para reprimirlas. Por el contrario, el populismo, bajo la hegemonía burguesa, al someter de manera ideológica al proletariado, corrompe a sus dirigentes y los lleva a estas prácticas. La bandera de lucha contra la corrupción estuvo, en general, en manos de los sectores de las clases medias y las oligarquías rurales, que siempre recibieron porciones menores en esta división ilegal de los excedentes económicos creados por los trabajadores.

Se debe señalar que todas las formas de subsidio estatal, incluso la corrupción, fueron rápidamente incorporadas por las empresas extranjeras que se instalaron en el país y pasaron a beneficiarse de todo sistema de ayuda del Estado a la industria nacional. Más allá de esto, tales empresas disponían de mecanismos de ayuda aún más amplios, bajo la tesis de que es necesario "atraer el capital extranjero". A este se dan, a través de órganos del gobierno, decretos e instrucciones especiales (inauguradas por la famosa Instrucción 113 de la Superintendencia de la Moneda y del Crédito [SUMOC]), facilidades para importación de productos, terrenos, ayuda para instalación, exenciones de pagos de impuestos, créditos prioritarios y otras.

Al final de la década de 1950, los industriales brasileños protestaban contra dichos excesos de facilidades que permitían a las empresas extranjeras obtener ganancias extraordinariamente altas en detrimento de las empresas nacionales.

- d) Una política de formación técnica de mano de obra, de garantía de ciertos derechos básicos de la fuerza de trabajo, de seguridad social, etc., que permitiese atraer mano de obra rural y eximir a los patrones de las responsabilidades paternalistas heredadas de las estructuras precapitalistas y crear las bases de una moderna economía capitalista. Es la versión local del Estado de bienestar del capitalismo desarrollado.
- e) Una política de modernización de los servicios públicos, para ajustar el aparato estatal a las necesidades del desarrollo capitalista. Este último aspecto y parte de las propuestas anteriores se neutralizaban en buena parte mediante la llamada "corrupción administrativa". Mientras tanto, dicha contradicción era inevitable, porque esta es una necesidad intrínseca de la acumulación primaria y, en buena parte, del sistema capitalista en general, como se vio antes.

En general, los más diversos gobiernos aplicaron el conjunto de esta política, pero en vez de favorecer el desarrollo del capital nacional, como se preveía, sirvió para abrir las puertas del sistema empresarial del país

al capitalismo internacional. Lo que se consiguió, como ya se dijo antes, fue solo obligar a este capital a instalarse en el interior de la nación y, en particular, de acuerdo a un plan de desarrollo nacional. Pero este mismo hecho puede verse desde uno u otro puntos de vista: el capital internacional utilizó la política nacionalista y los planes de desarrollo nacional para crear una nueva fuente de inversiones con altas tasas de ganancias. En realidad, a fines de 1940, las grandes empresas internacionales ya habían elaborado una estrategia más o menos definida en esta dirección.

A finales de la década de 1950 y comienzos de 1960, la burguesía se vio en la necesidad de enfrentar y resolver el siguiente dilema: o abandonar de manera definitiva sus pretensiones de desarrollo nacional autónomo y aceptar la condición de burguesía dependiente, socia menor del gran capital, con el cual se limitaba a negociar mejores condiciones de subordinación, o radicalizar su programa nacionalista al establecer medidas directas de represión a la entrada y salida de capitales extranjeros.

Mientras tanto, este dilema se llevaba a cabo, en una compleja coyuntura nacional.

El desarrollo capitalista dependiente creó profundos problemas en las relaciones económicas externas del país. Como se describió, las empresas extranjeras se llevaron más ganancias de lo que hacían entrar como capital a la nación. Al mismo tiempo, los precios de los productos de exportación caían y aumentaban los costos de fletes y seguros para el transporte de esos mismos. Para financiar el ingreso de los capitales extranjeros y comprar productos impuestos por la llamada "ayuda externa", se contrajeron enormes deudas con los países dominantes, sobre todo con Estados Unidos. El resultado de esa situación estructural era un aumento constante del déficit de la balanza de pagos. Para pagar tal déficit se usaban nuevos préstamos con intereses incompatibles con ninguna verdadera "ayuda". A finales del periodo, solo los pagos de servicios de la deuda externa ya llegaban a 40% del total de rentas con la exportación.

De esta manera, no había otro camino para conseguir un desarrollo nacional sino paralizar esta sangría, negarse a pagar la deuda externa, limitar o impedir la salida de ganancias del capital extranjero y disminuir el pago de fletes y seguros, a través de la creación de una marina mercante nacional. Mientras tanto, esta política era absolutamente conflictiva con el gran capital y las potencias que lo apoyaban.

Como se verá, al realizar el golpe militar de 1964, la burguesía brasileña prefirió el camino de la conciliación: entregó la fuerza de trabajo y las riquezas minerales brasileñas al capital extranjero para aumentar de manera intensa las exportaciones y para pagar, a su vez, parte de las deudas contraídas. Dicha "salida" llevaba, sin embargo, a una contradicción. Este proceso conducía, como se describe más adelante, a una

reproducción ampliada de las causas de la crisis, al elevar las remesas de ganancias, el volumen de los fletes y seguros (solo en parte atendidos por Brasil) y el volumen de la deuda externa.⁵

Es evidente que las dificultades de esta solución, que se adoptó como resultado de la victoria contrarrevolucionaria de 1964, y la casi completa sumisión que esta implica, llevaron a la burguesía a vacilar entre los dos caminos durante algún tiempo. El movimiento popular favorecía de forma evidente el camino del enfrentamiento como el capital extranjero, al asumir el liderazgo de la política nacionalista ante las vacilaciones de los líderes burgueses. Al verse en dicha posición, el movimiento popular tendió a radicalizar el contenido antiimperialista del enfrentamiento e hizo que la burguesía en su mayoría pasara a defender de manera definitiva una política de acuerdo con el gran capital internacional, lo cual se concreta en el golpe militar de 1964 y en el régimen dictatorial que lo siguió. En realidad, el camino del enfrentamiento no podría jamás quedar en los cuadros reformistas y tendría que llevar a la creación de un poder popular, que conduciría al país al socialismo. Entre esta salida y la entrega al capital internacional no existía otra alternativa para la burguesía.

Por otro lado, existían otros problemas que agravarían la situación general: el gran crecimiento industrial del periodo no se acompañó de un aumento importante de la demanda interna.

Ello ocurrió debido al carácter monopólico, concentrador y excluyente del desarrollo capitalista dependiente. Las empresas creadas en este periodo procuraban atender a la más notable y concentrada demanda del país, que corresponde a los sectores de altos ingresos. Los grandes avances industriales del periodo afectaban sobre todo al crecimiento del consumo de productos especializados y muy complejos desde el punto de vista tecnológico, y solo de modo marginal se crea una industria de base, esto es, en la medida en que esta era necesaria para asegurar ese crecimiento. Empresas muy concentradas que dominan de forma monopólica los mercados, también altamente concentrados y que emplean de manera relativa poca mano de obra, crean un tipo de desarrollo del cual quedan excluidas las grandes masas del país y hacen del progreso monopólico y dependiente una versión explosiva de crecimiento económico, en la cual las condiciones asumen una agudeza extrema. El autor analizó en otra oportunidad este fenómeno que le llamó de nuevo carácter de la dependencia (Dos Santos, 1971) y no corresponde profundizar aquí.

⁵ En 1972, estábamos en un momento de aparente pero altamente divulgada bonanza de nuestra balanza de pagos. En 1983 y 1987, la realidad confirmó dramáticamente nuestras afirmaciones. Y debemos repetirlas: si Brasil continua intentando pagar la deuda con el aumento de las exportaciones, en 15 años estaremos en esta misma situación de esclavos del sistema financiero internacional, al cual continuaríamos pagando la derrama que pagábamos a la Corona portuguesa en la Colonia.

Ante esta situación estructural, había solo dos caminos alternativos que seguir. Por un lado, estaba la posibilidad de buscar una ampliación del mercado interno a través de una reforma agraria. Esta permitiría integrar al mercado enormes poblaciones campesinas, sometidas a regímenes de pago no monetarios o a bajísimas remuneraciones. Al mismo tiempo se hacía presente la necesidad de una redistribución de la renta que favoreciera a las poblaciones marginales urbanas y asalariadas, cuya mayoría vivía y aún vive en proporciones y cantidades crecientes, en una situación de absoluta pobreza.

No obstante, dichas medidas llevaban a consecuencias contradictorias. Estas obligaban a un enfrentamiento con la oligarquía rural y sus aliados urbanos, nacionales e internacionales, que solo podría triunfar a través de decididas movilizaciones de masas campesina y urbana. Al mismo tiempo, la reforma agraria podría llevar a cuestionar la propiedad privada en general. Es necesario señalar también que ya existían en el campo brasileño bastas propiedades latifundistas bajo una explotación capitalista. De ahí que la burguesía buscara siempre separar, de sus tímidas agitaciones de reforma agraria, el llamado latifundio productivo del "improductivo". Pero ¿quién podría detener, en estos estrechos límites, el movimiento campesino que nacía detrás de la agitación por la reforma agraria, haciendo temblar el propio sistema? Sin embargo, era inevitable buscar alguna solución para enfrentar el gran problema agrario brasileño. Más de 40 millones de campesinos sobrevivían en una situación de miseria desesperante, al lado del lujo de los patrones, lo cual los llevaría a migrar en masa hacia los centros urbanos y provocaría el crecimiento anárquico de las grandes ciudades, desbordantes de poblaciones marginadas.

Las medidas de redistribución de la renta a favor de los asalariados tal vez llevarían, por un lado, a una reducción súbita de la tasa de ganancias, lo cual desestimularía la inversión capitalista y obligaría al Estado a asumir de manera directa la responsabilidad del desarrollo del sistema productivo. Tanto el capital nacional como el extranjero se rehusaban a operar sin una alta tasa de ganancias y buscaban, en caso contrario, otros centros de inversión y hacían caer la tasa de crecimiento del producto. Solo el Estado podría mantener las altas tasas de inversión necesarias para el desarrollo en dichas condiciones. Aumentar la participación estatal en la economía parecía ser una solución para todos los problemas sectoriales: Petrobrás, Eletrobrás. Atomibrás, Minerobrás (¡Vale del Rio Dulce!), Embrafilme, etc., etc. Estas medidas eran reivindicadas en todos los sectores del movimiento de masas, dejando clara una contradicción creciente entre un desarrollo económico popular y un capitalismo liberal. De ese inmenso proyecto de capitalismo de Estado, aliado a una concepción democrática y participativa del poder político y una aspiración cultural de soberanía nacional, nacía una propuesta incluso más radical, en la medida en que todas las fuerzas del capital se agregaron en una propuesta económica liberal y políticamente autoritaria: el socialismo pasaba a surgir como un objetivo inmediato por alcanzar mediante la radicalización del programa nacional democrático y el inicio de su discusión en el país.

A la burguesía no le importaba ya el reformismo. Este se convertiría en la antesala del socialismo. Debido a tal situación objetiva y subjetiva, la burguesía brasileña optó por la contrarrevolución y por una alianza desfavorable con el gran capital internacional, el latifundio y los sectores reaccionarios de la pequeña burguesía y de la clase media. La derecha militar, aprovechándose de una coyuntura general favorable, fue el centro deflagrador del golpe de 1964 que, articulado por los propios representantes del gran capital, consagró un camino totalmente diferente para resolver de forma temporal el problema del mercado interno y de las relaciones económicas internacionales de una manera que el esquema populista no pudo prever ni responder. En el siguiente capítulo se analiza de modo más detallado este camino.

Mientras tanto, se deben señalar las características básicas de la respuesta burguesa al problema del mercado, para dar al lector una visión general del tema propuesto. Ya que se trataba de no hacer intentos por aumentar el mercado interno mediante la reforma agraria, ni de redistribuir la renta a favor de los asalariados, solo había tres caminos combinados: a) incrementar las exportaciones, con su diversificación hacia el sector industrial, debido a la rebaja del precio del café y de los productos primarios, y lo que representaban los productos manufacturados como aumento del valor agregado en cada producto exportado; b) aceptar la redistribución regresiva de la renta a favor de los estratos con rentas altas para aumentar el consumo de productos de tecnología especializada, que llevaría al incremento de las inversiones, sobre todo de las corporaciones multinacionales, fabricantes de esos productos; c) para hacerlo, era necesario aumentar el consumo estatal, en especial el militar, y facilitar la creación de un mercado de capitales que permitiera concentrar aún más la renta en las manos del gran capital, así como se debería crear todo tipo de mecanismos de subvención al sector privado para aumentar la tasa de ganancia y, como consecuencia, las inversiones.

Este plano pasaba por una política de estabilización monetaria firmemente apoyada en la reducción de los salarios reales de los trabajadores, en la contención del crédito, sobre todo a los pequeños propietarios y a las firmas discapacitadas desde los puntos de vista técnico y administrativo, en la disminución de la deuda pública y la disminución de las importaciones con objeto de reducir el déficit externo. Dicha política era evidentemente transitoria, pues veía la recuperación de la tasa de ganancias que permitiera pasar a una nueva etapa del crecimiento económico.⁶

En el capítulo siguiente, se analiza de forma detallada esta política global de la burguesía. De inmediato se verán las repercusiones de la crisis en los planos político e ideológico.

⁶ Nuestra visión de la racionalidad capitalista, de la política de estabilización monetaria del Fondo Monetario Internacional y de suversión local elaborada por Roberto Campos fue siempre uno de los puntos fundamentales de nuestras divergencias y polémicas con el reformismo latinoamericano (Ver Dos Santos, 1978 A). Él veía en las políticas de estabilización un proceso recesivo que llevaba a la desindustrialización del país y no a una renovación de acumulación capitalista.

3. EL FRACASO DEL NACIONALISMO COMO IDEOLOGÍA Y LA RADICALIZACIÓN POLÍTICA

La incapacidad de la burguesía emergente para llevar a cabo el programa que organizó en los decenios de 1930 y 1940 provocó una profunda crisis ideológica y política. En este periodo, el nacionalismo se transformó de una ideología en esencia burguesa a una pequeñoburguesa y trabajadora. Como se vio, en la segunda parte de la década de 1950, un sector considerable de los ideólogos del desarrollo nacional independiente rompió con el "nacionalismo sectario", en nombre de la preponderancia del desarrollo económico sobre los objetivos nacionales. Estos eran, según ellos, un instrumento para alcanzar el desarrollo, que constituía el objetivo máximo del hombre en general. Se intentaba reencontrarse con el pensamiento liberal burgués, que en principio, fue siempre cosmopolita, libre cambista, internacionalista y modernizador. Claro está que pocos exnacionalistas podrían dar un paso tan grande en esa dirección y muchos buscarían fórmulas intermediarias, adaptadas a la situación del país y a la base social pequeñoburguesa que los inspiraba.

Por otro lado, el liberalismo burgués clásico, apoyado por los viejos defensores de la división internacional del trabajo que preconizaban un país agrícola y exportador de manera predominante, como Eugenio Gudim, fue cediendo el paso hacia un pensamiento burgués neoliberal, que reconocía la existencia del monopolio así como el papel del Estado en la acumulación y la reproducción del capital y que valoraba la programación y la intervención estatal. Todas estas características se reunían en la figura de Roberto Campos, en esa época el embajador del gobierno de Goulart en Estados Unidos, anterior colaborador de todos los gobiernos: asesor de Quadros, jefe del Banco de Desarrollo de Kubitschek y uno de los autores del "Plan de Metas", colaborador del segundo gobierno de Vargas y del gobierno previo del Mariscal Eurico Dutra. Era pues, el hombre indicado para administrar la política económica del régimen militar instaurado en 1964.

El pensamiento nacionalista también se veía atacado por la izquierda. A inicios de la década de 1960 hubo un gran despertar de estudios marxistas en Brasil, con la aparición de los seminarios sobre *El Capital* de Marx, la edición de libros técnicos, metodológicos y de análisis marxistas de la realidad brasileña, tendencia que se inscribía dentro del proceso mundial de renacimiento del marxismo como pensamiento científico y revolucionario. Este surgimiento no se manifestó solo en la vida universitaria, donde no resultó en solo una perspectiva militante, sino también en nuevas organizaciones políticas, como la Organización Marxista Revolucionaria Política Obrera (POLOP), que llamaba a retomar el marxismo clásico y a oponerse al nacionalismo burgués como fuente estratégica y de doctrina política. En el Partido Comunista Brasileño, a pesar de su inflexión en el camino del nacionalismo democrático, a partir de 1958, hubo una evidente renovación intelectual, estimulada por la lucha ideológica en ascenso de todo el país. El nacionalismo comenzó a ser atacado de manera

sistemática por un sector de la izquierda, que criticaba su análisis de las realidades internacional y nacional y su propuesta política. En primer lugar, el ataque se dirigía contra su base teórica y metodológica, de inspiración existencialista, que partía del enfoque de los problemas del subdesarrollo a partir de la situación existencial del "ser colonizado", y no desde un análisis del sistema económico mundial, en que se fundaba esta colonización y que mostraba su contenido de clase. En seguida, las armas de la nueva izquierda iban contra la concepción de que el desarrollo capitalista del país se hacía de forma esencial en oposición a una economía agraria feudal. Esta tesis permitía presentar los problemas nacionales como consecuencia de una economía precapitalista, cuando la evidencia histórica dejaba ver la incapacidad del propio sistema capitalista para resolverlos, así como al capitalismo como la fuente fundamental del carácter atrasado de la economía y la sociedad. Se denunciaba entonces el nacionalismo como una posición doctrinaria que, a pesar de sus ataques al imperialismo estadounidense, buscaba mostrar al capitalismo como el modelo ideal de sociedad a la cual se debería llegar a través del desarrollo y la superación de los obstáculos precapitalistas.

En resumen, se observa que, a finales de la década de 1950 y comienzos de la de 1960, el desarrollismo sustituía al nacionalismo en el pensamiento burgués; este se hacía cada vez más anticomunista y también autoritario, al apoyar la centralización administrativa y política así como el fortalecimiento del Estado burgués y del plano económico, en alianza con el gran capital (véase la tesis del neobismarkismo, de Hélio Jaguaribe, 1962). Surgían, al mismo tiempo, organizaciones claramente fascistas reunidas por el grupo Tradición, Patria y Familia, que llamaban al derrumbamiento del gobierno y a la implantación de un régimen de fuerzas.

Por otro lado, el pensamiento propiamente nacionalista se radicalizaba y tomaba un contenido más antiimperialista que tendía a reforzar el capitalismo de Estado y a impulsar un fuerte proceso de reformas de base, como la perspectiva de crear los fundamentos de una sociedad socialista. A pesar de ello, hasta el golpe de 1964, este movimiento continuaría bajo un liderazgo eminentemente burgués y la base social de esta posición sería cada vez más obrera y pequeñoburguesa radical. Mientras tanto, el sector más centralista del movimiento, comandado por el entonces presidente João Goulart, con el apoyo del Partido Comunista Brasileño, continuaba insistiendo en el contenido nacional-popular del programa y en acentuar su antiimperialismo, las reformas de base y sus tendencias socialistas; el grupo obrero más radical, comandado por Leonel Brizola, en el sur, y en parte por Miguel Arraes, en el noreste, buscaba acentuar el carácter de masa de la lucha y el enfrentamiento social radical (Brizola propuso en el discurso de la gran concentración del 13 de marzo de 1964, la creación de una Constituyente de Obreros y Campesinos), y radicalizar el programa nacionalista, hasta convertirlo en uno de liberación nacional, antiimperialista, antioligárquico y, en parte, antimonopólico. Brizola llamaba a la constitución del Grupo de los Once, centros de resistencia democrática al Golpe de Estado, como forma de movilización permanente de la ciudadanía.

El desarrollo de organizaciones revolucionarias marxistas se encontraba a su izquierda. Además de la referida POLOP, se creó en 1962 el Partido Comunista de Brasil, disidencia maoísta del PCB, surgieron las Ligas Campesinas, que dieron origen al movimiento Radical Tiradentes, fenómeno en extremo nuevo, la Acción Popular (AP), organización entonces definida como de la izquierda cristiana. Estas fuerzas tenían diferentes posiciones en relación con el gobierno Goulart y sobre el carácter de la revolución brasileña (*véase el libro de Moniz Bandeira, 1978*).

Sin embargo, estas organizaciones tenían algunos puntos en común que las situaban a la izquierda de las tendencias referidas antes: todas buscaban prepararse para un enfrentamiento armado y mantenían una posición crítica ante el gobierno de Goulart (en el caso del PCdoB, existía una abierta oposición a Goulart: en el caso de la AP, había una colaboración crítica con el mismo).

El espectro ideológico se radicalizaba de una manera muy evidente. Por un lado, la ideología burguesa ya se ubicaba cada vez más a la derecha, sea en relación con su conciliación con el imperialismo, sea en el abandono de las banderas reformistas, en el anticomunismo y sobre todo en el apoyo al autoritarismo político como salida a la crisis, tesis apoyada de manera más radical por tendencias claramente fascistas. Por otro lado, el pensamiento nacionalista se hacía antiimperialista, reformista radical y prosocialista, con surgimiento de tendencias cada vez más radicales en el espectro ideológico, que proponían la necesidad de un claro liderazgo campesino y obrero del proceso y preconizaban la forma armada de enfrentamiento contra el golpe derechista.

Desde el punto de vista político, se comprueba la misma dinámica. Las organizaciones políticas existentes se fueron polarizando en diferentes corrientes y surgieron poco a poco nuevas organizaciones, como desprendimientos cada vez más radicales de las fuerzas políticas convencionales.

Dado el carácter poco doctrinario de los partidos políticos tradicionales en Brasil, los grupos nacionalistas de mayor o menor radicalismo fueron apareciendo en todos los partidos y, en su conjunto, formaron el Frente Parlamentario Nacionalista en el Congreso. Por otro lado, la derecha organizó un Frente Parlamentario Democrático. Estos frentes no comprometían a los partidos en su conjunto, pero tenían en el PTB, por un lado, y en la UDN por otro, sus principales ejes, con un carácter más ideológico que orgánico, pero que tendían rápidamente a rebasar este nivel.

Al mismo tiempo se articulaban y crecían sectores del movimiento popular que se combinaban con el nivel parlamentario. Se debe notar, sobre todo, el surgimiento del Comando General de los Trabajadores (*véase Lucília de Almeida Neves, 1981*) como expresión de un gran proceso de organización y participación política

de la clase obrera, que culminó en el Congreso de los Trabajadores en 1960, en Rio de Janeiro; el crecimiento de las Ligas Campesinas, asociaciones campesinas y sindicatos, que realizaron un Congreso Nacional Campesino en Belo Horizonte en 1961; el desarrollo del movimiento estudiantil, dirigido por la Unión Nacional de los Estudiantes y por la Unión Brasileña de Estudiantes de Secundaria, que llegó al ápice de su combatividad en este periodo. Los militares también se organizaron de maneras parasindical y política, con reivindicaciones de clase y políticas, en agrupaciones como: los Oficiales Nacionalistas, el Comando Nacional de los Sargentos y las Asociaciones de Cabos y Marineros, con sus respectivos líderes nacionales. Todas estas fuerzas se unieron, al final de 1963, en un Frente Nacional de Movilización Popular, con el apoyo de las organizaciones políticas de izquierda y bajo el liderazgo de Leonel Brizola.

Dados estos novedosos términos de batalla popular, quedaba claro que la lucha de clases asumía un nivel distinto y se formaba el germen de un nuevo poder, que sobrepasaría cualquier intento de gobierno nacionalista y democrático. Las fuerzas ligadas a los intereses dominantes desistieron de cualquier camino pacifista para retomar el control de la situación. De este modo, algunos grupos que venían conspirando hace mucho tiempo, en las fuerzas armadas y fuera de ellas, pasaron a actuar con un fuerte apoyo de la clase dominante en su mayoría. Se formaron agencias destinadas a financiar campañas electorales, como el Instituto Brasileño de Acción Democrática (IBAD), que fue objeto de una investigación parlamentaria, y el Instituto de Investigación y Estudios Sociales (IPES), para la divulgación del material de propaganda y articulación de los empresarios participantes en la conspiración (un estudio completo del papel del IPES en el golpe de 1964 se encuentra en René Dreifuss, 1981); pasó claramente al contrabando de armas, a organizar el apoyo material en dinero, armas y equipamiento, etc., de forma directa de las haciendas y de las empresas. Y se inició una etapa de movilización fascista cada vez más intensa, hasta que se organizó la gran manifestación por "Dios, la Libertad y la Familia", que fue la demostración final de fuerza del esquema golpista y la señal para la etapa decisiva. En todo este trabajo conspirativo, la Agencia Central de Inteligencia, (CIA, *Central Intelligence Agency*) y el mismo embajador estadounidense Lincoln Gordon tuvieron un papel fundamental, tal como se volvió público posteriormente, con los papeles del archivo de Lindon Johnson (una importante descripción del periodo se encuentra en Moniz Bandeira 1973 y 1978).

El golpe se precipitó, mientras tanto, cuando se provocó un incidente que expresaba la profunda rebelión de las tropas contra las condiciones represivas que prevalecían en las Fuerzas Armadas. Los marineros se enfrentaron al Ministro de la Marina, que no aceptaba la formación de una Asociación de Cabos y Soldados. Al realizarse un congreso de esta asociación en el Sindicato de los Metalúrgicos, el ministro envió a sus tropas para reprimirlo, las cuales abandonaron sus armas y se adhirieron a la reunión. Como el gobierno de Goulart llegó a un acuerdo con los marineros rebeldes, la mayoría de los militares neutros sintió que se debilitaba en

definitiva el concepto de disciplina, y el comando golpista decidió precipitar el golpe en estas condiciones. Su principal dirigente era el jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas del gobierno de Goulart, el Mariscal Castelo Branco. Entre los demás dirigentes estaban dos gobernadores de Estado y varias figuras ilustres de la República. El golpe comenzó por la declaración de insurrección del gobierno del Estado de Minas Gerais, en el centro de Brasil. Carlos Lacerda, gobernador de la Guanabara, se adhirió casi enseguida. En una entrevista posterior a la prensa declaró que Minas Gerais contaba con el apoyo militar del gobierno estadounidense, que introduciría a sus tropas a través del Valle del Río Dulce para apoyar al gobierno provisional en Minas. Al mismo tiempo, no solo el gobierno de Estados Unidos reconoció de forma diplomática al gobierno golpista, incluso antes de su consolidación, sino también la CIA de dicho país y hasta el Buró Federal de Inteligencia (FBI, *Federal Bureau of Investigation*) cumplieron un papel fundamental en todo el proceso conspirador, como quedó claro por una carta confidencial del Hoover, que se hizo publicar posteriormente y por las declaraciones del entonces embajador en Brasil, Lincoln Gordon, en el senado estadounidense (véase el apéndice de Skidmore [1967] sobre la participación de Estados Unidos en el golpe de 1964).

Aquí no hay lugar para hacer una descripción minuciosa del golpe de Estado de 1964. El autor elaboró algunos estudios sobre este tema en otras dos obras (Dos Santos, 1971, reúne los dos libros de 1968 y 1969). Lo que interesa señalar en este capítulo es la medida en que el proceso político e ideológico que originó el golpe de 1964 era producto de una crisis profunda, que llevaría de manera inevitable a un enfrentamiento radical entre el movimiento popular y la clase dominante. Al ser tan extrema esta confrontación, como se describió en este capítulo, había solo dos posibilidades: o avanzaban las reformas de base que para consolidarse necesitarían de un proceso revolucionario, uno que casi de modo inevitable las conduciría al socialismo, como único desenlace viable de esas reivindicaciones; o las medidas de represión y contención de ese proceso llevarían a la contrarrevolución que se tornaba sin remedio más rígida y radical, dando origen a un impulso reaccionario (que no podía contentarse con un simple gobierno fuerte que suspendiera de forma provisoria el funcionamiento del régimen liberal. ¡No! La contrarrevolución (que de manera paradójica usó el nombre de "Revolución Gloriosa") solo podría consolidarse si se constituía en un régimen distinto, de tipo fascista, que quedó siempre como su horizonte histórico y como tendencia práctica, y que llegó a su auge entre 1969 y 1973, durante el gobierno de Garrastazu Médici (sobre el fascismo, véase Dos Santos, 1971 y 1978). La historia de Brasil, a partir de 1964, será la historia de esa lógica, contrarrevolucionaria, la cual se estudia en el capítulo siguiente.

V La respuesta conservadora: La dictadura militar y el fascismo

1. LA LÓGICA DEL GOBIERNO MILITAR

El Ejército Brasileño jamás asumiría de modo directo el poder. Intervino en la vida política brasileña muchas veces, pero siempre lo hizo en la condición de juez entre las diferentes corrientes civiles. En 1989, el Ejército tomó la iniciativa de derribar al Imperio e instauró la República Constitucional y presidencialista. En 1922, jóvenes militares comenzaron un movimiento insurreccional que los llevó al poder en 1930, junto con amplios sectores civiles. La dictadura de Vargas instaurada en ese periodo era claramente civil y condujo a la convocatoria de la Constituyente de 1934, que prorrogó su mandato. La agudización de los conflictos políticos entre 1935 y 1937 originó la instalación de la segunda dictadura de Vargas, en 1937, y una constitución nueva instauró el Estado Nuevo, de carácter nítidamente dictatorial, de inspiración fascista, pero de contenido diferente, como se vio antes.

Fue el ejército que derribó a Vargas en 1945 y que de inmediato entregó el poder al Supremo Tribunal de Justicia para que convocara la Constituyente de 1946, la cual estuvo en vigor hasta 1964. Después, las Fuerzas Armadas, en particular la aviación, participaron en el movimiento conspirativo contra Vargas, en 1954, lo que originó su suicidio. El poder pasó a su vicepresidente Café Filho. En 1955, ante una fuerte campaña de derecha para impedir la posesión del presidente electo Juscelino Kubitschek, las Fuerzas Armadas intervinieron otra vez, derribaron a Café Filho y garantizaron la posesión de Kubitschek. En 1961, al estar Jânio Quadros en el poder, un grupo de militares hizo fuertes presiones sobre el presidente, y este dimitió. En ese momento, el vicepresidente João Goulart estaba fuera del país. Los tres ministros militares formaron una junta de gobierno que quiso impedir el ascenso de Goulart. Ante una fuerte presión popular, la insurrección de dos Estados de la República, el apoyo del Tercer Ejército y el acuerdo de Goulart que aceptaba asumir la presidencia en un nuevo régimen parlamentarista de gobierno, la junta militar devolvió el poder a los civiles.

Los años entre 1961 y 1964 fueron muy inestables y marcados por una fuerte radicalización. Se llamaba a los militares en todo momento para intervenir a favor de uno u otro de los dos bloques en lucha. Se formaron

grupos y "esquemas" militares de izquierda y de derecha, las Fuerzas Armadas se dividieron no solo de manera horizontal entre grupos, ejércitos y facciones, sino también de modo vertical, entre oficiales y suboficiales, lo cual alcanzó a los cabos y las clases.

Por otro lado, en el decenio de 1960 las Fuerzas Armadas brasileñas y latinoamericanas comenzaron a pasar por un importante cambio de concepción estratégica, directamente orientado por el sector dominante en el gobierno estadounidense. En este periodo comenzó a consolidarse la concepción de la contrainsurrección y la seguridad nacional como objetivos fundamentales de las Fuerzas Armadas latinoamericanas. Hasta entonces, los ejércitos se educaban para defender a las naciones de América Latina del ataque externo de la "Rusia comunista",⁷ esto es, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y sus aliados. Después de la victoria de la Revolución Cubana, la concepción estratégica cambió y las tropas comenzaron a entrenarse y reorganizarse para defender a los distintos países del "enemigo interno": los guerrilleros, los sindicatos obreros, los estudiantes y los campesinos, todos organizados en una guerra psicológica y real contra el orden existente. Comenzaba la formación de fuerzas especiales antiguerrilleras y antimanifestaciones de calle. Se iniciaron los estudios antiguerrilla, antimotines, de inteligencia, de guerra psicológica, de acción cívica, etc., bajo el título general de contrainsurrección.

La doctrina de la contrainsurrección parte de dos premisas: la seguridad nacional y el desarrollo económico. Ambos son complementarios según esta doctrina. La amenaza a la seguridad nacional se origina en el subdesarrollo que, al crear la miseria, provoca la rebelión que a su vez aprovechan los comunistas. Por tanto, el desarrollo económico es el principal medio para alcanzar la seguridad nacional. Hasta aquí se ve la doctrina tal como se formula en la orientación hemisférica bajo la hegemonía estadounidense. Pero los militares en cada país agregan a estas dos premisas sus objetivos nacionales, que permiten alcanzar la seguridad y el desarrollo en el contexto geopolítico de cada país. En el caso de Brasil, estos objetivos se identifican con la importancia internacional de la nación, en particular ligada a su papel hegemónico en el Atlántico Sur y en América del Sur.

⁶ Nuestra visión de la racionalidad capitalista, de la política de estabilización monetaria del Fondo Monetario Internacional y de suversión local elaborada por Roberto Campos fue siempre uno de los puntos fundamentales de nuestras divergencias y polémicas con el reformismo latinoamericano (Ver Dos Santos, 1978 A). Él veía en las políticas de estabilización un proceso recesivo que llevaba a la desindustrialización del país y no a una renovación de acumulación capitalista.

La unión de estos tres elementos dentro de una sola doctrina militar conduce de forma progresiva a las Fuerzas Armadas a la idea de que les corresponde dirigir de manera directa al país para alcanzar el desarrollo. Cuando se dio el golpe de 1964, la mayor parte de dichas fuerzas creía que su misión era la de "poner la casa en orden" para hacer volver a la nación, en seguida, a un camino legal, con el restablecimiento del poder bajo una fuerte protección militar. El entonces general Castelo Branco afirmó el día 19 de septiembre de 1955, en su discurso en la Escuela Superior de Guerra, que

[...] existen muchos que creen que el mejor camino para que los militares participen en la recuperación del país es intervenir y tomar control del gobierno. Los más sinceros argumentan que esto es necesario, por la incapacidad de las instituciones políticas para resolver los problemas de la nación.

¿Tienen las fuerzas armadas la capacidad política para aprender a solucionar los problemas políticos y administrativos de la nación? Las fuerzas armadas no pueden, si son fieles a su tradición, transformar a Brasil en otra "republiqueta" sudamericana. Si nos adaptamos a este régimen, tendríamos que hacerlo por la fuerza y solamente podríamos mantenerlo por la fuerza y perderíamos la fuerza". (Este discurso estaba en los archivos del Mariscal Castelo Branco, citado por Einaudi y Stephan, 1971.).

Si Castelo Branco se mantenía fiel a sus ideas, se puede aceptar como verdadera la intención que se le atribuía de institucionalizar el régimen dictatorial y entregarlo a un civil (en la época se decía que era el entonces presidente del Congreso, Bilac Pinto, su candidato a la presidencia de la República). Así se puede comprender mejor sus acciones políticas. Pero al mismo tiempo se puede entender la importancia de la crisis brasileña que inhabilitó de manera objetiva la intención de institucionalizar un régimen civil autoritario y centralizador que garantizara el orden y la seguridad nacional, tal como la percibió el liderazgo militar conservador que Castelo Branco encarnaba.

Estas intenciones civilistas permiten entender cómo el golpe de 1964 unificó a civiles y militares en una misma posición, cuyo objetivo era prevenir la revolución social que parecía inevitable. Y explica también cómo los viejos políticos eligieron al Mariscal Castelo Branco, con lo cual consolidaron, a través del parlamento debidamente expurgado, el acto de fuerza e ilegalidad golpista. También estas son las dos razones de la pasividad con que los viejos políticos asistieron a la violenta represión contra los demócratas y los nacionalistas vinculados con Goulart, junto a la intervención en los sindicatos, asociaciones campesinas y estudiantiles, la expulsión y la represión de los militares nacionalistas, la censura y el terrorismo contra intelectuales y la población en general, y las persecuciones, los asesinatos y las torturas de líderes populares de izquierda.

Pero la represión no se limitó a los colaboradores directos de Goulart y a la izquierda. Enseguida se volvió contra los propios políticos liberales. Primero atacó a los que, de alguna forma, se identificaban con el esquema varguista (PSD-PTB), como Kubitschek y Mauro Borges, después fueron los propios jefes del movimiento militar, como Ademar de Barros y Carlos Lacerda.

Era evidente la lógica del movimiento que dio origen al golpe militar del 1º de abril de 1964. Se trata de un movimiento contrarrevolucionario que lanzaba las bases de un Estado centralizado y represivo de claro contenido fascista. El poder se fue desplazando cada vez más hacia los grupos de ultraderecha que servían de instrumento de los golpistas de 1964, pero que mostraban su mayor consecuencia contrarrevolucionaria. En la medida que se profundizaba la crisis del poder y legitimidad del Estado de excepción, aumentaba la violencia y se radicalizaban los términos de la lucha política: o revolución o contrarrevolución, o socialismo o fascismo. Este era el dilema que la mayoría de los protagonistas no había planteado de manera abierta, pero que se fue ubicando en una posición protagónica.

Castelo Branco permanecería dos años en el poder, entre 1964 y 1966. Presionado por los sectores derechistas del Ejército, por un lado, y por los viejos políticos burgueses por otro, tuvo que limitar su periodo de jefe del nuevo régimen y llamar a las "elecciones" para su sustitución. Al mismo tiempo, procuró asegurar la continuidad de su régimen, al hacer que el Congreso, ya por completo limpio de todos sus adversarios políticos, votara por una constitución sumamente represiva. Su sucesor, el Mariscal Costa e Silva, estuvo también aproximadamente dos años en el poder, entre 1966 y 1968. En este periodo hubo elecciones para gobernadores y parlamentarios y se inició la aplicación de la nueva constitución, que exigía certificado ideológico y otras garantías de los candidatos.

Mientras tanto, esta pequeña apertura hizo saltar a primer plano todas las inquietudes políticas contenidas por la ofensiva represiva de los dos primeros años. Un vasto movimiento de masas de estudiantes, poblaciones urbanas, obreros y campesinos comenzaba a renacer. Los militares y las organizaciones paramilitares de derecha volvieron a atacar, protegidos ahora por el Estado. Ante el crecimiento del movimiento de masas, un grupo de militares dio un jaque mate en el parlamento en rebeldía, al exigir la expulsión de uno de sus diputados: Márcio Moreira Alves. Frente a la reacción liberal del parlamento (apoyada por sectores de militares irritados con el crecimiento del fascismo, por empresarios y por la propia embajada estadounidense), que se negó a permitir la expulsión de Márcio Moreira Alves, la derecha de los militares respondió con el cierre del Congreso, obligando a Costa e Silva a asignar el Acto Institucional número 5, que suspendía la aplicación de la constitución que el propio régimen confería.

A partir de entonces comienza una represión aún más violenta. Se cierra al Congreso por varios meses y aun así se expulsa del parlamento a nuevos miembros; se dimite a profesores de universidad y funcionarios públicos de sus cátedras o funciones y se les jubila por decreto presidencial; se apresa y tortura a líderes de masas y comienza una represión masiva contra el incipiente movimiento de guerrilla urbana que surgió en 1967. Esta represión se vuelve contra todos los que pudiesen tener cualquier relación, la más remota, con el movimiento revolucionario o que hubiesen ganado alguna proyección en los movimientos sociales.

Se fortaleció la censura de todos los medios de comunicación, libros y espectáculos (sobre la represión en Brasil, véase *Proyecto Brasil nunca más* y Alarcon, 1970).

Se iniciaron golpes policiacos en manzanas enteras, los porteros de los edificios de forma obligatoria pasaron a servir de informantes de la policía, en las salas de aula se denunciaba a los profesores y, en los escritorios públicos, a los funcionarios. En las empresas, guardias armados garantizaban la "tranquilidad" de su funcionamiento. Todos estaban amenazados de despido, prisión, tortura o muerte, dependiendo del juicio de los policías y los militares encargados de manera directa de la represión. Los esquemas policiacos se centralizaron de forma operativa a través del Destacamento de Operaciones de Informaciones del Centro de Operaciones de Defensa Interna (DOI-CODI) y de la OBAM, y se coordinaron bajo la dirección del Servicio Nacional de Inteligencia, combinación de FBI y CIA. Este organismo tenía el nivel de gabinete presidencial y disponía de agentes al nivel de los equipos de cada ministro para cuidar del ajuste entre las políticas ministeriales y de la seguridad nacional.

En resumen: el régimen de represión policial militar que se armó entre 1964 y 1966, y que parecía disminuir entre 1967 y 1968, volvió a reafirmarse de formas muchas veces más violentas y totalitarias. El grupo conservador liberal que organizó el golpe de 1964 (véase Dreifuss, 1981) en estrecha alianza con el capital internacional se veía totalmente librado del poder por una oficialidad joven, que él desconocía. En esta prevalecían las orientaciones totalitarias de clara extracción fascista, con aspiraciones nacionalistas de derecha que se expresaban en los "slogans" de "Brasil, grande potencia".

En 1971, los militares se sentían otra vez en condiciones de intentar una normalización del régimen. El parlamento volvió a funcionar, con enormes restricciones; se convocaron nuevas elecciones con absoluto control sobre todos los candidatos; se permitieron de nuevo algunas elecciones sindicales. Pero la lógica del sistema continuaba funcionando entre la necesidad de una apertura institucional (para permitir el funcionamiento normal de la economía capitalista y el crecimiento económico, en el cual se apoya la legitimidad y la supervivencia del sistema autoritario) y, por otro lado, la necesidad de impedir la libre expresión de los intereses populares, aplastados por el tipo de crecimiento dependiente, excluyente y marginador. Por ello, a cada nueva reapertura sucede una nueva ola represiva aún más violenta que fortalecía de forma sucesiva las tendencias fascistas.

2. LAS BASES DEL MODELO ECONÓMICO Y POLÍTICO DEL RÉGIMEN

Durante el gobierno de Goulart, se elaboró un programa de desarrollo contradictorio que buscaba disminuir la dependencia económica, abrir nuevos mercados y conseguir una importante participación popular, sin romper con el régimen de producción capitalista dependiente y la dominación económica internacional. Como se vio, gran parte del movimiento popular comprendió los límites de esa política, que dominó al gobierno y al conjunto del movimiento progresista hasta 1964. El punto más débil y crítico de este programa era la política ante la inflación. Esta tendía a aumentar por varias razones (por la crisis cambiaria, el aumento del déficit del gobierno y el clima psicológico de inseguridad y especulativo) y superó mucho los marcos normales en que podía funcionar el sistema. Al mismo tiempo, debido al avance de las organizaciones sindicales y asociaciones populares, que se fueron acumulando en el periodo democrático de 1945 a 1964, la lucha por la redistribución de la renta también se fue fortaleciendo y terminaba reflejándose de manera abierta en la corrida entre precios y salarios. Para detener la ola inflacionaria es necesario paralizar el aumento de salarios o el aumento de precios. En resumen, se requiere disminuir las ganancias, que se expresan en los precios de los productos, o tienen que reducirse los salarios. La segunda solución es la normal en el capitalismo. A través de ella, se asegura una tasa de ganancias alta para los capitalistas y se crean las condiciones para revitalizar las inversiones y, como consecuencia, el sistema entero, que se fundamenta en la acumulación del capital con base en las ganancias de los capitalistas.

La primera solución (basada en el control de las ganancias) es contradictoria con el sistema capitalista, porque a pesar de producir inmediatamente un aumento del consumo, que puede utilizar la capacidad ociosa, no produce un incremento de inversiones. Con salarios más altos (a no ser que se produzca un aumento superior de la productividad) se disminuye la tasa de ganancias del capitalista y, por tanto, aumenta su interés en invertir en el exterior. Por ello dicha política, después de crear una euforia económica pasajera, genera una situación depresiva en la economía, si no se acompaña de reformas estructurales (que eliminen la especulación financiera) y de la estatización de las principales empresas privadas, que lleve la iniciativa de la inversión al Estado, el cual se rige por otras leyes que conducen, en este caso, a la planificación y al socialismo.⁸

⁸ Esta fue la política seguida por el gobierno de la Unidad Popular en Chile, entre 1971-1972, consiguiendo recuperar inmediatamente la economía para alcanzar en un año una tasa de crecimiento de aproximadamente 10%. Las dificultades políticas de llevar adelante el proceso de transformación socialista llevaron a la crisis de 1973 y a la inflación desenfrenada. El Plan Cruzado brasileño de 1986 aplicó, de manera totalmente irresponsable, medidas de congelamiento de precios y salarios. Después de 10 meses, la economía ya entraba en una inflación incontrolable y en una recesión.

El gobierno de Goulart vaciló todo el tiempo entre estos dos caminos, sin querer aceptar las consecuencias de los mismos. Está claro que la política de contención de los salarios exige medidas represivas contra los asalariados, y la política de límite de precios necesita complementarse con reformas estructurales. En un trabajo anterior se estudiaron estas dos alternativas que siguen los países que viven una profunda crisis estructural como Brasil y la mayoría de los latinoamericanos: o socialismo o fascismo (Dos Santos, 1971).

El gobierno nacido del golpe de 1964 resolvió con claridad esta contradicción a favor del capital privado. Sufriendo las más diversas críticas (a veces de los propios sectores burgueses, perjudicados de manera directa por las medidas más drásticas y que no entendían la gravedad de la situación), el Mariscal Castelo Branco dio carta blanca a su ministro de planeación, Roberto Campos, para que aplicase a hierro y fuego una política de recuperación económica del capitalismo brasileño. Esta consistía en dos puntos.

En primer lugar, una violenta contención de los salarios, los cuales perdieron casi 45% de su valor de compra en un corto periodo. Con ello se incrementó de inmediato el margen de ganancia de las empresas en general.

En segundo lugar, una violenta contención de los créditos estatales, que paralizó las inversiones especulativas y quebró a gran parte de las empresas con tecnología atrasada y finanzas mal administradas, así como a las pequeñas empresas, con disminución de la circulación financiera y las presiones inflacionarias.

En tercer lugar, aumentó la renta fiscal con fuerte apoyo de los impuestos, racionalización de la imposición, aumento de la represión sobre las enormes evasiones y, por último, adopción de mecanismos de revisión anual de las deudas al Estado según el índice de aumentos de precios, que no permitían a los deudores más mañosos aprovecharse de la inflación. Esta técnica se expandió después y asumió el nombre de corrección monetaria, la cual se complementó con la modernización del servicio público a través de la dimisión de personal y la racionalización de funciones. Esta así consiguió regularizar la deuda pública en un periodo relativamente corto, si se considera que se trataba de una economía capitalista.

En cuarto lugar, se impuso una política cambiaria cuyo objetivo era aumentar las exportaciones (con pocos resultados inmediatos, pero mejores a mediano plazo) y, sobre todo, disminuir las importaciones, lo cual se haría posible debido a la recesión ocurrida en el periodo y que redujo el consumo de productos importados.

No es difícil percibir qué intereses se perjudicaban con esta política. La clase obrera y los asalariados en general tuvieron que disminuir sus ya miserables niveles de vida para asegurar la recuperación del capitalismo. Pero también se perjudicó a los pequeños y medianos propietarios, aplastados por una política implacable,

cuyo objetivo era recuperar la tasa de productividad del conjunto de la economía a favor de la gran empresa moderna, en general, de origen extranjero.

De manera paradójica, en este periodo, el capital extranjero, cuyo ingreso fue estimulado con desesperación para recuperar las inversiones, no ingresó con ninguna inversión en el país. Este utilizó las ganancias obtenidas de forma interna para especular con el fracaso de la empresa nacional y no para nuevas inversiones. Compró varias empresas y, además, en 1966, se le permitió especular con la ausencia de créditos. El gobierno aceptó la entrada de capital de giro del exterior para financiar las deudas de las empresas nacionales, muy limitadas por la ausencia de crédito estatal. La empresa extranjera comenzó así a entrar en el mercado financiero de Brasil, lo cual dio origen a un "entreguismo" sin precedentes en la historia del capitalismo mundial.

Fue así como el gobierno de Castelo Branco consiguió recuperar la economía brasileña, a costa de los asalariados y los pequeños y medianos propietarios. Esta política encontraba una fuerte oposición en la clase obrera y en amplios sectores de empresarios pequeños y medianos, entre la clase media y los políticos que dependían de sus votos. Por ello, tal política exigió una represión a hierro y fuego sobre el movimiento sindical, estudiantil y campesino, sobre todo donde existía un proletariado rural que obtuviera algunas conquistas en el periodo anterior, como en los ingenios azucareros de Pernambuco. Esta represión se dio incluso contra los aliados políticos de la víspera, muchos de los cuales intentaron utilizar el clima de descontento para intentar rebeliones. Pero la unidad general de la clase dominante, contra el "clima de la anarquía" previo a 1964, ayudó al grupo de la "Sorbonne" militar a mantenerse en el poder y a aplicar su política sin vacilación, hasta que, en 1966, sus adversarios consiguieron unirse en torno al Ministro de Guerra, el General Costa e Silva, con lo que se obligó a Castelo Branco a entregarle "legalmente" el poder después de una grave crisis en la cual el presidente quedó solo contra los comandantes de los cuatro ejércitos.⁹

Como vimos, la política económica de Roberto Campos no tenía solo como objetivo la estabilidad monetaria. Su meta principal era reabrir un ciclo de inversiones, a través de la recuperación de la tasa de ganancias. Para alcanzarla tendría que adoptar diversas medidas complementarias que estimularan esas inversiones y que crearan mercado para los productos por elaborarse. La tarea no era simple.

⁹ El territorio brasileño se dividía entonces en 4 regiones militares, reunidas en 4 ejércitos en el Sur, Noreste, Centro Sur y Centro Oeste.

En lo que se refiere a la creación de amplios excedentes económicos a ser invertidos, la misión estaba en buena parte cumplida a través de los propios mecanismos generados por la depresión económica: las tendencias a acumular, a reducir el consumo, a rebajar los salarios y a aumentar el nivel medio de productividad permitían producir grandes excedentes económicos que podían servir de base a la nueva toma de inversiones.

Como se observa, el sistema reencontraba el camino del crecimiento económico por la vía de la recesión, la destrucción pura y simple de sus sectores menos competitivos y el decremento del poder de negociación de los trabajadores, debilitados por el desempleo y por la represión política. Como consecuencia, aumentaba la tasa media de ganancia, sobre todo de las grandes empresas nacionales e internacionales. Sin embargo, el Estado buscó orientar las inversiones privadas a través de mecanismos de exención de pago de impuesto de renta y subsidios directos para quienes invirtieran en ciertas regiones deprimidas o en algunos programas que el gobierno apoyaba. Se instituyeron también importantes mecanismos de captación de este fondo de ahorros forzado para ponerlo a disposición de los grandes grupos económicos. Lo más importante de esos mecanismos eran los bancos de inversión. Estos bancos, que reunían capitales nacionales y extranjeros, tenían total libertad de captación de recursos y de realizar inversiones directas, transformándose en una especie de empresa "*holding*" de uno o varios grupos económicos.

Esta clara política financiera promonopolista y centralista del sector privado no solo se consideraba legal, sino llegó a ser estimulada por el Estado, con una serie de ventajas y concesiones. Enseguida se formó un gran mercado de valores donde se lanzaban acciones con gran facilidad, creando un alza especulativa que atrajo hacia las bolsas de Rio, São Paulo y Minas Gerais toda la caja de ahorros de la clase media brasileña. Se crearon así enormes valores financieros sin ningún aumento real de producción que los sustentase. Ese mercado también se abrió al capital extranjero, que se aprovechó de esas enormes ventajas y de ese clima especulativo. Se establecieron facilidades para el funcionamiento de bancos extranjeros y para las operaciones financieras de sus empresas, con lo cual buscaban transformar a Brasil en la sede latinoamericana de las empresas multinacionales.

Fue así como el mercado de capitales brasileño sufrió una verdadera revolución en cuatro años, al integrarse al mercado financiero mundial y al convertir al país en un peón más de una economía financiera mundial sumamente sensible. Pero tales cambios tenían que apoyarse en algunas inversiones reales. Esta enorme masa de recursos debía encontrar una base material de inversión en la nación, con el riesgo de ser rápidamente canalizada hacia el exterior, lo cual se volvió legalmente posible a corto plazo, dada la apertura a los movimientos internacionales de capital. Las remesas de ganancias fueron siempre mucho más grandes, pero existía un enorme interés del capital internacional en abrir nuevos campos de aplicación de recursos financieros

sobrantes en las economías centrales que se encontraban deprimidas y sin oportunidad de inversión. Esta situación coincidió con los años de 1967 a 1971 cuando la economía estadounidense vivió su más grave depresión desde la posguerra. La nueva política de Estados Unidos procuró facilitar una recuperación económica en 1971, que se mostró lenta y difícil en exceso y llevó a una nueva crisis, en 1973 a 1975.

Dada la inestabilidad de esta situación, era necesario no solo abrir caminos hacia nuevas inversiones sino también encontrar nuevos mercados. Pero la apertura de estos últimos encontraba un grave límite. Se vio que la dolorosa recuperación económica se consiguió a través de una fuerte depresión del salario real de la mayoría de los asalariados. A partir de 1967, el gobierno de Costa e Silva buscó estabilizar la rebaja real de los salarios, lo cual creó un mecanismo de reajuste salarial igual al aumento del costo de vida. Esta "maravillosa disciplina salarial", como la calificó Roberto Campos en un artículo de la época sobre el "modelo" brasileño, fue la base del enorme edificio económico que construyó la dictadura militar brasileña. No podría ser pues por la vía del aumento salarial que se pudiera ampliar el mercado y abrir espacios hacia nuevas inversiones dentro del régimen. Por ello se requirieron caminos tortuosos para permitir el crecimiento económico, en la búsqueda de un mercado hacia la producción que partiera de la capacidad ociosa ya instalada y, sobre todo, para originar nuevas empresas e instalar nuevos sectores económicos. Lo que se conoció como "Milagro Brasileño" o "Modelo Brasileño" estaba fundamentado en la constatación de que el capitalismo dependiente puede encontrar mercado para sus productos más allá de sus propios trabajadores, creadores de riqueza del país. Aunque este crecimiento se generase a costa de la independencia y la soberanía, de las libertades más elementales, a través de la más profunda miseria del pueblo, del aumento de la explotación sobre sus obreros y de la creación de un gigantesco aparato represivo para sostenerlo, durante un periodo se señaló como la solución ideal para el desarrollo.

3. EL "MILAGRO ECONÓMICO" BRASILEÑO

Como se vio, la esencia del "boom" económico que vivió Brasil de 1967 a 1974 consistía en la capacidad de elevar la tasa de ganancia a través, sobre todo, de la rebaja del salario real. También se observó que esta política se complementó con otros mecanismos de intervención estatal a favor del aumento de la tasa de ganancias, del estímulo y la orientación estatal de la inversión y de la creación de varios procesos que objetivaban canalizar todos los excedentes generados en el país para el sistema financiero, puesto al servicio de las grandes empresas nacionales y extranjeras. Al mismo tiempo se describió que estos excedentes, transformados en los valores financieros más diversos, necesitaban encontrar su contrapartida en el sector productivo y que las nuevas inversiones requerían un mercado que las estimulase. Aún se vio que este

mercado no se podía encontrar entre la mayoría de los asalariados, porque sus bajos salarios representaban la base de la formación de los excedentes que se convertirían en las nuevas inversiones. El problema crucial pasó a ser la apertura de nuevos mercados. El "milagro" económico solo sucedería si se encontraban esos nuevos mercados.

Enseguida se analiza la política económica que siguió la dictadura en este sentido. Es necesario señalar primero que esta actuó con gran eficacia y amplia visión en las necesidades del sistema que le correspondía defender y ampliar, y esto la inscribe en el marco general de un régimen modernizador, que confunde a muchos teóricos y analistas. En 1964, pocos brasileños entendieron el significado real de este régimen. No se trataba de un sistema que buscara defender las viejas oligarquías agroexportadoras aliadas del viejo imperialismo. Por el contrario, la dictadura militar, a pesar de que salvaba a estas clases de un movimiento reformista que las tenía como principales enemigos y les ofrecía un camino de readaptación forzada, se proponía al mismo tiempo modernizar la estructura económica, social y política del capitalismo brasileño, de manera que abriera camino hacia el gran capital monopólico internacional y nacional. Su violencia y su política de fuerza no se basaban en caudillos y en las desmoralizadas y estrechas fuerzas paramilitares del viejo latifundio, a pesar de haberlas utilizado desde un enfoque político. La dictadura modernizó, tecnificó y perfeccionó los órganos policiales y las fuerzas armadas según los principios y las tendencias del aparato burocrático del Estado monopolista contemporáneo.

Así también, desde el punto de vista económico, no se trataba de defender el latifundio sino de obligar al gran propietario rural a modernizarse, al aumentar los impuestos sobre las tierras no cultivadas y al limitar políticamente el poder de los jefes locales y los "coroneles" del interior. Dentro de este marco socioeconómico y político, se debe apreciar la política de la dictadura.

A pesar de su carácter modernizador, la dictadura no puede ocultar, sin embargo, su esencia contrarrevolucionaria. Esto se revela, por ejemplo, en el contenido de su política agraria. Al no atacar el latifundio en sus raíces, no consiguió crear un mercado rural. Lo que consiguió fue solo ampliar parte de este mercado, prosiguiendo la obra del periodo de Kubitschek, con la expansión de las fronteras agrícolas en los Estados selváticos de Brasil (Mato Grosso, Goiás y la región amazónica). Pero, al no cambiar las relaciones de producción ni las formas de propiedad agrícola, no logró y no lograría crear una masa asalariada suficientemente importante para sustentar un aumento generalizado del consumo. Por el contrario, la política de modernización de los grandes latifundistas provocaría una expulsión de mano de obra muy superior a lo que se pudo absorber en las regiones de la nueva frontera y en los centros urbanos que se expandían de manera descontrolada.

La política agraria y de colonización tiene así un doble sentido: por un lado, la modernización de la empresa rural, que aumenta el consumo de fertilizantes, máquinas agrícolas y bienes de producción, pero que al mismo tiempo expulsa mano de obra agrícola a las pequeñas, medianas y grandes ciudades, con lo cual se incrementaban los sectores marginales de la población. En segundo lugar, la política de colonización de nuevas regiones aumentó el consumo de la construcción civil en general, amplió las tierras cultivables y, por tanto, incrementó la demanda de varios productos y absorbió nueva mano de obra en los trabajos de infraestructura y en las nuevas fronteras agrícolas. Pero esta mano de obra absorbida sería muchas veces menor que aquella liberada de la actividad agrícola y rural. La política de colonización funcionaba como una válvula de escape, que perdía su capacidad de absorción de mano de obra sobrante, en la medida que las actividades productivas de estas nuevas regiones incorporaban muy poca fuerza de trabajo. Estas eran básicamente la ganadería y las industrias extractivas, en particular la minera. En la medida en que las obras de infraestructura comenzaban a disminuir su ritmo, la capacidad de cimentarse de estas poblaciones se iba revelando difícil y nuevos conflictos sociales tendían a aparecer.

La creación de nuevas fronteras aparece así como una alternativa bastante insuficiente a la reforma agraria, la cual es el mecanismo real de redistribución de la renta y la ampliación del mercado. La política de colonización demostró ser un excelente instrumento para la inversión a corto plazo, sin alterar las estructuras del país y al permitir la apertura de nuevas fuentes de ganancia. No cabe aquí demostrar la relación entre esta política de colonización y los planes de implementar una economía exportadora de nueva clase, que se describe más adelante. Esta relación explica en gran parte el interés en las nuevas áreas, porque se intentaba encontrar renovadas fuentes de riquezas naturales exportables y crear nuevos caminos exportadores con economías complementarias encargadas de asegurar la supervivencia de esos núcleos exportadores recién nacidos. Pero ello forma parte del capítulo de las exportaciones y no de la ampliación del mercado en el campo.

El segundo instrumento que el nuevo régimen poseía era el propio consumo estatal, civil y militar. Se hace la diferenciación debido a la importancia relativa que asumió esta forma de consumo e inversión en los últimos años de la dictadura. Habría que preguntarse ¿cómo podría crecer el consumo estatal si se implementaba una política de equilibrio presupuestal? Es posible entender los mecanismos utilizados para tal fin si se considera primero que hubo un nuevo manejo del gasto público para servir de forma más directa a los objetivos propuestos. Se debe considerar, en seguida, el aumento de la renta fiscal alcanzada a través de una política de perfeccionamiento de los órganos de recaudación y del establecimiento de medidas de defensa del valor

real de las deudas del Estado. Por último, al conseguir una relativa estabilización (que llegó a 20% de inflación anual,¹⁰ el gobierno lanzó papeles de deuda pública para financiar sus inversiones y aumentó las tareas de las empresas estatales, que pasaron a funcionar en condiciones de mejor tasa de ganancias y a producir sus propios excedentes. Todos estos mecanismos permitieron al Estado realizar diversas inversiones y aumentar el consumo de muchos productos clave hacia el nuevo esquema de desarrollo.

El Estado mantuvo la tasa de inversión en los difíciles momentos depresivos de 1964 a 1966, y con ello aseguraba las inversiones en infraestructura, en particular en energía eléctrica, transportes y obras públicas. Además, las empresas estatales de acero, minerales, hierro, petróleo, electricidad, teléfonos y comunicaciones, calles de hierro, etc., continuaron operando en un nivel relativamente alto. A partir de 1967, el Estado haría, en conjunto con el capital extranjero, una importante inversión en la petroquímica pesada y luego invertiría en la industria aeronaval.

Como comprador, el Estado desempeñó un papel muy importante. El consumo estatal aseguró el desarrollo de sectores fundamentales como los ya mencionados de la petroquímica pesada y de la industria naval y aeronáutica, en los cuales también participó como inversionista, pero en especial como importante comprador, a través de contratos a largo plazo. A esto se suma la apertura de nuevos caminos que, además de la demanda directa que representaron, permitieron mantener un alto estímulo a la industria automovilística que se deprimiría fuertemente entre 1963 y 1966.

Pero al mismo tiempo fueron de especial importancia para la manutención y la expansión de la industria mecánica y química pesada, el aumento notable de los gastos militares. En 1966, se firmó un pacto entre los industriales y las fuerzas armadas con el objetivo de crear un complejo industrial militar que permitiese al país salir de la depresión y abrir un importante camino de crecimiento. En ese momento, se esperaban aprovechar las posibles exportaciones para la guerra de Vietnam. Navíos, aviones, armas, municiones, armas químicas, vehículos especializados, alimentos industrializados, juntos formaron una amplia gama de productos para un ejército y una policía militar en constante crecimiento, que llegó a disponer de aproximadamente 300 mil hombres en armas y 300 mil policías militares en 1968.¹¹

¹⁰ En 1973 se calculó que la inflación llegó a bajar un 19% anual, para en seguida volver a dispararse, alcanzando 40% en 1976.

¹¹ Ver datos en Frente Brasileño de Informaciones, boletín de noviembre de 1971, Santiago de Chile.

Las inversiones militares pasaron a ser el núcleo de un conjunto de iniciativas que ejercieron y aún ejercen un papel decisivo en el proceso de acumulación del capital. Para que esto acontezca en un país que no está en guerra ni se ve amenazado por ningún enemigo visible, solo podría ser a través de una fuertísima dictadura y una justificada antipopular interna. De hecho, el carácter antipopular del "modelo económico" exigía un fuerte aparato represivo para poder implantarlo plenamente. Pero al mismo tiempo, es necesario considerar que el propio aparato represivo pasa a ser parte del modelo económico. Los hombres en armas se transformarían en un elemento fundamental para combatir el desempleo y sería necesario ampliar cada vez más las inversiones militares y el clima militarista para poder estimular el sistema y, al mismo tiempo, para garantizar la aplicación del "modelo de desarrollo capitalista dependiente. Así, los aspectos militares y económicos se complementan.

Dichas medidas requieren, de una forma o de otra, una ampliación de la participación estatal, sea en el consumo o en la inversión. Pero esta participación creciente no podría ser del agrado del capital, que solo puede aceptarla en ausencia de otra alternativa. Por ello, en la década de 1970 el capital internacional y los nuevos dirigentes de la tecnocracia civil de la dictadura, en una fuerte reunión con los grandes financistas e industriales paulistas,¹² buscan nuevos mecanismos de expansión del consumo que no concentren de manera tan peligrosa el poder en las manos de los militares. De esta forma, se busca expandir el sistema de crédito, sobre todo para los estratos de salario más alto. Al mismo tiempo el sistema salarial en su conjunto pasa a fortalecer los salarios de técnicos y gerentes, lo cual provoca un impresionante aumento en el salario medio en el país. Con ello se alcanzaban dos objetivos: uno económico, al originar un aumento de consumo de productos de alta calidad técnica, que impulsa el crecimiento de los sectores más modernos de la industria. El otro objetivo es más político. Se intentaban ganar los sectores más activos de la pequeña y mediana burguesía y un grupo de obreros especializados, que pudieran asegurar una base social para el sistema.

Con esta política se consigue ampliar el mercado interno, con repercusión sobre los sectores de las industrias más dinámicas desde el punto de vista tecnológico, aunque esto signifique abandonar a su suerte a la mayoría del país. Tavares y Serra estudiaron a detalle este aspecto del "modelo" brasileño (1971). Se puede apreciar el carácter de este "modelo" al ver el tipo de desarrollo industrial que se operó en el país durante esos años.¹³ Mientras tanto los sectores compuestos de industrias dinámicas en un sentido tecnológico crecieron

¹² São Paulo es el centro industrial y capitalista del país. Produce aproximadamente un tercio del ingreso nacional, a pesar de que su población sea aproximadamente el 20%. Por lo menos dos quintos de las industrias se concentran en este Estado.

¹³ Escrito en 1972.

a tasas relativamente altas, en particular en los años del “boom”, las industrias tradicionales, como la textil, de alimentos, ropa, calzado, madera, bebidas, etc., crecieron menos de 1% al año entre 1962 y 1968 y no revelaron un dinamismo apreciable en el periodo de recuperación entre 1969 y 1974.

De ahí se puede explicar la célebre frase del jefe de Estado en 1972, señor Garrastazu Médici, al decir que “la economía brasileña va bien, pero el pueblo va mal”. Todo el crecimiento económico se realizó a costa del consumo popular y de los problemas de las grandes masas, situación que aumentó aún más las diferencias sociales, la generación y el consumo de productos de lujo y la producción militar, lo cual favoreció la expansión del gran capital nacional y extranjero, con exacerbación de las dificultades cambiarias e incremento de la extracción de los excedentes generados en el país para los centros dominantes del sistema. No obstante, este esquema era insuficiente para mantener un ritmo de crecimiento razonable. Las razones pueden resumirse en tres:

- a) El aumento del consumo estatal civil y militar chocó con la incapacidad de ampliar la renta del Estado, además de los límites ya alcanzados, y condujo a la creación de recursos nuevos a través de la emisión de dinero o de títulos de deuda pública, o del llamado endeudamiento externo, lo que abrió una nueva etapa inflacionaria. Después se intentó también un incremento de impuestos sobre las ganancias y sectores de altos ingresos, y que entró en contradicción con el modelo vigente.
- b) La ampliación de la frontera agrícola se enfrentó al límite de la creación de una economía agrícola muy tecnificada, con poco aprovechamiento de mano de obra y disminución de sus efectos expansivos.
- c) La redistribución de la renta a favor de los sectores medios y altos llegó a un punto estable que obligó a favorecer a grupos mucho más amplios de la población para obtener nuevos efectos importantes en la demanda. Para continuar alimentando este consumo, se tenían que inyectar en el sistema grandes dosis de crédito que comenzaron a tener efectos inflacionarios. Al mismo tiempo, fue difícil contener la presión consumista dado el efecto de imitación que este consumo ostentoso tuvo sobre las capas de renta más bajas.

Si se suma a estos factores, todos fuertemente inflacionarios, la forma especulativa en que se desarrolló el mercado de valores y el límite necesario para su expansión, es posible entender el peligro que la situación presenta para el sistema: la posibilidad de una fuerte crisis económica como consecuencia del excesivo “calentamiento” de la economía.¹⁴

¹⁴ Esta propuesta fue hecha en 1972. En 1977 el gobierno brasileño reconoció el “calentamiento” como el principal problema económico a enfrentar. En 1980 y hasta 1983, vio la recesión como forma de estabilizar la economía, y en su conjunto la década de 1980 fue un periodo recesivo con algunos momentos de calentamiento.

4. LA BÚSQUEDA DE MERCADO EXTERNO Y EL IMPERIALISMO

Por las razones expuestas, los mecanismos internos que mantenían “caliente” la economía tendían a generar una nueva y violenta crisis. Si se consideran las relaciones externas, se condensaban también factores críticos: por un lado estaba el vertiginoso aumento de las remesas de ganancias, pagos de servicios técnicos, “royalties”, etc., al capital extranjero; así como el incremento de la deuda externa y la ampliación de los pagos de servicios y los fletes; por otro lado, estaba la necesidad de aumentar las importaciones de materias primas y máquinas para sostener una política de “boom” económico. Debido a las señaladas limitaciones para la exportación de productos primarios, cuyos precios tendían, como aun tienden, a decrecer (este es el caso del café), el país solo podría mantenerse dentro del esquema de relaciones internacionales capitalistas en la medida en que consiguiera abrir un nuevo campo de exportación de productos semifabricados y con la entrega al dominio internacional de sus vastos recursos minerales.

Se abrió así el capítulo de las exportaciones manufactureras, que buscaban resolver dos problemas al mismo tiempo. Por un lado, crear valores en divisas para poder pagar la deuda externa y las remesas de ganancia del capital extranjero. Por otro lado, buscar un mercado que sustituyera la ausencia del mercado interno deprimido por la imposibilidad de seguir una política reformista sin que esta desencadenara un movimiento revolucionario.

Así se vivía ya en 1972, una situación de alta irracionalidad. Un país que consiguiera montar una importante base industrial se veía imposibilitado de ponerla al servicio de la mejoría de las condiciones de vida de su pueblo. Como consecuencia de las duras leyes del desarrollo capitalista dependiente, se veía obligado (al ser derrotado el camino revolucionario) a aumentar su capacidad productiva solo para el beneficio del gran capital internacional, con el cual la burguesía dependiente, que domina el país, tuvo que llamar a su propia suerte.

Y lo más paradójico es que, al haber creado una base industrial propia, su crecimiento en las condiciones dependientes obligó a un gran esfuerzo nacional para poner esa capacidad productiva al servicio del gran capital internacional, creando, mientras tanto, una ilusión de importantes avances económicos. Así como la modernización de la economía exportadora, en la segunda mitad del siglo pasado, creó una ilusión de desarrollo porque amplió la base productiva y técnica del país, mejoró los niveles de consumo de una minoría privilegiada y permitió coexistir la miseria del pueblo productor con la enorme riqueza de las clases dominantes y un determinado acomodamiento de los sectores medios, así también la reorientación del sector industrial brasileño hacia el mercado internacional creó una ilusión de progreso y de gran perspectiva de desarrollo. La realidad mostró que el desarrollo vuelto hacia el exterior en el siglo pasado, era primero que nada, un camino de atraso, y no de progreso, lo cual impidió a la nación resolver sus grandes problemas y sometió a sus

emormes masas al atraso y a la ignorancia. Si se analiza con un poco de atención el nuevo modelo de desarrollo que la burguesía procuraba implantar con desesperación, para salvar al capitalismo en Brasil, se verá que llevaría a resultados similares.

¿En qué consiste la cuestión? En que Brasil asumiera la vanguardia en la implantación de una nueva división internacional de trabajo dentro del mundo capitalista. Se vio que en el periodo de la Colonia, se producían minerales preciosos o productos tropicales a cambio de artesanías, manufacturas y mano de obra esclava. Después, en el siglo XIX, se implantaron nuevos productos agrícolas y materias primas a cambio de las modernas manufacturas europeas.

En el siglo XX, a pesar del proceso de industrialización, se continúa exportando productos primarios, pero se cambiaron las importaciones de productos de consumo por maquinarias y materias primas industrializadas. Con ello se creó una base industrial de consumo tradicional en la cual aún se absorbe una cantidad importante de mano de obra en relación con los nuevos sectores industriales básicos y de tecnología más avanzada que se instalaron recientemente, cada vez más automatizados. En los países centrales, en particular en Estados Unidos, donde la mano de obra es muy costosa, es cada vez menos interesante y competitivo producir estas manufacturas tradicionales.

En este punto se abre un paréntesis para atraer la atención sobre la gravedad del problema. Las llamadas industrias tradicionales incluyen en gran parte la industrialización de los productos agrícolas y minerales (antes exportados en su forma natural) y algunas industrias más elaboradas, como la textil, la de calzado, ropa, madera y otras. En su conjunto, estas representan un importante sector de la renta nacional y sobre todo del empleo industrial norteamericano.

Los países subdesarrollados en general reivindican, sobre todo a través de la *United Nations Conference on Trade and Development* (UNCTAD), que el gobierno estadounidense retire las altas tarifas proteccionistas que impone sobre las importaciones de ciertos productos. Las empresas multinacionales se interesan en dedicarse a este negocio en las naciones dependientes, porque podrían obtener una tasa de ganancia mucho más alta que en Estados Unidos (donde, por otro lado, no controlan de manera muy directa este sector tradicional que está dominado por capitales más locales) y, al mismo tiempo, podrían abrir nuevas fuentes de inversión a escala mundial. Por esta razón, estas empresas apoyan a la UNCTAD, porque llegan a veces a estimular este tipo de "nacionalismo", incluso cuando asume un aparente contenido revolucionario o progresista.

Sin embargo, dichas pretensiones tenían grandes barreras a vencer. Por un lado, se tiene que considerar que la competencia por gran parte de esos productos no la llevan a cabo solo los países dependientes: otras naciones, como Japón, entran de manera mucho más masiva en ella. Este es, por ejemplo, el caso del sector textil, en el cual la competencia japonesa liquidó a gran parte de sus similares norteamericanos, con el agravante de que el gran capital estadounidense no disponía de control sobre la industria textil japonesa, que, a propósito, destaca para países vecinos. En este caso, y en muchos otros, la apertura del mercado de esos productos por parte de Estados Unidos provocó la quiebra de importantes sectores en su país, sin la compensación de ser aprovechado por las empresas norteamericanas multinacionales,¹⁵ con filiales en las naciones vendedoras. Esto generó dos tipos de contradicción: una violenta oposición de los capitalistas ligados al sector tradicional, que consiguen movilizar incluso a sus obreros y a las clases medias de las regiones dependientes de estas industrias para imponer un clima proteccionista a Estados Unidos; otra oposición más suave de ciertos sectores de los capitalistas internacionales, que ven la necesidad de caminar con cuidado en la dirección de esta apertura del mercado norteamericano al exterior. Solo un sector radicalmente más internacional ve la necesidad de impulsar el camino de la apertura total que facilitaría su penetración en otras partes e incluso permitiría romper el bloqueo japonés y europeo a la penetración del capital norteamericano en algunos sectores. Este sector avanza todos los días y lleva a Estados Unidos a un “déficit” comercial cada vez más monumental.

Por otro lado, se tiene que considerar que en las condiciones generadas por la actual etapa de la revolución tecnocientífica (Dos Santos, 1987, 1991, 1993), diversos sectores, antes muy avanzados, comienzan a convertirse en tradicionales o semitradicionales. En este caso, están las industrias automovilística, siderúrgica, electrónica ligera, de máquinas y herramientas, esto es, las industrias donde predomina la gran revolución tayloriana del decenio de 1920, sobre todo aquellas donde existen importantes líneas de montaje que emplean grandes grupos de obreros para armar el producto final. En este tipo de manufacturas, Estados Unidos fue desplazado a dos ámbitos.

En primer lugar, porque no pueden modernizar importantísimas plantas industriales creadas antes de los últimos avances en la automatización y cuya modernización viene creando enormes problemas de desempleo en una economía ya en dificultad para absorber trabajadores.

¹⁵Esta propuesta fue hecha en 1972. En 1977 el gobierno brasileño reconoció el “calentamiento” como el principal problema económico a enfrentar. En 1980 y hasta 1983, vio la recesión como forma de estabilizar la economía, y en su conjunto la década de 1980 fue un periodo recesivo con algunos momentos de calentamiento.

En segundo lugar, porque su mano de obra, además de costosa, no está preparada para una producción de calidad, con lo cual pierde de modo inevitable la competencia hacia japoneses y europeos. Países como Brasil pueden aspirar competir en este sector con algunos productos más especializados. Y de hecho está exportando a Estados Unidos y Europa partes de vehículos automotores, máquinas, partes de productos electrónicos, etc. Está fuera de duda que Brasil y otras naciones de nivel similar pueden competir con la industria norteamericana y también europea en los mercados de los países subdesarrollados más próximos,¹⁶ como lo demostraron los "tigres asiáticos".

Las empresas multinacionales ya tomaron importantes decisiones en este sentido. Una gran parte de ellas está dispuesta a transferir sus filiales hacia los países dependientes, y Brasil hizo un enorme esfuerzo para ser la sede de estas transferencias al transformarse en la plataforma para las exportaciones a los mercados regionales e incluso a Estados Unidos y Europa.

¿Qué ventajas tiene para ofrecer una nación subdesarrollada para que sea la elegida en esa decisión?

En primer lugar debe disponer de una sólida base industrial ya montada, como es el caso del centro industrial de Brasil y, como consecuencia, tiene que disponer de un mercado interno capaz de justificar la instalación de las empresas. Si se considera la población de la nación a inicios de la década de 1970, se constata que, a pesar de las ínfimas rentas de 50 millones de habitantes, sobran en Brasil más de 42 millones para consumir con una renta razonable.

En segundo lugar, es necesario que el Estado apoye con firmeza una política de exportación. Desde el gobierno de Castelo Branco, se crearon mecanismos de protección a los exportadores nacionales o extranjeros, con exenciones fiscales sobre los productos exportados, facilidades de trámites burocráticos y apoyo a una mentalidad exportadora. En realidad, al comprender los límites del mercado interno, la dictadura se lanzó con cuerpo y alma en el camino de abrir el comercio externo a toda costa.

En tercer lugar es necesario permitir la libre remesa de las ganancias obtenidas para atraer el capital internacional. De hecho, después de 1964 se crearon muchos mecanismos que facilitaron la remesa de ganancias, a pesar de mantenerse algunas restricciones ante los volúmenes gigantescos de esas remesas en los momentos en que se permitió el libre movimiento de capitales.

¹⁶ Estas palabras fueron escritas en 1972. Hoy son un lugar común apoyado en los hechos.

En cuarto lugar, se requiere contar con un gobierno suficientemente fuerte para controlar a un pueblo que ve su capacidad productiva escaparse por los dedos, mientras aumenta su miseria.

Todas esas condiciones las reunió Brasil desde 1964 hasta 1980. A través de ellas avanzó el gran "boom" exportador que representó el factor dinámico de la economía nacional. A partir de 1967, el país consiguió incrementar su exportación de manufacturas y semimanufacturas de unos inexpresivos 270 millones hasta casi 1 000 millones de dólares en 1971. La exportación de minerales y nuevos productos agrícolas y ganaderos también se estimuló. De esta manera, gran parte del crecimiento del producto interno bruto se debe a un aumento general de las exportaciones.

La posibilidad de que continuara este ritmo de crecimiento de la exportación dependía sobre todo de la capacidad del grupo tecnocrático militar y del empresariado nacional e internacional instalado en el país para convencer al gran capital internacional de la necesidad de apoyar una política agresiva de exportación hacia Estados Unidos, Europa, África y América Latina. Esta decisión no ha sido fácil, pues se requiere tener en consideración que esta choca con importantes intereses en todas estas regiones. Los casos del café soluble, los textiles, posteriormente de la siderurgia, y de los zapatos y de otros productos muestran que la lucha viene siendo dura. Restan aún las naciones de Europa Oriental, la antigua URSS y China, para quienes había buenas perspectivas de exportación que dependían, sin embargo, de un largo proceso de negociación.

Queda fuera de duda que Brasil viene enfrentando grandes problemas en este campo, sobre todo a medida que aumenta su poder de negociación en un mundo cada vez más dividido, viviendo un proceso de integración de un sólido esquema de fuerzas vigente desde 1945 hasta 1967. En verdad, después de 1967, el comercio mundial ha disminuido su ritmo de crecimiento y ha llegado incluso a presentar años de recesión (p. ej., 1981 a 1982).

Los altos jefes militares cuando controlaron el poder central entre 1968 y 1973 concibieron, sin embargo, un modelo económico que procuró poner en práctica esas metas a hierro y fuego. No solo en el plano interno, sino también en el internacional. Se trataba de la propuesta subimperialista que se articulaba, de manera lógica, con el fascismo en el plano político y un modelo de crecimiento interno concentrador monopolista y marginador que formaba una unidad socioeconómica y política. Marini (1970) elaboró el concepto de subimperialismo y otros autores, como Trias (1967), lo analizaron. Golberio Couto e Silva (1966), su principal teórico, estableció, desde el punto de vista militar, el mejor enunciado del concepto de subimperialismo en su libro *Geopolítica de Brasil*. Para él, Brasil, por sus condiciones continentales y su posición de dominio marítimo del Atlántico Sur, debía cumplir un papel esencial. A cambio de su fidelidad a la defensa del mundo occidental, de la entrega

del usufructo de parte de su territorio (la base de Fernando de Noronha en el Marañón, que asegura de modo estratégico el control del Atlántico Sur) y de la política de alianza estrecha con Estados Unidos, este país debería reconocer la hegemonía de Brasil sobre el Atlántico Sur, incluidas América del Sur y África.

Esta teoría se reformuló en el periodo del tercer gobierno de la dictadura. Se incluye como meta principal del plan de gobierno de 1970 a 1971 la transformación de Brasil en una potencia económica antes del fin de siglo. Se trataba de imponer las bases de un gran poder económico a través del crecimiento del sector exportador y de las estructuras militares, policiales y culturales que realizarían esta aproximación con América Latina y África, donde Brasil buscó apoyar y hasta incluso implantar gobiernos hermanados, mediante alianzas con todas las dictaduras entonces existentes (Imperio portugués, África del Sur, Paraguay, Bolivia y Haití).¹⁷

Al completar medidas iniciadas en el periodo de Castelo Branco, las administraciones posteriores conservaron una firme intención política de crear una industria nuclear. Dichas pretensiones serían posibles en la medida en que Brasil utilizara como instrumentos de negociación sus reservas de uranio y otros materiales estratégicos. De hecho, esta fue la base del Acuerdo Nuclear Brasil-Alemania, que contó con la férrea oposición estadounidense.¹⁸ En la búsqueda de apoyo tecnológico, la dictadura de Garrastazu Medici intentó acuerdos con África del Sur e Israel, cuyos conocimientos científicos y técnicos y capitales serían de gran ayuda para dotar a los militares brasileños de esta capacidad de presión sobre sus vecinos y de prestigio internacional. Pero la oposición norteamericana terminó inmovilizando todas esas veleidades del subimperialismo brasileño.

Se ve así que el conjunto de actores que se describieron forma una unidad sistemática:

Desarrollo económico dependiente, monopolio concentrador y excluyente, basado en una alta tasa de explotación de los trabajadores (aumento de la tasa de ganancias en la base de la disminución de los salarios, del incremento de la jornada de trabajo y de la intensificación del trabajo).

¹⁷ Esta lista se amplió posteriormente incluyendo a Bolivia (1971), Uruguay (1973), Chile (1973) y Argentina (1975), en cuyos golpes de Estado la dictadura brasileña participó.

¹⁸ Esta oposición parecía haber sido debilitada en 1972 con la instalación de una fábrica de industrialización de uranio en Brasil por la Westinghouse y con la reunión de Garrastazu Medici con Nixon. Después de que Brasil firmara un acuerdo nuclear con la Siemens alemana, Nixon reconoció a Brasil como potencia y como principal aliado latinoamericano. En 1975, Brasil y Alemania firmaron un acuerdo nuclear que permitía instalar 12 centrales atómicas en el país. Esta decisión, apoyada por Nixon, encontró fuerte oposición del gobierno de Carter y fue una de las principales motivaciones del apoyo norteamericano a la liberalización política del país.

Resultado: gran disponibilidad de capitales y recursos para invertir, pero con un mercado interno restringido.

Soluciones provisionarias: aumento de consumo civil, sobre todo militar, del gobierno; incremento de los ingresos de la pequeña burguesía acomodada, colonización de nuevas tierras y audaz política de exportación.

Consecuencias: gobierno nítidamente impopular; uso de la fuerza; centralización del poder; estímulo a las políticas externas con aspiraciones hegemónicas; sustento militar para la expansión del mercado externo; ambiciones subimperialistas; apertura total al capital extranjero que se disponía a apoyar este esquema; reforzamiento de la concentración económica, el monopolio y la exclusión de las amplias masas de desarrollo económico; reforzamiento del modelo de crecimiento dependiente, monopólico, concentrador, excluyente, etc.

Es evidente la inestabilidad de este modelo, que nace del hecho de que el crecimiento se consigue no por la superación de las contradicciones básicas del sistema, sino por su acentuación. No por atender las aspiraciones de consumo y mejoras a nivel de vida de las grandes masas sino alejándolas aún más de la producción y del consumo. No a través de la realización de las reformas estructurales que permitieran crear un mercado interno y una producción realmente importante para su pueblo, sino escapándose de las reformas estructurales y buscando la creación de un mercado artificial restringido a una minoría consumidora de productos especializados. Al no liberar al país de la dependencia y al no dirigir el crecimiento económico para atender las necesidades de su pueblo y garantizar que los excedentes creados por el trabajo de sus obreros permanecieran en la nación, al entregar estos excedentes creados internamente, a través de un enorme esfuerzo del trabajador brasileño, al capital extranjero, que lleva esas enormes ganancias hacia el exterior, y al reorientar la pequeña y más importante base productiva instalada hacia la atención del mercado externo, mientras su población moría de hambre, este modelo económico se convirtió en el verdugo del pueblo brasileño. Y es contra él y sus efectos que termina movilizándose a la mayoría de la población, lo cual tornó inestable todo régimen político o gobierno que lo sustentara.

5. EL MODELO POLÍTICO-IDEOLÓGICO Y LA BÚSQUEDA DE CONSOLIDACIÓN DEL RÉGIMEN

Para consolidar tal modelo económico se hacía necesario un modelo político e ideológico capaz de suplir de manera obligatoria y con manipulación ideológica la ausencia de consenso en torno a sus objetivos y resultados. Fue necesario asegurar por la fuerza que los trabajadores aceptaran la rebaja de su salarios, al mismo tiempo

que se montaba una gigantesca propaganda sobre el "milagro brasileño" como perspectiva para un futuro de gloria. En este clima de euforia, mientras crecía el número de analfabetas,¹⁹ se realizaba un enorme esfuerzo educacional para formar obreros especializados, técnicos e incluso universitarios, sin abrir posibilidades de trabajo y con violentas frustraciones como consecuencia.

Entre 1970 y 1973, se intentó ganar el apoyo de la juventud, estimulada a un consumo incontrolable por el mundo publicitario que buscaba, al mismo tiempo, canalizar sus apetitos y aspiraciones hacia el apoyo a un régimen sin líderes de masa y sin ideales (que le prometía, sin embargo, saciar sus ansias consumistas). Se trató de convencer a un pueblo, que no percibía ninguna amenaza exterior, de la necesidad de crear enormes proyectos de contenido militar y de glorificación nacional. Era evidente pues el fracaso de ese enorme esfuerzo publicitario.

El gobierno dictatorial, se ahogó en esta contradicción entre su impopularidad (determinada por una política restrictiva a los salarios, al mismo tiempo que apelaba al estímulo a la sociedad de consumo) que llevaba a la necesidad de apoyarse en una política de fuerza, y el requerimiento de alcanzar legitimidad para llevar adelante una política de crecimiento económico. Pero este último se hacía contra los intereses fundamentales de las masas del país. De ahí la capacidad de la dictadura para conseguir una estabilidad institucional en consecuencia de su contenido de clase. Este era el destino de un régimen y gobierno de una burguesía dependiente que, incapaz de resolver los problemas más inmediatos de su pueblo, entregó a la iniciativa insana de los tecnócratas militares y civiles la tarea de salvar de cualquier manera la propiedad privada.

Y para realizar esta tarea no existía otro camino político más que el fascismo, adaptado a las condiciones de una nación dependiente, camino que terminó por asustar a la propia clase dominante nacional y a sus poderosos apoyos internacionales.

En el primer momento, tocó a los militares ocupar el centro del nuevo orden aún no consolidado. La razón era simple: organizados de forma nacional en la lucha contra la "subversión", cuyo origen se encontraba, según ellos, en la incapacidad de los "políticos profesionales" de administrar de manera correcta y realizar las reformas que permitiesen el desarrollo, serían ellos los más preparados en los sentidos ideológico y administrativo para encaminar a la nación en dirección a la disciplina y la moral colectivas, capaz de retirarla del lodo en que se ahogaba.

¹⁹ El gobierno intentó planes de alfabetización, pero nunca suficientes para disminuir la población analfabeta. Como lo demostrarían los países socialistas, el analfabetismo solo se elimina rápidamente en los países subdesarrollados cuando se cuenta con la posibilidad de planificar la economía y la vida pública con el apoyo de la población hacia grandes campañas nacionales. La dictadura brasileña quiso movilizar a los estudiantes en esta tarea, pero solo consiguió motivar a minorías insignificantes ante la dimensión del problema.

Por otro lado, el hecho de tener de modo directo la tarea de la represión en un momento en que la fuerza era el principal instrumento de supervivencia de la clase dominante les dio un papel estratégico en el esquema político de la clase dominante.

Los militares se encontraban en el poder ante una situación de crisis muy aguda, cuyas características fundamentales ya se describieron. Desconfiados de los políticos, buscaron a los mejores técnicos e intelectuales de la clase dominante, al mismo tiempo que liquidaban a hierro y fuego toda oposición a sus planes. Esta tarea técnica en apariencia encontraba sus límites en el intento de asegurar la supervivencia de un sistema socioeconómico fallido. La alianza de la tecnocracia militar y civil se hizo con un enorme desprecio por la oposición tanto popular como burguesa. Tocaba a estos hombres interpretar los intereses de la clase dominante, incluso cuando alguno de sus miembros protestara. Los políticos tradicionales, que eran los representantes de las diversas clases y grupos de la población, pasaban a ser entendidos como fuerzas que correspondía utilizar tarde o temprano, sin que pudieran tomar ninguna iniciativa capaz de afectar la marcha de las decisiones del grupo en el poder.

Es evidente que este esquema llevaría a varias crisis. El grupo era, en un primer momento, altamente unificado desde las perspectivas ideológica y política. Se trataba del grupo de la Escuela Superior de Guerra, más los principales técnicos del gran capital, entre los cuales se destacaba el economista Roberto Campos. Su política de estabilización monetaria de entrega al capital extranjero buscaba lanzar, al mismo tiempo, las bases para la exportación de productos industriales y la afirmación del país como potencia occidental. No le faltó flexibilidad táctica, que siempre estuvo de acuerdo con sus objetivos estratégicos. En un primer momento, la clase dominante aceptó de forma tranquila y de buena voluntad las restricciones que le impusieron, porque se recordaban aún las masas en las calles y se sentía la fuerza de la oposición y la insatisfacción popular, cuyo carácter explosivo no podía ignorar.

Por tanto, el grupo en el poder tenía de su lado esta gran ventaja: el deseo de estabilidad de las clases dominantes superaba cualquier consideración. Los intentos de conspiración en el periodo, liderados por los sectores que participaron del golpe de 1964 y que fueron ignorados, terminaron siempre bloqueados por el miedo a la confrontación. La respuesta violenta del grupo en el poder paralizaba a los adversarios, que no se disponían a usar la fuerza que tenían acumulada, por el miedo a sus consecuencias.

El primer triunfo de los opositores internos al grupo dominante solo ocurrió cuando consiguieron reunir a la mayoría de los dirigentes militares contra el corrillo de Castelo Branco, en 1966. El entonces Ministro de Guerra, Costa y Silva, fue la expresión de esa unidad de fuerzas de un gran sector de la clase dominante,

temerosa por la excesiva rigidez del sistema castelista (que aliaba la visión estratégico-táctica del IPES a la capacidad operativa de la Escuela Superior de Guerra o grupo "Sorbonne"). Castelo Branco exigió, mientras tanto, la institucionalización del régimen a través de una Constitución, como condición para entregar el poder a su ministro de Guerra, por el cual sentía un gran desprecio. Costa e Silva en el poder significaba el regreso a una cierta libertad para los políticos profesionales y un compromiso con las fuerzas tradicionales que el esquema castelista pretendía liquidar.

Los sectores radicales de la clase dominante tenían, sin embargo, razón: el régimen no podía soportar la más mínima y controlada oposición. En las elecciones realizadas en 1965 y 1967, se comenzó a sentir la debilidad del gobierno. Enseguida, en el enfrentamiento con el movimiento estudiantil, en las elecciones sindicales, en la vida intelectual y artística: todo lo que estaba vivo en el país mostraba un odio violento a la "Revolución Gloriosa" del 1º de abril de 1964. En la defensa del gobierno solo estaban las organizaciones fascistas financiadas por los latifundistas decadentes y los empresarios de derecha. En poco tiempo fue posible constatar que solo la fuerza podría garantizar el régimen. Fue esta constatación la que dio origen a la nueva ola represiva iniciada a partir de diciembre de 1968.

¿Cómo se estructuró este régimen de fuerza? El ejecutivo era la única autoridad en el país. Los legisladores eran impotentes por completo y no tenían ninguna iniciativa. A lo mucho cumplían una función de asesoría. La autoridad ejecutiva, el presidente, se eligió en 1964 mediante una asamblea cercada por las tropas victoriosas; en 1966, a raíz de un consenso entre los parlamentares que sobraron después de la extinción de los derechos políticos de los que resistían, se generó el segundo gobierno dictatorial. Después de 1968, la escuela partió de una votación dentro de las Fuerzas Armadas. Pero el candidato que venció en la primera votación (General Alburquerque Lima) fue descalificado bajo el alego de no poseer el más alto grado militar, esto es, las cuatro estrellas. Se presentaron de inmediato tres candidatos indicados por los altos comandos, que terminaron la escuela y se fijaron en Garrastazu Medici. Los gobernadores de los Estados pasaron a ser nombrados por el presidente, después de las derrotas del gobierno en las elecciones estatales de 1966. Las autoridades municipales eran fruto de situaciones más complejas, con preservación de las elecciones y exclusión de los municipios considerados de seguridad nacional y las capitales de los Estados.

El comando del Estado mayor fue la principal fuerza deliberativa del país hasta el final del régimen y, en un plano ampliado, el Consejo de Seguridad del Estado, donde participaban también los ministros militares y algunas autoridades civiles. El Servicio Nacional de Informaciones (SNI) fue el principal mecanismo de control sobre el personal de servicio público. Más abajo, los servicios secretos de las tres armas y las organizaciones

policiales dedicadas a la represión de la "subversión" conformaban un poder que se encontraba, en general, por encima de los ministros. Muchos de ellos "confesaban", a la oposición, su incapacidad de intervenir en cuestiones de seguridad.²⁰

Las cámaras legislativas municipales, estatales y federal tuvieron un funcionamiento muy irregular, bajo constante presión, pues fue solo en estos niveles que la "oposición" consentida, reunida en el Movimiento Democrático Brasileño, pudo disponer de tribuna, aunque restringida. Las jornadas, las revistas y las editoriales fueron objeto de censura, pero sobre todo, de la autocensura, según normas generales expedidas por el gobierno, por militares y policías. Se superaban los niveles permitidos, se sufrían varias heridas, llegando al propio cierre con sanciones económicas, aprehensiones de ediciones, etc. La "oposición" consensual, en dichas condiciones, no pudo disponer de ningún órgano sistemático de expresión y tuvo que contar con apoyos circunstanciales y eventuales en la prensa.

Las fuerzas revolucionarias que se levantaron en armas contra el régimen militar no contaban con ninguna cobertura en la prensa, ni siquiera para publicar sus declaraciones o las noticias sobre militares presos o muertos. Sobre esta materia solo se publicaban los comunicados policiales de forma abierta o de "reportajes" que daban la versión de las fuerzas de la represión.

Este régimen de terror nunca fue grato ni para las clases dominantes nacionales, sobre todo cuando se consideraba que algunos de sus hijos fueron sometidos al mismo, tampoco para la gran burguesía estadounidense y europea. Esto no significaba, sin embargo, que no apoyaran esta política, desde que no se comprometían de manera pública con ella. De hecho, no solo apoyaban políticamente sino también financiaban el armamento y sustento de sus ejecutores. Es notable el caso del Escuadrón de la Muerte, grupo de policías que se dedicaban a matar criminales que no se sometían a sus esquemas de contrabando de drogas y otras

²⁰Uno de los ejemplos más notorios fue el caso del ex-diputado Rubens Paiva, ingeniero y empresario, hombre ligado a la oposición legal y a la clase dominante brasileña. Fue preso en su casa por motivos ignorados y asesinado en la mesa de tortura a la cual no resistió por su edad. Su familia no consiguió jamás recuperar el cuerpo. El ejército y la policía negaron la muerte diciendo que fue secuestrado por sus "compañeros" de las manos de la policía. Ni la intervención del Cardenal de São Paulo y de las altas autoridades consiguió alterar la decisión policial de mantener esta versión de no entregar el cuerpo. Casos como este se reproducían todos los días. Ver folleto *Ladictadura mató a Rubens Paiva*, del Frente Brasileño de Informaciones, y los Cuadernos Brasileños, n. 1: *Pena de muerte en Brasil: de los hechos a la legalidad fascista*. Editados en Santiago de Chile, en 1970. Una visión global de las torturas en el periodo se encuentra en *Brasil: represión y tortura*, Santiago de Chile, Ed. Orbe, 1970. Después de la apertura política surgió dentro de Brasil una vasta literatura sobre la represión, que tuvo su principal expresión en el libro *Tortura nunca más*, Ed. Vozes, 1984.

actividades. El promotor público, Helio Bicudo, reveló con claridad (con apoyo de algunos órganos de prensa asustados con tales "excesos") gran parte de las actividades ilegales de este bando de policías, al culpar de manera abierta al jefe de la represión política en São Paulo, Sérgio Fleury, y al demostrar incluso la responsabilidad directa del Escuadrón de la Muerte en el contrabando de drogas.²¹ En el auge del proceso, el promotor Helio Bicudo fue apartado y su continuación entregada a los órganos policiales.

Es fácil ver la complicidad de toda la clase dominante en relación con esta política cuando se publicaba en la prensa internacional una campaña sistemática sobre el "milagro brasileño". En ella se resaltaban los índices de crecimiento sin mostrar sus consecuencias altamente dañinas a los intereses del pueblo. No se hacía referencia a la disminución de los salarios, a la miseria creciente, al analfabetismo irreductible, etc. Aún peor: se buscaba justificar con los índices de crecimiento lo que esta prensa llamaba "excesos policiales". ¿Cuáles eran esos excesos? Según datos del Frente Brasileño de Informaciones, órgano de los exiliados brasileños del periodo, solo en el año de 1971 hubo aproximadamente 400 presos políticos y se mató a 100 ciudadanos en las calles y dentro de las prisiones brasileñas. Actos de este tipo se revelaron en una comisión del senado estadounidense, por la Cruz Roja, la Amnistía Internacional, la Comisión de Derechos Humanos de la Organización de Estados Americanos (OEA), etc. Dichos actos no provocaron la más mínima reacción de ningún gobierno en aquel periodo. Por el contrario, además de las formas normales de colaboración, el presidente Garrastazu Médici fue invitado por Richard Nixon a discutir los objetivos de su viaje a China y a la URSS, y el presidente norteamericano reconoció en Brasil una potencia con el derecho de representar los intereses de los pueblos latinoamericanos.

El esquema político que llevó a los militares brasileños al poder demostraba así su fuerte respaldo en los intereses económicos, políticos e ideológicos de las clases dominantes en el ámbito mundial. No hay duda de que existían, en esa época, intentos por moderar este régimen a través de una relativa institucionalización del mismo mediante el restablecimiento de la Constitución de 1966, que implantó Castelo Branco y considerada suspendida por el Acto Institucional n. 5, de diciembre de 1968, firmado por Costa e Silva bajo intensas presiones de los militares duros. El exministro Roberto Campos, entonces director de un importante banco de

²¹ Los marginales muertos eran, en general, miembros de cuadrillas rivales de contrabandistas o elementos independientes que no sesometían al Escuadrón.

inversiones, formado por fuertes grupos internacionales, y hombre de liderazgo del grupo castelista, escribió en esa oportunidad un importante artículo en el periódico *El Globo* donde reafirmaba la superioridad del modelo económico brasileño basado en una "espléndida disciplina salarial", en comparación con el fracaso de los militares argentinos, que no consiguieron rebajar los salarios de sus obreros. Pero al mismo tiempo consideraba una debilidad definitiva la incapacidad de crear un modelo político capaz de consolidar esta "victoria" económica. Campos reconocía la dificultad de conciliar cualquier forma de democracia con esta "maravillosa disciplina salarial", pero señalaba la necesidad de correr el riesgo menor de la consolidación institucional con crisis, que correr el riesgo mayor de no dejar ningún camino legal para la oposición en el país.

Las formas intrincadas que asumieron estas argumentaciones demostraban la debilidad intrínseca del régimen, que no podía siquiera aprovechar de manera importante las ventajas políticas creadas por el crecimiento económico, cuyos índices tan altos no ocultaban la inestabilidad en que se basaban, sea en el plano interno al concentrar con tanta intensidad la renta y al marginar sectores crecientes de la población, sea en el plano internacional, al depender de un mercado sobre el cual, el país no tenía ningún grado de control. Las clases dominantes podían proponer, pero difícilmente superar los marcos de una liberación restringida que no conseguiría satisfacer a las masas del país.

6. LA OPOSICIÓN: DEL GOLPE MILITAR AL "MILAGRO ECONÓMICO"

El golpe militar de 1964 desorganizó el movimiento popular brasileño, sobre todo en su capacidad de articulación nacional. La izquierda brasileña se componía, en ese momento, de un conjunto de fuerzas políticas muy dispersas desde un enfoque ideológico.

La más importante, desde los puntos de vista histórico y orgánico, era el Partido comunista Brasileño, fundado en 1922. Su historia tenía una dimensión heroica, ya que estuvo la mayor parte de ella en la clandestinidad. Solo en 1945 se legalizó, pero en 1947 se le envió a la ilegalidad otra vez. En 1958, su dirigente, Luís Carlos Prestes, pudo volver a la vida legal, lo cual dio una fisonomía semipública al PCB. Su influencia en la clase obrera creció mucho y, en 1961, ganó la dirección del movimiento sindical brasileño en alianza con una nueva generación de líderes sindicales del Partido Laborista Brasileño. Se creó en ese año un Consejo General de Trabajadores, que comenzó a funcionar de forma semioficial como una Central de Trabajadores y que daría origen posteriormente a la Central General de los Trabajadores. En el movimiento estudiantil, su influencia era menor, ya que la Acción Popular, organización izquierdista de base cristiana, ganó el control del movimiento en el plano nacional a partir de 1960. En el movimiento campesino, las Ligas Campesinas,

dirigidas por Francisco Julião, el Movimiento Radical Tiradentes y otras fuerzas de izquierda formaban una facción dominante, mientras que la Unión de Labradores y Trabajadores Agrícolas, de menor expresión, tenía la hegemonía del PCB (había en el campo muchos movimientos de orientación ideológica indefinida e incluso derechista, en particular los que dirigían los padres y las organizaciones financiadas por la AID, la CIA, etc.). Entre los militares, el PCB tenía influencia en los sectores de la oficialidad nacionalista, pero entre sargentos y soldados prevalecía la influencia de Leonel Brizola y de los "grupos de Once" (organizaciones de 11 personas distribuidas en núcleos con el objetivo de defensa de la democracia, bajo el liderazgo de Brizola y dentro de una orientación nacionalista de izquierda).

Al lado de estas fuerzas, la Política Obrera (POLOP) disponía de posiciones en el movimiento estudiantil y conseguía influencia en las organizaciones campesinas, de favelados, entre los sargentos, marineros y sectores de la clase obrera. Su influencia era, sin embargo, relativamente pequeña y restringida a los sectores de vanguardia. Así también el Partido Comunista de Brasil, facción prochina que rompió con el PCB, conseguiría establecer influencias en el movimiento de masas, sin hegemonizar, no obstante, ningún sector u organización.

Estas fuerzas se dividían en una orientación nacionalista democrática que el PCB liderada ideológicamente, la cual reunía a la mayor parte del Partido Laborista y otros partidos que componían el Frente Parlamentario Nacionalista. El presidente João Goulart detentaba el liderazgo de esta corriente junto con las masas. De forma estratégica, la corriente nacionalista democrática creía en la necesidad de formar un amplio frente de clases que incluyera a los obreros, los campesinos y la burguesía nacional, contra el enemigo externo: el imperialismo. Según el PCB, el principal elaborador de esta línea, la clase obrera debía luchar para obtener la hegemonía de este frente, que era una condición para alcanzarla. El objetivo de alcanzar el desarrollo nacional al eliminar las fuerzas retrógradas profeudales y proimperialistas se superponía a cualquier otro en aquel momento histórico.

Por otro lado, la orientación que preveía el fracaso de la política nacionalista, debido a la integración entre la burguesía nacional y el imperialismo, planteaba la necesidad de formar un frente de trabajadores que incluyera obreros, asalariados agrícolas y la pequeña burguesía rural y urbana. El liderazgo ideológico de esta posición estaba representado por la POLOP, a pesar de su debilidad orgánica. Al alertar sobre el peligro de movilizar a las masas bajo el dominio ideológico (nacionalismo) y político (João Goulart) de la burguesía, se mostraba la necesidad de la derecha de recurrir al golpe y al fascismo, como única solución para defender el capital ante el inevitable fracaso del liderazgo reformista para controlar a las masas que aún buscaban de manera inconsciente un camino socialista.

Esta posición atraía a sectores más radicales del Partido Laborista, incluso parte de la juventud del PCB, como los acontecimientos posteriores lo demostrarían. También captaba a sectores del Movimiento Radical Tiradentes (que se dividió de 1962 a 1963) y sectores del PCdoB. La POLOP llamaba a la formación de un frente de izquierda, incluido el PCB, para apartarlo de la alianza bajo la hegemonía de Goulart y los sectores de la burguesía que se presentaban como nacionalistas antes del golpe de 1964.

La corrección teórica del análisis de la POLOP quedó patente en el golpe de 1964 y, a partir de entonces, sus concepciones comenzaron a tener un papel determinante en la evolución de la izquierda brasileña, pero esto no se acompañó de una base orgánica y política capaz de sacar consecuencias prácticas de esta evolución. Entre 1964 y 1966, la izquierda brasileña buscó un camino de ajuste a las nuevas condiciones. Muchas iniciativas dispersas surgieron en varias partes, lo cual configuró un conjunto de elementos que se presentarían posteriormente de forma más desarrollada. Entre 1967 y 1968, se diseñó una ofensiva popular, que se reprimió entre 1969 y 1970. Durante este periodo, el conjunto del movimiento de oposición al gobierno se puede dividir en tres grandes vertientes:

a) La Oposición legal, de contenido liberal de modo predominante, que ya en 1964 mostraba sus limitaciones. Buscó utilizar las posiciones de poder que aún disfrutaba para presionar a la autoliberación del gobierno. Las críticas moderadas a la represión de los poderes judicial y legislativo, los poderes ejecutivos y regionales, los intelectuales y la universidad, las organizaciones sindicales, y de masa en general llevaron algunas veces a pequeños intentos de rebeldía que por lo regular se contestaron con medidas drásticas de la dictadura.

Para poder sobrevivir legalmente, la oposición liberal tuvo que utilizar constante autocensura y reducción de su programa a cuestiones muy generales. Después del pronunciamiento del Acto Institucional n. 5, en diciembre de 1968, la oposición liberal consiguió sobrevivir en función de un largo trabajo de acuerdos de todo tipo, limitando su programa liberal a la revocación del Acto Institucional n. 5 y al regreso de la Constitución de 1968. El surgimiento, en su Conferencia de 1971, de una tendencia que pedía la formación de una Constituyente en el país, se consideró como "infantilismo" político y la dirección del partido (Movimiento Democrático Brasileño [MDB]) la despreció.

Esto no significaba que la oposición liberal pudiese liquidarse. Esta contaba con respaldos internacionales y sobre todo con la opinión pública que se expresaba a través de las aspiraciones de la clase media y de los sectores del movimiento de masas que buscaban impedir la implantación total del fascismo en el país. Mientras tanto, sus límites eran evidentes, cuando se analiza la lógica del régimen, movida por el esquema económico en que se fundamentaba. La oposición liberal solo conseguía aprovecharse, durante un largo

periodo, de circunstancias de apertura política impulsadas por el propio sistema, que también necesitaba aliviar sus presiones internas y externas. Esta oposición no podía aspirar a la toma del poder sin enfrentar una situación de aguda crisis. Peor aún, no tenía (y no tendrá nunca) un programa para ofrecer en el caso de llegar al poder. Un camino de reformas estructurales lleva de forma inevitable al socialismo, en las condiciones brasileñas. Si defendiera de modo consecuente las reformas estructurales que deberían suceder a la caída de la dictadura, la oposición liberal se negaría a sí misma y tendría que volverse socialista.

b) El otro sector de la oposición entonces existente, con una cierta independencia política en relación con la anterior, buscaba construirse con bases más sólidas. Se trataba del movimiento de resistencia clandestino, organizado sobre todo en torno al movimiento sindical, campesino, estudiantil y de barrios populares. Dada la intervención en los sindicatos y la falta de garantías, los obreros, campesinos y estudiantes buscaban organizarse de forma clandestina con su apoyo o control de organizaciones políticas. Ya en 1964 surgieron los gérmenes de estas formas de organización con la creación de grupos de cinco personas con objetivo de resistencia. Entre 1966 y 1968, los centros de alumnos actuaban de forma semiclandestina e incluso la Unión Nacional de Estudiantes llevó a cabo cuatro congresos en la clandestinidad; así también comisiones obreras en las empresas operaban aliados en secreto o con los sindicatos y conducían a grandes huelgas como la de los bancarios y de las ciudades industriales de Contagem y Osasco en 1966.

Además del movimiento estudiantil, no existía hasta entonces ningún intento por articular de modos regional y nacional el movimiento de resistencia, motivo por el cual este se vio muy debilitado. Las organizaciones políticas de izquierda, divididas en varios grupos, se mostraban más interesadas en organizar sus propias células o en reclutar cuadros para las acciones armadas, de acuerdo con la orientación que las presidiera, que formar un fuerte y unido movimiento de masas clandestino.

Estas circunstancias permitieron que este vacío político se llenara posteriormente sobre todo con las organizaciones y los movimientos hegemónicos por la Iglesia católica. Esta asumió primero una posición de resistencia a la violencia que afectaba a sus propios militantes. Poco a poco se fue envolviendo en movimientos activos de cuestionamiento de la dictadura para la cual había contribuido de forma notable en 1964. Después de 1970, asumió un papel protagónico en la lucha por la redemocratización del país y de apoyo a los movimientos populares de contenido social y democrático. Algunas de sus organizaciones laicas de base, como las CEB, llegaron a tener una función en extremo activa en la reorganización del movimiento popular.

c) La tercera vertiente de oposición dio sus primeros pasos también en 1964. Se trataba del movimiento guerrillero, considerado hasta entonces como germen de un futuro ejército revolucionario. No tiene caso

discutir aquí los detalles de la concepción que orientó dichos movimientos (sobre la izquierda brasileña en el periodo de 1964 a 1971, véase Marini, 1971 A y Gorender (1988); hay también una abundante literatura de testimonios y ediciones de documentos sobre el movimiento armado y las organizaciones de izquierda que se opusieron a la dictadura). Se debe subrayar solo que predominó en este periodo la concepción del "foco armado", cuya expresión más desarrollada se encuentra en Debray (1967). Tan poderosa era esta concepción que llegó a influir con fuerza en el conjunto de la izquierda en el periodo, incluso en aquellos sectores que se oponían de manera explícita a la misma.

En 1964, se apresó a un grupo de marineros, estudiantes, obreros e intelectuales de la POLOP en Rio de Janeiro en vísperas de dirigirse al campo. Las preparaciones guerrilleras continuaron entre 1965 y 1967, sobre todo en torno al comando militar localizado en Uruguay en torno a Leonel Brizola. En ese periodo hubo un intento de acción de propaganda armada en el Sur, iniciativa aislada del coronel Jefferson Cardin, que se asomó a otras iniciativas similares. En 1977, una vasta operación militar atrajo a un grupo de exsargentos que preparaban un foco guerrillero en Caparaó. Con el fracaso de este grupo y otras prisiones, se cerró el comando militar que se formó en Uruguay.

La guerrilla aparecía, para la mayoría de las fuerzas de izquierda, como única forma posible de desafío armado al sistema, pero era cada vez más difícil llegar hasta el campo. De ahí aparecieron las experiencias de acciones armadas en la ciudad con el objetivo de unir recursos y medios materiales para trasladarse al campo. Varias organizaciones político-militares, que surgieron en este periodo, iniciaron este proceso de lucha sin una mínima preparación previa, divididas en varios grupos pequeños, sin un programa unificador ni un comando nacional.

En el primer momento se configuraba una situación favorable. Las primeras acciones armadas surgieron en una situación de ascenso general del movimiento de masas entre 1967 y 1968. Hay fácil contacto con las masas, existen muchos cuadros jóvenes en disposición de lucha y la represión se encuentra poco preparada para responder a un movimiento de dicha magnitud. Pero en vez de aprovechar estas circunstancias favorables para conseguir una fuerte organización partidaria, clandestina y armada, los movimientos, bajo la inspiración del "foquismo", despreciaron y se opusieron incluso a la organización partidaria, la organización clandestina y la lucha legal.

La organización partidaria era para ellos una expresión de burocratismo. Carlos Madriguela, líder de la Alianza de Liberación Nacional (ALN), una fuerte facción que abandonó el PCB, se negaba a unirse a sus camaradas

Mario Alves y Gorender, que dieron origen al Partido Comunista Brasileño Revolucionario (PCBR), con el argumento de que no debería formarse un nuevo partido burocrático. El mismo PCBR se redujo a un grupo armado en poco tiempo.²²

El sector que abandonó la POLOP se rehusó a formar un partido y dio origen a dos organizaciones armadas de mayor expresión nacional (la Vanguardia Popular Revolucionaria [VPR] y la Colina, que se unirían en 1969 para formar la Vanguardia Armada Revolucionaria Palmares [VAR], cuya autocrítica de la concepción foquista llevó a una nueva ruptura que reorganizó la VPR). No hay que entrar en el complejo mundo de las siglas, organizaciones y grupos cuya estabilidad política era muy relativa. Se tiene que señalar, sin embargo, que todas las organizaciones de izquierda sufrieron escisiones "foquistas" o militares entre 1967 y 1969 (el PCB, el PCdoB, la AP y la POLOP) que llevaron a la mayoría de sus cuadros.

¿Qué explica este movimiento de desagregación de fuerzas? Por un lado, estaba la explosión de la orientación reformista que el PCB imprimió al movimiento popular entre 1956 y 1964. Al no hacer una severa autocrítica de esa posición, sino al contrario, elaborar una autocrítica por la derecha, al atribuirse de forma escandalosa inexistentes desvíos de izquierda de 1961 a 1964, el PCB se condenaba en definitiva ante la coyuntura del país. Por otro lado, la POLOP y las otras organizaciones de izquierda que defendían un camino revolucionario, al mostrarse incapaces de abrir, desde los enfoques orgánico y táctico, un canal para las energías revolucionarias del país, lanzaban las bases de su desagregación.

La separación mecánica entre las luchas legal, clandestina y de las masas y las acciones armadas y la subdivisión de las fuerzas de izquierda en grupos inexpresivos fueron los hechos que causaron la pérdida del gran ascenso de masas que se produjo entre 1967 y 1968. El gran movimiento que se desarrolló en el periodo se vio sin destino y sin salida. Debilitado y vacilante, fue presa fácil de la represión militar nacional después de vencer a las policías militares en las calles.

Arrasado el movimiento de masas, instaurada la censura, cerradas las organizaciones de masas legales y reprimidas las clandestinas (la dictadura detuvo a los 800 participantes del Congreso Nacional de Estudiantes de Ibiúna en 1969), la represión se dirigió de manera sistemática al movimiento guerrillero, al cual se aisló de cualquier base orgánica en la población.

²² Sobre este periodo Jacob Gorender publicó recientemente un libro bastante honesto y serio que confirma los análisis de haríamos en 1970, cuyas líneas generales mantenemos en el presente texto, actualizado. Véase Gorender. Combate en las tinieblas. São Paulo, Editorial Ática, 1987.

De ahí en adelante, los revolucionarios se vieron acorralados en las calles de Rio, São Paulo, Belo Horizonte, Porto Alegre y Recife, o cercados en campos de entrenamiento rural, como en el Valle de la Ribiera o en el interior de Rio Grande do Sul, etc. Con heroísmo y decisión, ellos consiguieron varias victorias tácticas (en una situación estratégica en absoluto desfavorable), como en los secuestros de los embajadores estadounidense y sueco; actos de propaganda importantes rompieron con el cerco del Valle de la Ribeira, etc. Pero centenares de revolucionarios murieron en las calles o en cámaras de torturas sin que la opinión pública consiguiera saber lo que pasaba. Las organizaciones fueron golpeadas con violencia en sus direcciones y cuadros de base. La policía y los servicios secretos militares se coordinaron y crearon mecanismos masivos de represión y terror que ahuyentaron a los posibles aliados de los revolucionarios.

Los años de 1969 hasta 1973 se caracterizaron por duras derrotas para la izquierda, cercada por todos lados y ante una enorme ofensiva publicitaria del gobierno, que buscaba ganarse la opinión pública, al ofrecerle como compensación al régimen de fuerza las ventajas que el crecimiento económico en curso parecía entregar a todos. La confusión ideológica de los obreros era evidente. Por un lado veían al régimen recuperarse en un sentido económico en torno a un "milagro" del cual no participaban. Por otro lado, veían las fuerzas de izquierda en una lucha directa con las fuerzas de represión de la dictadura sin ofrecerles ningún camino de pelea propia.

La situación era desesperante para las fuerzas populares. Sin embargo, el crecimiento económico sostenido durante cuatro años comenzó a mostrar sus límites y dio origen a preguntas no tan nuevas. ¿Podrá el mercado externo y de las clases medias garantizar el consumo necesario para las industrias tradicionales que son las que más gente emplean? ¿Quién consumirá los productos de las empresas creadas por las nuevas inversiones? El problema del mercado interno volvía a inquietar al capitalismo brasileño. Los viejos fantasmas reaparecían.

Era evidente que solo reformas profundas podían resolver dichos problemas, y ya se describieron las dificultades que la burguesía brasileña tenía para asumirlas con coraje. Por tanto, existían dilemas reales que se presentaban incluso para las fuerzas aliadas del gobierno.

En segundo lugar, ¿justifica el crecimiento económico una represión tan fuerte sobre el pueblo en su conjunto? Esta es otra pregunta que debía preocupar por lo menos a un sector liberal importante. Sobre todo a medida que el desarrollo económico necesitaba de una efectiva colaboración y entusiasmo popular, el cual se encontraba limitado por los pocos beneficios materiales ofrecidos a las masas por el "milagro económico". La represión buscaba así obligar a los obreros a someterse a la autoridad patronal. Pero es evidente que este sistema creaba profundas tensiones. La represión restringía también el apoyo de los intelectuales y científicos, tan

necesaria para un desarrollo sostenido y para una nueva etapa de acumulación capitalista, basada cada vez más en la revolución científico-técnica.

En tercer lugar, los movimientos de masas comenzaban a renacer en pequeñas huelgas, reorganizaciones sindicales y estudiantiles, se abría una coyuntura electoral y la oposición liberal intentaba romper el bloqueo de la censura a la prensa. Las masas rurales mostraban violentas disposiciones de rebeldía al tomar ciudades, trenes y tierras en el noreste, en las zonas de nueva colonización, del centro oeste y de la Amazonia, e incluso en otras regiones.

Ya en 1972, en pleno "milagro económico", el movimiento de masas tendía a resurgir, después de muy poco tiempo de retroceso, lo que indicaba su disposición de lucha. En Brasil no hubo una guerra civil que liquidara a enormes sectores de masas como en España o masivos enfrentamientos de milicia, como en Italia y la Alemania fascistas. Por esta razón, entre otras, el régimen militar brasileño no pudo consolidar un carácter fascista. Tal vez ello se podía dar a través de una nueva ola represiva. De ahí el grave peligro que la situación presentaba y aun muestra. Si el nuevo asenso de masas que comenzaba a esbozarse no encontraba un canal revolucionario que supiera articular las tres vertientes del movimiento de oposición, difícilmente habría victorias definitivas. La ausencia de una salida revolucionaria y los compromisos para los cuales se empujó al conjunto de la oposición brasileña dejan intactas las fuerzas oscurantistas que gobernaron a la nación de 1964 hasta por lo menos 1986. En ese caso, el periodo de transición iniciado en 1986 puede ser el comienzo de una era aún más oscura para Brasil, si no conseguía alterar de modo radical la realidad político-ideológica del país.

En 1962, se advertía que el golpe de Estado era inevitable ante la política capitular de Goulart;²³ en 1964 se llamaba la atención sobre el implacable desarrollo fascista de la dictadura;²⁴ en 1966 lo reafirmó el autor en

²³ Entre otros, recogemos los siguientes textos de nuestros trabajos: "Se vuelve cada vez más apretada la faja de conciliación y las posibilidades de juego propio de la burguesía progresista. Todo indica que ésta duraría algún tiempo pero terminaría por adherir, en sumayoría, a las fuerzas reaccionarias. En segundo lugar, quedó claro que el golpismo continuaría siendo una fuerza viva en el país y reaparecería próximamente. No solamente porque la solución conciliatoria permitiría que sus líderes continuaran ilesos, sino porque la única solución conciliatoria permitía que sus líderes continuaran ilesos, sino porque era la única solución para el camino capitalista en Brasil, como vimos" (Revista Basiliense, n.38 nov/dic de 1961).

"El recrudescimiento de los sectores más reaccionarios del país, representados por el fascismo de Lacerda y de ciertos grupos militares, exigía una definición de la burguesía progresista que intentaba mantenerse en el centro, como bien lo demuestran sus documentos populares. Todo ello llevó a una radicalización de todos los grupos populares contra el golpismo brasileño" (El movimiento obrero en Brasil. En: Revista Basiliense, n. 39, ene/ feb de 1962).

²⁴“De todo ello podemos concluir entonces que existen objetivamente las condiciones sociales para desarrollarse un movimiento fascista en Brasil. Otra cuestión es la posibilidad o no de que llegue al poder.” Después de analizar los límites del movimiento fascista en Brasil, continuamos: “El fascismo, en consecuencia de estos límites, se transformó en un apéndice de la contrarrevolución pro-imperialista y latifundista, constituyéndose en el sector más radical. La característica fundamental del gobierno actual reside en que éste es un régimen de compromiso entre estas fuerzas y el sector liberal de la burguesía, que se vio obligada a aliarse a ellas por su imposibilidad de continuar las transformaciones progresistas, debido a sus límites económicos y políticos. (...) La misión del fascismo en Brasil es someter totalmente a este sector, minar totalmente sus bases liberales, limitar su influencia sobre el Estado de manera que permita una política de represión total al movimiento popular” “La ideología fascista en Brasil”. En Revista Civilización Brasileña, Rio de Janeiro, año I n. 3, julio de 1965. “El fascismo representa una amenaza creciente originada por el fracaso del actual bonapartismo de cúpula desmoralizado ante el pueblo. Es innegable que tal sentimiento crecía en el país a medida que el actual gobierno (Castelo Branco) se mostraba incapaz de reprimir efectivamente el movimiento popular y de organizar un sector activo de la población para apoyarlo y difundir la represión. Los fascistas tuvieron un papel importante en la articulación de nuevos golpes que se anunciaban en el país (ver Acto Institucional n. 5, la caída de Costa y Silva, etc., nota de 1972) y a través de ellos se haría absolutamente necesario un nuevo esquema de poder” (Socialismo o Fascismo: dilema latinoamericano. Santiago, PLA, 1970).

otro libro más elaborado, con un análisis de la política económica y de los resultados favorables para las clases dominantes que esta traía.²⁵ Por tanto, cada vez más tenemos confianza en el esquema interpretativo de la crisis brasileña que el autor maneja y él cree poder, con base en la misma, llamar la atención sobre los duros momentos de confrontación que sucedieron a un intento de consolidación de una solución económica que preserve el actual modelo económico, tal como se viene realizando en la Nueva República, que se analiza más adelante.

El inflexible dilema continúa por detrás de los momentos en que predominan los aspectos conciliadores. Lo que no se debe dejar de comprender es la importancia de utilizar estos momentos para acumular fuerzas. Ni tampoco es justa la tesis de que no se puedan producir importantes victorias parciales, absolutamente necesarias para el avance del conjunto del movimiento. La lucha entre el socialismo, como última alternativa popular, y el fascismo, como única opción capitalista, continúa siendo, mientras tanto, la clave del proceso brasileño.

²⁵ En esta misma época (1966) señalábamos contra todas las corrientes de la oposición brasileña de entonces, en el mismo libro: “La política de estabilización monetaria tiene un nítido contenido de clase: se trata de detener el proceso inflacionario sin afectar las ganancias de la clase dominante, o por lo menos afectarlos lo más mínimo posible. Toca a los asalariados y pequeños propietarios pagar el precio de la crisis del sistema de producción que los explota. En este momento esta explotación se revela en toda su plenitud y desnuda ante el pueblo. Es muy natural, por lo tanto, que ciertos sectores de la clase dominante y sus aliados traten de mistificar esta circunstancia, procurando hacer creer al pueblo que la política de estabilización no es una necesidad del sistema capitalista y que podría haber otra opción para el pueblo... a través del aumento de mercados, de los salarios y del desarrollo. A pesar de su apariencia ‘izquierdista’, esas formulaciones no pasan como cortina de humo para ocultar la esencia del régimen capitalista: la explotación del hombre por el hombre” (p. 177). “Es evidente que habría otra salida para la inflación. Sería la contención de precios, la restricción de las ganancias, y control de los stocks de productos esenciales para la economía popular y la eliminación de las subvenciones estatales a las empresas privadas. Esta política de tipo popular sería, no obstante, tan depresiva como la otra, si no se completaba con medidas de nacionalización de las empresas y con la planificación de la economía. Pues esta política popular llevaría a la baja de la tasa de ganancia, y por lo tanto, a la caída de las inversiones, lo que solo se podría evitar con la implementación de una economía que no estuviera basada en la ganancia, por lo tanto, de una economía socialista” (p. 177-178).

Dichas palabras pueden ser consideradas una crítica “ex-ante” (1966) a las aventuras del Plan Cruzado y de los “heterodoxos” de varias orientaciones y escuelas. Así afirmábamos contra los “estancadores” de la época: “... esta depresión no es más un fenómeno cíclico. Trae consigo los gérmenes de una recuperación, cuyas principales coordenadas ya esbozamos. Son los propios factores de la depresión, el desempleo, las quiebras, la caída en los negocios, del movimiento financiero, la miseria, en fin, lo que crean los factores de un nuevo ciclo de desarrollo” (p. 186). Es muy importante ver como posteriormente estos ignorantes del ciclo económico nos acusaron de “teóricos del estancamiento” cuando dieron media vuelta y adhirieron, durante el “milagro económico”, las “maravillas” del capitalismo brasileño y de la “modernización” de Brasil. Pero una vez erraron al no prever la recesión de 1980 hasta el presente, que nosotros sí previmos, otra vez contra ellos.



La búsqueda desesperada de mano de obra lleva a la caza de los indios para convertirlos en esclavos en las famosas banderas. Los exploradores fueron ocupando el interior y forjando el marco territorial del país en la búsqueda de los indios, de las piedras preciosas y de otras riquezas. (*Acervo Debret-Chácara do Céu*).



Los ingenios azucareros eran agroindustrias donde la caña era procesada y convertida en melaza antes de ser exportada al mercado mundial. Articuladas con el capital mercantil internacional, altas categorías de comercialización, desarrollo tecnológico agroindustrial se combinan con las relaciones esclavistas de producción y el poder de una oligarquía local ociosa. (*Acervo Rugendas*).



La familia real es símbolo de la modernización exportadora, oligárquica y autoritaria. Cultura liberal y relaciones esclavistas formaron la esencia del Brasil moderno. (Foto: Archivo nacional de Rio de Janeiro).



El teatro municipal de Rio de Janeiro es la expresión más refinada de la modernización de fines de siglo. Europeización, nueva urbanización, nuevos hábitos, nuevas tecnologías, nuevos gustos...



La foto de los componentes de la Columna Prestes muestra su fuerza política. Gran parte de sus miembros se convertirían en los líderes políticos de Brasil después de la revolución de los años 30. (Foto: CPDOC/FGV. Arq. Ítalo Landucci)



Luis Carlos Prestes, hecho prisionero en 1935, mantenía aun en ese momento, el mito del "caballero de la esperanza" de la gloriosa Columna Prestes, forma culminante de la lucha del movimiento tenientista en los años 20. El Tenientismo, que alcanzó su auge en los años 20, se divide en la década de los años 30 entre aquellos que asumieron posiciones de liderazgo en la revolución de los años 30 y una izquierda revolucionaria insatisfecha con los rumbos poco radicales de la revolución. (Foto: Archivo Nacional de Rio de Janeiro)



Después de una amplia lucha interna en su gobierno entre pro-alemanes y pro-americanos, Vargas inclina la posición brasileña hacia la participación con los Aliados contra el Eje. La presencia del presidente Roosevelt en Brasil viene a sellar esa alianza. (Foto: *Archivo Nacional de Rio de Janeiro*)



Electo por la alianza PSD-PTB, que en parte sostenía Getulio Vargas, Juscelino Kubitchek presentó un programa "desarrollista" basado en el crecimiento industrial, con la participación cada vez más hegemónica del capital internacional. Este es el caso de la industria automovilística que se implantó durante su gobierno y que alcanzó un alto grado de nacionalización de la producción (superior al 90%), pero conservando el dominio total del capital internacional. (Foto: *Archivo Nacional de Rio de Janeiro*)



Sucediendo a Juscelino Jânio Quadros fue una presencia inusitada en la vida política brasileña. Temperamental, abusaba de las actitudes teatrales y convertía todo, hasta su corte de cabello en un acto público y controversial (Foto: *Archivo Nacional de Rio de Janeiro*)



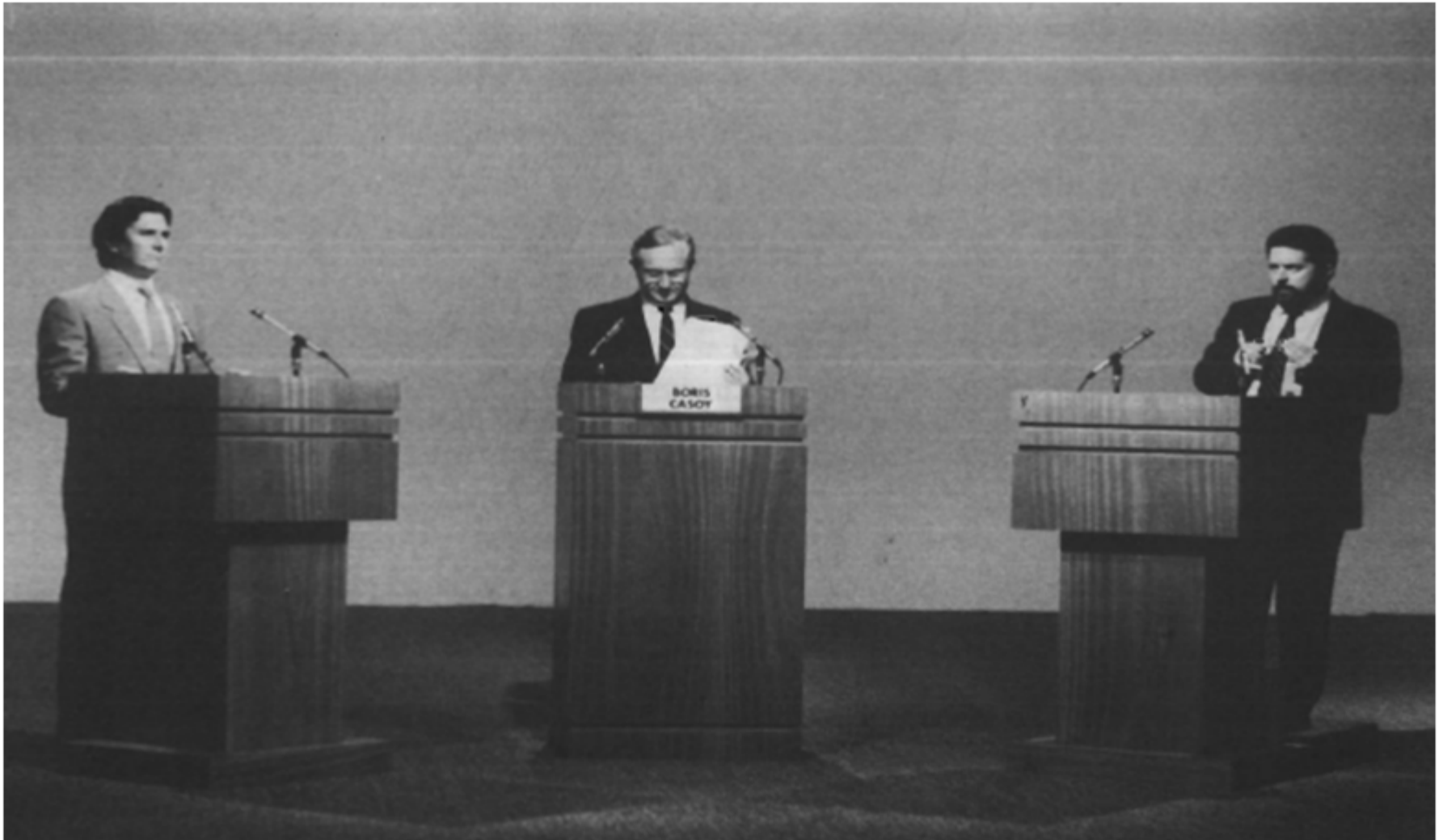
La fábrica de Itaipú es un símbolo de los grandes proyectos de la década de los años 70. Estos proyectos eran muchas veces propuestas mal elaboradas para obtener recursos internacionales. Casos como la Transamazónica se revelaron como no solo inviables, sino como violentas agresiones al medio ambiente e insostenibles improvisaciones que demostraron la verdadera cara de la engrandecida "eficiencia" de la tecnocracia civil y militar.



El terror estatal y la tortura marcaron los años de dictadura militar y condujeron a la juventud a una oposición militante y hasta armada contra esta situación. Desesperados ante el avance de las fuerzas democráticas, sectores de derecha intentaron una acción terrorista contra una gran concentración de jóvenes en Riocentro, en Rio de Janeiro. Los terroristas dejaron explotar la bomba que portaban en el interior de un carro Puma. Esta acción marcó uno de los momentos cruciales en la condena moral y en el desarme de los grupos terroristas en el país. (Agencia El Globo)



La caída de la dictadura fue un proceso bastante lento, debido en parte a la falta de combatividad de la oposición. La campaña por las "Elecciones Directas Ya" fue una manifestación clara de las masas urbanas de todo el país que no tolerarían más las restricciones dictatoriales a sus derechos como ciudadanos. Esta campaña permitió la elección de Tancredo Neves a la presidencia por el colegio electoral preparado por la dictadura y obligó a un avance en la definición de las élites brasileñas a favor de una constituyente que revisó profundamente la organización institucional del país. (*Agencia El Globo*)



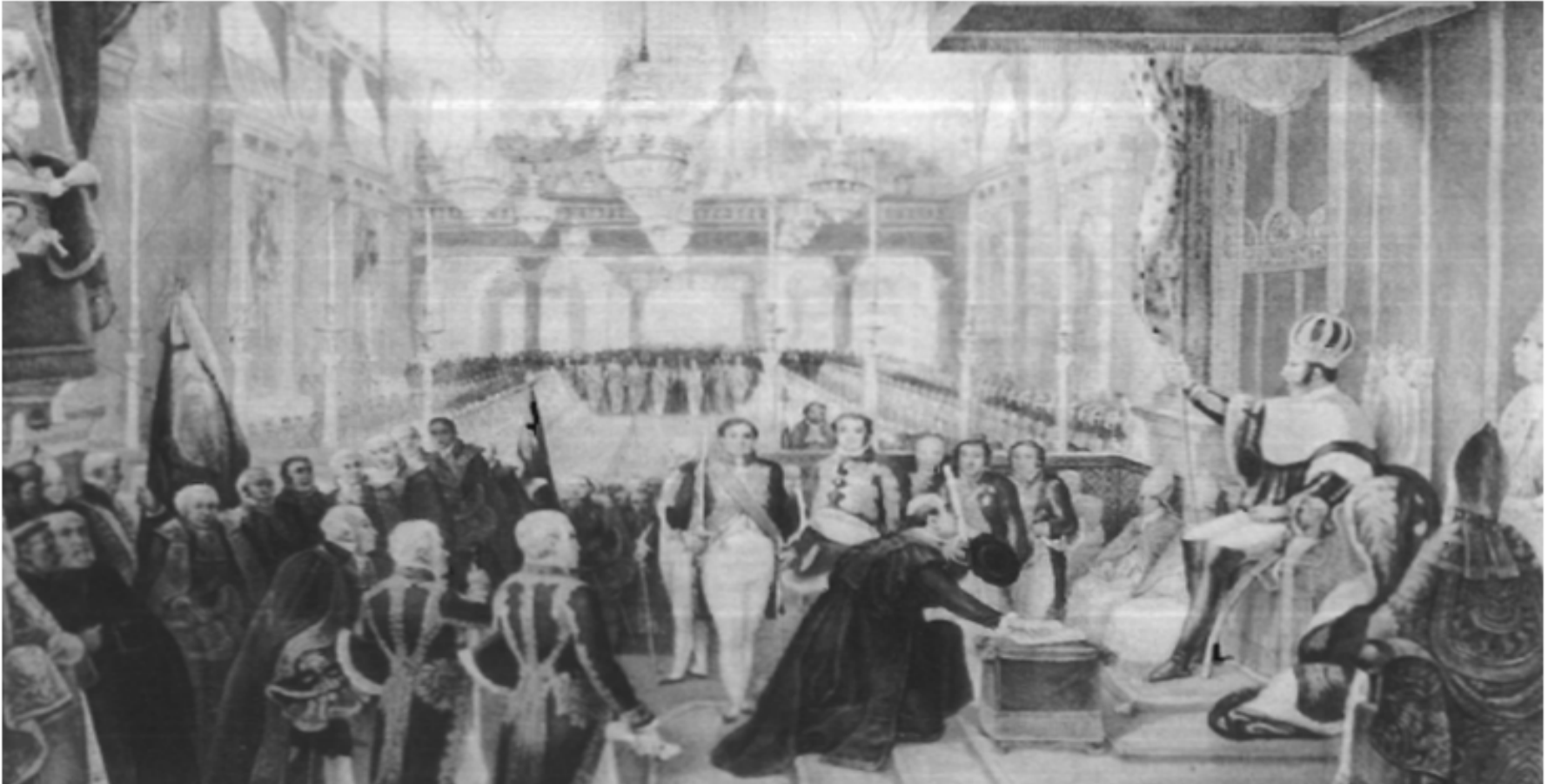
Las fuerzas populares llegaron a desafiar dos veces el poder central y parecían poder alcanzar la presidencia. Correspondió a Lula llegar al segundo turno en 1989 para enfrentar a Fernando Collor, apoyado por las fuerzas de derecha y por enormes sectores de baja renta dominados por los medios televisivos. La versión condensada del debate final entre ambos en la televisión fue fundamental para la definición de los electores. (*Agencia El Globo*)



Lula volvería a ser el principal candidato popular en 1994. Ahora contra Fernando Henrique Cardoso, que se presentó como aliado a los partidos conservadores en la política congregando, en 1979, a las fuerzas populares de São Paulo en torno a su candidatura a senador. La foto de los dos compañeros de la década de 1970 tal vez explique muchos de los acontecimientos durante los cuatro años de gobierno de Fernando Henrique Cardoso. (*Agencia El Globo*)



El hambre de la mano de obra llevó a los portugueses a desplazar masivamente la mano de obra africana hacia Brasil, sometiéndola a la esclavitud más feroz. El tráfico de esclavos se hizo en las condiciones más miserables y enriqueció a los portugueses y posteriormente a los ingleses. Para garantizar la sumisión de la mano de obra esclava el colonizador recurrió a la violencia organizada que persiste hasta nuestros días en la sociedad brasileña. (*Acervo Rugendas*)



La independencia de Brasil fue un trabajo de joyería de sus oligarquías agrario-exportadoras con el apoyo de Inglaterra. La coronación de D. Pedro como emperador de Brasil representa la consagración del régimen económico agrario exportador basado en el trabajo esclavo que subsistió a la dominación portuguesa por la dependencia de Inglaterra (*Acervo Debret-Chácara do Ceu*)

Segunda parte

La crisis de la dictadura: Descompresion controlada, apertura política, transición democrática y crisis de la Nueva República

VI La crisis del “Milagro brasileño”

1. LA IMPORTANCIA DEL TEMA

La estrategia de crecimiento económico implantada en Brasil después del golpe de Estado de 1964, se convirtió, a través de las declaraciones de importantes sectores ligados a las compañías multinacionales, en un modelo de desarrollo económico basado en la “libre empresa”, que deberían seguir todos los países subdesarrollados.

La experiencia brasileña, al representar un modelo “puro” de desarrollo capitalista dependiente, bajo una estrategia relativamente avanzada de industrialización, tenía una importancia teórica que sobrepasaba las fronteras del país, lo que explica el enorme aparato publicitario que se movía a su alrededor. El reconocimiento por el entonces secretario de Estado, Henry Kissinger, de la condición excepcional de Brasil, como potencia emergente a la cual se debería dar un tratamiento preferencial en América Latina y con la cual se estableció incluso un régimen de “consulta mínima”, era una prueba de que en esta nación ocurrían cosas muy importantes para los intereses y la estrategia estadounidense.

Este reconocimiento del papel hegemónico de Brasil en el subcontinente y el Atlántico Sur atendía a un viejo sueño de los militares tecnócratas brasileños, sueño al cual se adhirieron de forma progresiva los grandes capitalistas nacionales e internacionales. El precio de esta hegemonía tan deseada sería, en primer lugar, el compromiso total con la política externa de Estados Unidos, en particular en lo que se refiere a los países del Tercer Mundo. Brasil se opondría a las consignas y a los esquemas de acción unitaria del Tercer Mundo, se comprometería a servir de cabeza de puente del imperialismo, no solo en las reuniones Norte-Sur, sino también en los organismos internacionales. A cambio de un papel tan importante, Brasil tendría un cierto margen de independencia para desarrollar una política de pragmatismo en relación con el mundo árabe (caso de los votos en las Naciones Unidas condenando el sionismo, que se explica por la importancia de sus importaciones de petróleo de los países árabes), en África (caso del reconocimiento del gobierno popular en Angola y que se explica por las aspiraciones brasileñas de conquistar mercados en África Negra, que obligó

incluso a enfriar sus relaciones preferenciales con África del Sur, socio contemplado originalmente para un pacto del Atlántico Sur), hasta cierto punto en Europa (acuerdo nuclear con Alemania y aumento del intercambio con Francia y tal vez Inglaterra) y Japón (acuerdos comerciales obtenidos con el viaje de Geisel a Japón).²⁶

Pero el reconocimiento estadounidense de la pretendida "potencia emergente" se apoyaba también en otras razones mucho más sólidas. En primer lugar, en la necesidad de socorrer a un país que abrió por completo las puertas al capital internacional y que se encontraba ante la inminencia de una grave crisis económica, cuyos efectos podrían destruir su imagen de paraíso de las inversiones que tanto costó al imperialismo crear. Se trata de un "modelo" ideológico y una vitrina económica que era necesario preservar.

En segundo lugar hay que señalar el aumento de la importancia estratégica de Brasil, cuyas costas dominan la mayor parte del Atlántico Sur. Hasta el momento de la caída de Angola, en las manos de fuerzas antiimperialistas, el Atlántico Sur era considerado una zona de total dominio occidental, con pocas bases militares, porque no representaba un peligro estratégico para Estados Unidos. A partir de entonces se inicia una escalada militar en la zona y dicho país llega a pedir al gobierno brasileño la opción de instalar bases militares en sus costas para neutralizar la pérdida de Angola.

Por todas estas razones es de vital importancia el estudio del llamado "milagro brasileño". Como se vio, este estudio tiene implicaciones teóricas en lo que se refiere a la viabilidad y a las formas que tiende a asumir el desarrollo económico de los países dependientes en la etapa actual del imperialismo. Y tiene también implicaciones estratégicas y geopolíticas, al incidir sobre la importancia internacional de un país excepcionalmente extenso, que domina una amplia zona continental, mitad de un océano y al poseer una población ya notable, con altas tasas de crecimiento.

2. LA LOCALIZACIÓN HISTÓRICA DEL "MILAGRO ECONÓMICO"

Lo que se conoce como "milagro económico" brasileño se define de forma fundamental como un periodo de crecimiento sostenido del producto nacional bruto (PNB) próximo a 10%, de 1968 a 1973. En estos años, aumentaron de modo notable el producto industrial y las exportaciones de productos manufacturados, el crédito internacional destinado al país y a sus reservas financieras; los proyectos de inversión directos

²⁶ En el gobierno de Carter cambia la situación. Ante ciertos objetivos autónomos de la dictadura, aumentan las presiones del gobiernonorteamericano por los "derechos humanos" y contra el acuerdo nuclear con Alemania, que provocaron el rompimiento con la ayudamilitar norteamericana por parte del gobierno brasileño. Hasta el momento no se ha llegado a un acuerdo político suficientemente sólidoentre las clases dominantes y las élites dirigentes de los dos países que pueda repetir la condición de primera potencia latinoamericanaque alcanzó en 1972.

asumieron en muchos casos, proporciones gigantescas; se amplió la acción de Brasil sobre sus vecinos del continente y en otras partes de América Latina: sus exportaciones industriales y hasta de capitales parecían anunciar el surgimiento de una potencia media en el escenario internacional. Como consecuencia de esos éxitos, las soluciones de política económica del gobierno brasileño se transformaron en "recetas" de desarrollo.

¿Cuáles son los antecedentes de este milagro? Desde el final del siglo pasado se venía instalando en Brasil una base industrial importante, pasando por ciclos de crecimiento y depresión que no corresponde analizar aquí.²⁷ El antecedente más directo en el ciclo de 1968 a 1973, considerado en su época un "milagro", fue el de 1954 a 1961, que correspondió básicamente a la gestión presidencial de Juscelino Kubitschek. En ese periodo, el producto interno bruto (PIB) tuvo un crecimiento real de casi 7% al año (la media se rebajó por el desempeño de 1956, cuando el crecimiento disminuyó a 1.9%), que se sobrepuso a una media del 5%, propia de los años de 1948 a 1952. En los años señalados (1954 a 1961) se instaló en Brasil la industria automovilística con un alto grado de integración nacional (cerca de 99%), se amplió la industria siderúrgica, iniciada por Vargas en la década de 1940, la infraestructura energética (aumento de energía eléctrica y comienzo de las operaciones de la Petrobrás) y carretera, se implantó la industria eléctrica y la de máquinas y herramientas.

Los principales instrumentos de este "boom" económico fueron la inflación interna generada por una fuerte inversión estatal sin cobertura financiera y la inversión extranjera, que se incrementó de una entrada directa próxima a 10 o 20 millones de dólares anuales, hasta 1955, a 99 millones en 1956, 144 en 1957, para fijarse próxima a los 100 millones de dólares anuales en 1961.

Las consecuencias de este tipo de crecimiento no se hicieron esperar y, en 1962, se diseñó una depresión económica que se prolongaría hasta 1967. La inflación en el plano interno y una fuerte crisis financiera, en el exterior, eran las manifestaciones más claras de la crisis del modelo implantado. Se trataba de modo esencial de una imposibilidad inmediata para ampliar el mercado y las inversiones. A partir de ese momento, la imposibilidad de continuar el proceso de acumulación de capital sin reformas profundas de la economía pasó a reconocerse de forma amplia. Pero existían diferentes maneras de encarar esta situación.

Por un lado, un sector de las clases dominantes bajo la presión de un movimiento popular en ascenso, veía la solución de la crisis en la ampliación del mercado interno y en la diversificación del externo. Las consecuencias de este punto de vista eran: la reforma agraria que permitía mejorar la renta de los campesinos, la distribución de renta a favor de los trabajadores de menores recursos, el apoyo al capital nacional y la limitación de la

²⁷ El análisis actual más completo sobre la industrialización brasileña se encuentra en el libro de Werner Baer, traducido al portugués bajo el título: *La industrialización y el desarrollo económico de Brasil*, 2ª edición revisada y aumentada. 1975, Rio de Janeiro, Fundación Getulio Vargas, principal fuente estadística del presente trabajo.

entrada de capital internacional, la intensificación de la intervención del Estado en los sectores básicos de la economía y, finalmente, desarrollar una política externa independiente que procurara abrir mercados en América Latina, África y los países socialistas. Dicho proyecto económico tenía que apoyarse políticamente en los trabajadores de la ciudad y del campo, en la pequeña burguesía y expresarse en una democracia política con amplia participación de masas. Al frente de este esquema se encontraba un político progresista, que se basaba en el esquema sindical creado por Getulio Vargas, y al mismo tiempo un gran propietario de tierras: João Goulart.

Son evidentes las contradicciones que encerraban tal programa político, y que lo llevó al fracaso. El aumento del mercado interno, por la vía del crecimiento de la renta de los asalariados entraba en contradicción con la manutención de la tasa de ganancias media y con la centralización de una fuerte masa de ganancias que permitiera realizar las inversiones cada vez más gigantescas que exigía la nueva etapa de acumulación. De esta manera, de forma contradictoria, la ampliación del mercado por la vía del consumo de los trabajadores impedía el fortalecimiento del capital nacional a no ser que hubiera una distribución de renta muy profunda. Esto lo llevaba a oponerse al modelo propuesto.

Por otro lado, la exclusión o limitación del control del capital extranjero para fortalecer un desarrollo nacional movilizaba a otro fuerte enemigo contra el programa nacionalista. Enemigo que no era solo internacional, pues el capital internacional ya se había constituido en un poderoso sector del capital industrial interno.

Los trabajadores y los pequeñoburgueses progresistas terminaron transformándose en la única base social de esta alternativa nacionalista y tendían de modo natural a radicalizar sus objetivos. Ellos se inclinaban a apoyar una fuerte intervención estatal, una reforma agraria muy profunda y una democracia social y política de masas. Bajo la inspiración de la Revolución Cubana, este radicalismo se volvía socializante. Ello explica el retroceso de Goulart ante un proceso histórico que se sobreponía de manera progresiva a sus orígenes de clase, y su aceptación pacífica del golpe militar de 1964, que afirmó en el poder la hegemonía absoluta de la corriente mayoritaria de la gran burguesía, aliada al capital internacional.

Esta hegemonía se puede consolidar al arrastrar el apoyo de amplios sectores de la pequeña burguesía, asustados ante la radicalidad social en curso.

El "milagro económico" fue, por tanto, el resultado de este proceso histórico. Como consecuencia, hay que analizarlo en el contexto del golpe militar de 1964, a manera de expresión de la victoria del gran capital internacional como factor hegemónico del desarrollo económico brasileño.

3. LA PROPUESTA PROGRAMÁTICA DEL "MILAGRO ECONÓMICO"

El golpe militar de 1964 no fue un simple golpe militar. Sus ideólogos lo calificaron de modo muy acertado como una "contrarrevolución preventiva". Los militares, o por lo menos un ala de los mismos, llegaron al poder con un programa de gobierno definido que representaba la respuesta del gran capital nacional e internacional a la enorme "aventura económica y política populista" encabezada por Goulart.

Este programa también partía del reconocimiento de la crisis económica de mercado y de inversión, pero procuraba resolverla de manera totalmente opuesta.

Vistas las dificultades políticas para ampliar el mercado interno por la vía de las reformas, se proponía aumentarlo a través de la concentración de la renta en las manos de un sector minoritario de alto poder adquisitivo, reunido en las grandes ciudades y capaz de adquirir los productos de tecnología compleja generados básicamente por las corporaciones multinacionales. Se confiaba así en su dinamismo y se estimulaban las altas ganancias que propiciaban nuevas inversiones y crecimiento acelerado. Por otro lado, una disminución importante de los salarios más bajos, sobre todo de las masas no calificadas que formaban un sector importante de la mano de obra, permitiría aumentar la tasa media de ganancias, concentrar las inversiones y centralizar los capitales, lo cual dinamizaba la economía.

Por otra parte, se confiaba en la ampliación de los mercados externos, a través de una política de compromiso claro con Estados Unidos y de aceptación abierta del papel fundamental del capital extranjero. Esto permitiría atraerlo de forma masiva, con su tecnología y "*know how*", a los cuales no se establecía ningún obstáculo "nacionalista sectario". En compensación, las empresas multinacionales abrirían a la exportación brasileña a mercados para los productos industrializados que controlaran y participaran del proceso de ampliación de los mercados externos del país.

Mientras tanto, para alcanzar dichos objetivos era necesario pasar por una etapa de "altos costos sociales". Se requería adoptar de manera esencial el programa de "estabilización económica" exigido por el Fondo Monetario Internacional y terminar con la inflación heredada del periodo anterior, en particular la corrida de los salarios para alcanzar los precios; la crisis de la balanza de pagos, el llamado "desequilibrio cambiario"; ajustar el aparato productivo del país al eliminar las empresas pequeñas y medianas de baja productividad; limpiar el aparato estatal de su ineficacia heredada de la política "clientelística" estimulada por el populismo, expresada en el "déficit" público. A cambio de la preservación de la gran propiedad agraria, los latifundistas tendrían que cambiar su comportamiento económico, modernizarse y aumentar la productividad de sus tierras. Para ello se dictó un estatuto de la tierra en el primer momento contrarrevolucionario.

El núcleo de esta política era evidente: se necesitaba de un Estado fuerte, autoritario, moderno y eficaz, libre de las presiones internas de los sectores de la burguesía afectados por estas políticas “modernizadoras” y por las presiones de los sectores populares que con seguridad no “comprendían” la necesidad de estos “costos sociales”. Después de algunos años de política de restricciones al consumo y contención inflacionaria, volverían los tiempos de crecimiento económico y se buscaría entonces una base política más amplia para el régimen.

Estos cálculos fríos (económicos, sociales y políticos) tenían un fundamento en apariencia sólido. Al contrario de la oposición burguesa y nacionalista democrática, que procuró demostrar la inviabilidad a mediano plazo de esos cálculos, el autor (quien mantuvo una oposición de principio al desarrollo capitalista de Brasil) procura demostrar que aquella era la única salida capitalista de la crisis brasileña que abriría una perspectiva de proyecciones internacionales al gran capital por corresponder a una nueva etapa de acumulación de capitales a escala internacional, que no había otra alternativa capitalista de desarrollo sino la subordinada, dependiente, excluyente y políticamente impopular y autoritaria que los militares brasileños proponían. A esa alternativa no se podía oponer un desarrollo autónomo y nacional del capitalismo (cuya viabilidad ya se encontraba agotada) y sin un desarrollo socialista para el cual era necesario atraer las fuerzas populares que antes se habían unido de manera equivocada bajo el control del populismo.²⁸

Estaba claro que las contradicciones de la nueva etapa de acumulación se manifestarían al final de su primer periodo de crecimiento sostenido, bajo la forma de una nueva y violenta crisis de mercado interno y de la balanza de pagos junto con una nueva ola inflacionaria. Solo entonces quedaría patente que las soluciones adoptadas solo esquivaban de inmediato los problemas fundamentales de un desarrollo capitalista que no conseguía integrar las grandes masas nacionales al mercado interno y dejaba el capital internacional extraer todas las ventajas de su debilidad intrínseca. Si los trabajadores brasileños aspiraban a mejorar sus condiciones de vida, la dignidad y la libertad política, no sería bajo el capitalismo nacional y autónomo como lo conseguirían, ni mucho menos como consecuencia de un desarrollo económico dependiente, cuya promesa fundamental a los trabajadores ya no se cumpliría: “No se preocupen en aumentar sus salarios y su participación en un producto nacional pequeño que no vale la pena dividir. Es necesario primero aumentar el bolo para después repartirlo”. Este argumento, tantas veces usado en la historia, fue la única arma ideológica de los tecnócratas civiles y militares y de los políticos burgueses que llevaron la batuta de la pobre vida pública brasileña en los años de la dictadura.

²⁸ Esas tesis fueron sintetizadas en un libro cuya primera edición restringida fue hecha en 1966 –mucho antes del “milagro económico” y que publiqué en 1969, y posteriormente, en una edición revisada y ampliada, en 1971, bajo el título de Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano. Ed. PLA (Chile), 1971; Ed. Jaca Book (Italia), 1972 y Ed. Periferia (Argentina), 1973. Se publicó en México, en 1978, por

Por tanto, debe examinarse cuál fue el "milagro económico" que resultó de las propuestas programáticas que se señalaron y la crisis que traía oculta en su interior, como un veneno que consumía las entrañas de un animal cuya apariencia externa era, sin embargo, bastante saludable.

4. LOS AÑOS DEL "MILAGRO"

Como se vio, entre 1962 y 1967, el país se había consumido en una depresión. El producto nacional creció solo 1.5% en 1963 y continuó haciéndolo a bajas tasas: 1964, 2%; 1965, 2.7%; 1966, 5%; 1967, 4.8%. Entre 1962 y 1967 el crecimiento medio del producto fue de 3.7% sobre un crecimiento medio anual de la población de 2.4%, lo cual representaba un crecimiento anual del producto per cápita de 1.3%. Para comparación, recuérdese que entre 1956 y 1962 el crecimiento del PIB fue de 7.8% anual y del PIB real per cápita de 4%. En este periodo, la industria creció cada año 10.3% y la agricultura 5.7%. Entre 1962 y 1967, los mismos sectores aumentaron, respectivamente, 3.9 y 4% de forma anual.

Este precio se aceptó de modo explícito al adoptarse la política de estabilización del Fondo Monetario Internacional (FMI). El salario mínimo bajó su poder adquisitivo alrededor de 55%.²⁹ Según estudios del propio Ministerio de Planeación, el salario del trabajador industrial brasileño cayó entre 1963 y 1966 de 131 a 119 puntos, en un índice que tomaba a 1955 como base igual a 100. La productividad del trabajador industrial creció en el mismo periodo de 170 a 178.³⁰

La renta nacional se concentró fuertemente en las manos del 5% de ingreso superior. Con base en los censos demográficos de 1960 y 1970, se constató que 5% de la población que recibía las rentas más altas poseía, en 1960, 27.4% de la renta total del país y, en 1970, recibía 36.3% de la misma.³¹ Ello significaba que, de una renta per cápita que se incrementó de 300 a 400 dólares anuales, este 5% recibía 1 645 dólares en 1960 y 2 940 dólares en 1970. Cinco millones de brasileños vivían así con una renta per cápita de nivel europeo. Además de eso, el 15% siguiente de la población de alta renta mantuvo su participación en el ingreso total en 27% (renta per cápita de 540 y 720 dólares en 1960 y 1970). El 40% siguiente redujo su participación de 34.3% a 27.8% en el mismo periodo (renta per cápita: 257 y 278 dólares en 1960 y 1970) y, por último, el 40% de renta más baja de la población disminuyó su participación en la renta total de 11.2% a 9% (renta per cápita: 84 dólares en 1960 y 90 dólares en 1970). De esta manera, 80% de la población (según un censo demográfico que tiende a subrepresentar las altas rentas de los ricachones) no alcanzaba niveles mínimos de supervivencia y disminuía su ya baja participación en el producto nacional de 45.5% a 36.8%. Es necesario

³⁰ IPEA. Estudios Especiales. La industrialización brasileña: diagnósticos y perspectivas. Rio de Janeiro, 1969, p. 146.31 Werner Baer, op cit. P. 239

³¹ Werner Baer, op cit. P. 239

añadir que estas tendencias continuaron presentándose en el censo de 1980 y en los estudios posteriores sobre el presupuesto familiar.

La tragedia social en que vivía y vive el país era evidente, pero los resultados financieros también eran claros. La inflación que subió a 82% en 1963 y a 93.3% en 1964, disminuyó a una tasa anual de 22.5% en 1967³² y el déficit fiscal, que representaba aproximadamente 4.8% del producto nacional bruto en 1963, cayó a 0.3% en 1971, en plena etapa de crecimiento. El déficit de la balanza de pagos disminuyó como consecuencia de la reducción de las importaciones, debido a la depresión del consumo y de las inversiones. El estado se transformó en un importante consumidor e inversionista, para compensar, en parte, el decremento de consumo y de las inversiones de los capitalistas, tanto nacionales como extranjeros.

Al contrario de lo que se podría suponer, el capital extranjero no entró en el país entre 1964 y 1967. Las inversiones privadas directas, que habían disminuido de 90 a 30 millones de dólares anuales en la época de Goulart (1962 y 1963), continuaron bajas en 1964 (28 millones), subieron solo un poco en 1965 (70 millones), en 1966 (74 millones), en 1967 (76 millones) y en 1968 (61 millones).

La explicación es simple: si existe depresión, no hay inversión. El poco capital que entró y las inversiones que se llevaron a cabo en el periodo se dedicaron a comprar a las empresas nacionales en quiebra, debido a la política de contención de crédito, uno de los pilares de la estabilización monetaria impuesta por el FMI.

Se llega así a 1968, cuando se inicia el auge económico tantas veces llamado "milagro brasileño". ¿Por qué se ha demorado tanto para llegar a este punto crucial? La razón es obvia: se trató de analizar el fenómeno y reducirlo a sus verdaderas proporciones. Muchos intentaron asociar el crecimiento económico brasileño a la dictadura militar, al establecer una relación directa entre seguridad y desarrollo. Por lo se vio, esto es falso. En primer lugar, auges de desarrollo económico muy importantes se consiguieron en situaciones ampliamente democráticas, como en el periodo de Kubitschek y otros que no se analizaron aquí. En segundo lugar, la dictadura militar es responsable de la depresión económica más seria de la historia económica de la posguerra en Brasil (1964 a 1967).

Ahora hay que preguntarse qué constituye el auge de 1968 a 1974. En primer lugar, la tasa de crecimiento media anual del PNB aumentó de manera sostenida entre 1968 y 1974 en cerca de 10% anual. La industria, principalmente, creció alrededor de 11% al año. Al mismo tiempo, la tasa de inflación se mantuvo estable y disminuyó en 1972 a 17.5%. Y en 1973, esta tendencia ya se revertía. El gobierno manipuló los índices estadísticos. "El aumento global del costo de vida de Rio de Janeiro, en 1973, habría sido de 26.6%, y no de 13.7% registrados oficialmente" en aquel año.³³

³² Mario Henrique Simonsen y Roberto de Oliveira Campos. La nueva economía brasileña, Rio de Janeiro, 1974, p.80.

³³ Ver capítulo sobre índice de precios en Estadísticas históricas de Brasil. IBGE, vol. 3, p. 131.

Ello parecía un milagro: Brasil, después de presentar altas tasas inflacionarias durante años, podía mostrar un altísimo índice de crecimiento con una tasa de inflación baja, aunque fuese con datos manipulados, corregidos hasta 1974.

Pero existían otros indicadores de la nueva fase que causaban espanto y euforia. Creían principalmente las industrias de "alta tecnología", que anunciaban, según se creyera, una próxima liberación de la dependencia tecnológica.

Se buscaba ocultar el hecho del bajo crecimiento (+1 entre 1969 y 1972) de la industria del vestido, el calzado, etc., de la caída del 4% en la producción textil en el mismo periodo, del crecimiento de la construcción de solo 26% sobre un crecimiento total de lo manufacturado de 56%, y de la baja producción de maquinarias que crecía también por debajo de la media total (42%), etc. El pueblo brasileño (un 20%) pasaba a consumir equipo de transporte (144% de aumento en el periodo considerado: 1964 a 1972), equipamiento de electricidad (113% de incremento), minerales no metálicos (62%), productos de metal (66%), de caucho (89%) y químicos (69%), así como papel y cartón (58%). Es comprensible que se estuviese gestando dicha estructura industrial. Esta atendía a la demanda creada por las inversiones en curso que se destinaban a atender el consumo especial del 20% de la población que aumentaría de manera importante sus ingresos. El auge industrial del periodo se debió en particular a las inversiones para la ampliación de la industria automovilística (¡oh! El automóvil, ¡este dios del capitalismo y del consumo de masas!) con sus efectos secundarios hacia atrás (autopartes, acero, vidrio, etc.) y hacia el frente (autopistas, construcciones, centros de comercialización, etc.), y para la creación de la petroquímica pesada que obtuvo inversiones nuevas muy notables. También la infraestructura de energía eléctrica y el petróleo, la producción de acero, mineral de hierro, cimientos, calles y otros gastos clásicos de infraestructura "moderna" presentaban índices muy altos de crecimiento.

Pero el milagro quiso completarse con medidas en el plano social: se hacía propaganda sobre fuertes inversiones en los ámbitos habitacionales, que parecían abrir un camino de solución para la casa propia a favor de amplios grupos de la población. Posteriormente se pudo constatar la debilidad de este plano y el fracaso de una política habitacional autofinanciada en un país de tan bajo poder adquisitivo. El Movimiento Brasileño de Alfabetización (MOBRAL) pretendió ser un movimiento de educación cívica de estudiantes para alfabetizar adultos. Y algunos jóvenes estudiantes se convirtieron en educadores para zonas apartadas del país. Después de una grande y costosa campaña publicitaria en torno a los resultados, en 1974 a 1975, surgió un escándalo en la dirección del MOBRAL que anulaba sus golpes publicitarios y ponía en duda la calidad de su enseñanza. A tal punto que el Censo de 1980 tuvo que exigir una prueba de alfabetización escrita de los alfabetizados por el MOBRAL.

En estos años se produjo también un gran flujo de estudiantes en las escuelas primarias, secundarias y las universidades. Se crearon nuevas universidades y centros de enseñanza superior, sobre todo privados, y el país parecía ingresar en un "boom" educacional, que se completaba con la creación en masa de cursos de posgrado y la pretensión anunciada de generar una "ciencia nacional". Lo que ocurrió en verdad fue una violenta crisis debido al bajo nivel general de la enseñanza, dominado por "escuelas" privadas de muy reducida calidad. La situación fue tan grave que el propio gobierno se negó a reconocer los títulos entregados por estas universidades particulares y, al mismo tiempo, constató la ausencia de oportunidades profesionales para los egresados del "boom" educativo, con lo que aumentó el número de frustrados con títulos universitarios.

El fracaso de la política social se extendió al campo de la salud, donde la "privatización" fue una nueva negociación. El Estado, en vez de asumir las responsabilidades de salud, pasaba sus recursos al sector privado, que montó verdaderas "rentas" para captar los recursos. Todo esto se expresaba en el presupuesto público, en el cual, los gastos de bienestar social se reducirían al 2 por ciento.³⁴

El otro campo del milagro que tuvo especial divulgación fue el comercio exterior. Las exportaciones brasileñas crecieron de un modo impresionante en el periodo señalado. En 1964, Brasil exportaba 8 670 mil millones de dólares. ¡Un aumento de aproximadamente seis veces en 11 años! Además, cambió el contenido de esas exportaciones. El café, que representaba en 1965 a 1969, 53% de las exportaciones del país, disminuía a 23% en 1971. Los otros productos primarios se incrementaban de 50% a 57.1% en el mismo periodo. El hierro aumentaba su participación de 6.1% a 8.2%. La carne subía de 1.9% a 5.2%. Por último, los productos manufacturados subían de 7.3% a 14.6% sobre un volumen de exportaciones cuyo rápido crecimiento ya se señaló.

Pero los datos divulgados por los propagandistas del milagro se olvidaban de una cosa: si es verdad que crecieron las exportaciones, también lo es que las importaciones crecieron mucho más. Estas, que representaban 1 250 mil millones anuales en el periodo de 1960 a 1964, y eran inferiores a las exportaciones del mismo periodo (1 340 mil millones), ascendieron a 4 224 mil millones en 1972 y a 13 592 mil millones en 1975. Ello significa que un balance comercial con superávit antes del milagro se convirtió de forma violenta en deficitario en su punto final: el déficit de la balanza comercial de 1975 fue de 4 922 mil millones de dólares, cuando en 1964 esta presentó un superávit de 167 millones de dólares.

³⁴ El mejor balance del gasto público en este periodo se encuentra en Carlos A. Affonso y Herbert de Souza. El Estado y el desarrollo capitalista en Brasil. São Paulo, Paz y Tierra, 1977. Según su metodología (que parte de O Connor), los gastos públicos se concentraron entre 1970 y 1973, en: de 30% a 50% en gastos de gobierno y administración; infraestructura física, mantiene un 18%; bienestar social cae de 4% a 2%; capital humano (educación) se reduce a 6%; defensa y seguridad continúa en 23%.

¿Se estará exagerando al “milagro” económico en la crítica del autor?

Resulta que el famoso milagro brasileño se redujo a siete años de crecimiento económico sostenido, después de seis años de depresión... Resulta que el famoso aumento de las exportaciones generó un incremento mucho mayor de las importaciones y una degradación general de la balanza comercial. Resulta que el “enorme” crecimiento industrial se redujo a algunos sectores y representó un deterioro de las industrias que atendían al consumo mayoritario. Resulta que los planes educacionales y habitacionales fueron un fracaso reconocido por los gobiernos de la dictadura... Por último, lo que queda del milagro económico brasileño, ¿cómo pudo haber generado tanta publicidad y provocado tantas esperanzas?

La respuesta es simple, a pesar de que aún no se inicia el estudio de la crisis del “milagro” (los puntos que destacamos hasta ahora son relativos a los aspectos considerados positivos del milagro). Gran parte de las discusiones sobre este último se dieron en el momento de su auge, cuando aún no se tenía una visión correcta de sus resultados. Asustados con los datos sobre el crecimiento del producto, de las exportaciones, reservas financieras, matrículas escolares, decremento de la inflación y con aparente eliminación de muchos obstáculos que parecían infranqueables, como el déficit del tesoro, muchos científicos sociales de oposición al régimen se pondrían a la defensiva, procurando mostrar que ese crecimiento era un hecho, pero escondía la miseria real del pueblo brasileño. Eso era verdad, y los datos sobre la alimentación, condiciones de vida y salubridad demostraron que el milagro económico se asociaba directamente al aumento de la tasa de explotación del trabajador brasileño y de su jornada de trabajo, a la disminución de su alimentación y de otros consumos esenciales y, sobre todo, al incremento de la mortalidad infantil (p. ej., la mortalidad infantil en el ABC [ciudades vecinas de São Paulo, considerado el mayor centro industrial del hemisferio sur, corazón del “milagro” económico brasileño] aumentó de 69 niños muertos por cada 100 nacidos vivos en 1960 a 101 niños fallecidos en 1972).³⁵ Por tanto, era correcto que se demostrara que la consecuencia de ese crecimiento económico irracional, basado en la más bárbara explotación del trabajo humano, era un falso desarrollo.³⁶

Mientras tanto, pocos eran los que se atrevían a demostrar las contradicciones internas que harían explotar sobre un muro de problemas a ese modelo de desarrollo. Ya en 1976, este último se encontraba en plena crisis: disminuyó de modo notable la tasa de crecimiento del PNB a 4%, el déficit de la balanza de pagos y el endeudamiento llegaron a cifras próximas a la quiebra financiera, las famosas reservas financieras

³⁵ Estos datos fueron publicados en el órgano conservador El Estado de São Paulo, 25 de Enero de 1976. El trabajo citado de Raymundo Arroyo hace un balance detallado de la super explotación en Brasil de 1964 a 1975.

³⁶ El libro de Celso Furtado, El mito del desarrollo (São Paulo, Paz y Tierra) está en esta línea de argumentación.

internacionales se redujeron a la mitad y las inversiones directas programadas comenzaron a retirarse. El gobierno se vio obligado a tomar medidas de restricción a la importación y a alertar al país sobre la gravedad de la crisis. La inflación aumentó y saltó a 29.5% en 1975 y a 40% en 1976, mientras disminuía la tasa de crecimiento de la producción. El milagro se invertía: se convierte en pesadilla económica. ¿Qué fue lo que sucedió? ¿Cómo se explica que un modelo económico tan prestigiado y propagado se encuentre rápidamente en una situación tan desventajosa? Cómo se puede explicar que más allá de los enormes sacrificios impuestos al pueblo brasileño en nombre del crecimiento del PNB, del saneamiento de las finanzas, de la contención de los mecanismos inflacionarios, de la consolidación de un sector exportador, de mejoría educacional, de un futuro de gran potencia, se tuviera que decir a este pueblo luego de que el sacrificio fuera inútil, que es necesario aceptar la caída en la tasa de crecimiento y que se aproxima la depresión, el desequilibrio financiero y la inflación, un sector externo deficitario y en quiebra, una situación educacional deteriorada, un futuro dudoso (mientras tanto, ¿en qué se debe confiar? ¿Será posible superar este mal *momento*?).

Pero ¿qué decir de la entrega del país al capital internacional? Si se examinan los datos disponibles, se verá que la empresa multinacional fue la gran beneficiada por este "milagro" económico, así como se benefició en el auge económico del periodo de Kubitschek, de 1955 a 1960, y también compró las empresas nacionales en quiebra en la depresión de 1962 a 1967.

Como resultado, ya en la década de 1970, los sectores más dinámicos de la economía brasileña estaban controlados por el capital internacional o por las empresas estatales que apoyaban ese crecimiento. Las empresas nacionales se veían restringidas a los campos económicos obsoletos desde el punto de vista técnico y sin perspectivas. Los grupos económicos nacionales buscaban reagruparse, concentrarse y centralizar sus capitales para poder sobrevivir a este avasallador proceso de desnacionalización de la propiedad industrial, comercial, financiera y agrícola. Se formó, como consecuencia, una estructura altamente concentrada y monopolizada, estimulada por medidas de favorecimiento a un mercado de capitales centralizado, que llevó a los pequeños ahorradores a una aventura especulativa entre 1968 y 1971, que terminó en un "crash" financiero que solo favoreció a los grandes capitalistas y especuladores. Se asomaban a esto las políticas de exenciones fiscales para los exportadores, para invertir en ciertas regiones, para desarrollar el turismo, etc. Estas inversiones generosas formaron un anárquico keynesianismo *tupiniquim* que favorecía un mercado financiero apoyado sobre bases productivas mínimas. Todo ello estallaría en la década de 1980.³⁷

³⁷Ver nuestro estudio sobre Grupos económicos y déficit público. São Paulo, Ildes, 1990.

Desde aquella época era posible apreciar estos resultados. Por los datos de la revista *Visión* analizados por Werner Baer³⁸ sobre la distribución de los activos de las 10 mayores empresas en cada sector económico en 1972, la predominancia de las industrias multinacionales era ya clara en los sectores más dinámicos.

En 1972, las empresas multinacionales controlaban la mayor parte del capital de los siguientes sectores:

- Materiales de transporte: ocho multinacionales controlaban 89.7%.
- Productos de caucho: tres multinacionales controlaban 72%.
- Equipamiento eléctrico y material de comunicación: siete multinacionales controlaban 61.3%.
- Productos para la alimentación: seis multinacionales controlaban 58.9%.
- Textiles: cinco multinacionales controlaban 55.4%.
- Minerales no metálicos: cinco multinacionales controlaban 52.4%.

La empresa pública poseía una parte importante de los activos de los sectores básicos, como: minero (una empresa detentaba 59.3% de este sector), acero y metalurgia (cuatro firmas controlaban 70.3%), servicios públicos (nueve empresas detentaban 86.9%) refinación y distribución de petróleo (dos firmas controlaban 80%).

Los datos globales de esa misma muestra revelaban así que las empresas multinacionales dominaban 40.4% del patrimonio líquido de las principales compañías industriales y minerales del país y 55.3% de la facturación de las mismas. A las empresas públicas les correspondía 35.39% y 20.72%, respectivamente. Por último, las compañías nacionales quedaban con 24.21% y 24.0%, respectivamente.

Podía notarse aún que los datos sobre el control de las ventas, así como el monto de las ganancias obtenidas, eran más favorables al capital internacional.

En resumen: el gran beneficiario del "milagro", que se agotó rápidamente, fue 5% de la población que recibía rentas superiores y las empresas multinacionales. El aparato estatal también se fortaleció, pero se ubicó cada vez más al servicio del gran capital internacional. Si hubiese continuado el milagro económico, la situación no se revertiría sino que se profundizaría el contenido de este proceso.

³⁸ Op cit., p. 256. Basado en datos de la revista *Visión*, según una muestra de las principales empresas del país.

5. LA CRISIS DEL "MILAGRO ECONÓMICO"

Cabe señalar aquí algunas consideraciones sobre la crisis del "milagro económico" cuyos elementos centrales ya se analizaron. ¿Qué extensión y profundidad tuvo esta crisis? ¿Qué la explica? ¿Cómo afectó al régimen militar y como se redobló en el periodo posterior con el establecimiento de la Nueva República?

En 1974, se presentaron las primeras señales incontestables de la crisis. El consumo de los productos clave, como los aparatos electrónicos, comenzó a caer. Los índices de producción no disminuyeron tanto en el primer momento. En realidad, solo se acumulaban sus inventarios. El gobierno amplió los créditos para facilitar las ventas. Como consecuencia, la inflación se disparó. Y por más que se hubiera querido ocultar la desesperada situación que se anunciaba, comenzó la difícil convergencia de la inflación con el estancamiento.

En el plano exterior, se presentaba con gran violencia el déficit de la balanza comercial y de servicios, y los préstamos obtenidos no consiguieron cubrirlos. El gobierno tuvo que recurrir a las reservas financieras acumuladas.

En 1975 los acontecimientos fueron más violentos.

La tasa de crecimiento de la producción nacional cayó a 4%, la tasa de inflación aumentó a 20.5% y el costo de vida se incrementó a 31.2%.

No se dieron esperanzas de mejoría en el sector externo.

Las exportaciones fueron de 8 700 mil millones de dólares y las importaciones de 12 600 mil millones. El déficit comercial fue de 3 500 mil millones de dólares, lo cual reflejaba en gran medida el "choque del petróleo".

La balanza de servicios presentó un déficit de 3 200 mil millones de dólares, situación que reflejaba los intereses crecientes de la deuda externa y los enormes intereses y ganancias retirados del país a la primera señal de crisis.

Se produjo un déficit de cuenta corriente de 6 700 mil millones de dólares, semejante al de 1974. La entrada de préstamos internacionales, ayudas y capitales extranjeros se aproximó a 5 200 mil millones de dólares. En consecuencia se produjo un déficit de la balanza de pagos de 1 500 mil millones pagados por las reservas financieras del país.

Esas reservas se desplomaron a 3 800 mil millones de dólares, aproximadamente a la mitad de los 6 417 mil millones que llegaron dos años antes.

Por otro lado, la deuda externa se incrementaría a 22 mil millones de dólares. Los tecnócratas del gobierno brasileño consideraban la deuda externa bruta un dato sin importancia. De ahí se debía descontar la reserva existente, lo cual daba origen a la deuda líquida.

Pero los datos se volvieron contra esas sutiles acrobacias estadísticas. Con el aumento artificial de las reservas, la relación entre la deuda líquida y el monto total de las exportaciones caería a 1.62 en 1969 a 0.99 en 1973. Esta era una de las victorias del llamado milagro. Pero ¿qué sucedió cuando las reservas disminuyeron de forma tan drástica?

La relación aumentó en dos años a 1.93, esto es, una deuda líquida (deuda total menos las reservas) casi dos veces mayor que el total de las exportaciones. Resultado final del milagro: en vez de disminuir el coeficiente deuda-exportación, ¡lo aumentó!

No se quiere saturar a los lectores con los datos manipulados sutilmente por los financieros del milagro, que comprobaban la "excepcional" situación financiera de Brasil en 1973, cuando tenía una deuda "líquida" igual a sus reservas. Lo cómico es que la deuda "líquida" era producto de la sustracción de las reservas creadas de modo artificial por la deuda global. Se jugaba así con los datos de manera muy ingeniosa para conseguir más préstamos. La cuenta es simple. En 1973, Brasil casi dobló su deuda externa de dos años antes (de 6 424 mil millones que debía en 1972 pasó a deber 12 571 mil millones en 1973). Pero cállense voces, malos economistas, que pueden asustarse con esto: ¡la situación de Brasil había... mejorado! ¿Por qué? Era simple: en 1971 Brasil tenía solo 1 723 mil millones de dólares de reservas. Su deuda líquida era, por tanto, de 4 898 mil millones. En 1973 Brasil presentaba, por obra de magia financiera, 6 155 mil millones de dólares. Esto es, su deuda líquida era igual a sus reservas financieras.

Se intentaba, a través de ese truco de magia, convencernos y también a los banqueros internacionales interesados, de que ¡éramos el país más estable financieramente en todo el mundo subdesarrollado!

Pocas veces, desde la época de Schacht en Alemania nazi, se vio una prestidigitación financiera tan audaz: debo 12 mil millones, pero tengo 6 mil millones, por tanto, debo de facto 6 mil millones; entonces, si debo de hecho 6 mil millones y poseo 6 mil millones, tengo total solvencia.

Que cruel lección de economía nos dieron los hechos. Sin el alimento de nuevos préstamos en una proporción superior a la deuda, esta magia desaparece. Y los hechos golpean violentamente a la puerta. Al continuar aquellas tendencias de balanza de pagos, Brasil agotaría las famosas reservas en pocos años y acumularía una deuda bruta (y líquida...) de algunos miles de millones de dólares más. Una situación de quiebra, como de hecho ocurrió en 1981, cuando el país agotó su caja.

¿Qué hacer? ¿Conseguir préstamos más altos? ¿Podrían los amigos financieros de Brasil (el FMI, el Exibank, los banqueros particulares) entregarle anualmente más de 3 mil millones de dólares claramente imposibles de pagar? ¿Entrarían más de 2 mil millones de capital anuales en inversión en un país en quiebra? Los datos revelan ya una caída de las inversiones directas a favor de inversiones de corto plazo, el famoso "*hot monkey*", que sustituía la inversión productiva y entregaba al país a una escandalosa ola especulativa que iría llevándolo a los callejones sin salida de la década de 1980.

Pero podían aumentarse las exportaciones. Esta perspectiva se mostraba viable a finales de 1976, cuando se sintieron los efectos de la recuperación de la economía mundial, que se rehabilitaría en la década de 1980 bajo el efecto del desequilibrio de la "*reagonomics*". Pero el aumento de las exportaciones sólo tendría un efecto favorable si podía acompañarse de una reducción de las importaciones. Existe una estrecha relación entre la importación y la exportación de productos manufacturados. Las máquinas y las materias primas que importan las empresas multinacionales son las que permiten instalar en el país las inversiones que aumentaban las exportaciones. Los datos de la balanza comercial demostraban que el aumento de las exportaciones producía un incremento superior de las importaciones de materias primas y maquinaria. Luego, como se vería posteriormente, en la década de 1980, solo era posible alcanzar un aumento de las exportaciones y aún obtener, al mismo tiempo, una disminución de las importaciones, con sacrificio drástico de las inversiones básicas en el país.

Además de eso, el grueso de las exportaciones mineras y manufactureras realizadas por Brasil (como en los países dependientes en general) estaba en las manos de las corporaciones multinacionales. Según datos reunidos por Carlos von Dolinger, las empresas multinacionales participaban en 51.4% de las exportaciones brasileñas de minería y manufacturas. Las empresas gubernamentales lo hacían con 38.8% y las privadas nacionales con solo 9.8%.

Se puede apreciar el efecto que tiene el aumento de las exportaciones en la formación de ganancias de las empresas multinacionales, que de inmediato se remitían al exterior, lo cual aumentaba el déficit de la cuenta de capitales.

¿Podría el gobierno controlar esa salida de capitales? Ello significaría un conflicto con las multinacionales, que se consideraban la clave del "milagro económico" y continúan siendo concebidas como núcleo de cualquier política de desarrollo.

Por último, era necesario considerar que el aumento del volumen físico de las exportaciones representaba la necesidad de pagar cantidades mucho mayores de fletes y seguros. Estos se encontraban en manos de compañías internacionales y significaban otra salida importante de divisas. La cuenta de fletes y seguros presentaban índices negativos crecientes a medida que aumentaba el volumen del comercio exterior. ¿Qué posibilidad habría de que una marina mercante nacional pudiese realizar esos transportes para los puertos norteamericanos, europeos y japoneses, altamente monopolizados por grandes grupos internacionales del sector?

Entonces, ¿que podrían proponer los financieros y economistas del régimen militar?

No fueron pocos los sectores del "establishment" los que comenzaron a sentir la necesidad y revisar todo el modelo de desarrollo. Las medidas paliativas adoptadas en 1975 proponían una disminución de las importaciones de las empresas del gobierno, la limitación de las importaciones de productos secundarios y la restricción de la salida de dólares a título del turismo. Se trataba una vez más de tratar de empujar al futuro el enfrentamiento de los problemas reales con raíces en la relación del país con el mercado y el sistema financiero mundial y con las multinacionales, lo cual implicaba toda una estructura de desarrollo económico dependiente.

Las alternativas que se manejaban eran contradictorias: ¿reorientar la producción al mercado interno, donde millones de hambrientos no tenían poder de compra? ¿Cómo? Sería necesario hacer que estos millones ingresaran en la vida económica y política del país, y esto suponía y supone profundas reformas sociales. ¿Podría hacerlas un régimen que surgió y se definió políticamente como represor de esas mismas masas?

Proteger la industria nacional, fortalecer al Estado y enfrentar las multinacionales constituían otro camino, complementario al primero. ¿Con qué apoyo social? ¿Con qué sostén internacional? ¿Podría hacerlo un régimen que se asoció de manera abierta al 5% más rico, a las corporaciones multinacionales y a la política externa estadounidense?

Por tanto, el programa de reconstrucción económica de Brasil no podría venir del régimen militar. Pero también era efímero creer que los capitalistas nacionales, que capitulaban ante el capital internacional, los tecnócratas que se colocaban al servicio del entreguismo y de la superexplotación de su pueblo, los militares que aseguraban con sus armas la represión, la censura y la tortura en esos años de hambre del pueblo pudieran constituir una alternativa de política económica de signo opuesto al dominante.

Desde 1974 hasta el presente, se están viviendo redoblamientos de esta crisis. El régimen militar agotó su papel histórico con la crisis del "milagro económico". Era necesario encontrar nuevos caminos económicos, pero sobre todo políticos, para reubicar en los hechos al capitalismo brasileño. La crisis económica se transformaba en crisis política y ambas se redoblaban hasta nuestros días, a través de las dificultades de consolidación de la Nueva República, que surgió de la bolsa de este proceso.

VII La crisis de la dictadura

1. LA IMPORTANCIA DEL TEMA

La dictadura militar que se implantó en Brasil en 1964, como consecuencia del golpe militar contra João Goulart, inició un ciclo de golpes militares de contenido similar en toda América Latina. Este ciclo comenzó como un enfrentamiento entre nacionalistas y liberales de derecha en Brasil; en su proceso de radicalización pasó por un intento de corporativismo derechista y parafascista en Argentina en 1966, con Onganía, y culminó nueve años después de su inicio, en la concentración pinochetista del poder represivo de Estado, al derribar un gobierno socialista. La crisis que pasó a vivir el régimen brasileño a partir de 1973 a 1974 es, al mismo tiempo, la de la dictadura en general, que entraba en abierta contradicción con la mayoría del pueblo brasileño y con su versión inicial, no fascista de manera explícita, lo cual se rebeló como insostenible debido a sus debilidades para reprimir a la creciente oposición popular.

Después de ser la creadora del movimiento golpista latinoamericano de nuevo orden, la dictadura brasileña cayó en una posición defensiva y decadente y pasó a ser superada por los nuevos modelos fascistas más consecuentes, como el chileno. Al mismo tiempo, se desarrollaron en su sello aquellos sectores radicales de derecha que buscaban explicar su crisis por el hecho de no haberse completado el ciclo de terror y totalitarismo. Por tanto, la crisis de la dictadura brasileña fue un momento decisivo en el proceso de derechización que se inició en América Latina y en Asia (con Indonesia en 1965), en la década de 1960, y que sirvió de laboratorio para una radicalización derechista internacional que se aceleró en 1967. La dictadura llegó a su momento más bajo en Brasil a finales del decenio de 1970: fracasado su modelo económico, cuyos resultados negativos se volvieron patentes para las grandes masas; encerradas las razones invocadas para la represión política generalizada con el silencio del movimiento de masas y la derrota posterior a la lucha armada; agotados todos los argumentos que ponían la culpa en el pasado por los problemas no resueltos; abierta la lucha entre las facciones de la clase dominante, parte de ellas también víctimas de un movimiento económico concentrador y excluyente, no solo de las masas, sino también de amplios grupos de la burguesía; puestas claras las confrontaciones dentro de las fuerzas armadas, que se mostraron permeables a las divergencias políticas

nacionales; al acumular, por tanto, este conjunto de factores disgregadores, la dictadura entró en crisis en una coyuntura internacional marcada por la reorientación de la política externa estadounidense y la superación del auge golpista en América Latina.

Por todas estas circunstancias, el análisis de la crisis de la dictadura en Brasil, ayuda a establecer una visión de conjunto de la coyuntura latinoamericana de ese periodo e ilumina las formas de actuación de las fuerzas populares y los profundos debates ideológicos que se ampliaron a partir de entonces.

2. UN BALANCE NECESARIO DEL RÉGIMEN DICTATORIAL

El golpe militar realizado contra João Goulart el 31 de marzo de 1964 obtuvo su victoria al día siguiente. ¿Cómo fue posible derrotar de forma tan rápida a un gobierno que saldría victorioso pocos meses antes en un plebiscito nacional para recuperar los poderes presidenciales y realizar reformas de base, con aproximadamente 70% de los votos depositados en las urnas a su favor, en un momento de gran movilización nacional? El hecho parecía incluso más insólito si se considera que Goulart contaba con el apoyo de una parte importante de la oficialidad reunida en torno al movimiento de oficiales nacionalistas, de los sargentos, agrupados en la Asociación de Sargentos, de una mayoría parlamentaria reunida en el Frente Parlamentario Nacionalista, y contaba también con el apoyo del Comando General de los Trabajadores, de las asociaciones estudiantiles, etc. ¿Esos movimientos sociales serían un fantasma político, un conjunto de ilusiones sin contenido?

No. No era así. En realidad, entre 1961 y 1964, periodo en que Goulart gobernó sustituyendo a Jânio Quadros y cuya inesperada renuncia produjo una gran conmoción en el país, se desarrolló un fuerte y poderoso movimiento popular que impregnó todo el aparato institucional brasileño. ¿Pero por qué ese movimiento no podía parar el golpe de Estado? Las revelaciones posteriores sobre los acontecimientos de 1964 muestran que la relación de fuerzas militares no era favorable a los golpistas. Por esta razón, la marina estadounidense aguardaba el desarrollo de los acontecimientos en las costas de Brasil, pronta para intervenir, como se sabe hoy día por las revelaciones contenidas en la correspondencia del entonces embajador de Brasil, Lincoln Gordon, para el presidente Lyndon Johnson. Un movimiento social no es más o menos fuerte como resultado de su organización. Por el contrario, el mayor o menor desarrollo de este depende del avance de su conciencia política y de la corrección de sus posiciones tácticas, resultantes de su madurez.

El movimiento popular brasileño de 1961 a 1964 carecía de una visión política capaz de enfrentar el desafío golpista. Ese movimiento se formaba dentro de la perspectiva nacionalista democrática que Goulart expresaba

como heredero de Vargas.³⁹ Y entre 1961 y 1964, el programa nacionalista y democrático no estaba en condiciones de ofrecer una salida al capitalismo brasileño. Esta era la cuestión esencial que impedía la victoria del movimiento popular sobre los golpistas. En realidad, las masas ya percibían de forma empírica las limitaciones de este programa y por ello radicalizaron, de manera consciente o inconsciente, las demandas económicas y políticas que apuntaban hacia un capitalismo de Estado y hacia un Estado de bienestar que rebasaba los límites aceptables para la supervivencia del capitalismo en un país dependiente.

¿Goulart y las fuerzas políticas que lo apoyaban serían los dirigentes adecuados para captar y sintetizar este nuevo programa revolucionario, de carácter socializante, que nacía a partir de las bases y que no adquiriría la coherencia suficiente? ¿Podrían ellos unificar un movimiento popular capaz de resistir al desafío golpista? Era evidente que no.

Goulart no estaba dispuesto a acompañar la radicalización que surgía de la propia situación revolucionaria que no encontraba aún una forma de expresión consecuente. Esta debilidad interna del movimiento popular era su defecto básico. Cuando se levantó el movimiento golpista no existía una respuesta integrada y coherente. Goulart buscó hasta el último momento utilizar el poder de negociación que le daba su apoyo de masas y sus bases militares. Pero ese poder de negociación era inútil ante un enemigo que no quería negociar y que tenía como objetivo impedir ese proceso de radicalización política en marcha, incluso con la utilización de los métodos más violentos y radicales que la situación exigiera. Por ello, algunos dirigentes del golpe lo calificaron muy bien, como una “contrarrevolución preventiva”.

¿En qué consistía esta contrarrevolución? Son por demás conocidos los objetivos y los procedimientos de la dictadura brasileña.⁴⁰ Por ello, se resumen aquí en pocas líneas. En el plano político, se trataba de quebrar la amplia alianza entre las asociaciones de masa y el aparato político nacionalista y popular, a través de la expulsión de los parlamentaristas más radicales, de la intervención en los sindicatos y las asociaciones campesinas, de la ilegalización de la Unión Nacional de Estudiantes. En un sentido militar, se realizó una “limpieza” del aparato represivo, al expulsar y juzgar a millares de militares progresistas y al transformar a las Fuerzas Armadas en el partido que garantizaba la institucionalidad del régimen y le entregaba sus cuadros más importantes. En el campo ideológico, se actuó de modo radical al cerrar jornadas de izquierda, con la

³⁹ Una visión histórica del gobierno de Goulart dentro de una perspectiva política más sólida se encuentra en el libro de Muniz Bandeira (1978).

⁴⁰ El libro de René Dreifuss (1981) muestra no solo los detalles de la conspiración golpista, sino también sus objetivos programáticos que se amplían en el gobierno de Castelo Branco.

imposición de la censura sobre toda la prensa y el establecimiento de la ideología de seguridad nacional como principio orientador de la vida del ciudadano. Desde el punto de vista constitucional, se estableció el régimen de los Actos Institucionales que se sobreponían al funcionamiento constitucional y anulaban los mecanismos jurídicos de defensa ciudadana y personal, al institucionalizar el arbitrio presidencial (de origen militar) como sistema jurídico. El intento de establecer una constitución autoritaria en 1967 de inmediato se superó mediante la emisión del Acto Institucional n. 5 que restableció de forma más radical el principio del arbitrio presidencial.

Los años señalados anteriormente servían de apoyo y condición de viabilidad para una política económica que rompía el equilibrio de fuerzas establecido antes entre el capital nacional e internacional, entre la grande, la mediana y la pequeña empresa. Esta política radicalizaba, al mismo tiempo, las contradicciones entre el capital y el trabajo. Se desarrolló una política económica abiertamente favorable al gran capital internacional, considerado el único eficaz desde un enfoque técnico para desarrollar al país. Con objeto de atraerlo, se tenían que asegurar las condiciones de una concentración económica y una centralización de capitales capaces de apoyar los grandes saltos cualitativos en tecnología, métodos de gestión, inversión y especulación que significaban la apertura total del país al capital internacional.

La reducción de los salarios, la quiebra de las empresas medianas y pequeñas de tecnología obsoleta y no asociadas al gran capital, la restricción del crédito a este sector y su canalización a las grandes inversiones y a la intervención masiva del Estado, para asegurar esas condiciones extremadas de acumulación basada en la concentración y la centralización, formaron un conjunto articulado de medidas económicas que asimilaban y perfeccionaban las exigencias que desde la década de 1950 venía haciendo el Fondo Monetario Internacional (FMI) en América Latina y en otras regiones.

El reino del gran capital Internacional no resultó, mientras tanto, ningún paraíso liberal. Por el contrario, aumentaron las tensiones sociales, lo que obligaba al régimen a recurrir a una dosis creciente de medidas de fuerza para asegurar las condiciones de su funcionamiento.

Este hecho marcó los diferentes periodos presidenciales. El primer presidente, el mariscal Castelo Branco (1964-1966), era un liberal conservador que creía en el establecimiento de un régimen constitucional autoritario, que excluía a los comunistas e izquierdistas de la vida política nacional. De 1964 a 1966, intentó crear las condiciones políticas para restablecer la legalidad, pero tuvo que aceptar una gran derrota electoral ante las fuerzas progresistas en Rio de Janeiro, recién reprimidas por la dictadura. Dejó al final de su gobierno una constitución profundamente autoritaria que creaba dos partidos políticos, uno de gobierno y otro de oposición consentida. Parecía que el país podría retomar en parte los principios liberales aún recientemente pisoteados.

Su sucesor, el general Costa e Silva (1966-1969), representaba un intento por restablecer en el poder parte de las fuerzas civiles desplazadas por el golpe de Estado, así como sectores golpistas apartados por el grupo de Castelo Branco. Como consecuencia, prometía un restablecimiento democrático aunque dentro de los moldes autoritarios establecidos por Castelo. Su gobierno se caracterizó por violentas manifestaciones de masa y una confrontación creciente de estas con la dictadura y terminó con el decreto del Acto Institucional n. 5, que suspendía la vigencia de la constitución otorgada por los mismos militares, lo cual se consideró "un golpe dentro del golpe".

Después de un triunvirato que sustituyó a Costa e Silva, se impuso en el poder un nuevo dictador Garrastazu Médici (1969 a 1973) que se benefició del auge económico conocido como "milagro brasileño" y que prometió, a inicios de su gobierno, restablecer las condiciones de funcionamiento institucional democráticas. Mientras tanto, su gobierno se caracterizó por la más violenta represión sobre el movimiento popular y en particular sobre el movimiento de guerrilla urbana. Apoyado en el Acto Institucional n. 5, anuló las mínimas condiciones de vida política y de difusión de ideales, cerró universidades y despidió a profesores, expulsó a parlamentarios y anuló la acción del parlamento y de los partidos creados por el propio gobierno militar en 1966. Otra vez, la radicalización derechista represiva coronaba la obra del presidente militar en Turno, a pesar de sus promesas liberadoras. La gestión de Garrastazu Médici incluso dio origen a un intento de continuismo en torno a su figura, que intentó explotar los aparentes éxitos económicos del "milagro brasileño" para crear el mito del jefe que conseguiría materializar la consigna de "seguridad y desarrollo".

Bloqueadas esas aspiraciones continuistas, subió al poder el general Ernesto Geisel, hombre del esquema de Castelo Branco, a través de una amplia alianza de fuerzas militares y civiles y con un programa de apertura política, que prometía establecer las condiciones de funcionamiento liberal autoritario que imaginaría Castelo Branco. La misma contradicción de sus antecesores marcó su experiencia de gobierno pero, al contrario de ellos, consiguió avanzar en la implementación de su proyecto que iría a desembocar en la apertura política. Al iniciar su periodo presidencial, permitió un proceso electoral relativamente liberal, que tuvo como consecuencia la derrota enorme del partido oficialista, en 1974.

Sorprendido por la extensión de la repulsión popular a los autores del "milagro brasileño", que comenzaba a manifestar su crisis con la caída de las tasas de crecimiento del producto nacional de 10 a 4% y un aumento de inflación de 16 a 40%, Geisel inició un nuevo ciclo represivo que comenzó con la expulsión de los diputados de oposición más progresistas y la liquidación de la dirección clandestina del Partido Comunista Brasileño y que continuó, posteriormente, en las elecciones de 1976, con nuevas prisiones y destituciones de parlamentarios progresistas, lo cual llegó a la suspensión del parlamento, en abril de 1977, y a la promulgación autoritaria

de un conjunto de reformas políticas que buscaban impedir el acceso del partido de oposición al gobierno ante la mayoría electoral creciente, manifestadas en las elecciones de 1974 y 1976.

Iniciado como gobierno aperturista, el mandato de Geisel terminó en el contexto de un retroceso político.

¿Cómo se explica esta dialéctica de hierro que destruye las ilusiones propuestas al inicio de los sucesivos periodos presidenciales? Todos comenzaban por declaraciones liberales y terminaban con un reforzamiento de las medidas de fuerza y con el establecimiento de una institucionalización creciente de los procedimientos totalitarios, entendidos como excepcionales.

¿Se trataba de una táctica demagógica que buscaba aliviar las presiones democráticas para aplastarlas enseguida? No. No era una táctica consciente, sino una dinámica objetiva de la lucha de clases. La dictadura se creó para imponer un tipo de acumulación del capital que excluyera sectores mayoritarios de la población y acentuara la contradicción entre el capital y el trabajo, así como entre el gran capital monopolístico internacional y local y los sectores de pequeño y mediano capital.

Al mismo tiempo, este modelo de crecimiento genera grandes masas de subempleados y desempleados urbanos. Profundiza las condiciones de explotación sobre las masas campesinas de pequeños y medianos agricultores, socios, etc., mientras amplía la empresa capitalista en el campo y crea grandes masas de asalariados agrícolas temporales (*bóias frias*). De forma simultánea, esta "modernización" expulsa enormes masas a los centros urbanos. Las condiciones sociales generadas por dicho modelo de acumulación son, por ende, explosivas e incompatibles con una gestión democrática del Estado.

Por otro lado, la necesidad creciente de la intervención del Estado, para asegurar el funcionamiento de este modelo económico, obliga a restringir los mecanismos de funcionamiento democrático, con objeto de garantizar la hegemonía del gran capital internacional no solo sobre las acciones legislativas, sino también sobre la gestión cotidiana de la economía.

El estado brasileño, como en muchos países latinoamericanos, es una fuerza económica demasiado poderosa. Es el propietario de las principales empresas del país (que ocupan posiciones clave en el proceso de desarrollo económico); posee mecanismos de fuerte intervención en el comercio exterior (monopolio de las divisas, entre otros); determina el mercado financiero que existe a la sombra de la deuda pública; define gran parte de la inversión, a través de exenciones fiscales, crédito, etc. Su control es pues fundamental para los intereses económicos de las clases sociales y no solo para sus necesidades más generales de dominación y legitimación.

Un pequeño desplazamiento de la correlación de fuerzas dentro del Estado puede tener consecuencias económicas muy importantes para los grupos económicos y grandes empresas que utilizan el aparato estatal como condición esencial para sus negocios. Sea por las condiciones generales de la lucha de clases señaladas, sea por la necesidad más directa de control del aparato estatal, las posibilidades democráticas se encuentran restringidas de manera constante.

Mientras tanto, por una cuestión de supervivencia del régimen, mil veces señalada por sus políticos, es necesario garantizar un mínimo de legitimidad al Estado, bajo pena de no asegurar su supervivencia como institución. De ahí vienen los intentos constantes de procurar esta legitimidad por la vía liberal.

Además, no se debe menospreciar el hecho de que la doctrina política de la dictadura se vuelva cada vez más y claramente totalitaria. En un primer momento, la intervención por la fuerza se ubicaba como legítima para restaurar el imperio del orden, que se habría quebrado con el ascenso de masas de 1961 a 1964. Se advirtió enseguida que su legitimidad estaba dada por una doctrina de seguridad nacional, la cual establecía de manera *permanente* el principio de la suplantación de los derechos ciudadanos por las exigencias de la seguridad nacional, las cuales se superponen a todo cuerpo social. De inmediato se buscó demostrar la necesidad de la manutención constante de esta seguridad para asegurar el desarrollo. En la década de 1970, el concepto de seguridad nacional comenzó a perder su legitimidad, ante la evidencia del descontento popular con la dictadura, derrotada en las elecciones de 1974, 1976 y 1978. Para sustentarla sería necesario un paso ideológico aún más claramente totalitario y fascista, así como exigir un principio ordenador del Estado, que justificase el ejercicio del terror estatal de forma permanente. Pero no se puede olvidar que durante su auge, se habían puesto bajo el peso de este terror amplios sectores de la burguesía y la oficialidad.

La generación de militares conservadores liberales que dirigió las primeras etapas del régimen militar se oponía a dar el salto definitivo a un intento por legitimar el régimen de fuerza como un sistema permanente de poder totalitario, es decir, como una versión acabada y constitucional del fascismo en América Latina, bajo una nueva cara militarista y sin expresiones organizadas de masa. El acto Institucional n. 5, de 1968, anunciaba este régimen, pero su carácter excepcional mostraba que aún faltaban algunos pasos en el proceso de fascistización.⁴¹

⁴¹ Característico de esa lucha entre una mentalidad liberal y la presión nacida de la necesidad de recurrir al terror fue el pronunciamiento de entonces ministro de la Educación Jarbas Passarinho: “Es preciso romper con los escrúpulos de Su Excelencia”, habría dicho él para defender la edición del Acto n. 5.

Sonaba, pues, la hora del régimen militar. Al imponerse la tendencia de romper con su carácter excepcional y buscar su consolidación permanente, aumentaban las resistencias del capital internacional y nacional que jamás habían pensado en aceptarlo como fórmula definitiva. A medida que se recorría este camino, sobre todo en el gobierno de Médici, era necesario sustituir el régimen y, si era posible, desde adentro, con decisión y determinación. El general Geisel y su estrategia Golbery do Couto e Silva asumieron esa tarea y eligieron a su comando y ayudante de orden, el general João Figueiredo, para completarla, entregándole la presidencia en 1979.

3. CARACTERÍSTICAS DE LA CRISIS DEL RÉGIMEN DICTATORIAL

Después de 10 años de dictadura, el pueblo brasileño se encontraba cansado y desesperado. Su único deseo era eliminar ese peso de los hombros. Los mismos militares ya se sentían cansados de vigilar de forma policial y torturar a un pueblo que todos los días mostraba su odio a estos "defensores del orden".

Pero la situación era difícil. El pueblo temía exasperar a los militares y asistía perplejo al fracaso de los grupos armados con los cuales nunca tuvo relación. Por ello, la población en general y los líderes políticos, enseguida aceptaron con buenos ojos las reglas del juego que los militares impusieron para un programa gradual de apertura política. Ellos, a su vez, temían exasperar el sentimiento popular y provocar una situación revolucionaria que podría originar acciones violentas de venganzas y ajusticiamientos. Y les asustaba sobremanera esta hipótesis, como revelarían investigaciones realizadas con notables sectores de la oficialidad en 1976.

¿Lo anterior significa que la situación de 1964 había sido superada? ¿Que el pueblo brasileño abandonaría sus aspiraciones de reformas de base, cuyo contenido socializante se redobló en un confuso, pero enriquecedor proceso de masas, de 1961 a 1964? No. Las masas tienen instintos políticos poco conocidos. Están siempre buscando los caminos prácticos que las situaciones ofrecen. Cada problema tiene su momento. Es evidente que la lucha social en Brasil estaba en segundo plano en 1974. Pero ninguno debe dudar que esas aspiraciones son las que moverían al pueblo en su odio a la dictadura.

El pueblo brasileño no se movió para derrotar al régimen militar solo por ser una dictadura, sino por ser la dictadura de sus enemigos. Esta significó para ellos, bajos salarios, hambre, falta de escuelas y de perspectivas para millones de brasileños condenados a la más violenta explotación. Por ello se deben esperar grandes acontecimientos a medida que las masas van conquistando un espacio político que en parte obtuvieron de 1945 a 1964 y que perdieron a partir de entonces. Ya en aquella época se podía percibir que la lucha

democrática era el punto de partida de una contienda mucho más profunda que culminaría en una gran confrontación por el poder y las reformas sociales.

En 1976, hizo una declaración política espectacular uno de los más importantes representantes civiles del régimen militar brasileño, Luiz Vianna hijo, exjefe de la Casa Civil del Presidente Castelo Branco y hombre profundamente ligado al jefe de la Casa Civil de Geisel, general Golbery do Couto e Silva, y al propio presidente. En ella se desnudaba la situación política del país, y en especial el carácter artificial de su sistema partidario. Según él, el partido del gobierno representaba una minoría social y no tenía ninguna capacidad de influir en la acción del ejecutivo, y el partido de la oposición representaba una mayoría social que había “prohibido el acceso al poder”.

Este pronunciamiento de un hombre tan ligado a Geisel venía a coronar un conjunto de declaraciones que intentaban detener una ofensiva liberalizadora de la Iglesia, de sectores empresariales, intelectuales, políticos y militares, que se articulaban de forma abierta o táctica con los pronunciamientos del gobierno estadounidense a favor de los Derechos Humanos en Brasil y que conducirían a un deterioro de las relaciones entre el gobierno militar brasileño y su aliado norteamericano.

La situación difícil que vivió a partir de este momento el régimen militar brasileño no era, sin embargo, un fenómeno superficial, surgido de la nada. Tenía profundas raíces, que se pueden resumir en los siguientes puntos:

En primer lugar, era un reflejo de la crisis del modelo económico brasileño que, como se vio, ya se anunciaba a finales de 1973. La aventura del expansionismo económico, sobre la base de un clima artificial de oportunismo financiero, de la entrada en masa de capitales internacionales, de un aumento de las exportaciones subvencionadas por el Estado, de un estímulo desproporcional a las altas tasas de ganancias y a la concentración y la centralización del capital, ya comenzaba a mostrar sus límites en aquel año.

El aumento de la tasa inflacionaria, el déficit creciente de la balanza de pagos, el endeudamiento internacional, la crisis social provocada por los bajos salarios, la desnacionalización de la economía, la fuerte presión del Estado para intervenir más a favor de la manutención artificial de los negocios y de las altas tasas de ganancias, la enorme y brutal corrupción administrativa, todos estos fenómenos eran ya perceptibles para una élite política, empresarial y militar que reconocía los límites de un poder autoritario que no conseguía legitimarse socialmente y que debería enfrentar una crisis económica, política y social a mediano plazo.

En 1974, 1975 y 1976, esta crisis se hizo patente y se agravó aún más debido a las importaciones de petróleo a precios más altos y debido a la crisis capitalista internacional de 1974 a 1975, que dramatizó la inevitable crisis económica que se describió antes.⁴²

En segundo lugar, la crisis iniciada de facto en 1973 reflejó también un trance social muy agudo, que se originaba en gran parte a raíz de un modelo económico que favorecía los intereses del gran capital, en detrimento de todos los demás sectores de la sociedad.

La única posibilidad de atenuar los efectos de ese modelo era mantener un crecimiento económico acelerado que permitiera “aumentar el bolo” en una magnitud tal que siempre pudiera implicar un incremento absoluto del consumo de los sectores sociales mayoritarios, que se veían cada vez más desfavorecidos. A medida que se perdía la ilusión de preservar de manera indefinida el crecimiento acelerado, se manifestaban los efectos absolutos de la pauperización relativa de aquellos sectores sociales mayoritarios, marginados por el proceso económico de expansión y hegemonía del gran capital nacional y, sobre todo, internacional.

Después de las promesas de convertirse en potencia económica, Brasil se encontraba con su realidad: analfabetismo masivo, altas tasas de mortalidad infantil, hambre crónica, instituciones atrasadas, relaciones sociales arcaicas, frustraciones y odio social. Cualquier militar inteligente sabe que millares de soldados son impotentes ante un pueblo de millones, por muy bien armados que estén. La protesta social pasó a asumir proporciones gigantescas en Brasil. Los mínimos incidentes se transformaron en fenómenos de inconformidad social manifiesta, las masas hambrientas del noreste invadían ciudades para buscar alimentos, los campesinos enfrentaban a policías y a militares para garantizar sus tierras, los usuarios de las líneas de trenes urbanos las destruían ante las manifestaciones graves de descanso administrativo. Los obreros se negaban, desde 1974, a seguir cansándose con la práctica generalizada de horas extras de trabajo para asegurar un salario más sustancial, el pueblo comenzaba a protestar en todas las oportunidades, la insatisfacción era general y creciente.

En tercer lugar, estaba la crisis ideológica. Después de un intento desesperado y costoso por crear un clima de optimismo nacional (“Brasil Grande”; “Brasil ámelo o déjelo”) a través de una publicidad enorme en los medios de comunicación, políticamente mudos por la censura, se descubría la falta de profundidad de estas consignas, ante la dura realidad nacional. La dictadura se veía atacada por todos lados: por las frases

⁴² Nuestros estudios sobre la crisis internacional—en el contexto de los ciclos largos de Kondratiev—están publicados en varios trabajos, entre los cuales destacamos: Imperialismo y dependencia. México, 1978 y La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo. Buenos Aires, Ed. Contrapunto, 1987

simbólicas de los compositores de protesta, las publicaciones del tipo “*underground*” y clandestinas, el desarrollo de un cáustico humor de crítica social y política, a través del cine y del teatro de protesta y denuncia. Por todas las partes del cuerpo social, en todos sus pueblos, se escapaba el olor vivo y fuerte de la insatisfacción social, de la protesta y de la denuncia.

La convergencia de la crisis económica con esta falta de legitimidad llevó a los políticos, encargados por el propio gobierno de representar la farsa de una oposición consentida a tomar en serio su papel de oposición y a alimentar sueños de llegar al poder por la vía de representación de esta inmensa protesta social. Las organizaciones de izquierda, golpeadas por una represión violenta, comenzaban a encontrar otra vez un espacio de acción, aunque estricto. La dictadura se veía enfrentada por una división interna de sus cuadros militares, empresariales y políticos, amedrentados por las consecuencias de una represión constante sobre una masa cada vez menos controlable, desde los puntos de vista político e ideológico. Comenzaron las divisiones dentro del grupo más selecto del poder. Se iniciaron las maniobras por la descompresión política, por las reformas liberales controladas. El régimen deseaba asumir, muy sabiamente, él mismo la dirección del proceso de liberación siempre buscando contener, mientras tanto, este proceso dentro de los límites autoritarios. El gobierno de Geisel es una expresión de esta maniobra táctica anunciada cuando tomó posesión de la presidencia.

Pero, como se vio, entre el deseo de legitimidad del régimen y la dura realidad existía una barrera infranqueable. Las elecciones de 1974 comenzaron a quebrar este esquema aperturista.⁴³ La crisis posterior, iniciada por las elecciones de 1976, ilustraba con claridad los límites de esta apertura y la crisis en que se encontraba la dictadura.

4. LA PROFUNDIDAD DE LA CRISIS

El 15 de noviembre de 1976 se llevaron a cabo elecciones en casi todos los municipios brasileños. A pesar del fuerte contenido regionalista del cual se revestían, el partido del gobierno las presentó como un plebiscito sobre la “revolución brasileña”, esto es, sobre el régimen militar creado por el golpe de 1964. El partido de gobierno tenía mucha razón al proponer esta fórmula. Después de su flagrante derrota en 1974, las elecciones municipales le ofrecían un buen campo para restablecer su imagen ante el país. En los 3 968 municipios

⁴³Un exhaustivo balance de las elecciones de 1974 fue realizado por la Revista Brasileña de Estudios Políticos, Belo Horizonte, n.43, julio de 1976.

brasileños involucrados, el partido de oposición "consentido" tenía organizaciones y candidatos en aproximadamente 1 600 de ellos. Por otro lado, el ministro de justicia prohibió el uso de los medios de comunicación de masas para la campaña electoral. Los candidatos solo podían publicar su nombre o presentar su foto y el número electoral en la televisión. Al mismo tiempo, el presidente Geisel y sus ministros desarrollaron una enorme campaña electoral por todo el país, apoyando al partido de gobierno, y los gobernadores de los Estados pudieron utilizar con amplitud los medios de comunicación para apoyar al partido oficial.

Además, el gobierno dio un aumento salarial superior al recomendado por el Fondo Monetario Internacional y, para asegurar el apoyo electoral, guardó en la carpeta varias medidas económicas impopulares.

Incluso no faltaron amenazas de que una victoria aplastante del MDB (partido de oposición "consentida") significaría el fin de los procesos electorales en el país. Amenaza de especial importancia por el hecho de que en 1978 se renovarían las asambleas legislativas y los gobiernos estatales. El MDB se vio así en la difícil situación de que una victoria electoral en el ámbito municipal significaría una amenaza de mayor envergadura a las elecciones estatales. Dentro de este clima electoral, todo indicaba que la Alianza Renovadora Nacional (ARENA) (partido de gobierno) tendría la posibilidad de alcanzar el margen hacia una victoria bastante amplia sobre el MDB, que no podría superar su debilidad organizativa a escala municipal, la fuerza de los intereses locales dependientes del aparato de gobierno y la tendencia natural de gran parte de los electores más radicalizados o descontentos con el régimen del voto en blanco o anulado de su voto.

Mientras tanto, el resultado de las elecciones de 1976 mostró que el desprestigio del gobierno militar era suficientemente amplio para permitir, al mismo tiempo, una alta votación para el MDB y un amplio margen de votos en blanco o anulados, a lo que se sumaba un gran número de municipios sin participación electoral del MDB (alrededor de 40%) y la ausencia de la oposición en los medios de comunicación.

Es necesario señalar la verdadera naturaleza del partido de oposición "consentida". El MDB, en general, fue dirigido por viejos políticos, aceptados por la dictadura, ya que se eliminó a los fundadores más opositores. Estos políticos formaban una amplia facción conocida como "adesistas", esto es, los que apoyaban de hecho al gobierno militar con la pretensión de realizar una oposición "constructiva".

Mientras tanto, a partir de 1970, este partido consiguió canalizar sectores jóvenes que renovaron su actitud política pasiva y pusieron en primer plano un programa de democratización del país, con una crítica al modelo económico concentrador y proimperialista y asumiendo la defensa de la intervención estatal, la empresa nacional y la redistribución de los ingresos. A partir de entonces, el MDB consiguió canalizar, sobre todo en las

elecciones de 1974, una buena parte de los votos en blanco y nulos que manifestaban la protesta de la población consciente del país desde una perspectiva política. Al no saber utilizar la gran victoria electoral de 1974, al intimidarse ante las presiones del partido oficial y del propio gobierno que pasó a reprimir a sus militantes, destruir secciones enteras del partido, anular el mandato de varios diputados, vincular a sus dirigentes más avanzados con el clandestino Partido Comunista Brasileño (PCB), sobre el cual cayó una violenta ola represiva, al verse en una posición defensiva y bajar sus banderas democráticas, el MDB vio disminuir de forma inevitable su apoyo electoral en las elecciones siguientes de 1976.

A pesar de todos estos factores desfavorables, los resultados indicaron un profundo descontento popular. Fue así como la dictadura se vio otra vez ante un claro rechazo popular y no pudo aceptar la inminencia de una derrota electoral en las elecciones estatales de 1978. Como consecuencia, se inició una etapa de golpes "blancos" que buscaban reformar el cuadro partidario, por parte de un gobierno que se veía obligado a mantener una fachada electoral debido a las presiones internacionales que se ejercían sobre una nación que ya ostentaba la mayor deuda del mundo. La situación se hizo aún más grave porque la dictadura tuvo que iniciar una serie de medidas de contención del crecimiento económico, que suspendió antes de las elecciones para intentar ganar este "plebiscito". Después de 13 años en el poder, los militares se encontraban en un hueco sin salida: o reforzar aún más la dictadura o aceptar el rechazo popular electoral.

Después de intentar las más diversas maniobras políticas para obligar a la oposición consentida, el MDB, a realizar su propio suicidio político, el presidente Geisel asumió la responsabilidad de impedir el acceso de la oposición al poder estatal y nacional. El presidente del partido de gobierno, la ARENA, propuso al MDB un acuerdo nacional por el cual este partido aceptaría votar de manera favorable la creación de una asamblea electoral que terminaría con las elecciones directas para gobernador de Estado, y a cambio crearse un Consejo de Seguridad que pondría "en reposo" al Acto Institucional n. 5 y que podría, tarde o temprano, sustituirlo. Como el MDB estaba lleno de hombres de gobierno disfrazados de opositores, dichas propuestas se manipularon y defendieron dentro de este partido hasta que la maniobra de los congresistas democráticos y una fuerte presión de las bases del partido y la opinión pública rompieron en pedazos esos intentos de acuerdo que liquidaban la posibilidad de una estrategia opositora coherente en Brasil.

El punto de partida de la nueva crisis fue la reforma judicial que consagraba la dependencia del judicial al ejecutivo y la falta de garantías constitucionales a los presos políticos. Mediante el gran peso obtenido en el parlamento en las elecciones de 1974, cuando se pudo respirar un mínimo de ambiente electoral en el país, el MDB rechazó la reforma judicial propuesta por el ejecutivo, lo cual impidió su aprobación, que necesitaría de dos tercios del parlamento. La respuesta de Geisel era inevitable para una dictadura que sabía ser una

minoría electoral. Con los poderes entregados por el Acto Institucional n. 5, estableció el receso del Congreso y asumió los poderes legislativos para decretar no solo esta reforma judicial, sino también las reformas políticas que la oposición se negaría a apoyar.

¿Qué puede hacer una dictadura cuando permite la existencia de un partido de oposición y este demuestra, en dos elecciones, que tiene la mayoría del electorado? Tirar la máscara... Pero las condiciones políticas internacionales eran desfavorables a la existencia de una dictadura abierta. Como consecuencia es necesario mantener una cierta fachada. ¿Cómo resolver este rompecabezas? El general Ernesto Geisel, su jefe de la Casa Civil, Golbery do Couto e Silva y su ministro del Interior, Armando Falcão, se retiraron a sus haciendas para poder resolverlo. Y ¿cuáles fueron los resultados?

Como el partido de oposición salió del control de los hombres de gobierno, se tenía que impedir a toda costa que pudiese llegar al poder en los principales Estados de la federación en las elecciones de 1978. Por ende, se establecieron las elecciones indirectas para gobernador, en las cuales participaron no solo los diputados de la cámaras estatales, sino también los alcaldes y consejeros municipales, entre los cuales había mayoría a favor del gobierno, debido a la importancia de las pequeñas ciudades en este colegio electoral.

Pero a escala nacional se podía crear una mayoría parlamentaria en el senado contraria al gobierno, como indicaban los resultados electorales. Como consecuencia, el ejecutivo se reservaba el derecho de designar senadores en una cantidad suficientemente decisiva, un tercio para cada Estado de la Federación, para que el mismo colegio electoral señalado los eligiera de forma indirecta. Fue el origen de los llamados senadores "nombrados a dedo", quienes mantuvieron la mayoría partidaria en el Congreso Nacional hasta 1986.

Pero ello podía ser aún insuficiente y no asegurar la mayoría gubernamental. El efecto fue la anticipación de la elección presidencial, votada por un colegio electoral compuesto por diputados y senadores, gobernadores y diputados estatales para antes de las elecciones estatales de 1978, y la prolongación del periodo de gobierno del presidente que seguiría. Esto aseguró que lo eligiera la mayoría establecida en las elecciones de 1974.

Y para coronar este minigolpe, impidieron la propaganda electoral sin prohibir de modo evidente que el gobierno hiciera su propaganda en los medios de comunicación. Y por si fuera poco, reforzaron los dispositivos de censura y la Ley de Prensa, así como la Ley de Seguridad Nacional que entregaban al gobierno las más amplias prerrogativas para perseguir a sus opositores políticos en nombre de la seguridad del Estado. Y además de todo eso, el gobierno conservaba los dispositivos del Acto Institucional n. 5, los cuales le

permitían retirar del Parlamento y del servicio público a quien él deseara, además de suspender el funcionamiento del Congreso y el poder judicial cuando lo considerase necesario. Fue dicho Acto el que dio los poderes a Geisel para alterar de forma tan sustancial el marco político institucional.

De esta manera se llegó a una extraña "democracia", en la cual el único partido de oposición, creado por el gobierno, estaba denegado para ejercer el poder, cuando era más que reconocido su carácter mayoritario.

¿Cómo fue posible una farsa tan grande? ¿Cómo ocurrió que el pueblo brasileño aceptara dichas humillaciones? ¿Cuánto podría durar una situación de este tipo? ¿Por cuánto tiempo la opinión pública mundial permitiría que un gobierno tan suyo representara ante los demás gobiernos un país tan importante? Para responder a esas preguntas, se toma una cita del periódico más conservador del Brasil. Se trata de una editorial de *El Estado de S. Paulo*, órgano de la oligarquía del café, la cual participó de forma activa en el golpe de 1964 y se rebeló enseguida contra los militares que tomaron el poder que ella siempre creyó que debería devolverse a los civiles. Decía el editorial del 1º de abril de 1977, que comentaba el receso del parlamento y la imposición, después de 13 años de poder, de una situación de excepción para resolver una crisis política que, de hecho, era permanente:

No pensé que el señor Presidente de la República, ni tampoco el poder revolucionario que volvió a la escena, hubiera resuelto los problemas nacionales al imponer el Acto Institucional n. 5 sobre la Constitución. Como dijimos en 1968 (cuando se dictó el Acto Institucional n. 5), gobernar una nación de más de 100 millones de habitantes es algo muy distinto a comandar una división o un ejército.

Son fuerzas sociales impredecibles en su comportamiento, a menudo inconscientes, que chocan, coaligan o se separan dirigidas por leyes diferentes de las maniobras. ¿Y no podemos dejar de decir, como ya lo hicimos en vísperas de sufrir la violencia del arbitrio, lo que resultó de un estado de cosas que se asemeja al desmantelamiento total del régimen que el señor Presidente de la República jugaba a ser el más conveniente para aquel delicadísimo y frágil archipiélago de grupos sociales, cuya integridad es necesario mantener? La respuesta errada de 1968 condujo a 1977. El año 14 de la revolución se inicia dominado por las decisiones que vienen de un pasado mal comprendido y gobierna un futuro incierto.

Y esto es lo que dolía en la oligarquía, cuatro veces centenaria de São Paulo: los militares que llegaron y los nuevos pueblos burgueses aliados a los empresarios internacionales prepotentes estaban conduciendo "su" país hacia lo desconocido y a la incertidumbre.

Las elecciones de 1978 confirmaban estas preocupaciones. La oposición avanzaba aún más y los nuevos hechos sociales y políticos alertaban sobre la gravedad de la situación. A continuación se describe incluso cómo la situación se ubicaba, antes de estas elecciones.

5. LAS PERSPECTIVAS DE LA CRISIS Y EL INICIO DE LA APERTURA POLÍTICA.

Muchos lectores podrían preguntarse: ¿por qué habría que recurrir a subterfugios tan complicados una dictadura que se mantuvo 13 años en el poder sin encontrar una resistencia suficientemente fuerte para cuestionar su supervivencia? Esta es una apariencia de la realidad. En verdad, la dictadura militar brasileña siempre fue inestable y su supervivencia fue siempre difícil y costosa. Y las razones son evidentes.

En primer lugar, la dictadura militar nunca consiguió un apoyo mayoritario en el país (sobre todo en los principales centros urbanos). Todas las veces que utilizó las elecciones para consolidar su poder recibió una respuesta negativa de las urnas. Y esto es verdad aun en los favorables años de 1970 y 1972, cuando estaba en su auge el "milagro brasileño" y la oposición del MDB por completo desacreditada. Incluso en estos años, los votos nulos y blancos representaron un porcentaje tan alto como para expresar un notable rechazo popular a la dictadura.

Como consecuencia, la dictadura se veía obligada a usar nuevas fórmulas de fuerza para apagar los resultados de las pequeñas aperturas electorales que esta llevó a cabo. Después de las elecciones de 1966, tuvo que disolver los partidos políticos; luego de la apertura de 1967 a 1968, se vio obligada a utilizar el Acto Institucional n. 5 para recuperar su fuerza. Después de la apertura de 1974 a 1976, tuvo que recurrir a la suspensión de funciones del congreso y a las reformas políticas que impedían el ascenso eminente de la oposición al poder, si se hubieran mantenido las reglas del juego electoral. Estos momentos límite siempre les precedieron los intentos de liberalización controlada, que eran sucedidos por nuevas y violentas olas represivas. El régimen se veía así obligado a cerrarse de modo progresivo y se imponía a su ala ultraderecha, como resultado de su falta de legitimidad popular. La dialéctica apertura-represión creciente conducía al régimen a un hueco sin salida que sus líderes más lúcidos intentaban evitar, sin conseguirlo.

En segundo lugar, la falta de legitimidad no era consecuencia de ningún fenómeno pasajero y controlable por la dictadura. Esta se explicaba por el carácter de la clase del régimen militar que siempre llevo a cabo la política del gran capital, cuyo tinte impopular y opresivo no pudo tener otro resultado político más que apelar a la dictadura creciente. No existe comparación entre las altas tasas de explotación a que están sometidos

los trabajadores brasileños, así como la expropiación de la que es objeto la mayoría de la pequeña burguesía urbana y rural, y un régimen democrático. De forma inversa, el avance económico pone en cuestión el modelo económico que originó la dictadura.

En tercer lugar, como consecuencia de esa ilegitimidad y de las contradicciones económicas que la generaron, el régimen se dejó consumir por los desacuerdos internos entre las fuerzas que lo sostenían. Y, al mismo tiempo, siempre estaba amenazado por la posible rebelión de las amplias fuerzas sociales que oprimía. Era esta amenaza, y solo esta, la que unificaba las fuerzas que lo componían. En este marco de inseguridad, únicamente la fuerza y el voluntarismo de ciertas facciones militares y empresariales permitían restablecer la seguridad perdida. Pero el costo de tales actos de fuerza, sería el aislamiento progresivo del régimen de la sociedad, su conversión paulatina a un Vietnam del Sur de Diem, en a una Cuba de Batista, a una Rusia de Nicolás III.

Los hechos demostraron así los límites de la "apertura" controlada. A cada concesión política, Geisel tenía como respuesta una demostración de protesta e irritación popular (la victoria del partido de oposición en 1974, las exigencias salariales obreras de 1975 a 1976, la consolidación de la oposición en las elecciones de 1976) y, por tanto, tenía que dar nuevas demostraciones de fuerza por la única vía de que disponía, esto es, la represión (prisión y muerte de casi toda la dirección de lo clandestino, pero actuante desde un enfoque electoral, el Partido Comunista Brasileño, después de las elecciones de 1974; expulsión del Congreso de los diputados más combativos de la oposición; nuevas prisiones de militares de izquierda y asesinato de otros; cierre del Congreso y establecimiento de los senadores electos a dedazo, etc.).

La dialéctica entre la apertura y la represión continuaba siendo, por ende, la lógica necesaria de un sistema político con una mínima base social, inmerso en una crisis económica, social e ideológica que perjudicaba su eficacia y comenzaba a preocupar a las mismas fuerzas que le dieron origen. Nacido de la unión de la gran burguesía internacional y local, con el apoyo de importantes sectores de la clase media, asustada con el ascenso de los trabajadores y la siempre utilizada "amenaza comunista", apoyado por la Iglesia y montado en un fuerte dispositivo militar nacional e internacional (como ya se vio, las revelaciones de los papeles del embajador estadounidense en Brasil en 1968 pasaron en limpio la participación de Estados Unidos en el golpe, incluso con su marina de guerra en las costas brasileñas, preparada para un desembarque en apoyo a los rebeldes contra Goulart), el régimen militar pasaba a encontrar la oposición abierta de la Iglesia, de amplios sectores de los empresarios y del propio gobierno norteamericano. Incluso los banqueros norteamericanos mostraban su disposición de disminuir los créditos a un país cuya economía no garantizaba los medios para pagarle. Dichas actitudes reflejaban una preocupación creciente de los creadores con su propia criatura. ¿Pero ellos poseían los elementos para generar una alternativa?

Los ejemplos de Grecia, Portugal y España tuvieron un papel importante para la propuesta de una salida de la dictadura. En estos países, la crisis social y política demostró la debilidad del esquema dictatorial. El imperialismo y las fuerzas dominantes locales procuraron crear instrumentos de sustitución de la dictadura dentro del régimen económico capitalista y, a través de ellos, conseguir el control de las olas democráticas que sucedieron a la caída del viejo régimen. El susto con la experiencia portuguesa demostraba, sin embargo, que era necesario armar esas alternativas cuanto antes y no dejarse sorprender por los acontecimientos.

Pero la resistencia de los aparatos de poder es un fenómeno importante y los obstáculos a los cambios que establecen los grupos más identificados con el aparato represivo no podrían olvidarse. Esas vacilaciones sobre la liquidación del aparato represivo podían ser decisivas, sin embargo, para la supervivencia de las clases dominantes. En el interior de un proceso democrático, intentar la preservación de estas islas de represión puede ser uno de los hechos decisivos para la radicalización de dicho proceso, poniendo en riesgo la conservación del sistema económico social capitalista. Por ello, es natural que estos esquemas liberalizadores se limiten a tímidas manifestaciones de presión y solo asuman un carácter efectivo cuando los movimientos de masas los cuestionan. Únicamente en las circunstancias de una capacidad de iniciativa popular importante y controlable es cuando la oposición liberal se anima a participar en una presión más decisiva sobre las fuerzas más reaccionarias, cuya ceguera política impide abrir camino a la reforma en el interior del sistema económico social existente.

La ausencia de un movimiento de masas políticamente autónomo en Brasil era, por tanto, el factor que más favorecía a la conservación del régimen represivo e incitaba a la oposición liberal a la negociación con el régimen, aceptando una "apertura controlada", dirigida por el propio Geisel, mientras que, por otro lado, las fuerzas abiertamente fascistas se reagrupaban y presionaban contra las concesiones liberales. Esos hechos indicaban que la ofensiva liberal de Geisel y Golbery no tenía aliento suficiente para producir una apertura política profunda e inmediata.

El cuadro político generado por las medidas de fuerza del ejecutivo suspendiendo el Congreso y estableciendo reformas políticas casuísticas, esto es, procurando conservar la dictadura a través de remiendos poco convincentes, solo podría realmente ser cambiado con la introducción de un nuevo personaje en la escena política nacional: el movimiento de masas.

En primer lugar, el movimiento obrero del ABC paulista vino a ocupar este papel. Hijo de la industrialización, en especial del auge del milagro económico, este sector social sufría de forma directa con su agotamiento. A él tocaría el papel detonador de la nueva fase del cuadro político brasileño, que se analiza más adelante.

Sin embargo, es imposible comprender las nuevas oportunidades de movilización popular abiertas en 1977 sin entender el cambio sustancial que venía ocurriendo en la correlación de fuerzas internacionales y el la posición del régimen militar brasileño dentro de la evolución de la economía mundial, temas que se tratan en el próximo capítulo.

VIII De la descompresión controlada a la apertura política

1. LAS CONDICIONES INTERNACIONALES

Como ya se vio en el capítulo anterior, en 1974 la economía brasileña se encontraba en una situación bastante difícil. En el plano internacional, el pensamiento y la acción política del país que ejercía el poder hegemónico sobre el sistema económico mundial político e ideológico, Estados Unidos, buscaba una nueva política que pusiera en jaque a la dictadura militar brasileña. Ya en 1973, ante el fenómeno de la revisión de los precios del petróleo y del surgimiento de los países árabes como el principal factor político internacional, comenzaban a elaborarse profundas concepciones estratégicas de aquellas fuerzas ideológicas y políticas que asumieron la hegemonía dentro de dicho país.

El *Council of Foreign Relations*, que agrupaba la elite política y empresarial estadounidense, bajo el liderazgo del grupo económico en aquel momento más fuerte en el país, en torno a la familia Rockefeller, concebía los límites de una política de hegemonía norteamericana tal como se desarrollaría después de la Segunda Guerra Mundial. Se percibía que la recuperación de Europa y de Japón como poderes económicos internacionales disminuía la posibilidad de Estados Unidos de actuar de forma aislada como único poder mundial.

Al mismo tiempo, esta revisión estratégica tomaba en consideración:

1) El crecimiento del poder militar de la Unión Soviética y la emergencia de los países del Tercer Mundo como fuerzas sustantivas en el sistema económico, político e ideológico mundial; 2) el particular avance de China que consolidaba su rompimiento con la URSS y se convertía en un agente político internacional cada vez más decisivo; 3) la importancia creciente de los países árabes y el peso de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) como fuerza negociadora en la economía mundial; 4) el surgimiento de la UNCTAD como intento de organizar las demandas económicas del Tercer Mundo; 5) el crecimiento del movimiento de los No Alineados hacia el cual pasaban a confluír de manera política e ideológica los intereses del Tercer Mundo.

De modo evidente, combatir todos esos frentes al mismo tiempo era en extremo difícil para Estados Unidos. De ahí la idea de formar una organización *trilateral* que reuniese las élites económicas, políticas y empresariales de este país, así como de Japón y Europa para enfrentar, unidas, las dificultades de este nuevo contexto mundial. Era el camino cierto, el camino posible para la coyuntura.⁴⁴

La Comisión Trilateral pasó a ser un elemento aglutinador de las fuerzas ya destacadas. En la interpretación de la Trilateral, sin embargo, se llamaba la atención hacia el hecho de que los intereses económicos norteamericanos europeos y japoneses se mostraban confluyentes por la importancia del proceso de formación de una economía mundial cada vez más global. El elemento motor que venía procesando esta integración correspondía a las empresas multinacionales, ahora percibidas como trasnacionales que luego, en las décadas de 1980 y 1990, serían concebidas como empresas globales. Este cambio de lo multinacional a lo trasnacional y de este hacia lo global es el proceso que se realiza entre los decenios de 1960 y 1980, lo cual indica las transformaciones en extremo importantes que venían ocurriendo en el sistema productivo a escala mundial y, en seguida, en los sectores de servicios, financiero, político e ideológico.

Al analizar la importancia del proceso de trasnacionalización y formación de una economía mundial única en torno a los intereses de las multinacionales, Samuel Huntington, uno de los principales teóricos de la Trilateral, llamó la atención hacia los límites que enfrentaba este proceso de transformación, fundado en tecnología cada vez más avanzada. Expresando las tendencias históricas de la humanidad, este proceso de globalización encontraba limitaciones serias a través de ciertas instituciones del pasado entre las cuales se destacaba el Estado Nación, de tipo tradicional. Al reivindicar el control de los mercados nacionales, estas instituciones pasaban a ser uno de los bloqueos más importantes para esta evolución.

⁴⁴ La historia de la formación de estas instituciones de acción internacional se encuentra en René Dreiffus. La internacional capitalista –estrategias y tácticas del empresariado trasnacional- 1918-1986. Espacio y Tiempo, 1987. Dreiffus distingue tres líneas estratégicas en disputa en los EEUU en las décadas de los años 70 y 80: la Realpolitik de Kissinger, o equilibrio de poder pentagonal; el “trilateralismo”, que se impone durante el gobierno de Carter; y la “nueva derecha”, que enfatizaba la supremacía norteamericana y durante los dos gobiernos de Reagan y el gobierno de Bush. Véase también sobre la trilateral: Hugo Assman, Theotonio dos Santos y Noam Chomsky. La trilateral –nueva fase del capitalismo mundial. Voces, Petrópolis, 1986 (textos extraídos del libro de Carter y la lógica del imperialismo. Educa, Costa Rica, 1978). Sobre Carter, véase mi libro: La crisis imperialista y la política norteamericana. Cómo entender a Jimmy Carter. Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.

Dentro de los Estados Nación, expresando en gran parte sus intereses, se encontraba este fenómeno fundamental de la década de 1970: la emergencia del liderazgo y de la hegemonía militar en los países del Tercer Mundo. Este liderazgo y hegemonía militares habían sido estimulados por el propio gobierno estadounidense y por las fuerzas que vinieron después a conformar la Trilateral.⁴⁵ En el decenio de 1960, prevaleció la concepción defendida por J. Johnson de que el desarrollo económico necesitaba de un nuevo liderazgo en los países del Tercer Mundo que sustituyera el papel histórico que representó el empresariado europeo y estadounidense.⁴⁶

Este nuevo liderazgo, en países donde las oligarquías eran en extremo poderosas, se compondría precisamente de las élites surgidas muchas veces de las propias clases medias. Se pasó entonces a estudiar el papel de las élites modernizadoras, en particular intelectuales, estudiantes, líderes obreros, profesionistas y religiosos. Se constataba, sobre todo, que los militares representaban los sectores más modernos de estas élites, ya que el sistema militar tenía sus compromisos con una organización racional del ejército basada en sistemas de administración avanzados y, por tanto, con una modernización económica y política que daría a esta élite militar un papel superior y hasta incluso hegemónico en el proceso de desarrollo.

Esta concepción prevaleció en la década de 1960 y fue la base ideológica y estratégica para realizar los golpes de Estado del periodo, entre los cuales el golpe brasileño de 1964 ocupó un papel protagónico, seguido del golpe militar en Indonesia. Junto a esta concepción sobre el papel de las élites había también otra al respecto de la contrainsurrección a medida que estas élites tenían como principal objetivo actuar a manera de fuerzas modernizadoras, para detener el movimiento rebelde que nacía de las insatisfacciones de las masas urbanas con las contradicciones de un desarrollo económico que se revelaba cada vez más concentrador, excluyente y marginador. Confluían entonces, en una misma concepción, los objetivos de la contrainsurrección y el papel modernizador de las élites, resaltándose en particular el papel de la élite militar. En el caso brasileño y después en el caso de Indonesia y Argentina (y otros aunque sería hasta la década de 1970 cuando este ciclo macabro de golpes militares terminara con el golpe militar chileno de 1973 y la aparición de la figura del general Augusto Pinochet como expresión máxima de la política de contrainsurrección llevada a sus últimas consecuencias), esta concepción comenzó a entrar en crisis más tarde, a finales de la década de 1960.

⁴⁵ Samuel Huntington tuvo especial participación en la formulación de una estrategia de apertura política en Brasil, al ser invitado varias veces por el jefe de la Casa Civil de Médici (Lechón de Abreu) y por el jefe de la Casa Civil de Geisel, General Golbery do Couto e Silva para discutir los términos de esa apertura. Detalles sobre esta participación, omitiéndose la relación de Huntington con la comisión trilateral, están en Thomas Skidmore (1988), p.323 a 327.

⁴⁶ Johnson, J.J., *The Military and Society in Latin America*. Stanford University Press. Stanford, 1964; *The Role of Military in Underdeveloped Countries*. Princeton University Press, Princeton, 1962, Johnson formó toda una generación de estudiosos y de activistas en América Latina, con apoyo de la CIA (posteriormente revelado) a partir de Stanford, California. Su influencia fue fundamental tanto en la justificación teórica de los golpes militares del periodo, como en la concepción y ejecución de la estrategia de contra-insurrección.

Esta crisis comenzó en 1968 cuando el régimen militar peruano estableció una "revolución militar" cuya interpretación de la doctrina de seguridad nacional era por completo contraria a los intereses de las corporaciones multinacionales. Los generales peruanos asumieron como tarea garantizar la seguridad nacional. Pero el comando militar peruano concluyó que las verdaderas causas y los orígenes del atraso económico de su país estaban en el dominio de las corporaciones multinacionales sobre la riqueza peruana y de las oligarquías tradicionales sobre el latifundio y la propiedad de la tierra en la nación. Se asoció, entonces, a su política de contrainsurrección una de reformas estructurales en dirección a una sociedad comunitaria y autorregulada que ellos concebirían en una ingeniería ideológica y política bastante improvisada, como las metas de esta nueva sociedad. Es así como el fenómeno de la revolución peruana de 1968 puso en crisis la doctrina de las élites militares.⁴⁷

Esta crisis se agravó en Brasil en 1969. El gobierno estadounidense concebía un retorno a cierta constitucionalidad en Brasil similar a la Constitución de 1967, otorgada por el sistema militar y sobre todo por el grupo militar de la "Sorbonne" que giraba en torno al general Golbery do Couto e Silva (que había sido también el gran articulador del golpe de Estado de 1964). Este grupo, que gozaba de la absoluta confianza de los líderes políticos y empresariales estadounidenses que apoyaron y articularon el golpe de 1964 perdió, sin embargo, el control de la sucesión presidencial de 1967, ya que tuvo que entregar el poder al general Costa e Silva.

Esta candidatura representaba una compleja alianza entre los sectores duros de las fuerzas armadas y facciones que fueron perjudicadas por la acción política del presidente Castelo Branco, el primer dictador en turno del golpe de Estado de 1964. La Constitución de 1967 buscaba llevar al país a una situación de cierta regularidad bajo la inspiración de una doctrina liberal conservadora, que excluía a los partidos comunistas y a las fuerzas de izquierda tradicionales y establecía un cierto marco de vida democrática, aunque estricta.

Pero esta "democracia" excluía más de lo que incluía, razón por la cual se formó el Frente Amplio de las fuerzas perjudicadas por el gobierno de Castelo Branco, que pretendían restablecer elecciones presidenciales y una

⁴⁷Luigi Einaudi estudiaba para la Rand Corporation (consultoría del Pentágono) los militares peruanos, mientras que su amigo Alfred Stepan estudiaba los militares brasileños que parecían escapar también del control del Pentágono, como veremos. Véase Luigi Einaudi. *The Peruvian Military: a summary political analysis*. Santa Monica, California, The Rand Corporation, 1969; y Alfred Stepan, *The military in Politics, Changing Patterns in Brazil*. Princeton University Press, Princeton, 1971.

vida política más liberal en el país. Ese Frente Amplio reunió figuras totalmente contradictorias entre sí. Su articulador en gran parte fue el señor Carlos Lacerda que contaba siempre, como se sabe, con un apoyo muy grande de la política norteamericana. Carlos Lacerda consiguió reunir en este frente amplio a João Goulart, Ademar de Barros, Jânio Quadros y Juscelino Kubitschek, con quienes formó así una alianza política en extremo importante de la sociedad civil brasileña por el restablecimiento del juego político-democrático del cual se habían excluido todas esas personalidades políticas. El mismo grupo de la "Sorbonne", del cual formaba parte Golbery do Couto e Silva, no se oponía de forma tan drástica al frente amplio y, dentro del cuadro político estadounidense, había en general también una simpatía por el frente amplio. Esto llevó a una revitalización de los movimientos populares en el país y al intento de recuperación de la influencia política de esas fuerzas democráticas.

El choque más serio producido por ese nuevo marco político se dio en torno a la solicitud de los militares al Congreso Nacional para procesar al diputado Márcio Moreira Alves en función de los ataques realizados por él al gobierno durante las conmemoraciones de la Independencia Nacional. La movilización en torno a la defensa del mandato de Marcio Moreira Alves contó con la simpatía de fuerzas políticas muy amplias, incluso de la propia embajada estadounidense, y ello con seguridad dio a los diputados el aliento político para votar de forma masiva contra la exigencia de los militares. La respuesta de los militares considerados del ala dura fue sumamente violenta con el decreto, en noviembre de 1968, del Acto Institucional n.5, que ponía a la Constitución de 1967 bajo la égida del Presidente de la República, que pasaba a tener poderes absolutos. Esa nueva realidad afectó gravemente aquel movimiento de masas que venía desarrollándose en el país, y la propia capacidad del Frente Amplio de resistir a esta ofensiva de la derecha militar, y provocó en Estados Unidos una reacción de perplejidad ante el hecho de que un sector de militares brasileños consiguieron dar un golpe de Estado con éxito, de manera autónoma y hasta contra la diplomacia estadounidense.

Se creó una situación de gran inestabilidad, que se volvió aún más grave después del Acto Institucional n. 5. El presidente Costa e Silva enfermó luego, lo cual generó su impedimento para gobernar al país. Esta situación nunca se esclareció de manera debida y dio origen a la formación de una comisión militar que asumió el control político del país. Después de la muerte de Costa e Silva, esa comisión negó la posesión al vicepresidente, un civil originario políticamente de la UDN, señor Pedro Aleixo, y llamó a una consulta dentro de las fuerzas armadas para indicar el próximo Presidente de la República.

De forma extraña para esos militares y para gran desconfianza del gobierno estadounidense, ganó esta consulta dentro de las fuerzas armadas un militar de posición nacionalista, considerado incluso "properuano", el general Albuquerque Lima. Él fue, sin embargo, preferido por la comisión militar en nombre del hecho de

poseer solo tres estrellas, y se eligió enseguida al general Garrastazu Médici, con sus cuatro estrellas, para ocupar la Presidencia de la República. Se trataba de una composición política entre los generales duros que dirigían el "golpe en el golpe", que dio lugar al Acto Institucional n. 5 y el grupo del antiguo IPES que lideraba el gobierno de Castelo Branco. Esa composición política incluía, de alguna forma, un retorno progresivo a la participación en el poder de las fuerzas políticas que giraban en torno a Golbery do Couto e Silva y que volvería al gobierno después del mandato del general Garrastazu Médici.

2. NACIONALISMO MILITAR *VERSUS* GLOBALIZACIÓN

Por tanto, el gobierno Médici estaría marcado de manera profunda por el marco de una dictadura militar que ganó un cierto grado de autonomía y que comenzó a definir una línea política propia a través del milagro económico. Este fue el resultado, en gran parte, de las medidas tomadas en el periodo anterior, de 1966 a 1968, y que a través de la estabilización monetaria había conseguido abrir un camino hacia una nueva fase de crecimiento económico. Pero de modo evidente, el aprovechamiento de los resultados positivos en términos de crecimiento económico irían a traer un gran prestigio al gobierno de Médici.

A la par se dieron las condiciones para considerar a Brasil como una potencia económica en gestación, lo cual se tradujo en la idea de "Brasil Gran Potencia", que a su vez derivó en la idea de ganar también un grado relativo de autonomía, sobre todo en el Atlántico Sur. Autonomía ejercida incluso a través del apoyo a regímenes militares y a golpes militares en América del Sur; del intento de formar una alianza del Atlántico Sur con Argentina, Brasil, África del Sur y Portugal. Se trataba de un intento por transformar a Brasil en el heredero del imperio portugués en África.

Esa situación se dio durante la transición del gobierno de Johnson al de Nixon, que reexaminaría la circunstancia y enviaría a una comisión, presidida por Nelson Rockefeller, para estudiar la condición latinoamericana, preocupado no solo por la situación venezolana y en especial por la brasileña, sino también por la peruana. La posición de Nelson Rockefeller señalaba que la amenaza comunista era más peligrosa que esta relativa autonomía ganada por los militares en 1968 en Brasil, en la llamada "revolución peruana" y en las otras circunstancias que estaban creándose en el continente (en Ecuador, Panamá y Venezuela) no tanto propiamente militar sino de contenido político más global.⁴⁸

⁴⁸ USA. The Rockefeller Report on the Americas. Quadrangle, Chicago, 1969

Ante esto, el gobierno estadounidense volvió a recobrase con el cuadro político brasileño y llegó incluso a firmar un pacto de consulta mutua con Brasil, pero no escondió su inconformidad sobre las pretensiones hegemónicas de los militares brasileños sobre el Atlántico Sur. Estados Unidos se rehusaba de modo radical a apoyar la creación de una fuerte marina brasileña capaz de controlar este océano.

En ese contexto, había pocas opciones para la diplomacia estadounidense. Esta se enfrentaba a la necesidad de atender su interés en la represión del movimiento insurreccional que en aquel momento alcanzaba un auge de acciones armadas. El avance de las guerrillas se facilitaba en gran parte gracias al aislamiento político y militar de Estados Unidos, que lo llevaría a la derrota de Vietnam. Su inconformidad aumentaba con las victorias políticas de las fuerzas democráticas en América Latina, sobre todo en Chile a través de la victoria de Salvador Allende y en Argentina con el regreso de Perón. Esto se sumaba a las dificultades creadas por el surgimiento de gobiernos nacionalistas, desarrollistas y progresistas de origen militar (Velasco Alvarado, en Perú; Torres, en Bolivia; Torrijos, en Panamá; y militares progresistas, en Ecuador). Todo este cuadro configuraba en realidad un avance de las fuerzas antiimperialistas de la región, que planteaban la idea de romper con el imperialismo estadounidense y crear condiciones para un desarrollo regional propio, la mayoría de las veces en el contexto de un capitalismo más nacional y democrático o, como en el caso de Chile, en el contexto incluso de una transformación socialista bastante avanzada.

En este cuadro general, el gobierno estadounidense a pesar de sus preocupaciones en relación al gobierno brasileño, tenía en este a un aliado necesario para detener la ola de transformaciones reformistas y revolucionarias en la región. Ello permitió al régimen brasileño y al grupo llamado "nacionalista de derecha" en Brasil preservarse en el poder sin represalias norteamericanas.

Ese cuadro se hizo aún más complejo cuando se anotó el hecho de que la situación de América Latina era solo parte de un proceso de relativo aislamiento de la hegemonía estadounidense a nivel internacional. Junto a esta evolución latinoamericana se tenía también la derrota de Estados Unidos en Vietnam y la ofensiva política de la OPEP y de los países petroleros, en particular las naciones árabes, por un Nuevo Orden Económico Mundial. En seguida surgió la ofensiva africana de liberación contra el fin del imperio portugués en la región y el ascenso de fuerzas antiestadounidenses en otras partes de África, con una aproximación muy fuerte a la Unión Soviética. Como se vio, todo ello había llevado al liderazgo político y estratégico estadounidense a buscar una nueva recomposición de fuerzas a escala mundial, en torno a la Comisión Trilateral, al intentar conseguir una mayor cohesión entre Estados Unidos, Europa y Japón para establecer las bases de una contraofensiva en el ámbito mundial. Esta perspectiva de la Trilateral incluía, por tanto, la necesidad de reforzar una visión globalizadora del mundo contemporáneo.

Pero hay que regresar entonces al trabajo de Huntington. Ante este cuadro él es muy preciso en identificar que la élite militar representaba no un factor de modernización, sino más bien un factor de reforzamiento de los Estados Nacionales y en especial de la intervención estatal en los países del Tercer Mundo. Él tomaba en consideración la ola estatizante que se venía desarrollando no solo en la región latinoamericana, también en otras partes del mundo los gobiernos militares estaban instaurándose en la década de 1970. Huntington identifica con claridad la necesidad de oponerse a estas pretensiones hegemónicas de esta élite militar, lo cual influenciaría con fuerza la política estadounidense. Era necesario oponerse al militarismo (que fue el punto básico de la política de Estados Unidos) durante el nuevo periodo en América Latina e instaurar una política de restauración del poder civil en la región y una defensa intransigente de los derechos humanos como fuente de movilización política desde dicho país.

La victoria de Jimmy Carter en las elecciones estadounidenses vio consolidar esa tendencia en su expresión más avanzada. Esos cambios produjeron un nuevo tipo de relación entre el gobierno de Estados Unidos, los regímenes militares y las oposiciones políticas en América Latina.

Para explicar ese nuevo cuadro diplomático político e ideológico, se debe considerar también el avance de la socialdemocracia en Europa a partir de la segunda mitad de la década de 1960. La llegada de los socialdemócratas y los socialistas a varios gobiernos llevó a una revitalización de la Internacional Socialista, que comenzó a proponer una política global que permitiera al Tercer Mundo ocupar un nuevo papel dentro de la economía mundial. A través de Willy Brandt y sus informes, así como de otras figuras de la social democracia, Europa comenzaba a colocarse en una posición de liderazgo dentro del mundo contemporáneo. La Trilateral no contestó a esa posición y se vio obligada a buscar un liderazgo en este proceso, al asumir la campaña por los derechos humanos y al aceptar la necesidad de negociar y discutir con las fuerzas del Tercer Mundo en emergencia.

Las nuevas relaciones de fuerza internacionales se manifestaron de manera clara con la aparición del gobierno revolucionario islámico de Irán a finales de la década de 1970. Esta revolución era un fenómeno nuevo porque por primera vez surgía un movimiento revolucionario y antidictatorial inspirado en el islamismo. Y se volvería contra una dictadura que tenía todo el apoyo de Estados Unidos, la dictadura de Reza Pahlei en Irán. Una dictadura que negaba los orígenes islámicos de dicho país y que proponía una modernización en la nación para intentar ubicarlo muy próximo al mundo desarrollado.

Sin embargo, en la práctica, como ocurría en Brasil en este mismo periodo, los grandes milagros económicos (como el brasileño y el iraní) estaban provocando una concentración de riquezas extremas y una miseria

creciente en las masas marginadas de estos países que no conseguían incorporarse a ese proceso de modernización. En realidad esta nueva etapa de crecimiento económico en naciones de la periferia mundial no generaba empleos suficientes para incorporar a las masas que eran liberadas de las formas de producción más antiguas, como los sistemas agrarios tradicionales, y que venían a los grandes centros urbanos sin encontrar ahí posibilidad de trabajo y sin lograr su incorporación dentro del sistema moderno que tanto se anunciaba como el destino para sus pueblos.

Lo importante en la revolución iraní era la aparición de una fuerza espiritual y política capaz de congregarse a esas masas desposeídas y marginadas con pequeños y medianos propietarios locales y con una tecnocracia civil y militar, bajo la hegemonía de un liderazgo religioso. Pero, aún más importante era percibir el crecimiento de un capitalismo de Estado, apoyado en la explotación estatal del petróleo y en una lucha por la utilización de las rentas derivadas del monopolio estatal sobre esta riqueza básica del país.

Este no fue un hecho aislado. Durante la década de 1970, las empresas mineras internacionales (en particular las norteamericanas) venían entregando de forma voluntaria, o bajo presión política, la propiedad de las minas (cobre en Chile, nacionalizaciones de petróleo en Perú, Ecuador, Venezuela y en todos los países árabes) que estaban bajo su gestión. La razón inmediata era la caída de las tasas de ganancias en estos sectores. Era más interesante para esas empresas concentrarse en el control de la comercialización de los mismos, que se mostraba mucho más lucrativa.

Desde el decenio de 1960, las corporaciones multinacionales transferían también sus capitales de los sectores de servicio público entregados a los Estados nacionales o locales y regionales (como ocurrió con la nacionalización de la *Light* en Brasil durante el régimen militar, regimemente pagada). Todo ello estaba acompañado de un proceso de intervención de Estados Unidos en el sector financiero (nacionalización de los bancos en México y Portugal; nacionalización parcial de los bancos en España y Francia y en muchos otros países). Esto llevaba a un fortalecimiento de los Estados nacionales y a la creación de una tecnocracia civil y militar cada vez más seducida por la idea de una autonomía que le permitiera formular y ejecutar políticas independientes. Estos fueron los casos de varios regímenes militares surgidos en África y en Oriente Medio, junto a las experiencias latinoamericanas ya señaladas. En 1979, en Irán, eran los líderes religiosos, apoyados en una amplia movilización de masas y en una ideología religiosa integrista, quienes aparecieron en escena sostenidos en gran parte por estas mismas fuerzas.

El caso de Irán se reveló como algo en extremo complejo y se mostraba que la pérdida de la hegemonía norteamericana comenzaba a abrir camino incluso hacia algún tipo de nacionalismo que cuestionaba al

sistema estadounidense y al sistema occidental en su conjunto (y, al mismo tiempo, a la influencia soviética) e intentaba abrir un tercer camino dentro de este contexto mundial tan complejo.

Por tanto, era muy claro que una política de derechos humanos sería el camino ideológico para enfrentar esta nueva situación. Se trataba de cuestionar la intervención estatal no por ser un factor antiprivatista y anticapitalista, sino por estar aliada a regímenes de fuerza, a regímenes que no respetaban las libertades humanas. La administración de Carter, en este nuevo contexto, buscaría también aproximarse a las oposiciones de los gobiernos militares, incluso a las oposiciones de izquierda y aun a la comunista. Era necesario enfrentarse de forma prioritaria a esta nueva forma nacionalista de resistencia a la globalización que estaba en proceso de preservar los intereses más globales de las empresas multinacionales.

Es dentro de este contexto, por tanto, que asistimos a un cuadro nuevo en la política internacional (que tiene sus desarrollos hasta la década de 1990), y que llevó a la necesidad de nuevos frentes políticos que comenzaban a establecerse a escala mundial.

Esos nuevos frentes políticos se reflejaban sobre Brasil de una manera muy especial: una derecha nacionalista concentrada en torno a un régimen militar, que creía en la posibilidad de la política nacionalista y que comenzaba a utilizar a los militares como línea de frente, al imaginar la alianza de un complejo industrial-militar que permitiera al gobierno brasileño crear un régimen de capitalismo monopolista de Estado, donde una estrecha unión entre el capital monopólico y el Estado garantizaran un crecimiento económico enfocado en los sectores básicos de la economía y hacia la creación de tecnologías de punta. Se trataba de apropiarse de la energía nuclear, de la tecnología del rayo y espacial, de la informática y de las telecomunicaciones, de tecnologías de punta como la química fina y de nuevas tecnologías alternativas, en particular en los sectores de energía de la biomasa, aplicada a las industrias básicas, como el caso de las fábricas de acero y de carbón vegetal. Por ende, se creaba un contexto apropiado para la idea de que la dictadura militar pudiera dar origen a una situación social, política y económica que resultara en la transformación de Brasil en una potencia sumamente importante.

La presencia de Rockefeller y su aceptación de la prioridad inmediata de la cuestión antiinsurreccional llevó, como vimos, al gobierno de Nixon a llamar a Brasil, en 1971, a un acuerdo especial de consulta mutua que, por cierto, nunca se ejerció. Al mismo tiempo, Brasil esperaba entrar en la *Organization for Economic Cooperation and Development* (OECD) y convertirse entonces en una de las potencias industriales del mundo.

Los hechos, sin embargo, indicaban los límites de toda esta pretensión. Ya se señaló antes la inviabilidad de transformar en gran potencia a un país cuya mitad de la población era analfabeta y en la cual la distribución de la renta era en extremo negativa, en una fase histórica en que cada vez más iba a acelerarse el papel del

conocimiento, la función del elemento humano como clave del desarrollo económico, que se desplaza cada vez más hacia los sectores terciarios, los sectores de servicios ligados a la educación, al conocimiento, a la diversión, al ocio, a las actividades económicas de dirección que suponen, todas ellas, un alto grado de conocimiento, de entrenamiento y educación.

En realidad era fácil destruir el castillo de cartas creado por el régimen militar en su auge represivo, fascista y de pretensiones desarrollistas más excluyentes de la población. También era fácil deshacer a otros grandes poderes establecidos en esta base como el Imperio Iraní. Era posible, como se vio, que regímenes que habían tenido una capacidad de supervivencia muy grande, como el Imperio Portugués, se derrumbaran sin ninguna posibilidad de resistencia. Por tanto, era también posible, como se describió, que regímenes, como el fascismo español, también comenzaran a derrumbarse.

Todos estos espacios políticos que buscaban crear nuevas burguesías monopólicas, apoyadas en Estados Nacionales, fuertemente intervencionistas, entraban en un choque definitivo con los intereses que comandaban la globalización de la economía mundial. Y el precio de esta confrontación, como mostraba Irán, era el cierre nacional en torno a grandes sectarismos étnicos, religiosos o ideológicos (recuérdese que en los años 1965 a 1973, la Revolución Cultural intentó este camino en China y, en 1974 a 1976, Pol Pot propuso un camino similar en Camboya. Todas esas experiencias, a las cuales se debe añadir la Albania de Herver Hodja, tuvieron resultados sumamente desastrosos).

3. DERECHOS HUMANOS, DEMOCRACIA Y GLOBALIZACIÓN

En este contexto, está claro que la cuestión democrática exigía una nueva interpretación. La democracia pasaba a ser un instrumento de unificación de fuerzas, de formación de grandes frentes contra las dictaduras a escala mundial. De manera evidente, había dentro de ese frente democrático grandes diferencias de concepción: por un lado, de parte de las empresas multinacionales, y el grupo de la Trilateral, la idea de democracia estaba muy matizada, como se podía apreciar en sus variados documentos sobre la cuestión de la gobernabilidad en un mundo en globalización.

Era notorio que en un mundo globalizado donde las empresas multinacionales y trasnacionales comenzaban a crear una economía y sociedad global, los Estados Nacionales perdieran su poder y su función. En este

contexto, la representación del ciudadano al interior de cada Estado Nacional también perdía su función. Ante este callejón sin salida, se ubicaba la dificultad de mantener la gobernabilidad. Era necesario generar nuevos mecanismos para garantizar esta gobernabilidad. Se calculaba que tal vez el camino debía ser un desplazamiento del gobierno hacia los poderes municipales, hacia los poderes locales, como realmente ocurrió en las décadas de 1980 y 1990, donde van a acentuarse cada vez más los procesos de descentralización de los Estados Nacionales, en la búsqueda de una mayor fuerza de la representatividad local, y de manera que las empresas globales pudieran negociar de forma más directa con los poderes locales y representar los poderes globalizadores, al sustituir en gran parte el papel de los Estados Nacionales.

En la propuesta de globalización de las empresas transnacionales, la idea democrática estaba muy matizada. Se trataba de negar a las dictaduras militares, no en el sentido de reforzar el papel del Estado como factor de unidad nacional y de fuerza democrática, sino con el objetivo de disminuirlo. Era una especie de nuevo liberalismo que comenzaba a nacer, no en cuanto a que el Estado abandonara ciertas actividades económicas, que se sabía no podría abandonar, sino en el sentido de que el Estado perdiese su papel aglutinador central y fuera permitiendo que esas fuerzas globalizadoras lo sustituyeran poco a poco en la orientación del ciudadano común, la formación de opinión y el direccionamiento del mundo contemporáneo.

Esa posición se reforzaba de manera paradójica a través de la política de derechos humanos que ponía en cuestión la acción de los Estados sometidos a un ideal más importante de la humanidad, que debería ser administrado a escala mundial por las instituciones de aquellos países que tenían tradición y respeto a los derechos humanos. En ese caso, la democracia estadounidense era elevada a la condición de modelo jurídico y conciencia crítica de la humanidad, lo cual le permitía intervenir cada vez más en todos los países en nombre de un derecho universal: los derechos humanos.

Esa visión fue la base ideológica del gobierno de Carter, que llevó a choques importantes con los regímenes militares existentes, en particular con el régimen militar brasileño. En el caso de Brasil, la situación se agravaba más debido a las pretensiones de gran potencia nacidas en el país. El Pentágono, Ministerio de Guerra estadounidense (que en este proceso no perdió poder en ningún momento, sino que, por el contrario, se reforzaba como entidad capaz de aglutinar los intereses de la industria y del capital multinacional global estadounidense, con la habilidad de orientar el desarrollo tecnológico, al concentrar grandes recursos en la investigación y el desarrollo de carácter militar y su aplicación posterior al sector civil), no admitió la existencia de una potencia militar en el hemisferio occidental y, por tanto, Brasil no pudo seguir de manera alguna el camino de transformarse en una gran potencia con el grado de autonomía a que aspiraban los militares de derecha nacionalista que intentaban poner en práctica su visión de "Brasil Gran Potencia". Se formó así un acuerdo estadounidense-brasileño, que suponía varias "prohibiciones" a la política de gran potencia. Fue

evidente, antes que nada, que Brasil no pudo consolidar el acuerdo nuclear con Alemania. Esto sobre todo porque dicho acuerdo, al entregar uranio a Alemania, habría aumentado mucho su autonomía de acción militar y energética. Enseguida se buscó también restringir la posibilidad de Brasil de disponer de aviones de combate, que había intentado implantar de forma industrial durante todo el régimen militar y se limitó la industria aeronaval brasileña al sector de turbohélices, con lo cual cortó cualquier perspectiva de Brasil de convertirse en un socio importante de la disputa espacial.

Animados por la política de aproximación hecha por Nixon, inspirada por Nelson Rockefeller y que la Trilateral apoyada, los militares brasileños reivindicaron el derecho de que Brasil dispusiera de una gran marina militar que le permitiese el control del Atlántico Sur. El gobierno estadounidense rechazó definitivamente esa posición a través del entonces Secretario de Estado, el señor Kissinger, y expresaba la posición del Pentágono de paralizar esas pretensiones brasileñas.

El entonces responsable para América Latina en el Consejo de Seguridad Estadounidense definió para los asilados brasileños, con mucha claridad, que para Estados Unidos era imposible aceptar el acuerdo nuclear entre Brasil y Alemania, ya bien con las pretensiones brasileñas de una industria militar autónoma y de un liderazgo tecnológico. El camino certero para detener esas pretensiones sería eliminar la vía del alto grado de concentración estatal de la economía brasileña. En este sentido, una liberalización de las demandas sociales terminaría por inviabilizar esta concentración de poder del Estado brasileño y derrumbaría estas pretensiones de gran potencia. De esta manera, la estrategia de liberalización política coincidía de forma amplia con los intereses geopolíticos del gobierno estadounidense.

Así, el cuadro general estaba dado. La reflexión sobre la cuestión democrática en Brasil se efectuó desde el punto de vista filosófico, global, como si no tuviese que ver con los cambios en el sistema económico y político del mundo; como si no poseyera ninguna relación con la evolución de ese sistema mundial, con las implicaciones geopolíticas de esa evolución y, por tanto, con un cuadro real de intereses en juego, a escala mundial. Pensar la democracia con cuadros teóricos del siglo XVIII era una cosa muy primaria, y en verdad el debate se fue llevando a callejones sin salida por todas partes.

No obstante, se consolidó una interpretación de la cuestión democrática que se hizo hegemónica, porque era la interpretación que mejor servía a las clases dominantes en el ámbito mundial. Según esta interpretación, el Estado corporativo-burocrático sería el principal límite y el bloqueo al avance democrático de América Latina. Esa tesis ubicaba la responsabilidad del atraso democrático de la región en el corporativismo histórico, tanto de las clases dominantes como de las fuerzas populares. El principal ejemplo presentado era el movimiento sindical corporativista o "pelego" y, de forma específica, el llamado "populismo", que sería la expresión política de este corporativismo, limitador de la democratización de los Estados latinoamericanos.

Esa tesis no se sustentó desde un punto de vista histórico, pues casi todos los golpes de Estado y los regímenes de derecha instalados en la región se habían construido con el apoyo, y más que apoyo, con la intervención y la orientación incluso de los intereses de las empresas multinacionales y del gobierno estadounidense. No eran solo fuerzas internas las que comandaban el proceso de implantación de Estados fuertes y de excepción en la región.

El caso brasileño era definitivo: nunca fue posible demostrar cualquier pretensión dictatorial del gobierno João Goulart, que fue derribado por la revolución militar de 1964. No había ninguna tendencia dictatorial visible en las fuerzas que se agrupaban en torno a la redemocratización de Bolivia y que formaban los sucesivos gobiernos que fueron derrocados por dictaduras militares. No era posible demostrar tendencia dictatorial alguna en la Unidad Popular de Salvador Allende, en Chile, que condujo, sin embargo, al golpe de Estado de Pinochet que sí instalaría el régimen dictatorial.

¿Qué conclusión es posible sacar de esos hechos y tantos otros similares? Intentar explicar la tendencia a los regímenes autoritarios en la región como resultado natural de las tendencias corporativas de las formaciones sociales latinoamericanas es un camino que entra en evidente choque con la realidad.

La prueba de ello es que, en el momento en que el centro del sistema mundial, y en especial el centro de influencia y determinación más directo sobre la realidad latinoamericana que es Estados Unidos, cambia de posición y pasa a defender una postura democrática, la democracia se enraíza en la región, a pesar de todas sus dificultades y problemas. Y tiende a mantenerse, a medida que no existe este factor de desequilibrio tan grande que es la conspiración de órganos tan poderosos como la CIA, la DIA y el departamento de estado estadounidense a favor de regímenes militares.

A pesar del fuerte contrasentido que encierra, en el decenio de 1980, se impuso la tendencia de la ciencia social latinoamericana a ubicar su énfasis analítico en los problemas oriundos del corporativismo como tendencia en América Latina, que surgió como explicación de los regímenes autoritarios.⁴⁹ Al hacer esta crítica no quiero decir que no existan elementos corporativos y autoritarios en las sociedades latinoamericanas. Claro que sí. No solo el corporativismo, sino sobre todo el patrimonialismo de las oligarquías con su confusión entre los intereses de los sectores latifundistas, y después de otros sectores económicos urbanos también, con los recursos del Estado y el patrimonio estatal. Ese patrimonialismo existe como categoría económica y

⁴⁹ Ver O'Donnell, Guillermo. Análisis del autoritarismo burocrático. Paz y Tierra, S. Paulo, 1990.

política. Tampoco se quiere negar, de manera alguna, la importancia de regímenes oligárquicos, esclavistas, serviles y semiserviles que excluyeron de manera uniforme la participación de los campesinos y los trabajadores rurales, y después urbanos, en la constitución de una sociedad basada en individuos libres. Claro que todos estos fenómenos representaron límites importantes al avance democrático y al desarrollo de la democracia y perjudicaron de forma seria la creación de una conciencia ciudadana.

Se debe incluir en este marco a casi todos los países latinoamericanos, excepto a aquellos que se constituyeron, por último, a finales del siglo XIX, como las sociedades del cono sur (sur de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile), o como Costa Rica, que tuvieron su auge económico a través de una migración reciente básicamente europea, que ya incorporaba, en parte, un espíritu capitalista, pero vinculado a una noción moderna de ciudadanía.

En Brasil, este fenómeno migratorio moderno es típico de la región sur. São Paulo pasó por un proceso de gran desarrollo económico en el siglo XIX, pero sobre todo en el siglo XX, y los otros estados del sur de Brasil siguen muy de cerca a la economía paulista como proveedores de carne y otros productos.

Desde la década de 1930, este país pasó por un acentuado proceso de urbanización pero, a pesar de ello, los elementos autoritarios continuaron funcionando y llevaron incluso a las relaciones industriales, fenómenos del tipo paternalista, como aquellos estudiados por Juarez Brandão Lopes y otros autores en el decenio de 1950.⁵⁰ Esta urbanización rompió, de manera muy drástica, vínculos históricos y relaciones sociales tradicionales, al integrar esas nuevas masas urbanas dentro de una perspectiva moderna, más próxima a la realidad del siglo XX que a la realidad colonial. Ello no significaba, sin embargo, que este proceso de modernización se hubiera consolidado. Se expresaba sobre todo a través de la afirmación de una democracia de masas. ¿Y por qué? Porque esa forma de democratización se desarrollaba durante el siglo XX, cuando el proceso democrático no tenía más relación con la constitución de las democracias burguesas de los siglos XVIII y XIX en Inglaterra y en Estados Unidos.

En estos países, los medianos y pequeños propietarios fueron las fuerzas determinantes en el proceso de democratización. En los países de América Latina, las masas asalariadas urbanas pasaban a ser la fuerza definitiva de construcción del proceso democrático. Una democracia que se constituía a través de cantidades enormes de proletarios y subproletarios asumiría formas más próximas a la evolución política de fin del siglo XIX, cuando comenzaron a construirse los partidos socialistas en Europa y Estados Unidos y que después se extendieron a otras regiones del mundo.

⁵⁰ Ver Juarez Brandão Lopes (1971).

Sin embargo, en el caso latinoamericano, en especial en el ejemplo de Brasil, el momento socialista comenzó mucho más tarde, con mayor claridad en el decenio de 1920, bajo el efecto de la Revolución Rusa. Antes prevalecería el anarquismo en la formación ideológica del sindicalismo brasileño. Así, se restringió el impacto de los partidos socialdemócratas europeos en la constitución ideológica del proletariado.

En las décadas de 1930 y 1940, el pensamiento nacional democrático se convertiría en el factor ideológico fundamental para la organización del movimiento obrero y de las fuerzas urbanas en ascenso. Este pensamiento nacional democrático fue en esencia liberal en su visión filosófica, pero modificó el liberalismo para incorporar en su concepto de política la presencia de las masas modernas, de los partidos modernos, de formas colectivas de organización, al sustituir la idea del individuo posesivo a individuo como base de la democracia y de la ciudadanía moderna. Por ello, incluso, se aproximó algunas veces al fascismo, producto que resultaba de la crisis del liberalismo europeo.

4. DEMOCRACIA, INDUSTRIALIZACIÓN Y TECNOCRACIA.

Por tanto, era natural que el proceso de formación y desarrollo de los partidos democráticos de la región brasileña estuviera polarizado entre, por un lado, la visión estalinista de la formación y la organización partidaria, que influyó a los partidos comunistas y a otras corrientes de izquierda y, por otro, a la visión de un partido de masas de contenido populista donde una militancia dispersa se combinaba con líderes venidos de la pequeña burguesía y con formas autoritarias de organización. Gran parte del pensamiento de ese movimiento populista era de origen pequeñoburgués, de ahí su carácter nacional-democrático.

Su contenido nacionalista y su preocupación social eran compatibles con el pensamiento de figuras que venían de la propia oligarquía, como el caso de Getulio Vargas, en Brasil, originario de una oligarquía rural sensibilizada con la problemática social nueva, comprometida en parte con los intereses de los industriales que administraban esa nueva realidad, pero sobre todo con el proceso de industrialización y el progreso social y económico en su conjunto. Asumían así una perspectiva positivista que permitía conciliar sus orígenes conservadores con esos nuevos fenómenos de masas asociados al proceso de industrialización.

Sin embargo, era muy difícil separar la lucha por ese proceso de industrialización y la remoción de los obstáculos a ella impuestos por intereses económicos nacionales e internacionales que pretendían mantener una división internacional del trabajo, en la cual los países latinoamericanos ocuparon una función de naciones agrícolas de modo fundamental.

En el caso brasileño, la idea de la industrialización era el gran motor aglutinador de las fuerzas progresistas en torno a una concepción positivista del progreso, que influenciaría mucho al propio Partido Comunista Brasileño. No se debe olvidar que Luis Carlos Prestes vio por esta formación positivista y se integró al PCB dentro del contexto del auge del estalinismo en 1935, cuando la cuestión del desarrollo industrial y la transformación de Rusia en una gran potencia eran factores muy determinantes en la visión histórica de lo que era el comunismo en aquel momento.

Por tanto, en este contexto, el PCB no representaba una opción ideológica muy distinta a su visión de progreso y de modernización del país. Ello permitió que la colaboración de la intelectualidad comunista fuese asimilada fácilmente por el Estado Nuevo cuando, en 1941, getulistas y comunistas se unieron al frente antinazi.

Por lado, las fuerzas democráticas también recibían influencia del desarrollo estadounidense, o de una idea de progreso que dominaría el pensamiento de la posguerra, como búsqueda de recuperación económica, para salir de la gran crisis del siglo XX, que se iniciaría en la Primera Guerra Mundial y que asumiría una forma dramática después de la crisis de 1929. Fue dentro de este contexto ideológico de búsqueda de progreso económico en general, que se fortaleció el movimiento obrero, cuando se incorporó a él y busco dar un contenido social a la idea de progreso. Pero el movimiento obrero asumía también las banderas del nacionalismo, la industrialización, la defensa de las riquezas nacionales como una postura absolutamente necesaria para asegurar el proceso de industrialización del país.

Ya se analizó como esos procesos se dieron de manera histórica y se vieron las contradicciones que se generaron al interior de ese movimiento. Pero lo que se quiere señalar es que los aspectos autoritarios, que por casualidad existieron dentro de este gran movimiento social y político, no fueron en sí elementos antidemocráticos. El autoritarismo estatal, por ejemplo, se usó muchas veces contra el autoritarismo del latifundio, mucho más violento, brutal y vertical. El autoritarismo de las organizaciones corporativas de trabajadores también se usó para protegerse del autoritarismo, tanto latifundista como industrial.

Al final, el proceso de industrialización se basaba en una visión sumamente vertical de la empresa, en la cual el taylorismo, el fordismo (o el nombre que se dé a este sistema industrial que se desarrolló en la década de 1920) estaba profundamente marcado por una estructura vertical y autoritaria dentro de la empresa moderna. En el contexto de afirmación de esta economía industrial, la disciplina y la verticalidad eran elementos esenciales de cualquier organización que buscara eficacia.

Por ende, era normal que dentro del movimiento obrero también se reflejara el autoritarismo que él mismo había adquirido de su experiencia en la fábrica. El autoritarismo que organizó dentro de esta se convirtió en sustrato para su organización sindical y política independiente y para la definición de un proyecto propio dentro del contexto político global. Junto a esas tendencias corporativas había fuerzas en extremo anárquicas que con ellas conviven. Subsiste una pequeña burguesía con muy poca experiencia de vida colectiva y disciplinada y que tiene mucho peso en la vida intelectual brasileña. Subsiste también una masa creciente de marginados, de subproletarios o trabajadores de las llamadas economías informales, donde la idea de una sociedad anárquica, sin autoridad, sin disciplina es muy fuerte. Esto a pesar de que el proceso de industrialización alcanza, en su conjunto, a la sociedad en el sentido de disciplinarla en relación con horarios, modos de vida, etc.

En este contexto global, ¿dónde queda la idea de autoritarismo ligado al corporativismo como explicación fundamental para el atraso del desarrollo democrático y para la tendencia de formación de los regímenes militares en la región? Debe incluirse en este análisis el papel de la burocracia en ascenso que también aprendió normas de disciplina militar o civil, y que concibió al Estado a través de una concepción sumamente vertical del curso de decisión y del proceso de acción administrativa y política. Pero tampoco se pueden atribuir solo a esta burocracia los aspectos fundamentales de esas tendencias corporativas y autoritarias del Estado. La esencia de esa tendencia autoritaria del Estado se encuentra en el proceso de industrialización, en la disciplina impuesta dentro de las fábricas, y del proceso de producción en su conjunto, que se expande hacia el conjunto de la sociedad.

Autoritarismo, por tanto, no es necesariamente una expresión de atraso, es al contrario, uno de los elementos de la modernidad, uno de los factores del proceso de industrialización, uno de los componentes del proceso de afirmación de una economía moderna. Por lo menos hasta la nueva fase caracterizada por la tercera revolución industrial, en que los métodos autoritarios del taylorismo y del fordismo están en superación por un nuevo sistema productivo más flexible.

No hay mucho espacio para adentrarse en el debate sobre los intentos de explicar el proceso de democratización como una oposición entre la modernidad y el atraso. Estos intentos representan la toma de visiones dualistas sobre la realidad de los países latinoamericanos al intentar consagrar esta oposición entre modernidad (que sería democrática y liberal) por un lado, y un mundo precapitalista (este sí autoritario) por otro.

Esta visión está muy equivocada y se ven sus límites al analizar el fenómeno global del proceso de desarrollo moderno. Por último, es mucho más importante para explicar la tendencia a los regímenes autoritarios el hecho de que el capitalismo se constituye no solo de una etapa de producción de masas y, por ende, de una disciplina de fábrica autoritaria, sino también en la fase del capital monopólico que desarrolla mucho más fuertemente los elementos burocráticos en la gestión de la empresa y que reflejan esa metodología de trabajo en la evolución de la sociedad en su conjunto. Por tanto, muchos elementos del autoritarismo de la región son expresión de ese proceso de modernización.

Esta cuestión se ubicó con claridad después del golpe de 1964, cuando muchos sectores de izquierda veían en la imposición del régimen militar un proceso de atraso en el sentido de volver a concepciones latifundistas, precapitalistas, etc. No obstante, la realidad mostraba que el régimen militar adoptaba una metodología tecnocrática avanzada. Este régimen representaba, a través de la burocracia militar, la incorporación de las ideas y de los métodos de acción del gran capital internacional a nivel del Estado y de la sociedad en su conjunto. Por ende, este autoritarismo del sistema militar impuesto al país era mucho más expresión de una modernidad capitalista que de un atraso precapitalista. Ya se describió incluso, cómo ese régimen entró en choque con el sector latifundista, conservándolo por un lado, pero modernizándolo por otro.⁵¹

Por tecnocratismo se entiende la importancia creciente de los especialistas y técnicos en la formulación de los objetivos sociales, en la gestión y en la decisión. Esta importancia creciente deriva del peso de la innovación tecnológica en el mundo moderno. Aquel forma parte del sistema autoritario de poder que se generó a partir de 1964 en Brasil y que intentó imponerse en otras partes de América Latina, pero que tuvo su mayor éxito en Chile. Allí, Pinochet encontró al país con una reforma agraria hecha, con la nacionalización del cobre y con una gran modernización del Estado promovida por la Unidad Popular, las facciones de izquierda y las fuerzas democráticas del país. Ello permitió que se constituyera un autoritarismo en extremo eficaz en la gestión del Estado y en la realización de sus metas de represión, sumamente "modernas".

Ninguno puede presentar los procesos de tortura y represión que se desarrollaron en América Latina de la década de 1970 como expresión del atraso de la región. Todos esos métodos de tortura fueron inspirados en los últimos conocimientos psicológicos desarrollados por el pensamiento militar antiinsurreccional, a partir de las experiencias francesas en Argelia, Vietnam, la antigua Indochina y a través de las experiencias inglesas en Grecia y estadounidenses en Filipinas e Indonesia.

⁵¹ Ver mi libro Socialismo o Fascismo, 1978.

Nuevas experiencias se acumularon en las décadas de 1960 y 1970 para formar la base de la doctrina de la contrainsurrección, en la cual, el terror sobre los revolucionarios y sobre las masas era un elemento psicológico desarrollado con las técnicas más avanzadas posibles. Por tanto, identificar el terrorismo de Estado como un sistema arcaico y con la preservación de fuerzas precapitalistas es una visión totalmente deformada e insostenible del proceso político que ocurrió en Brasil y en otras regiones del mundo en esta misma fase.

5. DERECHOS HUMANOS, DEMOCRACIA Y NEOLIBERALISMO

Se vio, sin embargo, cómo los acontecimientos del inicio de la década de 1970 provocaron un cambio importante que se condensó en el movimiento por los Derechos Humanos desencadenado por el gobierno de Carter. A partir de entonces, se ha estado ante un capitalismo que cambia de lado. Después de conseguir sus metas fundamentales contra la insurrección, pasó a defender el lado contrario, pasó a asumir el punto de vista de los derechos humanos, de los que fueron reprimidos por sus criaturas. El gobierno de Carter llama a las resistencias a las dictaduras, los reprimidos en todos esos años, para ayudar a hacer el movimiento de los derechos humanos contra las dictaduras militares.

No obstante, este aspecto debe matizarse más. La idea de enfrentamiento con las dictaduras militares tuvo, como ya se describió, un papel importante para el pensamiento de la Comisión Trilateral que representa los intereses del gran capital internacional, al pensar de forma sistemática al mundo desde el punto de vista de las empresas multinacionales.

Pero la lucha contra las dictaduras militares tuvo también otras fuentes de inspiración en los países centrales. Esta lucha representaba una reacción del movimiento sindical contra la internacionalización del capital. Esa reacción se dio a medida que fue posible mostrar al movimiento sindical estadounidense y europeo que las inversiones extranjeras realizadas por las empresas de sus países en el Tercer Mundo se basaban en la mano de obra barata local, que sustituía la mano de obra estadounidense, europea y también japonesa, pues el movimiento antiimperialista en Japón fue muy fuerte a finales de la década de 1960 y durante gran parte de la de 1970. Era la comprensión de que los salarios bajos en el Tercer Mundo producían un movimiento de capital hacia esos países, lo que los estadounidenses llamaban una "exportación de empleos" que los desempleaba dentro de sus naciones. Se volvía visible para los líderes sindicales de estos países, la expresión del proceso de producción en dirección al exterior, para competir con la producción dentro de los centros económicos centrales.

Se trataba de una nueva fase de división internacional del trabajo que el decenio de 1980 consagraría en definitiva y que la década de 1990 vería como un hecho consumado. La desindustrialización de los países centrales es hoy un dato y continúa procesándose con el avance de la industrialización de los países del Tercer Mundo y sobre todo en las naciones de desarrollo medio, fenómeno que el autor previó en particular en el decenio de 1960 al hacer sus primeros estudios sobre el nuevo carácter de la dependencia.⁵²

Entre paréntesis, a propósito, es muy interesante que el autor sea presentado por varios autores (el último de ellos fue Francis Fukuyama, que vino defendiendo la tesis del "fin de la historia") como una corriente de pensamiento fracasada y superada precisamente por la ocurrencia de esa industrialización de los países dependientes que el autor previó y que fue uno de los puntos centrales de su visión, al demostrar que un nuevo tipo de capitalismo de carácter dependiente estaba desarrollándose en estas regiones del mundo, donde surgía y estaba progresando una industrialización enfocada a la exportación, una industrialización subsidiaria del gran capital internacional, hecha de manera directa por este capital o de modo indirecto por empresas o sectores colaboradores o que pasaban a ser dependientes de ese capital internacional. Entonces el autor anunciaba la constitución de los nuevos países industriales que se formaron en las décadas de 1970 y 1980. Por tanto, si algo confirma la teoría de la dependencia es exactamente el surgimiento de esas nuevas naciones industriales.

Y así, en la década de 1960 y 1970, se mostraba al movimiento obrero europeo, estadounidense y japonés que ellos tenían que luchar para impedir las dictaduras militares en el Tercer Mundo, porque esas dictaduras se establecían para consagrar los salarios bajos, la entrada del capital internacional y la orientación de esas economías hacia esa nueva industrialización dependiente dirigida a los mercados de los países centrales y desindustrializadores de esas naciones centrales.

Por ende, había (y hay) un interés común entre el movimiento obrero de esos países centrales y de los países dependientes por impedir que esas dictaduras militares asegurasen el salario bajo y la mano de obra barata como bomba de cañón de esa nueva fase del desarrollo del capitalismo mundial. La presencia de esos movimientos sindicales junto a los gobiernos socialdemócratas y con el gobierno demócrata estadounidense fue un factor muy importante para obligar a las clases dominantes de esos países a restringir a las dictaduras militares.

⁵² Véase mi libro *El nuevo carácter de la dependencia*, cuadernos del Cesó, Santiago, 1967, y reintegrado en *Dos Santos* (1971).

Se formó así una gran convergencia de fuerzas a favor de la liberalización y la democratización de los países subdesarrollados y dependientes. Hay que incluir en ese proceso a la fuerza creciente del movimiento religioso, cristiano sobre todo, en dirección de una visión crítica del modelo de evolución de la economía mundial.

Esa realidad dio origen a una situación histórica nueva en la década de 1970. El cambio de posición a partir del centro hegemónico en dirección de una política de derechos humanos y de democratización obligaba también a una redefinición de los movimientos sociales, de todas las fuerzas políticas a escala mundial. Esa nueva realidad ideológica, consagrada en 1974-1975, persiste hasta nuestros días. Es muy importante señalar que incluso con la derrota de Carter por el conservador Ronald Reagan, no hubo cambio en esa concepción global. El pensamiento conservador estadounidense abandonó la idea de apoyar los regímenes de fuerza del Tercer Mundo⁵³ por las razones ya vistas y que se pueden resumir en los siguientes puntos:

Primero: porque estos regímenes de fuerza están identificados con posturas nacionalistas que van contra el interés del gran capital internacional y, por tanto, hay un conflicto creciente entre este y los regímenes militares. Para el gran capital internacional es preciso establecer una gobernabilidad vertical que sirva a sus intereses globales que están altamente concentrados en el ámbito mundial. Esta verticalidad, sin embargo, entra en choque con las veleidades y las aspiraciones nacionalistas de los militares, lo cual lleva al capital internacional a abandonar el modelo de dictaduras por ellos hegemónicas.

Segundo: porque a medida que estas dictaduras militares fueron impuestas, entre otras razones, para garantizar los salarios bajos, ellos colaboraban con los intereses del gran capital, pero la presión de los movimientos obreros en los países centrales pasó a generar un conflicto con las corporaciones multinacionales en lo que respecta al papel del trabajo barato en esas naciones. Esa problemática se desarrolló en la década de 1980. La desindustrialización acentuada durante ese decenio en los países centrales lleva a una confrontación entre el movimiento obrero de estas naciones y los gobiernos conservadores, que tiende a desembocar en la derrota de los mismos en los siguientes años.

Los gobiernos conservadores consiguieron, durante un cierto periodo, concentrar su lucha contra los sindicatos más tradicionales, al mismo tiempo que lograban el apoyo de las bandas del movimiento obrero que se

⁵³ La Declaración de Santa Fé fue publicada, entre otras partes, en el libro de la ALDHU, *La guerra total*, Ed. El Conejo, Quito, 1983, es tal vez el más completo documento conservador sobre la región. El proponía, en 1980, la sustitución de la política de derechos humanos de Carter por “una política no intervencionista de realismo político y ético”.

sentían presionadas, de alguna forma, por los movimientos sindicales tradicionales que restringieron su evolución y su adaptación a las transformaciones sociales que venían ocurriendo como resultado de la revolución científico-técnica.

Entre estas transformaciones se destaca, sobre todo, el gran crecimiento, del sector terciario y de un nuevo tipo de asalariado de este sector, un proletariado de "cuello blanco", estudiado por Mills ya en el decenio de 1950.⁵⁴ Este autor constataría que estos asalariados tenían un comportamiento y un enfoque de los problemas sociales y de las propias relaciones de trabajo, etc., muy diferente al del movimiento obrero tradicional. La aparición de las industrias de información creó modalidades empresariales nuevas, cada vez más flexibles y articuladas en forma de redes y conglomerados.

El papel creciente de la automatización en el proceso de producción sustituyó también el carácter de la masa en la organización de la fuerza de trabajo por los equipos de técnicos encargados del control de las cabinas de comando. Caen así los rígidos sistemas autoritarios a la manera del taylorismo o del fordismo y se abre el camino hacia una nueva concepción de la organización en la fábrica, en la cual, la disciplina tradicional es sustituida por la autoorganización de los pequeños grupos de trabajo y por una autodisciplina global. La automatización, la robotización de la fábrica y el crecimiento de las actividades de servicio disminuyen cada vez más la necesidad de condicionamiento del trabajador al ritmo de producción de la fábrica.

En resumen: comienza a generarse un nuevo tipo de proletariado y nacen otras formas de relaciones industriales y sociales en los ámbitos internacional y nacional.

A escala internacional, esos cambios se reflejan en la apertura a una nueva concepción de las relaciones sociales y económicas. Apertura que fue muy explorada por el pensamiento neoliberal, el cual buscó identificar esos cambios en los procesos de producción y del conocimiento y en las relaciones sociales de trabajo con un retorno al mercado como factor fundamental de asignación de recursos y de organización del proceso productivo. Esa idea tenía fundamentos. En realidad el sistema monopólico que había imperado hasta la década de 1970 ahora estaba cuestionando en todo el mundo por nuevos monopolios estatales (o grupos económicos nacientes) que venían a desafiar las estructuras existentes, a buscar nuevas asignaciones de recursos y una novedosa división internacional del trabajo y, al mismo tiempo, destruían sistemas económicos y sectores de producción antiguos para sustituirlos por sectores de producción modernos basados en nuevas tecnologías.

⁵⁴Ver White Mills. White Collar. Oxford University Press, New York, 1951

La lucha contra ese sistema monopólico estaba hecha, muchas veces, en nombre de la vuelta al mercado: el mercado purificaría las economías, daría lugar a la imposición de las tecnologías más avanzadas, de las productividades más altas, de los sistemas económicos más modernos. Esa idea la compartían los sectores del capital internacional, que estaban buscando esa nueva organización de la economía mundial, y los nuevos sectores del proletariado, que también buscaban afirmar estas nuevas relaciones sociales fundadas sobre el proletariado terciario y de las nacientes actividades industriales.

En este contexto, las nuevas cuestiones, como la del medio ambiente, pasaron a formar un papel clave, a medida que la reglamentación contra la polución daba origen a nuevas industrias, en condiciones de producir en ambientes mucho más preservados, con calidad de vida superior. Esos cambios se expresaron de modo confuso a partir de puntos de vista por completo opuestos. Dentro de una visión global, se apoyaba la idea de una creciente intervención en la organización de la convivencia social nacional e internacional.

Por otro lado, el pensamiento neoliberal se afirmaba en el sentido de favorecer al libre mercado y debilitar al Estado. Estas tesis se mezclaban de forma confusa con la búsqueda de relaciones no autoritarias, modalidades de poder no verticales, formas de organización informales. Curiosamente, las "conquistas" neoliberales en el área de la desregulación se articulaban con un amplio proceso internacional de democratización. Todo ello se unía en una misma realidad, a pesar de servir a fuerzas sociales por completo diferentes y de servir a interpretaciones opuestas. Era natural, sin embargo, que la hegemonía de ese proceso quedara en manos del gran capital internacional que domina aun los medios de comunicación y las formas de pensamiento mundiales.

6. DE LA APERTURA A LA TRANSICIÓN DEMOCRÁTICA: RAZONES DE UN CAMBIO ESTRATÉGICO

En Brasil, todo ello se refleja en la segunda mitad de la década de 1970 y en la de 1980, donde se iban sufriendo los efectos de esas transformaciones sin conseguir, no obstante, asociarlas totalmente a programas políticos, concepciones organizativas y a una visión realmente nueva de la realidad internacional.

El proceso de apertura política y de democratización dentro de Brasil se inscribe en esos fenómenos globales, y se asiste aquí a una lucha muy compleja entre fuerzas económicas enfocadas a las economías tradicionales del país, otras hacia la integración en ese proceso de cambio a escala mundial, y aquellas preocupadas por los impactos y los efectos sociales de estos fenómenos. También eran enormes las fuerzas económicas que fueron y están siendo excluidas del proceso productivo y de la dinámica central del proceso productivo y que se ven de repente lanzadas a una perspectiva de bloqueo importante de sus aspiraciones.

Se forma así un contexto complejo en que, por un lado, transformaciones económicas, sociales y tecnológicas globales inciden fuertemente dentro de la realidad brasileña bajo la forma de transformaciones internas y de rearticulación de la economía brasileña en la economía del mundo. Por otro lado, la burocracia estatal controla y piensa este proceso de apertura política, apoyada por la burguesía industrial (y por otros sectores de la burguesía del país) y por el capital internacional.

Pero esa concepción tiende a enfrentarse a una realidad mucho más compleja. Las fuerzas de oposición que combinaban los intereses de esos sectores de la burguesía, de la clase media y hasta de la propia burocracia estatal veían el proceso de apertura política como un camino natural de la década de 1970. Ya en 1977 la dictadura comienza a comprender que si realmente permite la expresión de las tendencias de la población, la oposición será mayoritaria y la industria estará condenada a derrumbarse en vez de ser objeto de correcciones liberales.

Se da, como se ve, una fuerte intervención de la dictadura para garantizar su mayoría dentro del Colegio Electoral que elige el Presidente de la República; y para garantizar su mayoría en los parlamentos, obteniéndola a través de indicación de senadores, de intervención en el proceso electoral y de restricción de la propaganda política (tal como ocurrió con el paquete de 1977 establecido por Geisel) y también por medio de nuevas depuraciones de los parlamentos para asegurar a la mayor parte de la dictadura y evitar un pasaje de poder a la oposición.

Es preciso ver también que dentro de la propia oposición, por el carácter consensual que marcó su inicio (carácter que comienza a romperse solo en 1974, cuando esta oposición se dirige hacia una elección sin aspiración a ser mayoritaria y se vuelve de forma involuntaria mayoritaria), el MDB comenzó a sentir el peso de la responsabilidad de ser una fuerza mayoritaria y, por tanto, una alternativa a la dictadura y no solo un colaborador en el proceso de apertura. Esa nueva responsabilidad del MDB atrajo a ese partido a un nuevo grupo social, una nueva generación de políticos que vieron la posibilidad de la democratización política del país.

Es preciso también indicar que esta nueva realidad reflejaba la aparición de nuevos sectores sociales generados por el gran crecimiento industrial y económico de Brasil que ocurrió entre 1968 y 1974 y que continuó de manera artificial hasta 1980, a pesar de la crisis económica que ya se había iniciado en 1974. Las fuerzas que se beneficiaron del crecimiento económico presionaban al Estado para que este continuase con medidas para dicho crecimiento. Con ese propósito, tuvo que aceptar los compromisos más diversos entre los cuales el más importante fue el endeudamiento externo. Pero al mantener el crecimiento, se generaban y se recreaban fuerzas económicas que no disponían de los medios para su continuidad y cuya decepción sería enorme en la

década de 1980, cuando advirtieron que no podían continuar creciendo dentro de las bases generadas a comienzos del decenio de 1970.

Entre esas nuevas fuerzas se encuentran el proletariado industrial de São Paulo, el de la industria mecánica y en particular el de la industria automovilística que es una de las fuerzas más fuertemente orientadas a un proceso de democratización. Democratización tal que llegó a las relaciones sociales, al proceso de trabajo y a la capacidad de negociación de los trabajadores para alcanzar mejores salarios, y que incluye una lucha contra el sistema político autoritario que impide la organización sindical y de los trabajadores.

La dictadura pasa a ser, por ende, un enemigo fundamental de esos trabajadores que comenzaron a actuar políticamente en formas semiclandestinas hasta llegar a las huelgas generales de São Paulo de 1978 y 1980. Esas huelgas fueron decisivas para destruir el esquema limitado de apertura política y comenzaron a plantear nuevas cuestiones que no cabían en una simple apertura política. A partir de las acciones de los trabajadores de São Paulo se va entendiendo que la sociedad brasileña quiere más, quiere la total democratización del país.

Esta confirmación se volvió más evidente al verificarse que, junto a ese movimiento obrero, hay una fuerza emergente: una pequeña y una mediana burguesías en las pequeñas y medianas ciudades del país, que crecen de modo enorme en este periodo y que continuarían haciéndolo en especial en la década de 1980. Este nuevo sector social, desarrollaría un concepto de ciudadanía mucho más ligado a la idea de propiedad: un concepto pequeñoburgués, formulado según el interés de medianos propietarios que ya no aceptan subordinarse a una burocracia central que para ellos representaba una restricción a su enriquecimiento, el cual ellos confunden con el propio desarrollo económico brasileño. El MDB y la oposición pasan a ser alimentados por una nueva concepción económica en ascenso internacional en la década de 1980, que retira algunos elementos del neoliberalismo, pero que no acepta sus consecuencias económicas más globales, a medida que se asocia a políticas económicas y financieras restrictivas, apoyadas por el Fondo Monetario Internacional, las cuales chocan con los intereses de esa población emergente de pequeños y medianos propietarios por completo comprometidos con el crecimiento económico.

Esta visión política y esas aspiraciones económico-sociales se expresarían en dos grandes movimientos políticos nacionales. Primero, en el movimiento por las elecciones "Directas ya" para presidente de la República, que alcanzó su mayor repercusión en el interior del país, en particular en las medianas y grandes ciudades. Esta gran movilización perdió las "Elecciones directas ya", pero consiguió crear el clima para la victoria de Tancredo Neves y de la oposición en el Colegio Electoral que eligió, dentro de las reglas impuestas por la dictadura, al presidente de la república, en 1984.

Este movimiento generaría, más adelante, el Plan Cruzado durante el gobierno de José Sarney, que ocupó la presidencia en sustitución del presidente electo, Tancredo Neves, mucho antes de tomar posesión. Este fue, tal vez, el momento de mayor veleidad de ese pequeño y mediano capital, asociado a sectores del gran capital nacional. En el auge del apoyo nacional al Plan Cruzado, se intentó recuperar la idea de "Brasil Gran Potencia" a través del Sistema Globo de Televisión, que asumió más de una vez el papel de fuerza aglutinadora de la opinión pública a escala nacional. Esta fuerza buscaba una política económica no ortodoxa que asegurase el crecimiento económico y el combate a la inflación. En los siguientes capítulos, se estudian las razones del fracaso de esta política.

Es posible concluir, por tanto, que ese proceso de democratización mundial reestructuró y redefinió la visión política, económica y social de las clases dominantes en Brasil. Pero esas redefiniciones incluían tesis que reflejaban intereses inmediatos y no percibían la profundidad de los cambios en curso.

Brasil vive aún en un primer momento de ese proceso, en el cual, la idea de democratización, como parte de un gran movimiento global, queda restringida a las políticas liberales, en extremo limitadas, donde se intenta mantener al máximo el verticalismo del antiguo orden social fundado en la industria y en la producción en masa. Mientras tanto, fuerzas emergentes de la nueva sociedad comienzan a empujar hacia una dirección naciente. Poco a poco, la apertura política propuesta por la dictadura con su contenido neoliberal y la democratización real del país comienzan a verse en conflicto.

Desde el gobierno de Figueiredo, que inició en 1979, hasta la elección del Colegio Electoral de Tancredo Neves; desde la formación del gobierno de José Sarney (ante la muerte de Tancredo Neves) a la propuesta y la instalación de la Constituyente y hasta las elecciones de 1989 para Presidente de la República, se da un proceso continuo de confrontación entre el sistema que se organizó en torno a la dictadura (y que buscó perpetuarse a través de concesiones liberales, de la apertura política, de la recreación de antiguos y nuevos líderes asociados al viejo régimen para comprometerlas, en apariencia, con los cambios democráticos y reciclarlos para adaptarse a las nuevas circunstancias) y una propuesta de real democratización que emergió del movimiento popular y fue ganando cuerpo en el país.

La historia de Brasil de 1979, desde la posesión del general Figueiredo hasta la caída del señor Fernando Collor y su *impeachment* representa la historia de esa dinámica, y es dentro de esa visión que se buscará presentar, en los siguientes capítulos, el pasaje de la descompresión controlada a la apertura política, a través del gobierno de Figueiredo; de la apertura política a la aparición de la transición democrática con la escuela de Tancredo Neves para presidente. A partir de ese momento, se ubica la crisis de la Nueva República con la aparición de la Constituyente y la implantación de una nueva realidad política para la nación. Las

elecciones de 1989 aún establecidas en gran parte dentro del enfrentamiento entre esas fuerzas, llevó al gobierno de Collor, cuyas contradicciones internas condujeron a su destitución o "impedimento".

Enseguida, la instrucción del gobierno de Itamar pone en el gobierno al primer presidente surgido de los cuadros de la oposición al régimen militar, que llega al poder por vías no ortodoxas y poco consistentes.

IX De la apertura política a la trnsición democrática

1. LOS PRIMEROS PASOS DE LA APERTURA POLÍTICA

En el capítulo anterior, se vio cómo el proceso de cambio democrático internacional impulsaba a nuevos cambios en el sentido de una apertura política dentro de Brasil. Se describió también cómo los propios representantes del régimen militar se prepararon para abrir el camino a esos cambios a través del concepto de la descompresión controlada. La candidatura de Figueiredo se afirmó⁵⁵ en un momento particular del régimen militar. El fracaso del intento de la derecha militar de armar un pronunciamiento político-militar, dirigido por el general Frota Aguiar, contra el general Geisel para garantizar su candidatura a la Presidencia de la República se debió, en gran parte, a la acción del Servicio Nacional de Informaciones (SNI). Fue este quien detuvo la conspiración y abrió camino hacia la renuncia del general Frota Aguiar. A pesar de la discusión existente sobre la verdadera dimensión de la conspiración elaborada y organizada por el general Frota Aguiar, no hay duda de que existió algún grado de conspiración para asegurar su candidatura. El General Hugo de Abreu publicó un libro, *El otro lado del poder*,⁵⁶ donde trataba de defender al general Frota de la acusación de haber intentado un pronunciamiento militar, al atribuir esta acusación a un trabajo organizado por el grupo liderado por Golbery do Couto e Silva, que preparaba la caída del general Frota Aguiar para garantizar la candidatura del general Figueiredo. La verdad es que había una divergencia entre el grupo de Golbery, en el cual, de cierta forma, se incluía el general Figueiredo, y el grupo de militares sin mayores compromisos con una orden política y económica que conciliaba el gran capital internacional y nacional y las élites del país. Esos

⁵⁵ Para el General Hugo de Abreu, la candidatura de Figueiredo ya estaba definida desde el acuerdo que llevó al General Geisel al poder. Estaversión parece tener cierto fundamento. Pero es innegable que se hizo viable a partir de la inmovilización de la candidatura de Frota Aguiar, tal como señalamos en el texto.

⁵⁶ Ver Hugo de Abreu. *El otro lado del poder*. Nueva Fronteira, Rio de Janeiro, 1979.

militares habían conseguido derrotar al grupo de Golbery, también conocido por el grupo de la "Sorbonne" militar, o de la Escuela Superior de Guerra de Altos Estudios Militares, en 1968, pero las circunstancias históricas cambiaron. El gran capital internacional superaba su crisis y volvía a presentar un proyecto político internacional en torno a la globalización y de los derechos humanos.

El choque entre esos dos grupos era un hecho, Ya se había revelado en el caso de Costa e Silva. Había continuado cuando el poder pasó al triunvirato militar, en 1968, y después a Médici. Pero el grupo "Sorbonne" volvería al poder a través de Geisel, que trajo a Golbery de regreso al poder. El general Figueiredo era el jefe del gabinete militar de Médici y había sido designado por este para suceder a Geisel. Pero estaba comprometido ampliamente con el grupo "Sorbonne". El general Golbery, que vendría a ser su jefe de gabinete, le permitió asumir el mando del proceso sucesorio, pero el enfrentó mucha resistencia. La caída del general Frota Aguiar fue su manifestación más evidente y llevó a la renuncia del jefe de gabinete del general Geisel, el general Hugo de Abreu. Este proceso se redobló hasta llegar a la candidatura del general Euler Bentes para Presidente de la República, lanzada por el partido de la oposición, el MDB.

Es así como Figueiredo llegó al gobierno con las fuerzas armadas divididas: primeramente, entre el grupo "Sorbonne" por un lado y el resto de las fuerzas armadas por el otro. Dicho grupo atraía a varios apoyos, entre los cuales se podría considerar al propio general Figueiredo que no era por completo del grupo. Segundo, la llamada ala dura de las fuerzas armadas, que había sufrido un desgaste muy fuerte con la derrota de pronunciamiento de Frota Aguiar. Tercero, una ala más liberal y democrática que se oponía al grupo "Sorbonne", entre otras cosas por sus vinculaciones con los grupos internacionales, y que tendía incluso a una postura más nacionalista, en el sentido de apoyar las pretensiones de "Brasil Gran Potencia", de un ejército más fuerte, de una industria militar más importante, de un avance tecnológico del país asociado a los intereses de las fuerzas armadas, asumiendo, por tanto, gran parte de lo contencioso entre Brasil y Estados Unidos, tan discutido luego en el libro de Moniz Bandeira (1989)⁵⁷ y que el autor en trabajos anteriores⁵⁸ ya había anunciado. Fue esta última ala la que apoyó la candidatura de Euler Bentes.

⁵⁷ Moniz Bandeira, Brasil-Estados Unidos: rivalidad emergente (1950-1988). Civilización Brasileña, Rio de Janeiro, 1989.

⁵⁸ Sobre lo contencioso Brasil- Estados Unidos ver Theotonio dos Santos, Socialismo o Fascismo, (1971-y 1978).

Esta situación ponía al gobierno de Figueiredo ante un callejón sin salida grave. Primero, desde el punto de vista de los procesos electorales y de las consultas a la población, estaba claro que la oposición representaba a la mayoría en el país y sería muy difícil revertir esa mayoría. Solo a través de intervenciones que, de alguna forma, deformaran la voluntad popular y el sistema representativo (como el paquete de abril, que el presidente Geisel había bajado para garantizar a la mayoría del Colegio Electoral para la Presidencia de la República y el control del Senado y el Congreso) sería posible asegurar mayoría para la dictadura.

Este era el primer dilema que enfrentaba el gobierno de Figueiredo: ponerse en contra o a favor de la voluntad popular. El segundo dilema: esa voluntad popular tendía a radicalizarse a medida que el movimiento obrero comenzaba a ser un factor muy importante y determinante, incluso en las fuerzas de oposición. Las huelgas del ABC aumentaban. En Minas Gerais, una huelga de trabajadores en la construcción civil había asumido una radicalidad fuera de lo común. Se sentía una tensión creciente en el país, que podría llevar a la hegemonía de la oposición por vías más radicales.

La táctica del gobierno de Figueiredo para esta situación respondía a los siguientes principios: primero, hacer avanzar de forma progresiva la representatividad del proceso electoral, segundo, mantener los controles ya alcanzados por el paquete de abril que llevaban o aseguraban la mayoría del gobierno en el Colegio Electoral de 1984; tercero, estimular las diferencias internas dentro de la oposición, crear condiciones para que estas maduraran y se expresaran, con el objetivo de disminuir confrontaciones entre el gobierno y la oposición; permitir la formación de partidos de centro, tanto de centro derecha como de centro izquierda y, por ende, diferenciar el proceso político lo suficiente para que una posible elección, 10 años después, a Presidente de la República, ya no reflejara más la confrontación oposición-dictadura, sino los diversos matices y diferenciaciones dentro de la oposición y del gobierno.

Por tanto, se trataba de la necesidad de una reforma partidaria cuya viabilidad dependía muy claramente de un proceso de democratización creciente.

Había, sin embargo, otro dilema más complejo y más difícil que el gobierno de Figueiredo tenía que enfrentar: dentro de las fuerzas armadas se abría con claridad la división entre el grupo "Sorbonne" y el resto de las fuerzas armadas, en el cual la tendencia que se oponía a "Sorbonne" parecía ganar fuerza y hasta una cierta hegemonía. Se diseñaba de manera más nítida una tendencia nacionalista y al mismo tiempo un abandono, por parte de estos nacionalistas, de las posturas autoritarias, mientras aceptaban cada vez más la idea de una salida democrática. El libro de Hugo de Abreu, *El otro lado del poder*, refleja muy claramente este proceso por el cual el grupo de oposición a la "Sorbonne" comienza a identificar el autoritarismo de Estado con el

autoritarismo de "Sorbonne", que controlaba el gobierno. La única salida para las corrientes que no aceptaban la subordinación a la línea política de esta organización era reforzar una salida democrática en el país. Eso llevó al general Euler Bentes a aceptar su candidatura por el MDB, contra la candidatura de Figueiredo a Presidente de la República.

Se ve así que los márgenes de acción del gobierno de Figueiredo estaban bastante reducidos. Era casi imposible intentar detener el proceso de democratización. El único camino sería moderarlo, ajustarlo a ciertos controles, modelarlo y ganar tiempo para que el grupo en el poder no fuese totalmente excluido del mismo por un proceso de democratización radical.

Con esas características, el gobierno de Figueiredo inició el proceso de "apertura política" que sucedía al curso de "descompresión controlada" llevado a cabo por el gobierno de Geisel. No bastaba ahora solo con descomprimir el sistema, sino que era necesario iniciar una auténtica apertura política. En ese sentido se ven los actos principales en esta dirección. Tal vez el primer acto, por cierto muy definitivo, se dio aún en el gobierno de Geisel con la revocación del Acto Institucional n. 5, el cual invalidaba el Estado de derecho.

Enseguida, en el gobierno de Figueiredo, se decreta una amnistía en 1979. Episodio complejo y confuso porque el propio partido de oposición, el MDB, había presentado un proyecto de amnistía que restringía el retorno al país de los líderes políticos anteriores a 1964, que aun gozaban de un gran apoyo político, en particular Leonel Brizola, Miguel Arraes y Luís Carlos Prestes. Era evidente que una amnistía de ese tipo no interesaba al gobierno de Figueiredo porque dejaría al líder de la oposición en manos del mismo grupo y ello podría dificultar el proceso de representatividad democrática en la nación al conducirlo a una apertura muy cuestionable.

Era preferible que la oposición se dividiera y que las tendencias políticas se abrieran con claridad dentro de la misma para seguir aquel camino de diferenciación que el general Golbery había concebido.

Es así como la amnistía del general Figueiredo era incluso más amplia y más radical que aquella propuesta por la oposición y permitía realmente el retorno al país de todos los líderes políticos importantes, con excepción de aquellos que hubiesen cometido crímenes de sangre, pero que después serían incluidos en la amnistía. No se concedía tampoco la revisión de las situaciones injustas creadas por la acción autoritaria de la dictadura, que también con el tiempo fue corrigiéndose sin llegar a haber aún una solución final. El gobierno de Figueiredo estableció incluso una amnistía mutua entre las partes, con lo cual garantizó a las fuerzas armadas y a aquellos que participaron del proceso de represión una protección que consideraban esencial para continuar el camino de apertura política.

El segundo punto bastante importante de la apertura política era la liberación para la formación de partidos políticos. Esta nueva situación se inició por la disolución de los dos partidos creados por la dictadura, MDB y ARENA, y la facilidad para el retorno y la creación de varios partidos políticos en el país.

El tercer punto importante era la convocatoria a elecciones directas para gobernadores en 1982, que se afectaron con la acción del señor Leitão de Abreu (las cuales iniciaron una grave divergencia dentro del gobierno de Figueiredo) en el sentido de limitar la acción de los partidos políticos en el proceso electoral, obligándolos a fundirse o a adoptar procedimientos en extremo artificiales para poder sobrevivir al proceso electoral de 1982, de acuerdo a las imposiciones establecidas por el gobierno que invalidaba a los pequeños partidos políticos en general.

Este proceso de apertura debía tener continuidad, pero comenzó a huir del control del grupo en el poder. Se inició una fuerte campaña por la convocatoria de elecciones directas para Presidente de la República. El sistema resistía con mucha fuerza esta demanda que representó la primera iniciativa política de la oposición. El gobierno de Figueiredo tenía la aspiración de hacer aún al Presidente de la República en 1984, a través del Colegio Electoral. Antes de entrar en el proceso de 1984, que estuvo marcado por la campaña debido a las "Elecciones directas ya" y después por la elección de Tancredo Neves en el Colegio Electoral, se describen los efectos de las primeras medidas de apertura política sobre el contexto partidario global.

2. LAS MARCHAS Y CONTRAMARCHAS DE LA REFORMA PARTIDARIA

El primer aspecto que se ubicaba de inmediato ante este proceso de apertura política, reforma partidaria y amnistía era la relación entre el líder del MDB y los otros líderes políticos que no estaban de manera directa asociados al proceso de oposición aceptada del decenio de 1970. Ahí comenzaban las diferenciaciones internas dentro de la propia oposición. De hecho, se presenciaba una diferenciación de la oposición básicamente en cinco partidos. Por un lado Tancredo Neves cuestiona una radicalización del MDB hacia la izquierda y propone una diferenciación entre el sector liberal del MDB y sus sectores más radicales. Es así como Tancredo llama a la formación del Partido Popular (PP) que va atraería el ala más liberal conservadora del MDB y los sectores más liberales de la ARENA para crear una formación política de centro-derecha.

Por la izquierda, el MDB tuvo dos presiones: por un lado las fuerzas ligadas al movimiento obrero de São Paulo, a las comunidades Eclesiásticas de Base y a la oposición sindical, que habían desarrollado un proceso político a partir de los movimientos sociales y a través de la acción directa dentro de los sindicatos, en las

huelgas y las acciones políticas de masa, y que no se sentían representados por el MDB, ni siquiera por su ala izquierda. Ese sector iniciaría el proceso de formación de un partido socialista y obrero, que llevó a la formación del Partido de los Trabajadores, bajo el liderazgo de su grupo más dinámico y de base política más efervescente, el líder sindical de São Paulo. Este contaba con el apoyo de la Iglesia de São Paulo y, por tanto, tenía la capacidad de atraer los movimientos eclesiásticos de base.

Por último, arrastraban también la llamada oposición sindical y las fuerzas de izquierda revolucionaria y trotskista con penetración en el movimiento estudiantil, sectores de la intelectualidad y en la oposición sindical. Estas corrientes tuvieron que optar entre un partido ideológico sin expresión partidaria o integración en ese partido más amplio, bajo la hegemonía del líder sindical de São Paulo (los sindicalistas del ABC) y de la Iglesia.

Se forma así el PT, que tiene en la figura de Lula la síntesis de esa unión del liderazgo sindical con la Iglesia. Se originó en el movimiento cristiano, de donde se destaca como líder del movimiento sindical del ABC de São Paulo un nuevo sindicalismo con contactos importantes con base sindical y con una nueva intelectualidad que daría gran apoyo al PT. Había para ello razones ideológicas, a medida que Lula expresaba una novedosa postura política, no comprometida ni con los partidos comunistas ni con la socialdemocracia, ni con ninguna de las corrientes dominantes en el periodo previo a 1964, las cuales estaban sumamente cuestionadas y, sobre todo, se encontraban reprimidas por la dictadura.

Además, crecía la influencia de la militancia de los intelectuales sobre el sindicalismo de la clase media, el sindicalismo de profesores de universidad y secundaria, de profesionales y técnicos, en pleno ascenso en las décadas de 1960 y 1970, que no había encontrado aún un liderazgo político. Este sindicalismo estaba bajo la fuerte influencia de los ideales de 1968, del cuestionamiento de la revolución industrial y del sistema capitalista mundial, y encontraba un camino muy interesante a través de la propuesta del partido de los trabajadores, una formación política nueva, relativamente original.

Por la izquierda también el MDB enfrentaba ya el reagrupamiento de las fuerzas laboristas que habían sido mayoritarias hasta 1964 y que expresaban las corrientes nacional-democráticas que conducirían los procesos democráticos de 1945 y 1964 y llegarían incluso al gobierno del país durante la presidencia de João Goulart, estando en parte, en el poder durante el gobierno de Vargas, de 1950 a 1954, y durante el gobierno de Kubitschek, de 1955 a 1960.

Ese agrupamiento de fuerzas tenía en el laborismo su referencia fundamental. Pero dentro del Partido Laborista su líder más fuerte se había desplazado de sus sectores más conservadores, que estaban en torno a João Goulart, hacia su ala más radical de izquierda, que estaba en torno a Leonel Brizola, cuya aparición en el escenario político nacional, a fines de las décadas de 1950 y 1960, se marcó debido a tomas de posesión de carácter radical, democrático, nacionalista y antiimperialista, y que evolucionaría incluso hacia posturas socializantes. Esa posición de Leonel Brizola lo había convertido en el enemigo principal del golpe de Estado de 1964 que se orientó fundamentalmente contra su figura que se presentada como la amenaza "comunista" para Brasil.

Durante el exilio y con la muerte de João Goulart, el líder del laborismo se desplazó en definitiva hacia la figura de Leonel Brizola, incluso cuando algunos sectores pudiesen disentir de sus ideas dentro del ala más conservadora del laborismo. Él incluso, como líder político, hizo una reestructuración de sus posiciones con el objetivo de asumir esa función de líder más global.

Sus posiciones en el exilio pasaron por los siguientes cambios: como líder se inició con la organización del Comando Militar Revolucionario que emanaba de manera directa de las fuerzas que participaron del movimiento de resistencia revolucionaria en 1964. Ese comando dirigido por Brizola resolvió apoyar a un movimiento guerrillero entre 1964 y 1967 y, después, con la caída de la preparación de la Guerrilla de Caparaó y la muerte de Che Guevara, abandonó la tesis de la lucha armada para derribar a la dictadura.

A partir de ese momento Brizola aceptó un proceso de aproximación lento con el MDB (en particular el MDB de Rio Grande do Sul, que fue su ala más combativa y organizada). Así, su liderazgo político se iba ajustando a una nueva forma de oposición política institucional que prevalecería sobre todo a partir de 1974, lo cual le llevaría incluso a una reaproximación con João Goulart.

Esta reaproximación fue bastante difícil porque las discordancias habían sido muy fuertes desde 1961, cuando Brizola garantizó la posesión de Goulart a través del Movimiento de la Legalidad. Brizola fue sorprendido con el acuerdo de João Goulart en aceptar el parlamentarismo, que restringía sus poderes, para retomar la Presidencia de la República. A través del Movimiento de la Legalidad y del apoyo del Tercer Ejército, Brizola crearía todas las condiciones para ubicar a João Goulart con todos los poderes en la presidencia, y el preferiría el arreglo con sus adversarios. Las divergencias se reforzaron entre 1961 y 1964, con la lucha abierta por Brizola a favor de las reformas de base que Goulart acogía de manera muy tímida y solo en algunos aspectos. Y estas se ampliaron aún más durante el golpe de 1964, cuando Goulart no resistió al golpe en nombre del no derramamiento de sangre e inmovilizó el movimiento de resistencia que Brizola lideraba en Rio Grande do Sul con el apoyo del Tercer Ejército.

Entre 1966 y 1967, Goulart entró en el Frente Amplio junto a Lacerda, Kubitschek, Jânio Quadros y Ademar de Barros. Este Frente fue apoyado por el Partido Comunista para enfrentar a la dictadura y contaba con la simpatía estadounidense. Se trataba, por tanto, de un frente profundamente indiferenciado en el cual Brizola no aceptó participar. Hasta entonces, las divergencias entre ambos habían sido muy profundas, pero a partir de 1974 van apareciendo los mecanismos de una recomposición del Partido Laborista y de una asociación natural del liderazgo de Goulart y del liderazgo de Leonel Brizola en la medida en que este acepta la participación en el MDB, que se transformaba en un frente de las oposiciones, menos indiferenciada y confusa que el llamado "Frente Amplio" de 1966 a 1968. La súbita muerte de Goulart, que sucede a la sospechosa muerte de Juscelino Kubitschek deja a Brizola como sucesor natural del laborismo.

Esta evolución hacia una postura más moderada de Brizola se hizo aún más marcada cuando se le expulsó de Uruguay en 1977, en gran parte por la proyección que alcanzaba, en ese momento, su liderazgo político dentro de la oposición. Él decide ir a Estados Unidos para probar el movimiento por los derechos humanos de Jimmy Carter, del cual se hace incluso gran amigo.

Al mismo tiempo, se abrieron las puertas de la Internacional Socialista hacia la participación del Partido Laborista, entonces en recomposición. Esto se daba en un momento en que la Internacional Socialista comenzaba a aceptar la idea de que los partidos socialistas compuestos de intelectuales y pequeños grupos en el Tercer Mundo no representaban el movimiento de la Internacional Socialista, sobre todo ligado a los grandes movimientos sociales. Es así como la Internacional Socialista comenzaba a reconocer los movimientos de carácter nacional-democrático, como el APRA en Perú, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) en México, la Acción Democrática en Venezuela y otras fuerzas similares, que fueron aceptadas como expresiones de la socialdemocracia en las condiciones de lucha política del Tercer Mundo. Así también el Partido Laborista comenzó a ser una de las expresiones de la nueva concepción de la Internacional Socialista sobre los movimientos políticos del Tercer Mundo.⁵⁹

Sin embargo, el mismo líder de la dictadura y el ala derecha del antiguo PTB no se dejaron llevar por esa situación y buscaron establecer su influencia dentro del laborismo. Golbery trabajó la figura de Ivete Vargas, sobrina nieta de Getulio Vargas, para crear un liderazgo alternativo a Brizola dentro del laborismo. Claro que Ivete Vargas no tenía credenciales para ello, como el propio proceso lo reveló posteriormente pero, con el apoyo del gobierno, ella conseguiría algo definitivo: el derecho de usar la sigla histórica del Partido Laborista Brasileño (PTB), lo que se decidiría en 1980 por la Justicia Electoral.

⁵⁹ Sobre la carrera de Brizola y sus posiciones políticas en el exilio y sobre la Internacional Socialista ver particularmente el libro de Moniz Bandeira(1979B).

Este hecho provocó una restricción de la recomposición de las fuerzas laboristas en el país. Parte de ellas volvieron al MDB, ya ahora transformado en Partido del Movimiento Democrático Brasileño (PMDB), y con ello reforzaban esa fórmula de centro-izquierda, heredera del combate a la dictadura. Leonel Brizola es obligado a radicalizar sus posiciones políticas y a formar un partido casi totalmente vinculado con su líder personal, al brizolismo, como ala radical del antiguo laborismo.

Se forma así el Partido Democrático Laborista (PDT), que dará origen a una formación política inesperada, que representará una alianza entre las alas radicales del movimiento nacionalista democrático y sectores de la izquierda revolucionaria que, en proceso de autocrítica, se alinean al PDT junto a políticos de los más diversos orígenes que buscan asociarse al liderazgo de Leonel Brizola como potencialidad política nacional. Esa combinación de fuerzas producirá una fórmula más de izquierda que de centro-izquierda y tendrá su acento político en las zonas donde el brizolismo fue históricamente una fuerza dominante, esto es, los estados de Rio de Janeiro y de Rio Grande do Sul, donde se enraíza el PDT como fuerza política, con escasas expresiones en el resto del país.

La acción del grupo de Golbery restringió la viabilidad del PDT y redujo a Brizola y a su articulación al brizolismo, con restricción, por tanto, de su efecto y su fuerza electoral y llevó a un fortalecimiento del PMDB, al cual se asomaban las fuerzas que abandonaron el proyecto del PTB y no aceptaron la idea de un Partido Democrático Laborista más reducido.

Lo mismo acontecería enseguida con la derecha. Las medidas restrictivas del proceso electoral de 1982, establecidas por el ministro Leitão de Abreu, buscaban restablecer una situación de plebiscito entre el régimen y las fuerzas de oposición, llevando a una división dentro del propio gobierno (en la medida en que el grupo de Golbery no tenía interés en ese plebiscito). Pero también tuvo un efecto bastante serio desde el punto de vista electoral: el grupo de Tancredo Neves, con su Partido Popular, vio la inviabilidad electoral de una formación de centro-derecha dentro de ese cuadro tan restrictivo y se fundió con el PMDB, que se transformó en un partido mucho más amplio, más próximo de lo que originalmente era el MDB, pero más bien a la derecha.

De esa manera, el proceso de diferenciación ideológica y de más claridad en la representatividad política que venía desarrollándose desde 1979 sería restringido en vísperas de la elección de 1982, llevado a un fortalecimiento de la posición plebiscitaria entre el PDS, como expresión de la dictadura, y el PMDB, como expresión de la oposición. Así se limitaba el proceso de diferenciación de fuerzas políticas que habría permitido al país avanzar mucho más en dirección de una democracia política. Todo ello se reflejaría sobre la evolución posterior al proceso de la apertura política.

3. LAS ELECCIONES DE 1982 Y LA CRISIS DEL MODELO ECONÓMICO

Las elecciones de 1982 se analizan a detallade en una vasta literatura, entre la cual resalta el libro dirigido por David Flescher, *De la distención a la apertura: las elecciones de 1982*,⁶⁰ donde se puede ver con claridad cómo, desde el punto de vista plebiscitario, 1982 expresó una derrota muy crucial del régimen dictatorial. El PDS obtuvo victorias electorales solo en algunos estados donde las oligarquías rurales aún disponían de control sobre las poblaciones locales, mientras que el PMDB ganó en los estados más importantes. Para el cúmulo de decepción de la dictadura, el PDT, a través de Leonel Brizola, ganó también las elecciones en Rio de Janeiro, además de presentar una candidatura fuerte en Rio Grande do Sul. El PT formó también una importante bancada y demostró fuerte presencia no solo en el ABC paulista, sino también en varios estados. Estaba así configurada una situación política donde los principales estados se encontraban en las manos de la oposición y donde las fuerzas políticas más importantes se hallaban definidas en términos de oposición a la dictadura.

Se podría tener una expresión de ese cuadro cuando se analiza el resultado global de las elecciones de 1982. El PMDB fue de forma clara el partido mayoritario con 43% de los votos para la Cámara de Diputados, 43.7% para el Senado, 44% para los gobiernos estatales y 39.5% para el Colegio Electoral para presidente, lo cual era una consecuencia de las limitaciones impuestas a la formación de este Consejo. En segundo lugar, el PDS había alcanzado 43.2% para la Cámara de Diputados, 42.1% para el Senado, 41.5% para los gobiernos estatales y tenía 52.8% del control del Colegio Electoral para presidente. Como ya se dijo, esto se debía al carácter casuístico de la formación del Colegio Electoral. Entre las fuerzas nuevas, emergentes, el Partido Laborista Brasileño y el Partido de los Trabajadores y del PDT disputaron los votos restantes. Se verá que el PDT sería el segundo partido de la oposición con 5.8% para la Cámara de Diputados, 5.9% para el Senado, 6.1% para los gobiernos estatales, pero tendría solo 2% de representación en el Colegio Electoral para presidente. Lo mismo se observa para el PTB, cuya condición de oposición es bastante discutible (a pesar de presentarse como oposición electoral, todos sus candidatos se arreglarían con el sistema de poder existente, al tratarse de forma evidente de un partido armado mucho más con objetivos de dividir la oposición que de propiamente representar fuerzas políticas y líderes políticos reales). Vemos así que el PTB tuvo 4.4% para la

⁶⁰ Ver David Flescher, organizador (1988).

Cámara de Diputados, 4.6% para el Senado, 4.7% para los gobiernos estatales y 4.3% para el Colegio Electoral para presidente. Mientras tanto, el PT tuvo 3.6% para la Cámara de los Diputados, 3.7% para el Senado, 3.7% para los gobiernos estatales y 1.3% para el Colegio Electoral para presidente. De esa manera, el PDS conseguía asegurar su control del Colegio Electoral para presidente, incluso sin obtener la mayoría de los votos en la elección de 1982.

Sin embargo, se debe incluir en el análisis otros elementos que precipitaron la crisis del control del PDS sobre el Colegio Electoral. El Grupo de Golbery había establecido como meta garantizar una posible victoria de la oposición en la Presidencia de la República para el año de 1991 y, en realidad, si controlaban el resultado del Colegio Electoral, podrían asegurar su dominación por un periodo aún bastante largo, por lo menos hasta 1989. Los hechos permitirán que ese control continúe existiendo, pero a través de fórmulas inesperadas. De hecho, lo que se vivirá después de la elección de 1982 es un proceso de dinamismo de las fuerzas opositoras que, de una situación de defensiva total, siempre reaccionando a las iniciativas del sistema dominante desde 1964, comienzan a transformarse en fuerzas ofensivas capaces de obligar al sistema a responder a sus avances, al asumir poco a poco la iniciativa política.

Para comprender esa nueva fase que se anuncia después de las elecciones de 1982 se tiene que considerar la situación económica. El desgaste de la dictadura se acentuaba con el deterioro de su modelo económico. Entre 1980 y 1982 ocurrió un proceso bastante complejo y difícil de desgarramiento, desarticulación y desestructuración del modelo exportador dirigido cada vez más hacia el sector industrial, el cual se implantó en el país después de 1964 y se consolidó durante el milagro económico de 1968 a 1973. Como se vio, este modelo económico ya había entrado en crisis desde 1974.

El modelo demostraba, desde el punto de vista de sus relaciones internacionales, la necesidad de un apoyo creciente en el endeudamiento y una dificultad para detener las remesas de ganancias, los pagos de intereses, los pagos de *royalties* y otros servicios; por tanto, se mostraba incapaz de establecer una situación de equilibrio en la balanza de pagos. Los sucesivos déficit en la balanza de pagos llevaban a la necesidad de más endeudamiento para cubrirlos y así sucesivamente.

Por otro lado, el carácter concentrador de ese modelo exportador, basado en tecnologías de punta y empresas altamente monopólicas, generaba una limitación de la expansión del mercado interno, a medida que creaba una cantidad de empleo relativamente reducida y concentraba la renta en un sector en extremo limitado de la población. Por tanto, el impacto de ese tipo de crecimiento sobre la formación y la expansión del mercado

interno se revelaba mucho más lenta que las necesidades de nuevas inversiones, lo cual reforzaba la necesidad de buscar el mercado externo como salida a la debilidad del avance del mercado interno. Desde un punto de vista histórico, esto provocaba, como ya se vio, una situación de *superávit* comercial, bajas importaciones, fuertes exportaciones, y la diferencia generada por este superávit haría siempre financiar los servicios, ya sea de la deuda externa, el capital extranjero, los servicios técnicos u otras formas de servicios, como los fletes y el turismo, o bien como la salida de capitales del país, incluso nacionales, para invertir en el exterior ante la debilidad de la expansión del mercado interno. En 1973, con el aumento del precio del petróleo, la propia balanza comercial se volvió deficitaria, con incremento drástico de la fragilidad del modelo exportador industrial.

Esa situación representaba y aun representa un límite muy serio para el pleno desarrollo del sector industrial, sobre todo de las industrias de base porque estas son la última etapa en el proceso de importaciones. El modelo de crecimiento económico basado en la sustitución de importaciones tendió a sustituir primero los productos importados de lujo consumidos por la élite y, por ende, de alta elaboración. Enseguida, se sustituyeron los productos intermediarios, de consumo durable, lo que se daría en las décadas de 1950 y 1960. En los decenios de 1960 y 1970, se comenzó a sustituir la importación del propio sector de la industria de base y dentro de esta última las máquinas de hacer máquinas, estructuras fundamentales de producción que terminaron con la instalación de un sistema industrial completo dentro de la economía brasileña. Se caminaba hacia allá en la década de 1960, cuando se llegó a atender cerca de 60% de las maquinarias a través de la industria nacional (porcentaje que bajaría en el decenio de 1970 a cerca de 40%). Pero, de alguna forma, bajo la presión del crecimiento económico de la década de 1970, dirigido en gran parte a la exportación, pero también complementado con inversiones internas y de infraestructura y otros, y con la expansión incluso de las nuevas fronteras del país que de alguna forma representaban la expansión del mercado interno, se configuró la posibilidad y la necesidad, incluso ante las limitaciones para las importaciones de maquinarias, de que el propio país produjera esta base de máquinas de hacer máquinas que le diera una cierta independencia tecnológica internacional.

Esto obligaba a un proyecto de crecimiento económico y de desarrollo distinto que de hecho se esboza durante el periodo de Geisel. A través del Plan Trienal, aquel se proponía implantar las industrias de base que aún faltaban en el país.⁶¹ Entre ellas destacaban la petroquímica especializada, la industria espacial y militar y el

⁶¹ Antonio Barros de Castro (1985) fue uno de los primeros economistas de la oposición en reconocer y revalorizar abiertamente el proyecto del Plan Trienal. Ver también Becker, Berta K. y Egler, Claudio A.G. (1992). Brasil: una nueva potencia regional en la economía mundo, Brasiliense, São Paulo.

sector energético, que presentaba una grave crisis internacional a partir del incremento del precio del petróleo. Es en ese periodo cuando se implanta el controvertido proyecto de construcción de fábricas nucleares que buscaba transferir su construcción y su tecnología hacia las empresas brasileñas. Se inicia el proceso de utilización de la biomasa y la creación de una energía fundada en la condición de país tropical y de grandes extensiones territoriales con el proalcohol y con las perspectivas de transformar las semillas de ricino y la mandioca en fuentes de combustible.

Enseguida, se estudió el mayor aprovechamiento de los subproductos de la caña para otros fines. Se inició una siderurgia basada en el carbón vegetal. Se buscaban incluso otros caminos, a través del avance de la investigación y el desarrollo que permitieran a Brasil asumir una posición muy destacada como opción tecnológica internacional. Además de las industrias tradicionales de base, como la espacial (en especial el intento de entrar en la era del jet, que ya se venía haciendo, desde la década de 1960), existía la posibilidad de iniciar la producción de una industria petroquímica especializada, que diera al país una posición nueva en todo el campo químico, de gran importancia para su posición internacional en el área de la investigación y el desarrollo. Además, otros sectores variados que, bajo la dirección de Severo Gomes en el Ministerio de la Industria, apuntaban a una nueva fase de desarrollo, que solo podía consolidarse realmente a medida que se completara la infraestructura industrial de la nación e iniciara un salto hacia nuevas tecnologías, entre las cuales la más importante y que se destacaba era la informática, elemento clave para la Marina, ligándose con la Aeronáutica, también por la preocupación de las telecomunicaciones, y enlazándose asimismo a industrias más tradicionales, como la naval, la automovilística y siderúrgica que podían consolidarse, en un gran país productor de hierro, como una potencia importante entre esas industrias de base.⁶²

Ese proyecto sufría, sin embargo, de los límites que ya se señalaban. En primer lugar, un mercado reducido, que significaba dificultad de expansión de la producción de bienes de consumo final y duraderos. Sería la expansión de esos mercados los que crearían la demanda de maquinarias y de las industrias de producción más estratégicas. En segundo lugar, por esta misma razón de concentración de la renta y de la producción, se ve el impacto negativo determinado por la ausencia de inversiones sociales y, por tanto, de desarrollo de los recursos humanos o de la población en su conjunto. Sin una base educacional, de alimentación, de salud, ni una infraestructura de transportes que diera a las masas de trabajadores la capacidad de incorporarse a esta nueva fase de desarrollo industrial, era imposible fundar una potencia económica, siquiera mediana. En un país con más del 50% de analfabetos era simplemente inviable crear una nación moderna en pleno fin del siglo XX.

⁶²Una defensa apasionada de esta propuesta de independencia tecnológica se encuentra en Vidal (1987).

Añadido a esto, la dinámica de ese proceso de crecimiento económico estaba disolviendo y desarticulando por completo la vieja economía agraria del país y llevaba a una expulsión de mano de obra masiva del campo a la ciudad (cerca de 30 millones de personas salieron del campo a las ciudades en esos 20 años) sin encontrar empleos ni actividades económicas que pudiesen absorberla. De esa forma, la capacidad destructiva del sistema se revelaba muy grande, pero sus habilidades de inversión, de integración de esa mano de obra, de su incorporación en una infraestructura de inversión estatal, en el sector social sobre todo, se revelaban sumamente deficitarias con lo cual se generaba un proceso de marginación económica de grandes masas de la población. Esta marginalización degradaría cada vez más el ambiente social y cultural del país y la capacidad de la población de incorporarse a un proyecto productivo y político nacional.

El plan a futuro de Geisel habría de fracasar. La primera manifestación del límite de esa estrategia estaba en el propio comercio exterior y en las propias relaciones financieras internacionales. La crisis del modelo iría obligando a aumentar la dependencia del financiamiento externo, durante todo el periodo, hasta que en 1980 estalló la crisis del sector externo, tomando su forma más aguda en 1982, cuando el gobierno brasileño llegó a la situación de falta total de liquidez y necesitó de préstamos de última hora para poder operar y pagar costos elementales de sus actividades en el exterior. Por tanto, reducir a cero la liquidez de un país que siempre tuvo *superávit* comercial, era el resultado paradójico de las dificultades, las exageraciones y los absurdos de ese proceso de endeudamiento.

En segundo lugar, la economía estadounidense se vio ante la contradicción creciente entre las dificultades de su gobierno de contener su *déficit* fiscal y las presiones políticas en el sentido de aumentar los gastos, sobre todo militares. Esas presiones adivinaban del *establishment* industrial militar (cada vez más dedicado a la investigación y al desarrollo militar) que se formó en Estados Unidos durante los decenios de 1950, 1960 y 1970. Después de intentarlo con Nixon, este sector militar, de origen californiano y texano, consiguió imponerse en definitiva y hegemonizar el Estado en la década de 1980, con la victoria del californiano Ronald Reagan.

Este último estableció una política de gastos militares en extremo irresponsable, que eleva el *déficit* fiscal estadounidense a niveles incontrolables al saltar de 50 millones a 270 millones de dólares durante la década de 1980. Pero, ese *déficit* tenía que ser financiado. El único mecanismo de financiamiento de que se disponía era la atracción de capitales del resto del mundo hacia Estados Unidos, y el único mecanismo para atraer estos capitales eran tasas de interés sumamente altas. Se ve así, saltar las tasas de interés de 5 a 20%, llevando a los países deudores, como Brasil, que no disponían de capacidad para pagar sus intereses a través de la emisión de monedas nacionales, a una crisis brutal de su endeudamiento internacional.

Brasil, al ser el mayor país deudor del mundo (posición que perdería luego para Estados Unidos en 1985), se afecta de manera profunda debido al aumento de las tasas de interés y la imposición de los bancos internacionales para que se iniciara su pago. Es necesario tener en consideración aún, que se cobraba sobre intereses normales internacionales, un *spread* en nombre de la falta de condiciones de pago de los países latinoamericanos.

En este contexto, el gobierno de Figueiredo se inició bajo el efecto de estas circunstancias: del fracaso de la propuesta de Geisel y del acierto de cuentas con el capital internacional que ya no entregaba más recursos al país, pero ahora quería recibir, y a gran escala, los intereses de los recursos ahí puestos.⁶³ Ello inviabilizaba los éxitos económicos que permitieran la supervivencia de la dictadura militar. Ese periodo de éxito dependió en gran manera de la ayuda internacional a su modelo económico, en la medida en que atraía los capitales internacionales que se encontraban excedentes, sobre todo a partir de la plétora de petrodólares. A partir de 1980, Brasil comenzaba a perder esa capacidad de atracción y tenía que arreglar la casa para entregar recursos al sistema financiero internacional en vez de recibirlos. El gobierno de Figueiredo estaría marcado por esa nueva realidad, evolución natural del modelo adoptado antes. Los financiamientos del milagro económico cobraban, con excesos evidentes, su "ayuda".

Se vio en parte el efecto político de ese proceso. Desde 1974, se comenzó el cuestionamiento de la dictadura. La oposición, que aún es una fuerza pasiva bajo la acción de la dictadura, comenzó a romper esa pasividad poco a poco. Las huelgas obreras de 1978 empezaron a dar una nueva naturaleza a la oposición. En 1982, la victoria de los gobernadores de Estado del PMDB y el surgimiento de una postura política más radical, a través de la elección de Leonel Brizola como gobernador de Rio de Janeiro convirtieron a la oposición en fuerza mayoritaria y activa dentro del parlamento. Se está ante un panorama político en que el movimiento de la oposición comenzó a ser el factor dinámico y ofensivo. La dictadura entró a la defensiva y su proceso de desagregación se acentuó al punto de llegar a la desarticulación casi total de su esquema político. Con las dificultades económicas generadas por la paralización de los financiamientos internacionales y el creciente pago de intereses de la deuda externa, desde 1988, se fue desgastando cada vez más la capacidad de este modelo, de la élite política y de los intereses económicos a él asociados para conducir de forma política y gestionar de manera económica al país.

⁶³ Sobre el endeudamiento externo, la importancia de la elevación de las tasas de interés y otros problemas derivados de estos cambios hacia la economía brasileña, véase el número 1 de la revista, Política y Administración, FESP, 1985. Un balance del tema está en Luis Bresser Pereira, organizador (1989). Deuda externa: crisis y soluciones, Brasiliense, São Paulo.

4. EL MOVIMIENTO DE LAS "ELECCIONES DIRECTAS YA" Y LA ESCUELA DE TANCREDO NEVES EN EL COLEGIO ELECTORAL

Esa erosión del control político de las fuerzas prodictadura se revelaría en el movimiento de las "Elecciones directas ya". Este movimiento iniciado de forma modesta, crecería poco a poco hasta constituirse en colosales manifestaciones de masas. Estas ocurrieron no solo en las capitales, donde llegaron a producirse comicios de 1 millón de personas como en Rio de Janeiro y en São Paulo, sino también en las medianas y pequeñas ciudades. Los comicios gigantes llevaban el mensaje de elecciones directas para presidente de la República a todo el país. Ellos mostraban que la voluntad política de la nación era radicalmente favorable a elecciones directas para Presidente de la República.

A pesar de ello, la dictadura jugó sus cartas con fuerza y el PDS consiguió mantener una minoría suficientemente grande para superar a un tercio, es decir, fue capaz de detener y obstruir la revisión de la Constitución de 1967, la cual había creado el Colegio Electoral que elegía el Presidente de la República. Ese límite establecido en la votación se mostró muy estrecho. Fueron pocos los 28 votos que faltaron para formar una mayoría de dos tercios para la oposición, pero desde el punto de vista de las mayorías simples, la oposición se mostraba ya con más de 60%, casi 70% del Congreso Nacional que votó contra las elecciones indirectas para presidente y, por tanto, contra un punto clave en la conservación del sistema político creado por la dictadura de 1964.

Después del movimiento de las "Elecciones directas ya", se presentó un despliegue inevitable de esa situación. Consagrado el principio de que el PDS ahora es una fuerza minoritaria, se trata de ver si él puede obtener mayoría en el Colegio Electoral que elige el Presidente de la República. Ahora, el PDS, que jugó hasta el último momento las cartas de la conservación del Colegio Electoral, había conseguido mantener solo 35% de los votos en el Congreso Nacional. Era muy difícil que las representaciones estatales, donde había una fuerte presencia de los gobernadores de la oposición, pudieran neutralizar esa situación negativa dentro del Colegio Electoral para Presidente de la República.

Es así como se asiste a un cambio muy importante del proceso político. Hasta la campaña de las "Elecciones directas ya", el candidato más fuerte del Colegio Electoral era aquel designado por el PDS. Entre esos candidatos, el primero de ellos era el vicepresidente Aureliano Chaves, que tenía varias ventajas: la primera de ellas, ser parte del viejo grupo de Geisel y de la vieja UDN y contar con el apoyo de ese sector. Sin embargo, Golbery do Couto e Silva ya había roto con Figueiredo, como resultado de la actuación de su jefe del gabinete civil, Leitao de Abreu, por ocasión de las elecciones de 1982. Por tanto, el grupo "Sorbonne" ya no tenía condiciones para que el presidente Figueiredo indicase a Aureliano Chaves como su sucesor.

Ubicado en esta situación, Aureliano comenzó a debilitarse. Él ya había hecho un acuerdo con Tancredo Neves que tenía el control de los sectores más conservadores de la oposición, para que esta lo apoyara como candidato del PDS. Tancredo Neves, luego de su elección como gobernador de Minas Gerais, lanzó la tesis de un candidato de consenso para la Presidencia de la República, esto es, un candidato del PDS que fuese aceptable para la oposición. Trazando así el perfil de Aureliano Chaves que, dentro de los candidatos del PDS, era de modo innegable aquel que tenía más tránsito con la oposición y que defendía con más claridad tesis favorables a la liberalización política del país y al proceso de apertura política. Pero, con la lucha interna dentro del poder y el alejamiento de Golbery, Aureliano perdió las posibilidades de ser el candidato natural del Presidente de la República, a pesar de los apoyos internacionales con que contaba manifestados en su viaje a Estados Unidos en 1979, y que el autor analizó en aquella época.⁶⁴

A medida que Aureliano comenzaba a perder fuerza, crecía el candidato por la excelencia del grupo militar que había siempre disputado el poder con el grupo Castalista (o "Sorbonne", o Geisel, o Golbery). Este grupo triunfó con la imposición de Costa e Silva y consiguió mantenerse en el poder con el Acto Institucional n. 5. Impuso la presidencia de Médici e intentó hacerlo otra vez con el general Frota, lo cual inició su decadencia al ser derrotado. También renació en torno a Andreazza, una figura militar con gran tránsito en los sectores económicos ligados a la construcción civil, los cuales eran los principales beneficiarios de los enormes recursos que él movilizaba en el Ministerio de Obras y Transporte.

Esas grandes inversiones, mientras tanto, comenzaban a disminuir en la década de 1980 cuando los préstamos internacionales iniciaban su caída. A inicios del gobierno del general Figueiredo, entre 1979 y 1980, ocuparía el Ministerio de Hacienda el señor Mário Henrique Simonsen, con la perspectiva de iniciar el reajuste fiscal y financiero de la economía. Pero este reajuste tenía consecuencias recesivas, lo cual causaba la oposición en las fuerzas económicas de base nacional, que pretendían continuar el proceso de crecimiento y de inversión. La oposición de esos sectores fue victoriosa y llevó al regreso de Delfim Neto al Ministerio de Hacienda y al intento de retomar una política de "crecimiento con control de la inflación", con resultados bastante negativos, ya que se aplazaron más de una vez las medidas de control y estabilización monetaria.

Dentro de este panorama, el señor Andreazza continuó contando con recursos en extremo importantes, incluso en las elecciones de 1982. Esos recursos no se aprovecharon bien, pues fue derrotado, incluso en Rio de Janeiro, donde derramó recursos colosales para oponerse a un candidato sumamente difícil para asimilar el sistema, y que era el futuro gobernador: Leonel Brizola.

⁶⁴ Véase nuestro artículo con Herbert de Souza (1979). Las relaciones Estados Unidos -Brasil bajo la administración de Carter. Cuadernos Semestrales -Estados Unidos; Perspectiva Latinoamericana, n. 5, CIDE, México

El resultado de esa política de gastos irresponsables fue la creación de una situación económica en extremo difícil. A largo plazo, esa política económica aventurera debilitó enormemente las perspectivas del grupo en el poder. Después de las elecciones de 1982, las dificultades económicas se ampliaron aún más hasta llegar a la vergonzosa escasez de divisas y liquidez internacional en 1982. El país se vio tragado también por la crisis mexicana del pago de la deuda, que creó una situación internacional en la cual la apertura de créditos se hacía cada vez más limitada e inviable.

Internamente, se tornaba cada vez más necesario controlar los gastos estatales. La presencia del Fondo Monetario Internacional como un elemento de presión creciente comprometía cada vez más la soberanía del país, aumentaba las dificultades para conducir una política autónoma y demostraba la irracionalidad de la política económica de Delfim Neto. Todo ello fue llevando a un aumento de la presión del FMI, con visitas permanentes hasta descubrir por dónde había un agujero en su control de la política financiera de Brasil. Él buscaba el origen del enigma de cómo se conseguía controlar las emisiones de dinero sin controlar la inflación con ello. Se descubrió que el señor. Delfim Neto restringía en realidad las emisiones de dinero, pero aumentaba la deuda pública interna de manera intensa.

Al recibir recursos a través del endeudamiento interno, el gobierno mantenía un campo de inversión para el capital financiero nacional y entraba en el periodo llamado del "tamiz financiero", en el cual las tasas de interés internas se incrementarían de manera enorme y eso atraería los capitales para invertir en los ahorros públicos. Pero este no era de hecho un ahorro, pues esos gigantescos recursos que el Estado estaba retirando de la capacidad de inversión del país se destinaban a pagar la deuda externa y raramente a mantener una política de inversión interna. Estos recursos, cuando existían, tenían un contenido sobre todo político de atención a los intereses de la candidatura de Andreazza.

De esa forma, el control de Brasil por ese grupo comenzaba a convertirse en una tragedia nacional sumamente grave, porque sus miembros eran ya decadentes, indispuestos totalmente con la población, sin capacidad de apoyo internacional y sin medios de movilización interna. Este grupo continuaba succionando al Estado brasileño a favor de un capital financiero emergente y de un grupo de inversionistas y especuladores. Este grupo de sentido clientelar reducía toda su estrategia a la conservación y la supervivencia del propio grupo, ya en extremo desgastado.

Era natural que la población brasileña y la mayor parte de la clase dominante aumentaran su insatisfacción y profundizaran su percepción de que ese sistema político era inviable y tenía que derribarse. No fue posible hacerlo por la vía del voto directo para presidente. Ello en parte por la capacidad de movilización que aún

restaba al grupo político en el poder, pero también por la dificultad de las élites brasileñas para aceptar una confrontación mayor con el régimen y el miedo a una respuesta militar desfavorable. No obstante, en ese momento, los militares ya estaban profundamente divididos y con dificultad se arriesgarían a confrontarse con una voluntad nacional tan claramente manifestada como aquella a favor de las elecciones directas.

Por ende, el resultado, sería inevitable. El señor Andreazza, como candidato de la conservación del sistema se veía en una situación sumamente problemática y sin contar con los medios suficientes para su supervivencia. La salida del grupo de Golbery del gobierno comenzaba a hacer inviable también la candidatura de Aureliano, pero restaba al grupo de Golbery la necesidad de derrotar a Andreazza dentro del PDS. Para derrotar a Andreazza, la candidatura de Aureliano no servía. Esta era una candidatura que debía preservarse para un apoyo político más amplio, con objeto de abrirse a la oposición.

Era necesario dividir al propio sector más conservador y más reaccionario. La candidatura ideal para ello era la tercera candidatura del PDS, Paulo Maluf, que sería apoyado por Golbery y todo su esquema de influencia sobre la prensa. Esta convertiría a Maluf en una de las figuras más discutidas del país, lo cual permitiría entonces su crecimiento. No por sus méritos para alcanzar la presidencia, sino por su capacidad de corrupción destacada como una forma de atraer votos de corruptos dentro del propio PDS con el objetivo de derrotar a Andreazza. Se trataba de mostrar que quien tenía dinero no era este último, sino Maluf, y que las posibilidades de Andreazza eran en extremo limitadas. Golbery fue muy claro en ese sentido al decir que la candidatura de Aureliano era "muy ética" y no podía enfrentar una campaña de ese tipo.

Durante este periodo, Golbery fue nombrado por Tancredo Neves para ser uno de los curadores de la restauración del Colegio Caraca en Belo Horizonte, razón por la cual se verían con frecuencia en ese periodo, no en función de Caraca, sino para preparar el desgaste político de Maluf luego de que triunfase dentro del PDS y se inviabilizara la candidatura de Andreazza. Eso fue inmediatamente después de que Maluf derrotara a este último. Si como competidor de Andreazza, Maluf no podía ser derrotado, por las mismas razones no podría enfrentar la candidatura de la oposición. No se trataba más que de una lucha contra lo corrupto. Maluf se enfrentaba ahora a un candidato legitimado por su carácter en la vida pública.

Como estaba previsto, al día siguiente a su victoria, Golbery ya había abandonado su candidatura e incluso había pasado a la de Tancredo Neves. Al mismo tiempo, todo su grupo de liberales rompía con el PDS, principalmente su jefe Aureliano Chaves, para venir a constituir un nuevo Partido del Frente Liberal, que establecía la Alianza Democrática que apoyaba la candidatura de Tancredo Neves en el Colegio Electoral, Aureliano Chaves señaló para vicepresidente de Tancredo al presidente del Partido Democrático Social, el

señor José Sarney. Como para ser vicepresidente de Tancredo este no podía afiliarse al PFL, el nuevo partido liberal, tuvo que inscribirse en el PMDB, partido que derrotaría de manera notable en la campaña de las "Elecciones directas ya", derrota reciente y de gusto amargo para el PMDB y para toda la población brasileña. Sin embargo, el acuerdo se dio y el señor Sarney sería entonces vicepresidente de Tancredo Neves en el Colegio Electoral y, por acciones del destino, sería de hecho el Presidente de la República, ya que Tancredo Neves no pudo asumir la presidencia después de haber triunfado de manera abrumadora en el Colegio Electoral, al reducir al señor. Maluf a 180 votos en un colegio de 660.

5. LA MUERTE DE TANCREDO NEVES, EL GOBIERNO DE SARNEY, EL PLAN CRUZADO Y LA CONSTITUYENTE DE 1986

Se asiste así a una extraña manipulación de la historia. Manipulación tan trágica que gran parte del pueblo brasileño nunca creyó en ella, al atribuir la muerte de Tancredo Neves a un acto conspiratorio. Pero, verdadera o no esa conspiración, el hecho es que el grupo que comandó la dictadura militar consiguió más de cuatro años en el poder, que se prorrogaron a cinco, pues el ahora presidente Sarney había conquistado en el Congreso un año más de gobierno.

Esa situación fue sumamente desafortunada. Si las medidas del Ministro Leitão da Cunha, tomadas en 1982, habían dificultado el proceso de clarificación ideológica y política del país y su diversificación partidaria; si la derrota en el Congreso de la propuesta de las "Elecciones directas ya" había causado una decepción profunda en el pueblo brasileño y una demostración de falta de combatividad de las élites opositoras y políticas y de falta de sensibilidad de las clases dominantes para con las aspiraciones de la población, la asignación de Tancredo Neves por el Colegio Electoral parecía rescatar en parte estos fracasos anteriores. Incluso si él representaba una conciliación política en extremo confusa, era entonces manejada por él con una maestría excepcional, que permitía conciliar intereses inconciliables dentro de una clara toma hacia un camino liberal y democrático. Con el ascenso de su vicepresidente, José Sarney, se creaba una situación por completo nueva.

Sarney no tenía apoyo popular, ni tampoco en la élite política ya que esta percibía el rumor de los cambios que estaban ocurriendo en el país. No había apoyo en el partido mayoritario, que era el PMDB, del cual era miembro por circunstancias muy especiales y tenía dificultad incluso para mantener la alianza liberal que Tancredo había constituido.

Sin embargo, Sarney trabajaba en el sentido de poner fin a esos problemas. ¿Cuál sería la mejor manera de resolverlos? Apelar a un apoyo popular más fuerte que pudiese asegurarle la capacidad de negociación. Es así como se vio puesto en cuestión, más de una vez, el establecimiento de una política económica más moderada.

Tancredo Neves había asignado como su Ministro de Hacienda a su sobrino Francisco Dornelles, hombre del PFL, de posición moderada y capaz de atender, en gran parte, a los designios del FMI en una política de estabilización monetaria, de control de gastos estatales, etc. Ya para Sarney era difícil mantener esta política que exigía mano dura sobre la propia clase dominante y también sobre las aspiraciones populares que veían en él a un enemigo a ser acicateado en todo momento. Él no gozaba de la confianza popular y de las élites que tenía Tancredo. Este podía realizar "concesiones" a una política económica más conservadora. Sarney, al reafirmar una política de estabilidad monetaria, estaría confirmando su origen como presidente del partido de la dictadura.

Así, se vio una rebelión de las fuerzas económicas del país, sobre todo de aquellas ligadas al capital nacional, e incluso a ciertos sectores del capital multinacional, interesados en mantener el crecimiento económico. Se observó también aquella masa de pequeños propietarios del interior del país que terminó adhiriéndose al PMDB, sumamente insatisfecha con este partido al seguir una política económica del FMI. Se observaba ese conjunto de factores que llevaron a la caída del Ministro de Hacienda de Tancredo Neves y a la apertura de una nueva fase en que la política económica del país intentaría, de manera aventurera, oponerse a las tendencias naturales de contención de gastos, que buscaban arreglar la casa bajo fuertes presiones internacionales del FMI.

Hubo una rebelión dentro de la clase dominante brasileña, sobre todo de esos sectores intermediarios que ganaban fuerza con la victoria del PMDB y que buscaban entonces una alternativa política del FMI en torno al Plan Cruzado de Dilson Funaro, industrial muy expresivo de esa corriente. Esta quería una vez más ubicar a Brasil en el camino del crecimiento económico y crear las condiciones para poner en práctica transformaciones que estaban paralizadas desde la década de 1970 y que parecían inevitables ahora, en que el PMDB, la oposición, llegaba al poder.

Pues bien, ante el periodo del Plan Cruzado, que provocaría una situación nueva, un intento de acelerar las transformaciones económicas y políticas, pero que no llegaría, sin embargo, a las bases y a los puntos neurálgicos que tenían que tocarse para que esas transformaciones se dieran. Vemos una política de crecimiento económico sin reformas de base, de transformaciones financieras y búsqueda de moneda fuerte, sin aumento de capacidad de negociación internacional, con el desperdicio y el descanso mismo de las reservas en divisas del país. Se ve una política antiinflacionaria fundada en la idea de la inflación inercial que fue la clave del pensamiento económico heterodoxo. Y esta política se da en un momento en que el proceso político brasileño comenzaba a ganar una dinámica especial que llevaba a cabo el paso de una propuesta de simples aperturas políticas a una más radical, más profunda: la propuesta de redemocratización política del país y del establecimiento de una Nueva República tal como Tancredo lo anunció en sus discursos de campaña.

Esta política tenía un fundamento más moderado en su concepción original, que se refleja en el ministerio ya elegido por Tancredo Neves, el cual se impuso a José Sarney en un primer momento. Pero este ministerio se desplazaría más hacia la izquierda con la caída de su Ministro de Hacienda y la introducción de un ministro del PMDB, el señor Dilson Funaro, que expresaba las corrientes más radicales del PMDB. Más adelante, esta radicalización se acentuó en el plano político, en el sentido de romper en definitiva con el régimen de la dictadura, al convocar una Constituyente. Tancredo no pensaba en hacer esto último, sino en transformar el Congreso existente en un Congreso Constituyente, con la atribución de *revisar* la Constitución de 1967, aún en vigor. Terminó convocándose un Congreso Constituyente que estaría formado por los diputados y los senadores electos en 1986. Extraña situación en la cual una Asamblea Constituyente continuaba existiendo después de la votación de la nueva Constitución. Una situación en extremo antiética, pues la misma Asamblea que votó por una nueva Constitución para el país se benefició de la misma con dos años más en el poder, sin consulta popular. Esas dificultades que se analizan en el siguiente capítulo revelan, al mismo tiempo, la fuerza y la debilidad de la propuesta de una redemocratización a través de la Nueva República.

X De la transición democrática a la crisis de la Nueva República:

De Tancredo a Fernando Henrique

1. AUGE Y FRACASO DEL PLAN CRUZADO

Se vio que la evolución de la Nueva República generada por el compromiso de Tancredo Neves entre las fuerzas conservadoras, reaccionarias y progresistas sería cuestionada por la precipitación de la crisis económica del país. La economía ya había alcanzado su momento más crítico en el gobierno de Figueiredo: desde 1979, el país no conseguía crecer, el Producto Interno Bruto había disminuido de 14 a 9% en 1974 y a 5.2% en 1975; volvió a crecer a 9.8% en 1976; cayó a 4.8% en 1977 a 1978; aumentó otra vez a 7.2%, 9.1% entre 1979 y 1980; cayó de nuevo a -3.1% en 1981; 1.1% en 1982 y -2.8% en 1983, para crecer nuevamente en 1984 a 5.7%.

Enseguida, otra vez bajo la inspiración de las fuerzas peemedebistas que se concentraron en torno al Plan Cruzado y restauraron las energías del capital nacional y del Estado brasileño, volvió a presentarse en 1985 a 1986 un crecimiento de 8.4%, para reducirse en 1987 a 2.9%. De esta manera, las esperanzas de crecimiento económico no abandonaron a la clase dominante, siempre con la idea de un crecimiento económico que no exigiera reformas estructurales, no tocara la concentración de la renta y no requiriera una modificación agraria. O sea, un proyecto histórico que no necesitara ninguna transformación política ni económica importante en Brasil.

El Plan Cruzado es una expresión de ello. Reflejó la capacidad de siempre hacer a un lado esas cuestiones básicas, que la clase dominante brasileña viene curtiendo y cultivando hace años. En lugar de proponer reformas, en lugar de explicar la relación entre la inflación, la lucha de clases y los intereses en juego, se elaboró una teoría de la inflación "inercial". Esta intentó explicar la inflación por los mecanismos de expectativa inflacionaria de tal forma que, como en un campo de fútbol en que todos están en pie en las bancas sin poder ver el campo, si se consiguiese que todos se sentaran al mismo tiempo, se volvería a verlo. Todo es una cuestión de sincronizar comportamientos. Esta idea de neutralidad llegó a un punto tal que en el Plan Cruzado

se intentó incluso establecer una media salarial para justificar un no reajuste salarial que permitiese a los trabajadores recuperar las rentas que perdieron debido a la inflación del periodo anterior. No se dio el reajuste completo en nombre de la existencia de una supuesta media salarial, que correspondiera no al salario sino más bien a una media entre este punto más alto y el punto más bajo de la pérdida inflacionaria. Sería esta media la que se aseguraría a través de la estabilización de los precios.

¿Por qué razón se consideraba como el salario legítimo de los trabajadores la media y no los picos? Como se sabe, incluso los picos son salarios aún sumamente bajos y, por tanto, aun en extremo punitivos para la clase trabajadora. Surgía entonces la extraña teoría de que esta media arbitraria equivalía a la inflación reducida hasta cero. Reajustar los salarios en todo su valor sería "inflacionario"... Se trataba pues, de encontrar este punto neutro igual a la "inflación reducida hasta cero", que se consiguió imponer a la economía a través del control radical de precios y mediante el mecanismo de la creación de la expectativa generalizada de que la idea tenía que trabajar.⁶⁵

La población apoyo de inmediato el control de precios. Se crearon entonces los famosos "fiscales de Sarney", que buscaron transformar en realidad la política de contención de precios. Se asistió entonces, entre marzo de 1985 y las elecciones de noviembre de 1986, a una gran farsa política en Brasil, que consistía en los siguientes puntos:

En primer lugar, en la falsa idea de que la inflación tiene origen en un fenómeno inercial y que, por tanto, se controlaría en el momento en que toda la sociedad dejara de tener una expectativa inflacionaria.

La segunda farsa venía de la tesis de que era posible el control de precios a través de los mecanismos burocráticos de dominio ejercidos por un Estado sumamente debilitado, como el Estado brasileño, a través de la convocatoria a una opinión pública inestable y poco activa, como la brasileña, y de la utilización de los medios de comunicación (que nunca estuvieron ni estarán al servicio del control de precios, pues son un órgano del capitalismo de Estado y del "capitalismo salvaje brasileño").

En tercer lugar, la farsa también consistía en la idea de que las medidas antirecesivas, de carácter temporal y no estructural, podrían alejar las presiones inflacionarias. La farsa se volvía aún más peligrosa cuando se instigaba a la población al consumo, para aprovechar un control de precios que realmente consiguió estabilizarse

⁶⁵ La literatura sobre el Plan Cruzado fue una de las más extensas del país. Tal vez uno de los balances más a profundidad del grupo que más se identificó con el ministro Dilson Funaro, responsable por el plan, esté en la obra colectiva organizada por Belluzo y Batista Junior (1992) y publicada como ensayos en homenaje a Dilson Funaro. El lector encontrará en este trabajo amplia bibliografía sobre el tema

por un momento. Esta pasaba a comprar de manera entusiasta y “quemaba” sus ahorros, que pasaban a recibir tasas de interés bajas. El gobierno y las empresas volvieron a invertir, no en obras de largo plazo, sino en actividades de corto plazo. Se crea una reactivación económica breve, que aprovecha la liquidez generada por la utilización irresponsable del ahorro por la población. La farsa se hace aún mayor cuando se exige de los trabajadores que acepten de modo permanente el principio de la media salarial para garantizar el fin de la inflación.

De hecho, la población, bajo el control de una prensa en extremo monopolizada, se hace partícipe de una movilización de carácter totalitario en que cualquier discordancia del Plan Cruzado provocaba respuestas brutales y violentas y generaba acciones exaltadas de quienes estaban en el poder y de las amplias mayorías que apoyaban el Plan. Bajo la influencia de los medios de comunicación, se formó un consenso activo y excluyente.

Esta forma totalitaria de acción de la prensa, que llevó incluso al apoyo de casi 97% de la población al señor José Sarney, se reflejó en el proceso electoral. Las elecciones de 1986 asegurarían al PMDB la mayoría casi absoluta del país, solo perdiendo en un Estado de la Federación. Incluso a través de una alianza conservadora, el PMDB retomó el gobierno de Rio de Janeiro. Darcy Ribeiro, el candidato de Leonel Brizola, que había sido el único político en el país en enfrentar y criticar de manera abierta el Plan Cruzado, fue derrotado por la alianza de las fuerzas conservadoras y por la división del campo popular. Incluso el Partido de los Trabajadores, el PT, que sentía las limitaciones graves impuestas por el Plan Cruzado a los salarios de los trabajadores, tuvo miedo de enfrentar de forma abierta el Plan Cruzado y mostrar su carácter de farsa.

Este contenido de farsa que no fue entendido muchas veces por las personas que participaron de ese proceso, muchas de ellas intentando con sinceridad aplicar una política que pensaban era progresista, empujó al Plan Cruzado (que comenzaba a “hacer agua” ya en agosto) hasta las elecciones de noviembre. Se crearon incluso episodios artificiales de confrontación con los dueños de ganado que permitían el crecimiento de la candidatura de Quéricia en São Paulo.

Después de esa victoria electoral, totalmente fundamentada en la aplicación del control de precios, 10 días después, de una manera brutal y en una falta de respeto total a la opinión pública, el gobierno revocó el control de precios y aplicó el Plan Cruzado II, que reajustaba tarifas en sectores cruciales de la economía, algunas veces en más del 100%. Se aceptaba, por tanto, la existencia de una situación inflacionaria real, no

reconocida antes por el Plan, lo cual provocó un impacto inflacionario que hizo que el gobierno perdiera totalmente el control de los precios y de toda la economía. Esto llevó, finalmente, al fracaso del Plan Cruzado II.

Pocas personas percibieron que esto provocó por parte de la opinión pública un juramento definitivo: el PMDB no reelegiría candidato para la Presidencia de la República en las próximas décadas. Poca gente creyó en eso, incluso el propio presidente del partido, Ulises Guimarães, que partía a una campaña electoral en 1989 en donde, representando el partido que tuvo casi 97% del apoyo de la opinión pública en 1986, alcanzó cerca de 4% de los votos para Presidente de la República en 1989, lo cual reveló que este juramento de muerte era muy claro y muy definitivo.

De esta manera, el pueblo brasileño vivía una frustración más. Después de la campaña de las "Elecciones directas ya", que fue derrotada en el Congreso, pasa a conmovirse con la perspectiva de la victoria de un gobierno de composición en el Colegio Electoral, con Tancredo Neves al frente, para después asignar a José Sarney, presidente del partido de la dictadura, asumiendo el poder en la calidad de su vicepresidente. Ese mismo pueblo ve de repente, en el Plan Cruzado, la potencialidad de una intervención económica a favor de la clase trabajadora, incluso con salarios recortados, a medida que la contención de precios favorecía una cierta estabilidad salarial. La alta liquidez creada había permitido una recuperación de la economía y hacía volver otra vez el crecimiento económico. Pero de nuevo la decepción: el Plan Cruzado II y el regreso de la inflación, la pérdida de poder sobre los precios, la caída del crecimiento económico, el regreso al desempleo y el adiós al control político y económico del país.

2. EL AVANCE POPULAR Y LA RESPUESTA DE LA DERECHA: FERNANDO COLLOR

¿Qué es lo que podemos concluir de este proceso? La clase trabajadora, sobre todo los sectores populares y también importantes sectores de la pequeña y mediana burguesía, de la clase media asalariada y de los profesionales, se orientan de modo fundamental hacia una perspectiva de oposición, de crítica al sistema, de desencanto con todo tipo de *establishment*. Esa primera reacción se manifestaría más tarde en las elecciones municipales de 1987, que se hicieron debido al regreso de las elecciones en las capitales donde crecieron otra vez el PT, el PDT y las fuerzas no comprometidas con el proceso político del Plan Cruzado. Es así como el PT elige al alcalde de São Paulo, el PDT selecciona al alcalde de Rio de Janeiro, y el PSDB, que se había desprendido del PMDB, elige al de Belo Horizonte.

Las fuerzas de oposición no comprometidas con el PMDB parecen ahora despuntar con una gran perspectiva política en el país. Era necesario para la clase dominante pensar profundamente cómo responder a la amenaza de que la Presidencia de la República cayera en las manos de los candidatos de estos movimientos. Los estudios de opinión daban a Leonel Brizola y a Lula una posición mayoritaria en el país, indicando incluso la posibilidad de que fueran al segundo turno esas dos candidaturas. Era necesario crear una capacidad de movilización para atender este nuevo cuadro político.

Además, el funcionamiento de la Constituyente, ya en plena acción, mostraba que las fuerzas de izquierda, a pesar de ser minoritarias dentro de la Constituyente, formaban un núcleo mucho más consecuente que la derecha y con condiciones de actuar a partir del respaldo de una fuerte movilización popular. Los movimientos sociales de todos los sectores (desde los antiguos movimientos sindicales y campesinos y habitantes de los barrios hasta los nuevos movimientos de mujeres de las asociaciones de barrio, de los indios, de los consumidores, etc.) veían a la Constituyente presionar por una Constitución, que reflejara las aspiraciones de esos sectores excluidos en un sentido político durante la dictadura militar. En ese nuevo clima, ellos se expresaban para definir una carta magna que atendiese las aspiraciones de las mayorías. Por tanto, proyectaban sus aspiraciones en un documento constitutivo de una nueva república que debía fundar una nueva fase de la historia política del país.⁶⁶

La derecha se siente amenazada sobre todo en el derecho de propiedad cuando se retoma la cuestión de la reforma agraria. Como siempre ocurre en estas circunstancias, se produce el agrupamiento del núcleo de las fuerzas de derecha en torno a los propietarios de enormes áreas rurales. Ahora ya no se trataba de los viejos latifundios improductivos, sino de propiedades rurales modernas, explotadas por empresarios capitalistas. Sin embargo, en esta economía, la propiedad de la tierra es aún una de las fuentes esenciales del poder económico. La posibilidad de la reforma agraria llevaría a la movilización de las fuerzas de centro derecha dentro del parlamento para garantizar las medidas de interés de las fuerzas conservadoras. Se forma así el *centro* dentro del parlamento y se esclarece aquello que ya estaba bastante claro: una gran parte del PMDB constituiría el núcleo del centro y no solo el PDS y el PFL. El agrupamiento de las fuerzas conservadoras mostraba así que su abanico llegaba hasta (y con mucha fuerza) dentro del PMDB, al llevar a la izquierda y a las fuerzas de centro-izquierda a un aislamiento dentro del parlamento, sumamente peligroso para las conquistas sociales de los trabajadores, que el centro no consiguió deshacer debido al momento ya tardío de la movilización de la derecha.

⁶⁶Sobre la Constituyente de 1988 véase nuestro libro (1991): Democracia y socialismo en el capitalismo dependiente. Vozes. Petropolis.

El establecimiento de una Constitución altamente progresista y moderna que consiguió resistir incluso a las intensas ofensivas de la derecha, mostraba que el núcleo de fuerzas de centro-izquierda en el país, se había reforzado entre la elección de Tancredo Neves y el final de las actividades constituyentes del Congreso Electo en 1986. Estaba claro que si el Congreso hubiera sido electo en 1967 tendría un contenido más progresista aún. Estaba claro también que la derecha perdía a cada momento la posibilidad de erigir una candidatura nacional capaz de neutralizar las potencialidades de las candidaturas de izquierda. Sus nombres políticos desmoralizados indicaban la necesidad de buscar una fórmula de centro-izquierda hacia el avance y la supervivencia del capitalismo.⁶⁷

El PSDB se había creado en vísperas de las elecciones presidenciales como una disidencia del PMDB. Este partido pretendía ser una formación eminentemente doctrinaria, un seguidor de la doctrina socialdemócrata (de manera extraña, se ubicó en su presidencia un demócrata cristiano notorio: el señor Franco Montoro). Es difícil definir, sin embargo, lo que es una doctrina socialdemócrata. En realidad, el programa actual de la socialdemocracia fue un resultado de las alianzas establecidas por el movimiento obrero europeo, cuyas posturas programáticas y doctrinarias han variado mucho. Es pues, muy difícil concebir un partido social demócrata que no sea una emanación del movimiento obrero, sino un agrupamiento de políticos e intelectuales "socialdemócratas". En la práctica, el PSDB intentó conciliar una postura de oposición con compromisos con el orden establecido. Ofreció a la clase dominante brasileña la candidatura del senador Mário Covas, con la intención de reflejar los intereses de un capitalismo modernizado, y propuso "un choque capitalista" que permitiera al capitalismo brasileño romper sus amarres con comportamientos "precapitalistas", oligárquicos, estatistas y, sobre todo, con sus formas "salvajes", para adoptar un contenido social demócrata más avanzado. Se ve así, al contrario de la experiencia europea, en que los gobiernos socialdemócratas reflejaban la aceptación por el movimiento obrero de un capitalismo reformado, el intento de crear una socialdemocracia pequeñoburguesa que hiciera concesión a los trabajadores. Esta intrincada construcción no la asimiló ni la clase dominante, ni el movimiento obrero.

El PT y el PTD, partidos con raíces efectivas en las fuerzas populares, reflejan más de manera directa la experiencia de la socialdemocracia europea en las condiciones brasileñas, pero sin postularla.⁶⁸ Ambos proponen mantener el capitalismo, pero renovándolo, sobre todo, con un fuerte contenido social. La diferencia entre ellos estaba principalmente en la cuestión nacional: mientras el PT ubicaba muy en segundo plano el

⁶⁷ Sobre la articulación de la derecha hacia las elecciones de 1989 véase el libro de René Dreiffus (1989), *El juego de la derecha*. Vozes, Petrópolis.

⁶⁸ Sobre la evolución de la social democracia en la posguerra, véase Guillaume Devin, *L'internationale socialiste (1945-1990)*, Presse de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris, 1993.

asunto nacional, el PDT, en particular la candidatura de Leonel Brizola, daba especial énfasis a lo que él llamaba "las pérdidas internacionales", que serían una de las causas fundamentales de la crisis económica del país y de su inviabilidad como nación. Esta ubicación debería ser muy fuerte en el contexto de una nación que discutía como cuestión fundamental el pago de la deuda externa y que ya tenía pagados durante los cuatro años anteriores intereses de esta deuda, casi igual al monto global de la misma, país que llegaría a desbaratar 70 mil millones de dólares para mantener la misma deuda, lo que le conducía a una recesión brutal, sin salida visible a mediano plazo.

Sin embargo, la clase dominante desconfiaba de todas esas fórmulas y no se adhería ni a la candidatura que le fue ofrecida en bandeja, como la de Covas, ni a las candidaturas de izquierda, como la de Leonel Brizola y Lula, ni tampoco a las demás, esas si bastante desgastadas como la de Ulises Guimarães (que estaba asociado además al Plan Cruzado, lo cual también perjudicaba mucho a Covas).

Un factor más puso a la derecha en una situación difícil: las aspiraciones de Sarney por aumentar de cuatro a cinco años su periodo presidencial. Al pasar de 1988 a 1989, al final del mandato presidencial, se intentaba de hecho ganar tiempo y evitar la confrontación inmediata por el poder presidencial debido a la amenaza de una victoria de Leonel Brizola que en aquel momento estaba, en todas las investigaciones de la opinión pública, bastante distante de los otros candidatos. De esa manera, se realizó un acuerdo entre el centro parlamentario y el presidente Sarney en la manera de distribuir cargos, concesiones de televisión y muchos otros bienes públicos para obtener la votación a favor de más de un año para el presidente. Fue en este contexto que se generó la expresión que se hizo corriente de que la política seguiría la máxima de San Francisco: "es dando como se recibe".

Este acontecimiento político provocó un sentimiento profundo de repudio de la población hacia el Parlamento. Se agregaban a este escándalo muchos otros y la posibilidad de que, en un cierto momento, el Parlamento instalara un régimen que lo transformara en poder único en el país. La posibilidad de que ello ocurriese generó por parte de la población una indignación muy grande.

Todo ese cuadro acentuó de manera enorme la idea de que el régimen político, sus representantes y sus políticas económicas, estaban todos en una crisis definitiva, y que era preciso pasar al país en limpio. Las elecciones presidenciales de 1989 reflejarían este sentimiento.

En este contexto, surgió una candidatura creada básicamente por una campaña televisiva. Se trataba del joven gobernador de Alagoas, hijo de un senador de la antigua UDN y nieto de una de las grandes figuras de

la república (cuyo nombre, Collor, termina siendo su identificación política, a pesar de ser parte de su linaje materno), exalcalde de Maceió nombrado por el régimen militar, exdiputado por el partido de la dictadura, el PDS, electo gobernador por el PMDB, socio de la Red Globo de Televisión (propietario de una reproductora de la misma en su Estado, Alagoas). En contraste con este perfil típico de la oligarquía dominante, estaba el candidato Fernando Collor, personaje de televisión: rapaz joven, bien parecido, agresivo, capaz de asumir cualquier posición que fuera necesaria para subir al poder. Se presenta a Collor al país como un joven gobernador que lucha contra las oligarquías del noreste y los aprovechados de los cofres públicos (los "marajás" brasileños), protector del medio ambiente, combativo defensor de los pobres y "descamisados". Al principio, todo indica que se trataba de un candidato no para disputar la cabeza de la chapa electoral, sino que apoyado tan firmemente por la Red Globo, podría negociar, por ejemplo, la posición de vicepresidente en la chapa de Covas.

El *establishment* brasileño se renovaba y se disponía a apoyar una chapa presidida por la socialdemocracia, y teniendo como vicepresidente a un joven "cazador de marajás", protector del dinero público.

Sin embargo, este acuerdo parecía poco atractivo para la candidatura de Mario Covas. En aquel momento la candidatura de Collor era un montaje de la Red Globo con índices de opinión pública aún bajos y valorizados de manera falsa. Pero en la medida en que esta candidatura asumía un contenido de crítica, y más que crítica, de cuestionamiento radical del orden establecido, ella acogerá el sentido de contestación, rebeldía y resentimiento contra la situación del país y contra el papel de los políticos.

Es así como este candidato, que encarnaba la lucha contra los "marajás", los oportunistas del poder público, comienza a encarnar la batalla contra todas las formas de autoridad y por la moralización del país, que se expresaba en un enfrentamiento muy duro con el propio Presidente de la República, José Sarney, que se encontraba entonces en su punto más bajo de prestigio. El hecho de que Collor no trajera partido o "máquina" y con ello se presentara como alguien totalmente independiente, capaz, por tanto, de tomar las actitudes necesarias para detener la "pandilla" que había controlado y que controlaba al país, aparecía como otra ventaja para una opinión pública desilusionada de "los políticos".

De manera impresionante esa candidatura ganó fuerza y creció dentro del vacío político creado por los partidos de centro-derecha tradicionales: el PMDB estaba condenado por su participación en la farsa del Plan Cruzado; el PFL y el PDS como expresión de la dictadura; el centro como manifestación de la unidad de las fuerzas conservadoras que habían dado más de un año a Sarney. Todo ello había creado un vacío político extremo para el sector más conservador de la población que quería "dar cambio" a todos esos políticos. Este

candidato se presentaba como lo más radical, lo más duro en la confrontación con esas fuerzas, a lo que se le agregaba la juventud, la buena presencia, la buena interpretación en la televisión y el apoyo ostentoso y definitivo del monopolio de la televisión en el país, el Sistema Globo de Televisión.

En este contexto fue posible ocultar de la opinión pública datos esenciales sobre Fernando Collor de Melo que ya se resaltaron aquí, como: que era un hijo de la dictadura, que había ocupado la Alcaldía de la capital de su Estado, indicado e impuesto por el gobierno dictatorial; que había votado por Paulo Maluf, contra Tancredo Neves en el Colegio Electoral; que había utilizado el Plan Cruzado como candidato del PMDB para elegirse gobernador de su Estado, Alagoas; además de ser miembro de una familia tradicional de la UDN, de las antiguas fuerzas conservadoras y de ser una figura típica de la oligarquía en el país. Todas esas características combinadas revelaban una figura más conservadora que rebelde. Pero era necesario ocultar, sobre todo, su temperamento en extremo violento, sus vicios personales y sus truculencias que venían desde la juventud en Brasilia. Fernando Collor de Melo era una expresión perfecta del "hijo de papi": truculento hijo de las familias oligarcas de Brasil.

Sin embargo, la campaña televisiva consiguió ocultar todas estas cuestiones para presentar a Collor como un superhombre que batía todos los obstáculos y que entregaba al pueblo la fuerza de su juventud y de su decisión y que mantendría ese espíritu combativo para enfrentar a todos los enemigos del pueblo. Era una nueva toma de la experiencia de Jânio Quadros en muchos sentidos. La derecha se apoyaba en un candidato de contenido populista que se dirigía de modo fundamental a las masas de los descamisados, a la gran masa de la clase media baja, pobre y marginada del país que dio la votación a Collor (y que también había sido la base política de Jânio Quadros).

Una vez más, la clase dominante recurría a esas figuras mesiánicas con capacidad de aglutinación para darle en seguida el apoyo del voto conservador, del voto de la clase media alta y de las demás clases favorecidas del país. Esta ha sido su manera de asegurar una mayoría electoral contra la amenaza de una victoria electoral de izquierda, siempre postergada por esas tácticas que terminan generando problemas mayores de lo que pretenden resolver.

Como ocurriría con Jânio Quadros, la victoria de Collor era una victoria de "pirro", pues él concentraba enormes contradicciones que jamás podría resolver: hablaba en nombre del pueblo y de las clases más desfavorecidas para servir a las clases más protegidas, responsables directas de la miseria de esa población. Hablaba en nombre de la independencia política y de la concentración de la autoridad derivada del voto, cuando era un típico producto de una maquina política y del control de los medios de comunicación por la clase dominante.

La victoria de Collor se dio, sin embargo, por un porcentaje reducido, ya que la izquierda opuso a él, no figuras conservadoras que le aseguraran una base institucional (como fue la candidatura del general Lott contra Jânio Quadros), sino una candidatura radical, que terminó expresándose en el segundo turno a través de la figura de Lula, apoyada fuertemente por Leonel Brizola (que, por una distancia muy pequeña, ocupó el segundo lugar en el primer turno y que con seguridad habría tenido mejores condiciones para enfrentar a Collor en el segundo turno).

La izquierda consiguió arrastrar votos de importantes sectores de la clase media y de la pequeña burguesía para un candidato que representaba un cuestionamiento radical del orden existente. De origen sumamente popular, Lula venía de Pernambuco, un Estado del Noreste, para formar la masa de migrantes proletarios de São Paulo. El representaba a los sectores más explotados del país, mientras que Collor encarnaba, en realidad, la oligarquía nordestina. Obrero especializado, elevado al liderazgo político por su militancia sindical, se enfrentaba a un empresario representante de la clase dominante. Líder sindical, Lula tenía una carrera política identificada con las luchas populares y con una postura socialista, y proponía transformaciones profundas que, incluso sin romper con el régimen económico capitalista, permitiría reorientar al capitalismo brasileño en dirección de transformaciones sociales profundas que asegurasen la participación de la mayoría de la población en el proceso de desarrollo económico y en su consolidación como nación independiente y moderna. Defendía la modernidad, pero la entendía, en primer lugar, como una sociedad en la cual prevalece una distribución de la renta más democrática, mientras que Collor llamaba a una modernización sobre todo ligada a ciertos patrones tecnológicos de consumo. Esta visión que identifica tecnología con objetos de consumo complejos es típica de una burguesía adinerada y una oligarquía atrasada. Las verdaderas teorías de la modernidad siempre la identificaron con la ausencia de grandes diferencias sociales y con la educación de toda la población a través de la escuela moderna. El mismo concepto de la posmodernidad que Collor, de cierta forma, intentaba manipular, supone estas características de la población.

De manera que, Lula expresaba una modernidad efectiva, mientras que Collor identificaba la modernidad con elementos en extremo conservadores y arcaicos. Aliaba la idea de modernidad a la imagen de un liderazgo mesiánico que él mismo representaba y que resolvería los problemas de la población. El pedía su apoyo con frases del tipo "No me dejen solo mi gente". Entonces él era la solución. De ahí, un mesianismo arcaico, utilizando incluso expresiones del noreste arcaico, como ciertas figuras religiosas mesiánicas para atraer el voto de las masas más pobres de la región. Enseguida identificaba la idea de modernidad con tecnologías en apariencia de punta, como ferraris y *jet-skis*, que son simplemente aplicaciones exóticas de tecnologías no siempre muy avanzadas. Por último, equiparaba la modernidad con la quiebra del Estado, cuando se sabe que tanto en Estados Unidos como en Europa, o en Japón, la participación del Estado es elemento fundamental

de la vida contemporánea, con presencia permanente en la vida de los individuos, a ellos asociados a un concepto de ciudadanía cada vez más moderno y más avanzado. La presencia del Estado es uno de los elementos propios de la modernidad, pues las economías y los regímenes políticos precapitalistas se caracterizan exactamente por la ausencia de poder estatal. En ellas, el Estado no tenía fuerza, no tenía presencia dentro de la sociedad, en particular en las sociedades feudales.

De esta forma, la imagen de Collor como expresión de modernidad, como político de oposición, como ejemplo de moralidad pública y como campeón de los desfavorecidos era un producto exclusivo de la publicidad. Al haber votado por un producto publicitario, el pueblo brasileño viviría su nueva decepción. Victorioso, Collor cree en su fuerza política y en su independencia para formar su ministerio. Entre otras demostraciones de su prepotencia, nombró a una ministra de la economía sin prestigio propio para comandar de manera directa este sector estratégico en un país en grave crisis económica y financiera. Decretó un plan económico que pretendía, sobre todo, apoderarse de la liquidez del país y restringirla de forma drástica. En ese momento, la deuda pública había incluso alcanzado un nivel sumamente alto. Al contener esa liquidez se podrían realmente detener los mecanismos inflacionarios. Pero solo por cierto tiempo, pues se sabe que sin liquidez, la economía no puede funcionar. Se sabe también que el origen del exceso de liquidez de la economía está en su relación con la economía internacional, en su necesidad de generar un *superávit* exportador enorme para pagar el endeudamiento externo. La creación de este *superávit* crea renta, al pagar los factores destinados al proceso exportador. Estas exportaciones no se compensan con importaciones a precios bajos, ya que este *superávit* se ha usado para pagar los intereses de la deuda externa. Esas rentas del sector exportador presionan a una producción interna bastante modesta y el Estado, para evitar esa inflación de demanda, paga a los exportadores en títulos de deuda pública para que no destinen esos recursos a la compra de productos o a inversiones productivas que presionen a la demanda e impulsen gravemente la inflación. Ocurre, sin embargo, que estos títulos tienen que ser remunerados con intereses cada vez más altos debido a las dificultades crecientes de caja resultantes del peso acumulado por esa deuda interna. Por tanto, ¿de qué serviría crearse como se creó, un periodo de control artificial de esa liquidez, si sus causas persistían?

Pero, lo más grave fue el método por el cual se realizó ese control de la liquidez. Se estableció una apropiación obligatoria de los ahorros de toda la población, en una falta de respeto absoluto a un instrumento fundamental para el control de la demanda. Falta de respeto sobre todo al trabajo y esfuerzo de gran parte de la población, pues la devolución de estos recursos, establecida y realizada dos años después, se hizo evidentemente en un valor real inferior además de haber bloqueado su utilización para las necesidades de la población de clase media, cuyo ahorro se hizo con gran sacrificio.

Junto a esta desapropiación sumaria, Collor adoptó también un conjunto de medidas de destrucción del Estado, caracterizadas por el despido masivo e indiscriminado de funcionarios, cierre de organismos públicos sin ningún criterio y por la privatización irresponsable y hasta dolosa de empresas públicas. De forma paralela, se utilizaba el miedo que la clase dominante nutre por la izquierda para que esta entregara amplios recursos privados a sus amigos, y así fuera posible construir una alternativa política populista de derecha. A propósito, las elecciones de 1990 ya comenzaban a mostrar una insatisfacción de la población que llevaría al retorno, por ejemplo, de Leonel Brizola al gobierno del estado de Rio de Janeiro y a una nueva configuración de alcaldías con creciente influencia del PT, el PSDB y el PDT. Sin embargo, esta insatisfacción se mediatizaba aún por una dificultad de la población para identificar con exactitud lo que estaba aconteciendo, ya que la prensa, otra vez, cumplía el mismo papel de desinformar, de poner a la población contra la pared y de darle falsas informaciones todo el tiempo, para que esta no pudiera desarrollar criterios claros para juzgar las políticas económicas en curso.

Todas esas irresponsabilidades y aventuras antiestatistas se presentaban como un gran avance de modernidad del país, que estaba siendo corroído por políticas estatizantes y anticuadas. Pero el gobierno de Collor se mostró incapaz de dar continuidad a esa política. El regreso de la inflación, la liquidez y el endeudamiento interno revela el castillo de arena creado por esos mecanismos de embuste, y todo empieza a derrumbarse. La población comienza a sentir que todo ese sacrificio fue inútil y que ella tendría que esperar algunos años más para poder hacer una modificación en su situación política.

En este contexto, Collor se ve presionado por las propias fuerzas de la clase dominante que lo eligió y que comenzaba a percibir su debilitamiento. Al percibir los límites de su poder e independencia, Collor empieza a rehacer su ministerio al establecer un acuerdo político con el PFL y al intentar ganar también el PSDB. Para el PSDB, se trataba de un acuerdo difícil, pues tendría que moverse a una posición de centro-derecha al lado del PFL y bajo el comando de Collor. Esto termina por excluir al PSDB del gobierno de Collor, pero el acuerdo con el PFL volvería a seducirlo en las elecciones de 1994.

De esa manera, el PFL vuelve al poder solo y parecía claro que las fuerzas conservadoras conseguirían garantizar por algunos años más su control político del país. Pero la población estaba insatisfecha. Las propias fuerzas conservadoras continuaban descontentas con el hecho de que el presidente Collor intentaba mantener una reserva de apoyo político directo en la población y trataba de preservar una independencia política que le permitiese sobreponerse a los sectores conservadores que vieron formar su gabinete. Es así como continuaba la presión sobre Collor para liquidar al resto de sus amigos dentro del gobierno (él había creado un gobierno de amigos a falta de aparato político) y para que esos amigos disminuyeran la voracidad

sobre los cofres públicos. Ahora los viejos conservadores volvían al poder sin la necesidad de esta voracidad (ya que sus vínculos con los cofres públicos y sus maneras de retirar grandes recursos de los mismos son prácticas tradicionales y legalizadas).

La contradicción entre el nuevo gabinete político de Collor y sus pretensiones de mantener una hegemonía personal y una capacidad de acción independiente llevaría a una agudización de las contradicciones intrínsecas a su gobierno. La población presiente que estas contradicciones pueden utilizarse para desarticular a ambos grupos en el poder. El presidente Collor se ve ante acusaciones crecientes y revelaciones permanentes que van mostrando sus vínculos con el sistema de corrupción creado por él y por su principal hombre de finanzas, el señor P. C. Farias. Al sentirse amenazado por un *impeachment*, intentó demostrar que aún disponía de apoyo político y de capacidad de movilización y convocó a las masas para manifestarse a su favor. Por el contrario, lo que ocurre es una gran movilización de masas contra él y contra la corrupción, que da origen a los llamados "cara pintadas", sectores jóvenes de la población que salen a las calles para demostrar su repudio total contra Collor, su gobierno conservador, su gabinete y todo lo que él representa como preservación del sistema político y de las fuerzas de la dictadura. De esta forma, de una manera confusa y compleja, se cerraría el ciclo de la dictadura, con el *impeachment* de Collor y la entrada a la Presidencia de la República de su vicepresidente, Itamar Franco, que él había buscado en los cuadros de la antigua oposición.⁶⁹

Itamar Franco inició su carrera política como candidato a concejal del antiguo PTB y pasó al MDB, cuando este último se volvió partido único de oposición, donde se conservó siempre al lado de las fuerzas de oposición a la dictadura. Ahí construyó su destino político hasta que a vísperas de las elecciones de 1989, se encontraba sin partido por contingencias de la vida política de su estado, Minas Gerais. Esto lo llevó a apoyar la candidatura de Collor en una fase inicial de la misma. En el transcurso de la campaña y posteriormente, durante el gobierno de Collor, mostró una discordancia creciente con sus métodos y su política en el gobierno que nada tenía que ver con las propuestas de su campaña. En vísperas del movimiento por el *impeachment*, ya había dejado el partido de Collor y se encontraba sin partido.

Así, la oposición hacia la dictadura llegó por primera vez al gobierno por un camino inusitado y confuso, a través de Itamar Franco. Este asumió la Presidencia de la República representando en gran parte el pensamiento del antiguo MDB y retomando las líneas fundamentales de su ala centro-izquierda. Cuando entró en conflicto

⁶⁹Sobre el fenómeno de Collor y la campaña para su impedimento (*impeachment*) véase mi artículo: "Brazil's Controlled Purge: The Impeachment of Fernando Collor" NACLA, Report on the Americas, volumen XXVII, n. 3, nov. Dic, 1993.

con Tancredo Neves, quien lo llevó a abandonar su candidatura a gobernador de Minas Gerais en 1982, Itamar intentaba oponerse a la fusión entre el MDB y el PP (conservador) que Tancredo lideraba. Había, por tanto, una diferencia entre lo que representaba el gobierno de Tancredo Neves y lo que expresaba el gobierno de Itamar Franco: este último mantenía una fórmula más de centro-izquierda, que no rompía, sin embargo, el diálogo con las fuerzas conservadoras. Pero su enfoque político se volvió hacia una oposición al modelo económico de la dictadura.

Su ministerio, formado en condiciones de poder muy complejas, fue heredero de las fuerzas que impulsaron la campaña por el *impeachment* de Collor. Fuerzas que variaban entre algunas expresiones de sectores liberales de la dictadura, principalmente aquellos que rompieron con el PSD y apoyaron el proceso de apertura política, pero tenían una mayoría bastante clara de fuerzas situadas en una posición de centro-izquierda. Lo complicado es que esta última llegó al poder por una vía transversa y la izquierda no se sintió totalmente representada en el gobierno. Al mismo tiempo, el presidente reveló su disposición de aproximarse a la izquierda. De ahí la difícil posición del PT, que se ubica, al principio, como un partido de oposición al gobierno de Itamar, y para el PDT, que solo lo apoya de fuera, dando respaldo a propuestas concretas sin compromisos directos con el gobierno. La situación se complicó cuando el gobierno pidió la colaboración individual de los miembros de estos partidos. Se ve así, en el primer ministerio, un Ministro del Trabajo ligado en ese entonces al PT, un Ministro de Justicia vinculado al PDT, el Ministro de Planeación y de Relaciones Exteriores ligados al PSDB, lo cual dio una connotación política nueva al gobierno, al lado de tres ministros del Partido Socialista. La representación del PFL era pequeña. Pero esta situación se volvió aún más compleja cuando una militante de gran expresión del PT, la exalcaldesa de São Paulo, Luisa Erundina, aceptó participar del gobierno, con lo cual, como consecuencia, fue "suspendida" por la dirección nacional del PT por un año.

Así, por primera vez, desde 1964, llegó al poder un gobierno hegemónico por las fuerzas de oposición a la dictadura militar, aunque por formas transversas y con incorporación del ala liberal de la dictadura. Por ende, es hecha la crítica de la modernidad de Collor. Queda demostrado que él no pretendía ser un gobierno modernizador, como se decía, sino constituía simplemente una continuidad de la dictadura. A partir de aquel momento, el país se preparaba para poner en cuestión el modelo económico de la dictadura y para intentar erigir una economía basada realmente en los intereses de la mayoría de la población. ¿Sería posible hacerlo? El gobierno de Itamar no consiguió iniciar ese proceso de cuestionamiento del modelo económico en la práctica. Por el contrario, después de muchos intentos de una política más reformista, Itamar cedió a las presiones conservadoras y entregó a Fernando Henrique Cardoso y a su equipo económico, convertido al neoliberalismo, la conducción de la política económica del país. El "Plan Real" retomó las viejas tesis del FMI en lo que dice respecto del papel del déficit público (con olvido de la función de los intereses de la deuda

pública en su creación, que correspondía a cerca de 60% de los gastos públicos) al entrecruzarlas con las "teorías de la inflación inercial".

Aunado a eso, el país se preparaba para las elecciones presidenciales en 1994. Estas no eran solo elecciones presidenciales. Estas incluían además del cargo de presidente, las investiduras de gobernadores, diputados federales y estatales y de dos tercios del senado. Estas elecciones realmente permitirían pasar en limpio a la nación y reiniciar un proceso de nueva toma del desarrollo económico con una fuerte connotación social; y llevaban a su vez a la movilización de los grupos de población interesados en la toma del crecimiento económico, pero planteando también la necesidad de medidas que pudiesen evitar que la mayor parte de la población brasileña fuese diezmada por un régimen económico concentrador, marginador y dependiente, régimen que estuvo en el poder durante toda la historia económica de Brasil, pero de manera mucho más criminal, después del triunfo de las fuerzas conservadoras con el golpe de Estado de 1964 y con la imposición por la fuerza de sus intereses sobre el conjunto de la población.

El plebiscito establecido en abril de 1993 parecía desvirtuar a la población de estos temas centrales, al poner la forma y el sistema de gobierno como cuestiones fundamentales. Pero, la mayoría del país no aceptó esta temática distractora. Esta mayoría mantuvo al sistema y a la forma de gobierno actuales que conoce y que resultó de tantos años de lucha contra la dictadura y sus acólitos. Otra articulación de cúpula que también fracasó de forma estruendosa fue el intento de realizar una reforma constitucional "que tomara la carroña" en el dispositivo constitucional, que permitiera una reforma en el caso de cambio de la forma de gobierno. La oposición de las organizaciones sociales (OAB, Iglesia, ABI, CUT, etc.) y la obstrucción de la izquierda en el parlamento (PDT y PT) inviabilizaron este nuevo "golpismo parlamentario".

El aumento de la experiencia democrática y electoral obliga también a las fuerzas de derecha a definir con mayor claridad su perfil ante la población. Estimulado por su elección como alcalde de São Paulo, Paulo Maluf intentó crear un partido de derecha fuerte que se presentara a las elecciones de 1994 con su verdadera cara. Nada mejor para el avance democrático del país que la derecha se mostrara de forma abierta en el proceso electoral. Su derrota fue definitiva en las elecciones de octubre de 1994. Al contrario de lo que se intenta de modo insidioso presentar como verdad histórica oficial, la izquierda siempre luchó por la democracia y por el respeto a los procesos electorales en Brasil (y en la mayor parte del planeta). Por el contrario, la derecha y hasta los liberales cuestionan de modo permanente el proceso electoral y las libertades democráticas. Para ello, basta recordar la historia del golpismo latinoamericano y brasileño en particular. Este libro esclarece muchos de esos hechos en Brasil y los ubica en una perspectiva a veces opuesta a aquella que venía imponiéndose al pueblo brasileño, al servirse de la censura y la desinformación creadas en los años de la dictadura.

En los siguientes años el pueblo brasileño deberá revivir, en la práctica, esas verdades fundamentales. La democracia es el principal instrumento con que cuentan las mayorías para detener el poder concentrado en las manos de una clase dominante y de una élite política, intelectual y administrativa que se benefician de un modelo económico centrado en la exportación, dentro de una división internacional del trabajo en la cual aquellas ocupan un papel subalterno y explotado. Modelo que se basa en altos niveles de concentración económica, explotación social, exclusión y marginación. A través de esa concentración y exclusión, aquellas minorías disfrutaban de altos patrones de consumo, confundidos con la modernidad, la cultura y la inteligencia. Por tanto, si alguien se opone a la democratización del país, son estas minorías las que se ven obligadas a invertir más y más en la ocultación de sus intereses, ante una ciudadanía cada vez más ávida de participación. Al bloquear la distribución de la renta y las reformas sociales que esta supone, aumentan la miseria y la exclusión social y proponen una creciente intervención policial y asistencial del Estado para reprimir los efectos de la miseria y la inseguridad social que generaron. El resto de la población vacila entre el camino de la represión a la criminalidad resultante del creciente *apharteid* social y la realización de reformas sociales efectivas.

El panorama electoral que se diseñó en 1994 reflejó esta perplejidad que tomó cuenta de varios grupos sociales del país. Mientras que un vasto sector de los trabajadores asalariados y los pequeños y medianos propietarios, en particular técnicos y profesionales (ávidos de desarrollo económico y de una importante distribución de renta), tendían a dar un voto de rebelión contra el estado de las cosas, al apoyar una candidatura más a la izquierda. Una u otra facción en extremo importante de estos mismos sectores temía sobre todo a una radicalización. Para aquietar a estos sectores, el principal candidato de izquierda, Luis Ignacio Lula da Silva, anunció su disposición de realizar un gobierno de centro-izquierda con la participación de las principales corrientes de oposición a la dictadura (el PMDB, el PSDB y el PDT). Tarde, además, pues las candidaturas de todos estos partidos ya estaban en la calle y la derecha, ante la posibilidad de una victoria de centro-izquierda, hacía hileras en torno al candidato del PSDB, Fernando Henrique Cardoso, que lideraba en este momento la política económica conservadora a que conformaría el gobierno de Itamar Franco. Con el apoyo del PFL y el PTB, agrupamiento amorfo de fuerzas políticas, liderado por un influyente banquero paranaense, Fernando Henrique Cardoso, se vio ubicado en una posición políticamente delicada, pero muy ventajosa desde un enfoque electoral del anti-Lula, con lo cual capitalizaba los votos de la derecha en general y de los sectores medios temerosos de un gobierno encabezado por un tornero mecánico de origen sumamente humilde y sostenido sobre todo en el Partido de los Trabajadores y otros sectores de izquierda. Además de eso, Cardoso se beneficiaba del efecto de las medidas antiinflacionarias que lideró como Ministro de Hacienda y cuyos efectos más favorables se concentraron exactamente en el periodo preelectoral. Esta alianza de

centro-derecha se mostró así avasalladora: recogía en parte los deseos de la mayoría de la población de apoyar un nuevo liderazgo, originado en los cuadros de oposición a la dictadura y de tradición de izquierda y, por otro lado, aparecía como la única forma de contener una salida radical que podría "incendiar" al país. El éxito de la política antiinflacionaria, ayudada por un enorme aparato publicitario apoyado por el gobierno y por las fuerzas conservadoras del país, terminó por consagrar esta fórmula de centro derecha.

Pero el cuadro electoral y su avasallador resultado a favor de Fernando Henrique Cardoso, ya victorioso en primer turno, con la mayoría absoluta contra sus otros candidatos, no debe eludirse. En realidad, el país apoya de manera mayoritaria una fórmula de centro-izquierda que Lula era muy radical para encabezar. En realidad, Fernando Henrique Cardoso tiende a expresar de modo más correcto esta propuesta, que detenta con claridad el apoyo mayoritario de la población, ya que esta representa buena parte de los votos que preferían a Cardoso, a pesar de su alianza con el PFL, y no por causa de esta. Este descompás entre el cuadro electoral y la real preferencia política de la mayoría de la población debe manifestarse en el correr del gobierno de Cardoso, que puede conducir a reformas ministeriales y a cambios importantes de políticas.

En realidad, el gobierno de Fernando Henrique Cardoso se inicia bajo un signo en extremo positivo. La economía del país se encontraba de modo evidente en una coyuntura de recuperación: la existencia de una gran liquidez, formada en el periodo de estancamiento e intereses altos, que creó un enorme ahorro pronto para invertir, aseguró un periodo de inversión notable. Este ahorro es ampliado por la existencia de una enorme reserva en divisas, acumulada por el país con la suspensión del pago de la deuda externa, mientras persistan enormes superávits comerciales, y se agreguen aún más por la entrada de enormes masas de capitales vueltos a la especulación con los intereses altos y una coyuntura a la alza. La coyuntura se hace aún más favorable cuando se inicia un largo periodo de recuperación de la economía mundial, una nueva fase del ciclo largo de Kondratiev que se inició en 1994. Esta abrirá un periodo sumamente positivo para las exportaciones brasileñas y para el comercio internacional en general.

El peligro reside, sin embargo, en esta coyuntura favorable. La nueva ola del crecimiento de la economía mundial deberá basarse en un nuevo paradigma tecnológico que reducirá (y ya está reduciendo) de manera drástica el empleo en los sectores de manera directa productivos, en especial en la industria y en los servicios repetitivos y no creativos. Solo la educación, la investigación, el ocio, la cultura, la información, la gestión y la planeación de la producción y las ventas, así como el sistema financiero y los servicios en general constituirán importantes fuentes de generación de empleo. Si Brasil continúa desarrollándose dentro de una nueva división internacional del trabajo (que reserva estas actividades creadoras a los países centrales y a la producción industrial –basada en las invenciones producidas en las naciones centrales– a los países dependientes y

subdesarrollados), con el nombre que quieran llamar a esta situación subordinada, no se puede esperar una profunda transformación de su condición actual. Las masas de desempleados, analfabetos y hambrientos deberían ampliarse, mientras se incrementen la riqueza y la falsa modernización del país. Este mismo fenómeno ocurrió a finales del siglo pasado cuando Brasil se volvió gran exportador de café y caucho, productos en que se tenía el monopolio casi absoluto. Esta coyuntura favorable permitió el ascenso de una nueva oligarquía cafetera, más moderna y dinámica, pero no por ello dispuesta a permitir una distribución de la renta en el país, en particular una reforma agraria que la viabilizara. El resultado es esta historia de frustraciones, incluso cuando la nación había crecido de modo tan importante.

En realidad, los próximos años deben caracterizarse por una intensificación del debate ideológico y político, en especial sobre el verdadero contenido del concepto de democracia, el desarrollo económico y la cuestión social, de la soberanía nacional ante la globalización de la economía mundial y de la articulación del país con la misma. Una agenda no siempre nueva, pero siempre renovada. Pues la historia se hace de ciclos sucesivos. Sin embargo, cada ciclo inicia una fase superior de la historia humana, donde la memoria ocupa un papel fundamental. Es esta memoria la que selecciona y articula las experiencias acumuladas por las variadas clases y grupos sociales. La capacidad de acumular estas experiencias y de hacer su propia historia es una de las condiciones fundamentales de eficacia en la acción y transformación de la realidad.⁷⁰

⁷⁰ Sobre las características del gobierno de Cardoso, véase mi artículo: Fernando Henrique Cardoso y la teoría de la dependencia. *Política y Administración*, Revista de la FESP (Fundación Escuela de Servicio Público, RJ), volumen 2, n.4, Rio de Janeiro, 1994.

Bibliografía básica

ALARCON, Rodrigo (1870). *Brasil: repressao e tortura*. Orbe, Santiago

ALBUQUERQUE, Manoel Maurício de (1981). *Pequena história da formacao social brasileira*. Graal, Rio de Janeiro.

AMARAL, Azevedo (1938). *O estado autoritário e a realidade nacional*. José Olympio, Rio de Janeiro.

BASTOS, Abguar (1946). *Prestes e a revolucao social*. Calvino, Rio de Janeiro.

BAER, Wrner (1966). *A industrializacao e o desenvolvimento económico no Brasil Fundacao Getúlio Vargas*, Rio de Janeiro. (Em ingles: 1965) *Industrialization and Economic Development in Brasil*. Inc., Homewood.

BAMBIRRA, Vania (1973). *El capitalismo dependiente latinoamericano*. Siglo XXI, México

BECKER, Bertha K. e Egler, Cláudio A. G. (1993). *Brasil; uma nova potencia regional na economia do mundo*. Brasiliense, Sao Paulo.

BEIGUELMAN, Paula (1976). *Formacao política do Brasil*, 2da.edicao revista. Pioneira, Sao Paulo.

BELO, José María (1959). *História da República (1889-1954)*. Companhia Editora Nacional, Sao Pualo.

BELLUZZO, Luiz G. de Mello e Batista Junior, Paulo Nogueira (orgs.) (1992). *A luta pela sobrevivencia da moeda nacional*. Paz e Terra, Sao Paulo.

BOSI, Alfredo (1992). *Dialética da colonizacao*. Companhia das Letras, Sao Paulo.

BOXER, C. R. (1962). *The Golden Age of Brasil, 1695-1750*. University of California Press. Berkeley, Los Angles-

Brasil (1930-1945). Boletim do Ministério do Trabalho, Indústria e Comércio. *Importante documentacao empírica e teórica sobre o período do Estado Novo*. Projeto Brasil Nunca Mais (1986). Brasil Nunca Mais, um relato para a História. Vozes. Petrópolis.

BUARQUE De Holanda, Sérgio (1936). *Raízes do Brasil*. José Olympio, Rio de Janeiro.

BUARQUE De Holanda, Sérgio -diretor- (1960-1971). *História geral da civilizacao brasileira: Época Colonial e Brasil Monárquico*, 7 volumes. Difel, Sao Paulo.

CARDOSO, Fernando H. (1964). *Empresário industrial e desenvolvimento económico no Brasil*. Difel, Sao Paulo.

CARONEM Edgard (1965). *Revolucoes do Brasil contemporâneo*. Desa, Sao Paulo.

-. (1969). *A Primeira República: texto e contexto (1889-1930)*. Difel, Sao Paulo.

-. (1970-71). *A República Velha*, vols. I e II. Difel, Sao Paulo.

-. (1974). *A República Nova (1930-1937)*. Difel, Sao Paulo.

-. (1975). *O tenentismo*, Difel, Sao Pualo.

-. (1976A). *A terceira República (1937-1945)*. Difel, Sao Paulo.

-. (1976B). *O Estado Novo*. Difel, Sao Paulo.

-. (1979). *O movimento operário no Brasil (1877-1944)*. Difel, Sao Paulo.

CASTRO, Antonio Barros de e Souza, Francisco E. Pires de (1985). *A economia brasileira em marcha forçada*. Paz e Terra, Sao Paulo.

CASTRO, Josué de (1957). *Geografia da fome*, 5ª edicao revista. Brasiliense. Sao Paulo.

CHILCOTE, Ronald H. (1974). *The Brazilian Communist Party: Conflict and integration, 1922-1972*. Oxford University Press. Nova Iorque.

COHN, Gabriel (1969). *Petróleo e nacionalismo*. Difel, Sao Paulo.

CRUZ Costa, Joao (1956). *Contribuicao ao estudo das idéias no Brasil*, José Olympio. Rio de Janeiro.

DA CUNHA, Euclides (1946). Os sertoes, varias edicoies. Traducao norte-americana: *Rebellion in the Blacklands*, 1944.

DEBRAY, Regis (1967). *Revolucao na Revolucao*. Ponto Final, Santiago.

DO COUTO e Silva, Golbery (1966). *Geopolítica do Brasil*. José Olympio, Rio de Janeiro.

DOS SANTOS, Theotonio (1971-1978). *Socialismo o Fascismo: El nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano*. PLA, Santiago. Edicao revisada, Edicol, México. Este libro reúne dois libros anteriores publicados no Chile em 1968 e 1969.

-. (1974). Brasil: *Origins of a Crisis*, pág. 415-490. In: Ronald Chilcote e Joel C. Edelstein (editors). *Latin America: The Struggle with Dependency and Beyond*. Schenkman, Cambridge.

-. E Bambilra, Vania (1977). *Brasil: nacionalismo, populismo y dictadura, 50 años de crisis social*. In: Pablo González Casanova (coordinador). *América Latina: Historia de medio siglo*, vol. 1: América del Sur. Siglo XXI, México (Edicao brasileira pela UnB, Brasília, em 1988).

-. (1978 A). Brasil: *La evolución histórica y la crisis del Milagro Económico*. Editorial Nueva Imagen, México.

-. (1978 B). *Imperialismo y dependencia*. Era, México.

-. Et alii (1979). *Brasil; crisis política y transición democrática*. Cuadernos de Coyuntura. SEPLA, México.

-. (1986). *O caminho brasileiro para o socialismo*. Vozes, Petrópolis.

-. (1987). *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo*. Contrapunto, Buenos Aires.

-. (1991). *Democracia e socialismo no capitalismo dependente*. Vozes, Petrópolis.

- . (1983). *Economia mundial, integracao regional e desenvolvimento sustentado*. Vozes, Petrópolis.
- DREIFUSS, René Armand (1981). *1964: A conquista do Estado*. Vozes, Petrópolis.
- . (1987). *A internacional Capitalista: Estratégias e táticas do empresariado internacional - 1918-1986*. Espaço e Tempo, rio de Janeiro.
- . (1989). *O jogo da direita*. Vozes, Petrópolis.
- EINAUDI, Luigi e Stephan III. Alfred (1971). *Latin American Institutional Developmente: Changing Military Perspectives in Peru and Brazil*, The Rand Corporatio, Santa Mônica.
- FAORO, Raimundo (1958). *Os donos do poder*. Globo, Rio de Janeiro.
- FAUSTO, Boris –diretor- (1981). *História geral da vicilizacao brasileira: O Brasil Republicano*, 3 volumes. Difel, Sao Paulo.
- FERNANDES Florestan (1975). *A revolucao burguesa no Brasil*. Zahar, Rio de Janeiro.
- FLEISCHER, David (org.) (1988). *Da distensao a abertura política: as eleicoes de 1982*. UnB, Brasília.
- FREYRE, Gilberto (1936). *Casa Grande & Senzala*. José Olympio, Rio de Janeiro.
- . (1951). *Sobrados e mucambos*. José Olympio, Rio de Janeiro.
- . (1959). *Ordem e Progresso*. José Olumpio, Rio de Janeiro.
- FURTADO, Celso (1964). *Fomacao económica do Brasil*. Fundo de Cultura, Rio de Janeiro.
- GULHERME, Wanderley (1963). *Introducao ao Estudo das contradicoes sociais no Brasil*. ISEB, Rio de Janeiro.
- GUIMARAES Passos, Alberto (1968). *Quatro séculos de latifundio*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- IANNI. Octavio (1963). *Industrializacao e desenvolvimento económico*. Civilizacao Brasileira. Rio de Janeiro.

- . (1965). *Estado e capitalismo*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.
- . Et alii (1966). *Política e revolucao social no Brasil*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.
- IGLESIAS, FRANCISCO (1993). *Trajetória política do Brasil, 1500-1964*. Companhia das Letras, Sao Paulo.
- JAGUARIBE, Hélio (1958). *Nacionlismo e desnvolvimento económico*. ISEB, Rio de Janeiro.
- . (1962). *Desenvovimento económico e desenvolvimento político*. Fundo de Cultura, Rio de Janeiro.
- JOHNSON, J. J. (1962). *The Military Society in Latin America*. Stanford University Press Stanford.
- . (1964). *The Role of Military in Undedeveloped Countries*. Princeton University Press.
- LINHARES, Maria Yedda -org.- (1990). *História geral do Brasil*. Campus, Rio de Janeiro.
- LEVI-STRAUSS. Claude (1960). *Tristes Trópicos*. Anhembi. Sao Paulo.
- Leal, Vitor Nunes (1948). *Coronelismo, enxada e Voto*, Revista Forense, Rio de Janeiro.
- LOPES, Juarez R. Brandao (1971). *Sociedade industrial no Brasil*. Difel, Sao Paulo.
- MARINI, Ruy Mauro (1970). *Subdesenvolvimento e revolucao*. Siglo XXI, México.
- . (1971 A). *A esquerda brasileira e as novas condicoes de luta de clases*. In; *Dez años de insurreicao na América Latina*, organizado por Vania Bamberira, PLA, Santiago.
- . (1971 B). *A dialética da dependencia*. CESO, Santiago.
- MARTINS, Luciano (1968). *Industrializacao, burguesía nacional e desenvolvimento*. Saga, Rio de Janeiro.
- MONIZ Bandeira, L. A. (1973). *Presenca dos Estados Unidos no Brasil*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.
- . (1978). *O governo Joao Goulart: As lutas sociais no Brasil, 1961-64*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.

- . (1979). *A renuncia de Jânio Quadros e a crise pré-64*. Brasiliense, Sao Paulo.
- . (1979 B) *Brizola e o trabalhismo*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.
- . (1989). *Brasil-Estados Unidos: A rivalidade emergente (1950-1988)*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.
- MOTA, Carlos Guilherme (1978). *Ideología da cultura brasileira (1933-1974)*. Ática, Sao Paulo.
- NEVES, Lucília de Almeida (1981). *CET no Brasil (1961-1964)*. Vega, Belo Horizonte.
- NORMANDO, J. B. (1945). *Evolucao económica do Brasil*. Companhia Editora Nacional, Sao Paulo.
- . (1935). *Brazil: A Study of Economic Types*.
- O´DONNEL, Guihermo (1990). *Análise do autoritarismo burocrático*. Paz e Terra, Sao Paulo.
- OLIVEIRA Vianna, F. J. (1949). *As instituicoes políticas brasileiras*. José Olympio, Rio de Janeiro.
- . (1956), *Evolucao do povo brasileiro*. José Olympio, Rio de Janeiro.
- PAIM, Gilberto (1957). *Industrializacao e economia natural*. ISEB, Rio de Janeiro.
- PRADO Júnior, Caio (1945). *Formacao do Brasil contemporâneo*. Brasiliense, Sao Paulo.
- . (1961) *Evolucao política do Brasil e outros estudos*. Brasiliense, Sao Paulo.
- . (1963). *História económica do Brasil*. Brasiliense, Sao Paulo.
- . (1966). *A revolucao brasileira*. Brasiliense, Sao Paulo.
- QUIJANO, Anibal (1971). *Redefinicao da dependencia*. CESO, Santiago.
- RAMOS, Guerreiro (1961 A). *A reducao sociológica*. ISEB, Rio de Janeiro.
- . (1961 B). *Acrise do poder no Brasil*. Zahar, Rio de Janeiro.

- RANGEL, Ingnácio (1957). *Introducao ao estudo do desenvolvimento económico brasileiro*. Livraria Progresso e Editora, Salvador.
- RIBEIRO, Darcy e Moreira Neto, Carlos de Araujo (1963). *A fundacao do Brasil –Testemunhos 1500-1700*, Vozes, Petrópolis.
- RIBEIRO, Berta (1992). *Amazônia urgente –cinco séculos de história e ecologia*. Itatiaia. Belo Horizonte.
- RODRIGUES, José Honório (1982). *Conciliacao e reforma no Brasil*, 2ª edicao. Nova Fronteira, Rio de Janeiro.
- SANTA ROSA, Virgínio (1933). *O sentido do Tenentismo*. Schimit Editor, Rio de Janeiro.
- SANTOS, Milton (1993). *A urbanizacao brasileira*. Hucite, Sao Paulo.
- SILVA, Hélio. *O ciclo de Vargas: I-1922- Sangue na areia de Copacabana (1964); 1926- A grande marcha (1965); 1930- A revolucao traída (1966); 1930 B –Os tenentes no poder (1966); 1932 – A Guerra Pualista (1967); 1933 –A Crise do Tenentismo (1968); 1934 – A Consituinte (1969 A); 1935 –A revolta vermelha (1969 B)*.
- SIMONSEN, Roberto (1939). *Evolucao industrial do Brasil*. Escola Livre de Socilogia, Sao Paulo.
- . (1937). *História económica do Brasil, 1500-1820*. Companhia Editora Nacional, Sao Paulo.
- SKIDMORE, Thomas (1967). *Politics in Brazil, 1930-1964*, Oxford University Press, Oxford.
- .(1988). *Brasil: de Castelo a Tancredo (título original: The Politics of Military Rule in Brasil 1964-85)*. Paz e Terra, Rio de Janeiro.
- SODRÉ, Nelson Wrneck (1946). *Formacao da sociedade brasileira*. José Olympio. Rio de Janeiro.
- . (1962). *Formacao histórica do Brasil*. Brasiliense, Sao Paulo.
- . (1967). *O que se deve ler para conhecer o Brasil*. Civilizacao Brasileira, Rio de Janeiro.

- STEPHAN, Alfred (1971). *The Military in Politics, Changing Patterns in Brazil*. Princeton University Press.
- TAVARES, Maria da Conceicao (1964). *Auge e declínio do processo de substituição de importações no Brasil*. In: Boletim Econômico da América Latina, pág. 1-62, Santiago.
- TAVARES, María da Conceicao e Serra, José (1971). *O Modelo Econômico Brasileiro*. In: Boletim da Faculdade Latino-Americana de Ciências Sociais, Santiago.
- TRIAS, Vivian (1967). *Imperialismo e geopolítica no América Latina*. Edicoes El Sol, Montevideo.
- U.S.A. (1969). *The Rockefeller Report on the Americas*. Quadrangle, Chicago.
- VIDAL, J. W. Bautista (1987). *De Estado servil a nação soberana*. Vozes, Petrópolis.
- VIEIRA Pinto, Alvaro (1960). *Consciência e realidade nacional*. ISEB.

